ANIBAL FIORI

EL CRISTO DE LA HISTORIA Y DE LAS ESCRITURAS

DANIEL CADORO

Quiero expresar por
intermedio de este libro
mis sinceros afectos y deseo que
sea de provecho espiritual para su vida

Su amigo

Reginaldo Saavedra

La Paz, E.R. Marzo 10/950

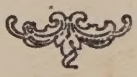
ANIBAL FIORI.

El Cristo de la Historia y de las Escrituras

Respuesta al libro de MILESBO:

"Jesu-Cristo nunca ha existido"

REPRODUCIDO DE "LA REFORMA", REVISTA ARGENTINA
DE
RELIGIÓN, EDUCACIÓN, HISTORIA, CIENCIAS SOCIALES Y REVISTA DE REVISTAS



DANIEL CARRO

BUENOS AIRES
1922.

PREFACIO

AL LECTOR:

Cuando en mayo de 1906 — dieciseis años se han ido — La Reforma iniciaba la publicación de la traducción de la presente obra de Fiori, el extraordinario interés por ella despertado justificábase por una circunstancia especial. El libro de Emilio Bossi: *Jesu-Cristo nunca ha existido* acababa de llegar al país vertido al castellano, y en seguida alcanzaba notable difusión promoviendo polémicas apasionadas entre los partidarios del pro y del contra de la tesis sostenida por el escritor suizo. El libro de Fiori, traducido mes a mes en La Reforma, llegaba, pues, en buen punto, por cuanto constituía la más acabada y contundente refutación de dicha tesis. De ahí la atención que mereció en esa fecha.

Pero no debían ser tan sólo los elementos transitorios de la polémica los que contribuían a dar eficacia a dicha obra, si su recuerdo, lejos de desvanecer con los años, persistía y solicitaba de tal manera el ánimo de no pocos que la conocieron en aquel entonces, como para hacer llegar de muchas partes, no solamente de la República sino también de los países circunvecinos, y en diversas ocasiones, sugestiones a La Reforma para una nueva edición.

Esta edición ha sido hecha, y es la que va recopilada en el presente volumen.

El criterio del traductor ha sido el de una fidelidad absoluta al texto, dejando por cuenta del autor todo lo bueno

y lo posiblemente menos bueno por él puesto en su libro. Todo ha sido respetado y escrupulosamente reproducido tal como se halla en el original: estilo, argumentación, datos históricos y científicos, y en las citas hasta algunas inexactas. El lector tiene en su mano a Fiori tal como es, y haga él la crítica donde y cuando crea conveniente.

Si al publicar este muy buen libro del distinguido profesor de la Universidad de Roma, pudiera cabernos la esperanza de contribuír a la difusión de la sana doctrina entre nuestra juventud estudiosa, daríamos nuestro esfuerzo por recompensado con creces.

CLEMENTE RICCI.

INDICE

Página

Introducción 5

PARTE PRIMERA

El Cristo en la Historia

CAPÍTULO I

El silencio de la Historia 12

CAPÍTULO II

Pruebas históricas invalidadas 21

CAPÍTULO III

Pretendidas pruebas contra la existencia del Cristo 34

CAPÍTULO IV

Documentación de la Arqueología y Epigrafía Cristianas 40

PARTE SEGUNDA

El Cristo en la Biblia

CAPÍTULO I

Valor probatorio de la Biblia. — El Antiguo Testamento. — El Pentateuco. 44

CAPÍTULO II

Moisés, Manú, Sargon I, Hammurabi 53

Página

CAPÍTULO III

Carácter histórico del Antiguo Testamento. . . . 59

CAPÍTULO IV

Biblia y Ciencia. 68

CAPÍTULO V

Acusaciones capitales contra la autenticidad histórica del Nuevo Testamento 73

CAPÍTULO VI

El testimonio de los Evangelistas es veraz, fiel e histórico. 84

CAPÍTULO VII

El testimonio histórico de San Pablo. 94

CAPÍTULO VIII

Testimonios de Santos Padres y de Herejes de los primeros tres siglos del Cristianismo. 108

CAPÍTULO IX

Las pretendidas absurdidades y contradicciones de las Escrituras. 123

CAPÍTULO X

De si Jesu-Cristo ha sido persona histórica 135

CAPÍTULO XI

De si Jesu-Cristo ha sido persona totalmente sobrenatural, adaptada a las alegorías y profecías del Antiguo Testamento 142

Página

PARTE TERCERA

Cristo y la Mitología

CAPÍTULO I

Biblia y Mitología. 153

CAPÍTULO II

¡Cristo antes de Cristo! 164

CAPÍTULO III

Cristo y los Mitos solares. 171

PARTE CUARTA

Desarrollo y Triunfo del Cristianismo

CAPÍTULO I

La Moral Cristiana y el paganismo. 182

CAPÍTULO II

Doctrina Cristiana sin el Cristo 190

CAPÍTULO III

Reparación histórica y triunfo del Cristianismo . . 196

CAPÍTULO IV

Conclusión 201

El Cristo de la Historia y de las Escrituras

Respuesta al libro de MILESBO:

"JESU-CRISTO NUNCA HA EXISTIDO"

por el Profesor ANIBAL FIORI.

INTRODUCCIÓN

El problema del espíritu con el misterio de sus orígenes, de su naturaleza esencial, de sus actuales y remotas finalidades, agitó las inteligencias y las conciencias de todo tiempo teniendo subordinada toda otra cuestión.

La Humanidad pidió en vano la solución a los múltiples y diferentes sistemas de filosofía y de Religión de todas las edades y civilizaciones: pero sólo la Doctrina del Cristo supo contestar la angustiosa investigación de verdad y de luz, esclarecer toda duda, satisfacer la insaciable sed de paz y de vida en el Cristo y con el Cristo de los Evangelios.

Sin embargo, contra esta solución consoladora que no brotaba de las fuentes del pensamiento humano, irguióse desde el primer día la crítica, la sabiduría humana, la cual solamente en sus propios medios tiene la soberbia, orgullosa pretensión de hallar respuesta a todas las dificultades del espíritu; y se estableció así la lucha secular entre la fe y la incredulidad.

Iniciada en el seno mismo de la primera comunidad cristiana, la serie ya dos veces milenaria de los negadores y detractores del Cristo y de Su Doctrina y continuada en el curso de los siglos sin bajar nunca las armas, para levantarse, al contrario, más agresiva al día siguiente de las derrotas, tentó sus mayores esfuerzos en el siglo pasado. Vencida nuevamente y reducida al silencio por las nuevas y luminosas pruebas documentales de la verdad histórica, confundida por el poderoso y exuberante re-

verdecer de las verdades morales del Cristianismo en medio del decaimiento y corrupción de toda otra doctrina, sin embargo, tiene la osadía de volver a la carga en esta alborada del siglo XX con Milesbo.

Y Milesbo (Emilio Bossi, abogado de Lugano) sobrepasa, por la audacia de su campaña demoledora de la personalidad histórica del Cristo, a todos los predecesores de los que recogió las armas caídas, de los que reunió todos los esfuerzos en una suprema y desesperada tentativa.

En su *Jesu-Cristo nunca ha existido* Milesbo previene que "nacida la duda sobre la existencia real e histórica del Cristo debido a la absoluta imposibilidad de explicar completamente el Cristianismo sin quitar del medio la persona de Jesu-Cristo — a menos de creer en Su divinidad — esta duda le indujo al examen que le llevó a la conclusión negativa" (1).

En otros términos, comprendiendo que no es posible negar valor a la Doctrina y al Evangelio del Cristo si no se demuestra la inexistencia personal y carnal de El, Milesbo emprendió a demostrar que el Cristo es un mito y no ya una realidad histórica, para "llevar una nueva contribución a la propaganda racionalista entre el pueblo".

Jesu-Cristo — dice Milesbo — es una invención, constituída de elementos míticos, religiosos y morales lo más heterogéneos, en prevalencia judeo-helenos y egipcios, evolucionada del *"Cristianismo romano"* (2).

¿Qué es este *Cristianismo romano* de Milesbo?

Es la religión de la decadencia romana, producto de la fusión habida en Egipto entre Hebreos y Griegos, trasladada a Roma cuando los Romanos hubieron perdido la libertad y la felicidad y la esperanza de reconquistarlas en el mundo presente (pág. 225), cuando la filosofía, vuéltose pesimista, se trocó en la religión del sufrir y del morir en esta vida para ganar el paraíso en la otra (págs. 227-228).

A esta religión, sin Cristo aún pero que, no obstante esto, Milesbo halla lógico definir *Cristianismo Romano*, puesta ya en el camino del catolicismo teocrático y cesáreo, ocurría un nuevo Dios antropomorfo, una imagen en forma humana, precisa, con

---

(1) Milesbo, *Jesu - Cristo nunca ha existido*, pág. 9.
(2) Milesbo, págs. 225, 226, 227, 236, 238.

perfiles delineados y sensibles, para impresionar y conquistar al vulgo de los creyentes, para echar las bases de su poder (*Milesbo*, págs. 236-238).

Este Dios es Cristo: es a saber no un hombre real, que ha existido, sino una humanación buscada por un sistema teológico; por un clero interesado.

Actualmente empero — dice Milesbo (página 266) — no es ya necesaria la ilusión de un hombre-Dios para llevar la Humanidad al bien, es menester emancipar definitivamente la moral de toda tutela teológica y de toda infiltración mística y sobrenatural, para hacerla verdaderamente humana y racional, y esto no podrá lograrse sino quitando de en medio a la persona del Cristo, porque con el Cristo deberá necesariamente desaparecer el Cristianismo (pág. 267).

* * *

La esperanza de herir en el Cristianismo la religión dominante, en la que se pretenden ver apoyados los intereses burgueses de clase; de zaherir esta religión en su base esencial, en la existencia misma de su fundador, procuró algún éxito a la obra de Milesbo entre las clases populares, para las cuales ha sido también divulgada editorialmente por entregas.

Y a la verdad, el método por él seguido para presentar su tesis sobre la inexistencia del Cristo ha sido hábil; hábil la colección de citas, aceptadas empero sin contralor; a veces hasta lógicos y eficaces en apariencia los argumentos, las ilaciones, las conclusiones, en manera de impresionar al lector ingenuo y superficial; al paso que tan sólo el conocedor, el estudioso severo de la Historia y de la Biblia, como también el lector atento y reflexivo, podrían relevar las frecuentes contradicciones e inconsecuencias de la obra, las falsas y maliciosas interpretaciones, los sofismas, los apriorismos, las omisiones involuntarias y voluntarias, las confusiones de textos, documentos, autores, nombres y cosas, mediante las cuales el Autor ha podido forjarse la ilusión de haber logrado demostrar que el Cristo nunca ha existido.

Hábil resultó, pues, la publicación de Milesbo para turbar las conciencias dudosas e inseguras, para atraer a los lectores ingénuos e incapaces de discernir la verdad de la mentira, la ciencia del error; y por eso reclamaba, como indispensable y necesaria, una crítica honesta y severa.

De ahí que ese libro fuere por eso embestido por aplastadoras confutaciones — y no por la sola crítica católica y evangélica — en revistas y diarios; y Milesbo tuvo que asistir impotente al miserable derrumbe de su orgulloso castillo de arcilla.

Pero en el interés especialmente de las clases populares que no podían seguir esta reacción de revistas y diarios, nos ha parecido útil una confutación que fuere llevada con método riguroso y que, siguiendo a Milesbo en su mismo camino, al través de la cristología en todos los siglos, desentrañando toda la obra argumento por argumento, contraloreándola escrupulosamente en los textos y en los documentos citados, pudiese iluminar al público ingenuo que por Milesbo se había dejado deslumbrar, y ponerle en estado de juzgar con ciencia y conciencia, en el nombre de la verdad y de la Historia, mejor que en nombre de la Teología y de apriorismos religiosos, si Milesbo ha realmente probado que Cristo nunca ha existido, o si en cambio ha engañado audazmente a sus lectores.

* * *

No estará, empero, fuera de lugar el que adelantemos dos palabras sobre los sistemas de crítica y de cristología de los que Milesbo tomó sus materiales más directamente y con preferencia, es decir sobre la escuela *mitológica* y sobre la *racionalista*, y, luego, sobre el método que hemos creído conveniente seguir en la confutación.

Llamamos escuela *mitológica*, por ampliación, al conjunto de teorías críticas, cada una de las cuales por cuenta propia y según diferentes puntos de vista ha pretendido hallar una conexión entre las verdades esenciales teológicas, los hechos referidos por las Escrituras, sus personajes, de Moisés a Cristo, y las especulaciones filosófico-sacerdotales, los mitos, las divinidades de las diversas religiones paganas desaparecidas o existentes aún. Esta escuela mitológica ha tenido el breve resplandor de un fuego fatuo a principios del siglo pasado, por obra especialmente de Dupuis, Volney, Maury y de otros menores junto con Jacolliot. Pero de todas sus alucinaciones dió bien pronto buena cuenta la crítica histórica armada de las documentaciones que se venían descubriendo por todas partes, bien en defensa del Antiguo Testamento, bien en testimonio y prueba del Nuevo, y corroborada por las conclusiones positivas de la ciencia filológica, de manera

que muy pronto la escuela *mitológica* cayó en descrédito para dejar lugar a la escuela *racionalista*.

Y, sin embargo, Milesbo a esta escuela mitológica acude ampliamente sin sentido crítico de contralor y sin siquiera sospechar que pudieran haber existido adversarios del sistema a quienes por honradez y escrupulosidad de crítica habría convenido consultar.

El otro sistema, o el *racionalista,* gira especialmente alrededor de Strauss y de Renan.

El primero, en su *Vida de Jesús* destinada a los estudiosos, publicadas en varias ediciones, y en la *Vida de Jesús para uso del pueblo alemán,* combate la divinidad del Cristo, pone en duda por un momento la realidad histórica del mismo, en cuarentena la autenticidad de las escrituras, en relieve los pretendidos engaños de la fe y de los milagros; y por último, llevado a contradicciones que le impresionaron a él mismo, vióse obligado a aceptar el sistema de Baur, profesor racionalista en la universidad de Tubinga, sistema conocido cabalmente con el nombre de *Escuela de Tubinga,* cuyo objeto es explicar la historia del Cristianismo primitivo sobre la base de las tendencias filosóficas gnósticas, atribuyéndole como verdadero fundador el Apóstol San Pablo.

Casi contemporáneamente, Ernesto Renan, a su vez, superior en valor científico a Strauss, y siguiendo sus pisadas, intentó una reconstrucción histórico-romántica de la vida de Jesús, para destruir en ella la parte divina, confirmando, en cambio, a menudo la autenticidad y fidelidad de los Evangelistas desde el punto de vista histórico.

A estos autores Milesbo cita seguidamente junto con Havet y otros menores de la escuela — sin contralor — del mismo modo con que ha citado y creído incondicionalmente a los Volney, Dupuis, Jacolliot, Maury y otros de aun menor autoridad del sistema *mitológico* — sin de ningún modo ocuparse de las confutaciones de sabios, desde Max Müller a Harnack, desde Schaff a Vigouroux, desde Smith a Tischendorf, de sabios poderosos y auténticos, y de críticos que en sus trabajos hasta para los menos agudos observadores resultan los más cuidadosos, profundos, desinteresados, sinceros y coherentes.

Peor aún: Milesbo no se pregunta si alguno de sus autores, como Strauss, haya podido modificar su opinión y sufrir una

evolución del propio pensamiento; y en los casos en que admiten, como Renan, hechos atestiguados por testigos e intérpretes personales e inmediatos de la obra y del pensamiento del Cristo, nos sale declarando que "no quiere perder tiempo en discutir con críticos ni con cristólogos, quienes *si han hecho cosa seria fué solamente en la parte crítica como lo hizo Strauss*" (Mil. pág. 40).

Pero hay más: Milesbo juzga, sin más, inconsecuentes a sus autores, Strauss y Havet comprendidos, — "víctimas del prejuicio dos veces milenario que ha trabajado nuestros cerebros, deponiendo en ellos el error en el estrato más profundo" (pág. 56); y modestamente declara "que da un paso más adelante que todos ellos; ¡en nombre de los derechos de la lógica!" (pág. 50).

La obra de Milesbo conducida con los criterios que acabamos de demostrar, no podía, pues, dejar de resultar una hábil mistificación destinada a ser desenmascarada por una respuesta completa y autorizada de algún sabio escritor católico o protestante.

Como nadie lo ha hecho, hemos creído oportuno presentar nosotros al público esta publicación, que — bueno es declararlo explícitamente — no es obra de un cristólogo o de un teólogo ni tampoco de un ministro de religión; pero sí el trabajo polémico — despojado de cualquier pretensión literaria — de un modesto publicista, de un *Cristiano* que no se avergonzó nunca, aun en medio de las escépticas irrisiones de los llamados espíritus fuertes, de dar testimonio por su propia fe; fe consciente, *racional* y sincera, en el Cristo de la Historia y de la Biblia.

Y es gran fortuna el que este libro salga a luz en una época en que al gobierno de los estudios ha sido llamado el profesor Leonardo Bianchi, es decir, el sabio ilustre que osó desafiar el escepticismo y las prevenciones antirreligiosas de la gran mayoría declarando francamente en la Cámara de Diputados, con elevado sentimiento de convicción, que la mejor medida para asegurar a la juventud italiana una sana educación moral es la introducción en las Escuelas del estudio de la Biblia y del Evangelio.

Por el hecho de haber tenido que hacer frente a todas las acusaciones y objeciones, así a las aparentemente fundamentadas y serias como a las infundadas y menos serias, que bien podrían llamarse pueriles e irritantes, traídas por Milesbo; y habiendo debido contralorear las pretendidas documentaciones de la tesis contraria, esta nuestra obra nos parece haber resultado la exposición sintética pero orgánica y completa de todo lo que en favor o

en contra del Cristo, en favor o en contra de la autenticidad histórica de los libros de la Biblia, han escrito al través de veinte siglos de Cristianismo autores sagrados y profanos, negadores y apologistas, racionalistas y creyentes, católicos y protestantes.

Así, sin quererlo, Milesbo proporcionó la oportunidad a un estudioso de la propia religión — como él libre profesionista — de reunir y coordinar las demostraciones y documentaciones — a menudo fragmentarias e incidentales — de obras preclaras debidas a eminentes Sacerdotes y Prelados de la Iglesia Católica y a iluminados Doctores y Pastores de la Iglesia Evangélica, todos contestes, recíprocamente acudiendo los unos a la doctrina de los otros, en la común defensa del único Señor y Cristo, el Cristo de la Historia y de las Escrituras, el Cristo que ha *existido* y que *vive*.

PARTE PRIMERA

EL CRISTO EN LA HISTORIA

CAPITULO I

El silencio de la Historia

De Jesu-Cristo — persona real, ser humano — la historia no nos ha conservado ningún documento, ninguna prueba, ninguna demostración, dice Milesbo, porque:

1.° El nada ha escrito (Mil. p. 13);

2.° nada, a no ser la Biblia, ha sido tampoco escrito acerca de El (Mil. p. 14 y 15);

en el seno mismo del Judaísmo, Jesús no ha dejado impresión muy duradera y efectivamente nada de El supo Filón, fallecido hacia el año 50; — Josefo que escribió en las postrimerías del siglo I recuerda Su condena en algunas líneas (que más adelante Milesbo se compromete a demostrar interpoladas) y nombrando las sectas del tiempo omite a los cristianos: — Justo de Tiberíades que compiló una historia de los hebreos desde Moisés hasta hacia el año 50 de la Era Cristiana ni siquiera citó el nombre de Jesu-Cristo: — en los libros talmúdicos los dos pasajes de las dos Guemaras en que se menciona al Fundador del Cristianismo, no remontan más allá del IV y del V siglo;

3.° Impresión menos duradera aún deja Jesús en los escritores paganos:

Juvenal habla de los hebreos pero no dice palabra de los Cristianos; — Plutarco no tiene un solo pasaje que haga alusión al Cristo (Mil. p. 15); Séneca que por sus escritos repletos de máximas cristianas hizo caer la duda de haber sido Cristiano o de haber tenido relaciones con los discípulos del Cristo, no dice palabra de El y hablando de los Cristianos, esparcidos ya en muchas partes de la tierra, no los distingue de los Judíos a quienes llama una nación abominable (Mil. p. 16). Y todo ésto sin contar que resultan contra la existencia del Cristo, antes bien que a su favor, las pretendidas pruebas históricas del judío Josefo

de un lado y de los paganos romanos Tácito, Suetonio y Plinio del otro (Mil. p. 21).

Examinemos si estos puntos de acusación llevados contra la existencia personal del Cristo son válidos y ofrecen seria consistencia.

* * *

Cristo nada ha escrito. — Tampoco Sócrates, lo reconoce el mismo Milesbo, escribió *sino que enseñó* oralmente (Mil. p. 13 y 14). Asimismo Jesu-Cristo nada ha escrito, sino que *ha enseñado, ha predicado.* De la misma suerte que Sócrates también Cristo pasó a la posteridad como *persona natural* porque sus inmediatos testimonios, Apóstoles y Evangelistas, no nos transmiten de El tan sólo principios de doctrina, de vida moral y espiritual, sí que también noticias de vida humana, de vida vivida. Cristo vive, come, bebe, duerme, llora, sufre, agoniza, muere como hombre; y su biografía, por breve e incompleta que pueda encontrársela, es sin embargo siempre una biografía esencialmente humana. Y si ante la posteridad Jenofonte, Euclides, Platón y los demás discípulos de Sócrates tienen valor para testimoniar la existencia histórica de Sócrates, el mismo grado de autenticidad ofrece para la existencia histórica de J. C. el testimonio de Sus Apóstoles y discípulos que recogieron Su predicación; a lo menos mientras la historia y la crítica no logren, tentativa que hasta hoy ha resultado vana, demostrar que los Apóstoles y Evangelistas son ellos mismos históricamente inexistentes.

Es este un tema del que nos ocuparemos en manera particular a su debido tiempo; bástenos por ahora consignar que particularmente solemne aparece el testimonio de los Apóstoles Pedro, Pablo y Santiago y de los Evangelistas Lucas y Mateo, también porque su misma personal existencia histórica está documentada por Clemente, obispo de Roma desde el año 91 al 100 de la E. V. En las Epístolas de Clemente, personaje histórico indiscutido y que falleció en el año 3.° de Trajano, hállanse trozos enteros de los Evangelios de Mateo y Lucas, de la Epístola de Santiago, de la 1.ª Epístola de Pedro, de varias de Pablo y especialmente de la dirigida a los Hebreos. Estos trozos citados por Clemente comprueban en manera irrefutable la autenticidad de dichos escritores sagrados justamente porque han sido

hallados exactamente idénticos en todos los textos, manuscritos, traducciones y copias del Nuevo Testamento descubiertos en países sumamente diversos y alejados y que llevan fechas ora casi contemporáneas y ora posteriores a los escritos de Clemente.

Además para probar la existencia histórica de los Apóstoles y Evangelistas queda, a más del testimonio de Clemente, el de los demás Padres más próximos a ellos y que los conocieron personal o indirectamente, y la tradición histórica de la Iglesia, tradición que tiene valor de prueba porque está corroborada por monumentos arqueológicos y por documentos diversos, como veremos a su tiempo.

Negar por lo tanto fe a estos testimonios del Cristo, cuya realidad histórica individual está comprobada de una manera rigurosa, sería arbitrario e indigno de un concienzudo procedimiento analítico histórico, tanto como tildar de no dignos de fe a los discípulos continuadores y testigos personales e históricos de Sócrates.

En fin si la credibilidad de los testimonios de éstos está asentada por el perfecto acuerdo de la historia y de la crítica filosófica sobre su fidelidad y exactitud en publicar las lecciones del Maestro, por la misma razón debe tener valor el testimonio de los Apóstoles y Evangelistas hasta que no se habrá podido ofrecer la prueba irrefutable de que entre ellos existan disconformidades substanciales de narración, contradicciones, ambigüedades de sentido, indeterminaciones de pensamiento y de doctrina, inexactitudes y arrepentimientos; la prueba, en una palabra, de que son testigos inciertos e infieles del Cristo; esa prueba, en fin, que ninguna crítica, por más hostil e interesada que haya sido, no ha podido hallar nunca hasta el día de hoy.

* * *

El silencio de algunos escritores e historiadores Judíos. — Nada, dice Milesbo, nada, si exceptuamos la Biblia, ha sido tampoco escrito acerca del Cristo (Mil. p. 14 y 15) el cual no deja huella duradera de sí en el Judaísmo ni duradera impresión en los escritores paganos. Antes, empero, de examinar la atendibilidad de estas afirmaciones no estarán fuera de lugar algunas observaciones.

Y ante todo: el hecho que algún determinado autor profano no se haya ocupado del Cristo y que no todos lo hayan hecho, no

ofrece razones plausibles para poner en sospecha y en cuarentena aquellos otros que de El se ocuparon.

Sabido es, en primer lugar, que no todos los escritores atribuyen el mismo valor a hechos sucedidos en las mismas épocas y en los mismos lugares.

Y en segundo lugar conviene notar que Jesu-Cristo no ofreció para los historiadores judíos un interés político y en mucho menor grado, por lo mismo, para los historiadores romanos que no vieron en Sus hechos una conexión cualquiera con la vida y con la fortuna de Roma y del Imperio; a todos empero se presentó como el protagonista de un hecho, de un incidente de crónica puramente religiosa y judiciaria que, sin embargo, tampoco para todos asumió la misma importancia.

Efectivamente el Cristo no se manifestó como un revolucionario, como un renovador político; sino que asumió más bien características que no podían dejar de hacerlo del todo indiferente para el historiador, mientras, en cambio, eran especialmente aptas a despertar interés vivísimo y espiritual en aquellos en medio de quienes cumplía Su Ministerio mesiánico. No apareció tampoco como un innovador de la ley mosaica porque tuvo cuidado de sentar que no había venido para destruir la ley antes bien para cumplirla y sobre todo para revelar en Su Persona y en Su Muerte la redención de Sus creyentes. Y por eso la obra del Cristo queda circunscrita a las sinagogas en las que entra para escudriñar las Escrituras; circunscrita a las turbas de pescadores y rústicos que Le seguían; circunscrita a los lugares — casi siempre la montaña, la orilla del lago, las calles de las pequeñas aldeas — donde las muchedumbres Le seguían como ya lo habían hecho con Juan el Bautista y, antes aún, con otros Profetas. Y es solamente cuando Jesús aparece en el Templo con la declarada semblanza del Mesías que despierta las preocupaciones de las castas dirigentes, farisaica y sacerdotal principalmente, que en El debían vislumbrar una inmediata y directa amenaza; y es solamente entonces, en el lapso de pocos días, que se prepara y precipita el drama judicial que debe llevarlo al Gólgota.

Estos acontecimientos que se desarrollan con rapidez casi cinematográfica, para Pilatos, el magistrado romano que llega de Cesárea a Jerusalén como de costumbre en la fiesta pascual con el fin de tutelar el orden público, a la vigilia de la detención, tienen importancia tan sólo en las medidas requeridas por el res-

tablecimiento del orden público transitoriamente turbado; para el cronista romano, a quien sólo podrán llegar informes reflejos, no asumen evidentemente más importancia que la de un escándalo, de una disputa totalmente religiosa, interna, localizada al Templo; estos acontecimientos, en fin, no debían asumir diverso ni mayor valor a los ojos del historiador judío. Antes bien, es fácil caer en la cuenta de que el historiador judío, cabalmente porque tal, debía tener interés en quitar completamente cualquier valor al hecho en sí: tanto más cuanto que ninguno de los contemporáneos del Cristo, que no simpatizaban con la nueva secta que de El tomaba nombre, nunca habría podido figurarse no ya su triunfo sino tampoco un éxito cualquiera de escuela y de proselitismo para la nueva creencia y doctrina que tantos puntos de contacto parecía tener, en lo referente a las manifestaciones de vida social e individual, con la secta de los Esenios y quizás podía con esa misma identificarse y confundirse. Y por lo mismo en los fines siempre de los escritores judíos, podríamos muy bien hallarnos frente a una interesada conspiración del silencio sobre el Cristo.

Esto nos puede explicar el silencio de *Justo de Tiberíades*, cuya historia abarca los tiempos que corren de Moisés a Claudio (50 después de Cristo). Focio (1), patriarca del siglo IX que de esto nos hace fe no falta cabalmente de relevar que Justo de Tiberíades *"debido a la misma costumbre de los judíos, no hizo ninguna mención del advenimiento del Cristo"*. Así es posible también explicar la omisión por parte de *Josefo hebreo* de contar entre las sectas judías también la cristiana, aun cuando haya recordado la condena y muerte de Jesús en sus historias.

Del mismo modo puede lógicamente explicarse como Filón, doctor y escritor Judío, fariseo y perteneciente a la casta sacerdotal, contemporáneo de Cristo y muerto diecisiete años después que El, no Le haya dedicado palabra. Pero hay más.

Es muy probable que Filón, en edad ya de sesenta años, no se hubiese movido de Alejandría, donde vivía cuando se desarrollaron en Jerusalén el proceso y la condena de Jesús, y que los haya ignorado por cierto tiempo, hasta que algún Alejandrino, de vuelta de la Judea, se los haya referido, pero sólo en las proporciones de un vulgar proceso de sacrilegio que había terminado como era natural, con la condena del culpable. Y no menos

(1) Focio, Cód. XXXIII.

probable es también que Filón llegase a conocer la real importancia de la persona y de la obra de Jesús mucho más tarde cuando el cansancio vence también a los más grandes y fecundos escritores.

En efecto los discípulos y los Apóstoles comienzan a dar orden, consistencia e intensidad a su propaganda haciendo descollar la figura del Cristo, solamente algunos años después de El, a saber cuando Filón se hallaba ya en avanzada ancianidad. Y es solamente veintisiete años después de la muerte del Cristo que Sus creyentes, ya numerosísimos y fuertes, comienzan en la ciudad de Antioquía a separarse y distinguirse neta y públicamente del judaismo en medio del cual habían quedado hasta entonces confundidos, y por primera vez asumen el calificativo de *Cristianos*.

* * *

La conspiración judía del silencio sobre el Cristo aparece más clara y natural en los *libros talmúdicos*. Y sin embargo son estos mismos libros invocados entre los testimonios más formidables de la inexistencia histórica de Jesús, los que rompiendo finalmente en el cuarto siglo el interesado silencio con algunos pasajes de las *Guemaras*, ofrecen una de las más autorizadas pruebas en contra de esta tesis.

Será suficiente examinar un solo pasaje de las *Guemaras* que tiene especial valor y peso en la cuestión.

A págs. 43 del *Tratado del Sinedrio* háblase de los procedimientos en uso cerca de los tribunales israelíticos. El texto, cuya literal interpretación debemos a la cortesía del esclarecido profesor Castiglioni, Gran Rabino de la Sinagoga de Roma, ilustrado maestro en la literatura talmúdica, así se expresa:

"La Mishna dice: Si en el presunto culpable hallábase justi-"ficación absolvíanle, de otro modo era lapidado. Un heraldo "salía delante de él y decía: Fulano de Tal, está por ser lapidado "por haber cometido tal y cual delito y el tal y el tal otro son sus "testigos. Si hay alguno que sepa justificarle venga y justifique". Y la *Guemara* añade como comentario: "Enseña Abaie: debe "decir también (el heraldo) en tal día, por tal hora, en tal lugar, "porque podría haber alguno que supiere y se presentara y demos-"trara la falsedad de la deposición testimonial". Y después la *Guemara* continúa: "Un heraldo salía delante de él. — Un doctor

"dice: delante de él sí, pero no en el comienzo del proceso. — "Otro rabino responde: ¿Cómo? Y SIN EMBARGO TENEMOS UNA "TRADICIÓN que dice; A LA VIGILIA DE PASCUA SUSPENDIERON "A JESÚS y el heraldo había salido delante de El por cuarenta días "(diciendo): Jesús será lapidado porque ha practicado la magia y "ha seducido y hecho desviar a Israel. Quienquiera supiere para "El una justificación venga y justifique. Y no hallaron ninguno "que justificara y Le suspendieron en la vigilia de Pascua. — "Dice Gnulá: Y una opinión opuesta sería ya una justificación". (Es decir, no ocurría una justificación; bastaba una opinión diferente para ser desde ya favorable a Jesús).

"El otro Rabino contesta: El era un seductor y el TEXTO "dice que no debe tenerse lástima ni consideraciones al seductor. "SIN EMBARGO EXISTÍA UNA DIFERENCIA POR JESÚS QUE PER-"TENECÍA AL REINO", es a saber pertenecía a las clases más elevadas; era un Rabbí con el cual había podido tenerse alguna consideración, pues sobre todo era descendiente de David.

Después de haber, así, declarado la *Guemara* que en el seno del judaísmo existe una tradición tan viva y tan autorizada de la condena y muerte de Jesús, como para sentar prueba nada menos que en favor de la estabilidad de una ley y que a favor de Jesús existía el derecho a un trato privilegiado *porque pertenecía al reino*, ¡esa misma *Guemara* pasa a otro diferente argumento sin poder o deber anotar, porque no las hubo, protestas ni reservas de otros Rabinos sobre la cuestión de hecho y de derecho!

¡Dígase ahora, después de semejante pasaje de los libros talmúdicos si es prudente la afirmación de que Jesús no ha dejado una impresión muy duradera tampoco en seno al judaísmo!

***

EL SILENCIO DE ALGUNOS ESCRITORES PAGANOS. — Impresión aún menos duradera que entre los judíos deja Jesús entre los escritores paganos, porque los ya nombrados Juvenal, Plutarco y Séneca no se ocupan de El ni de los Cristianos — dice Milesbo.

En cuanto a Juvenal será fácil explicarse que habiendo sido en sus orígenes un estoico ardiente y no habiendo por lo tanto querido azotar con la sátira, junto con las supersticiones de sus tiempos, también la escuela de los Estoicos, no haya tenido tampoco ocasión de ocuparse de las particularidades religiosas que

podían distinguir a los Cristianos de los estoicos a los que al contrario asemejábanse muchísimo por la serenidad del espíritu, por la paciencia, por la tolerancia, por la moralidad de la vida, en manera de poder continuar los Cristianos a vivir en medio del Paganismo sin despertar sospechas hasta que no llegara la ocasión de revelarse por la repulsión a los ritos paganos, como veremos luego.

Pero si Juvenal nada habló de los Cristianos, ocupóse de ellos en lugar suyo uno que fué casi contemporáneo suyo, el poeta satírico Luciano, griego pero de origen siríaco, el cual en varios de sus *Diálogos* habla bastante extensamente de los Cristianos y *de Jesús que fué crucificado* por haber traído una nueva religión.

Por lo que se refiere al historiador griego Plutarco bastará observar que se extraviaron las *Vidas paralelas* (así llamadas porque acopiaba la biografía de un personaje griego con la de un romano) en las que habla de Tiberio, de Calígula y de Nerón, las que, especialmente la última, habrían podido proporcionarle ocasión de ocuparse de Cristo y de los Cristianos.

Pero aunque Plutarco, filósofo platonizante e historiador dedicado al estudio de acontecimientos y de hombres políticos, no hubiese nunca caído en la cuenta de la existencia de la persona del Cristo, *está sin embargo largamente compensado por su propio hijo, el escritor e historiador* LAMPRIDIO quien en diversos lugares se ocupa del Cristo y de los Cristianos. De Heliogábalo (1) Lampridio dice que "este emperador acostumbraba hacer trasla-"dar las religiones de los judíos y de los samaritanos y la devoción "de los cristianos al Palatino, para poseer el secreto de todos los "cultos". En otro lugar (2) dice que "Alejandro Severo *quiso levantar un templo a Cristo y recibirle entre los dioses, lo cual se dice pensaba hacer también Adriano*". Además dice que "Alejandro Severo había abierto su casa al público y sobre el umbral de la puerta había escrito el dicho cristiano: *no hagas a los demás lo que no quisieras fuera hecho a tí mismo*"; que dejó a los judíos los privilegios de que hasta entonces habían gozado, *a los cristianos permitió que existieran* — "esse passus est"; — y que en fin restituyó a los cristianos un antiguo *local de culto que les había sido quitado para instalar en él un bodegón militar*.

---

(1) Lampridio, en *Hist. Aug. Vida de Heliogábalo* III.
(2) Lampridio, en *Hist. Aug. Vida de Alejandro Severo*, XLIII.

Por último queda el silencio de Séneca.

De este se dice, y con mucha probabilidad de verdad, que pudo haber tenido conocimiento del Cristianismo por medio de Pablo el cual, llegado a Roma prisionero en 54, fué entregado al que entonces era prefecto del Pretorio, es decir a Afranio Burro quien precedentemente había sido compañero de Traseas en la educación de Nerón. Y nada más normal que Burro, a quien describe Tácito como hombre digno de estimación por sus principios de honestidad y de justicia, haya interesado al honesto y virtuoso Séneca en la doctrina y en los principios morales de su prisionero. Pero también nada hay más natural que Séneca estuviese después cohibido de ocuparse públicamente de los Cristianos en sus escritos, por el temor de incurrir en el odio o en la sospecha de Nerón del cual los Cristianos sufrían persecución despiadada.

CAPÍTULO II

Pruebas históricas invalidadas

Preténdese, como ya queda dicho, que los solos (?) autores profanos que hayan hablado del Cristo, es a saber el historiador judío Josefo Flavio, y los romanos Tácito, Suetonio y Plinio, no solamente nada prueban sino que constituyen pruebas contrarias (Mil. p. 21).

Concedamos que el crítico haya querido hablar de los solos *autores profanos* más cercanos al Cristo, pues que otros muchos en el 2.° y 3.° siglos se ocuparon de El, y examinemos para cada autor las críticas que se nos presentan.

* * *

Josefo hebreo. — No es posible desconocer que Josefo Flavio, historiador judío casi contemporáneo de Jesús, desde que fué espectador de la última y fatal guerra judaica, a cuya narración alcanza su historia, se ocupó tan sólo incidentalmente de Jesús, así como incidentalmente ocupáronse de El los demás historiadores contemporáneos.

Más por cuanto Josefo hable de los hechos de Jesús como de un episodio de crónica judicial cualquiera, y casi de escapada, habla sin embargo, lo suficiente para avalorar Su existencia personal.

Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*, libro XVIII, cap. VI, cuenta lo siguiente:

"Fué (es decir, vivió) en aquel mismo tiempo Jesús hombre sabio — si puede ser llamado hombre, — porque hizo cosas admirables enseñando a los que amaban inspirarse en la verdad. No tan sólo fué seguido por muchos judíos, sino también por griegos. Era el Cristo. Los principales de nuestra nación habiéndole acusado ante Pilatos, éste hízole crucificar. Sus partidarios no Le abandonaron después de la muerte. Viviente y resucitado aparecióles el tercero día como los santos profetas lo habían predicho para llevar a cabo mil otras obras milagrosas. La secta de los Cristianos que aún hoy subsiste débele su nombre".

Ahora bien: la crítica histórica más rigurosa ha llegado a la conclusión de que este pasaje de Josefo es auténtico y que sólo

están interpoladas por mano cristiana las palabras *si puede ser llamado hombre — era el Cristo* y luego la parte que se refiere a la resurrección y a la vuelta de Jesús en persona, viviente entre sus discípulos. Esto resulta también evidente de la consideración ya adelantada de que Josefo era judío, escribió como judío que no había creído en Jesu-Cristo, y tan es así que el interpolador no añade una sola palabra que aluda aunque sea lejanamente a esta posible fe; y es, además, claro por el método rigurosamente histórico con que es llevada la narración no siendo posible ilustrar el episodio de crónica judicial referido como uno de los varios episodios ocurridos durante el Gobierno de Pilatos, con añadiduras y comentarios sobre la esencia personal y sobre consecuencias sobrenaturales del Crucificado Jesús, a menos que, repito, no lo hubiese aceptado como el Mesías.

No se conforma, empero, con este dictamen de la crítica científica, Milesbo, el cual antes bien pretende, contra la misma opinión de los autores predilectos en los que toma a ojos cerrados todo el material de sus negaciones, que todo el pasaje es interpolado porque — dice — se halla colocado entre la descripción de un castigo infligido al populacho de Jerusalén y los amores de una dama romana en Roma con un caballero que, por la mediación de los sacerdotes de Isis, habíase hecho creer por ella una personaficación del dios Anubis. Y añade que estos dos acontecimientos se hallan ligados por el historiador pasando este a referir el segundo con las palabras *"otro accidente deplorable"*; y que, en fin, el pasaje que se refiere a Jesús rompe bruscamente el hilo de la narración (Mil. p. 22).

Pero lo cierto es todo lo contrario, desde que Josefo Hebreo en sus *Antigüedades Judaicas,* Libro XVIII, al cap. IV, presenta a sus lectores la persona de Poncio Pilatos procurador romano; en el cap. V, narra dos sediciones, de las que la última había sido sofocada en sangre; y en seguida después CONTINUÁNDOSE la crónica de los acontecimientos en los que tuvo participación Pilatos, el cap. VI sucesivo es dedicado al proceso y a la crucifixión de Jesús comenzándose la narración con estas textuales palabras: "FUÉ EN LOS MISMOS TIEMPOS"; ¡cuando a saber, sucedían los ya referidos hechos de Pilatos! Y luego de haber acabado la referencia con las palabras *la secta de los cristianos que subsiste aun hoy* — es decir cuando él escribía — *tuvo de El nombre,* pasa al cap. VII. Y este comienza no ya con las pala-

bras: *otro accidente deplorable,* sino que con estas otras bien diferentes: "Mayores turbaciones afligían a los judíos; en los mismos tiempos aconteció en Roma en el Templo de Isis un caso tan feo, *del que hablaré antes.* Luego pasaré *a las cosas* que sucedieron entre los judíos".

De lo cual resulta, pues, que el episodio de Isis hace continuación y es parte integral de la narración cronológicamente llevada acerca de Pilatos y del gobierno romano; narración que el mismo autor declara querer interrumpir un momento para referir ciertos escándalos habidos en Roma.

Pero para reforzar sus argumentos dice Milesbo que algunos Padres en sus ardientes polémicas no citan este pasaje de Josefo (Mil. p. 23) y que antes bien Orígenes declara que Josefo no reconocía a Jesús por el Cristo.

Ahora bien: entre los Padres tenemos a Hegesipo, uno de los más antiguos, de principios del 2.° siglo, el cual en su obra *De Bello Gallico* (1) al cap. V del Libro II, refiere sumariamente los acontecimientos notados por *Josefo Flavio,* ¡comprendida la crucifixión de Cristo!

Además Eusebio, (2) Padre de la segunda mitad del III siglo, queriendo aportar un autorizado testimonio acerca de Juan el Bautista y del Cristo, refiere a su vez el integral trozo de Josefo y luego concluye: "He aquí, pues, como ese escritor judío recordó estas cosas acerca de Juan el Bautista y del Salvador *y ¿qué refugio queda a los que contra esos dos personajes contrastaron sus actos, para no ser tachados de impudentísimos?"*

En cuanto a Orígenes bien es verdad que declaró que Josefo *no reconoció a Jesús por el Cristo* pero esto no significa como pretende Milesbo (p. 23) que el pasaje de Josefo, auténtico y sin interpolación, no debiera haber existido en su tiempo. Porque, al contrario, es Orígenes quien acude a un testimonio indirecto de Josefo, a otro pasaje suyo (*Antigüedades Judaicas,* Libro XVIII, cap. XVI). Aquí Josefo acerca de Santiago hermano de Jesús, refiere que:

"Habiéndose Onán sumo sacerdote persuadido de haber hallado el momento oportuno, muerto el Procurador romano Festo y estando aun en viaje el sucesor Albino, convocó el Concilio de

---

(1) Lapsus. La obra de Hegesipo (o que le ha sido atribuída) es *De bello judaico et excidio urbis.* — *N. del T.*

(2) *Eccl. Hist. XI.*

los Judíos y llevados ante él *ciertos individuos entre los que se hallaban el hermano de Jesús que se dice el Cristo,* llamado Santiago, *acusados de casi contradecir la ley* los mandó lapidar"; y continúa diciendo que por las protestas de algunos del Sinedrio que eran también celosos de la ley y que no habían podido llegar a tiempo para evitar el hecho, Agripa destituyó por castigo al sumo sacerdote Onán. Y Orígenes (1) disputando con Celso dice justamente que: "Si bien Josefo no reconoce a Jesús por el Cristo, mientras indaga por qué causa Jerusalén fué arruinada y el templo arrasado, *no dice, como hubiera debido, que en esa causa estuvieren las insidias que habían tramado contra el Cristo, pero sin embargo no se aleja mucho de la verdad cuando dice que esas cosas habrían pasado a los Judíos, para que fuere vengado Santiago el Justo, que era hermano de Jesús llamado el Cristo*". Luego Orígenes admite que Josefo no creía en el Cristo como Mesías pero le reprocha el no haber visto la causa de la ruina judaica en el suplicio de El; refiriéndose así indudablemente a un hecho reconocido y testificado por Josefo mismo. De otro modo el discurso dirigido a Celso no tendría sentido común.

La crítica misma tiene establecido que este segundo pasaje de Josefo, así documentado por Orígenes, es auténtico; Milesbo (p. 24) al contrario quiere, ya que la expresión de judío, verdadero judío, *Jesús llamado el Cristo* contradice con el pasaje en que Josefo hablaría de Jesús como si fuera un cristiano, pretende y sentencia contra los mismos luminares a quienes pidió prestado tanto argumento, que también este pasaje esté interpolado, sin ir a comprobar, como lo hemos hecho nosotros, las palabras mismas de Orígenes y olvidando que intervienen también a autenticarle toda la tradición de la primitiva Iglesia y los escritos de los Padres más antiguos.

* * *

TÁCITO.—Llegamos ahora a los historiadores romanos y por lo pronto a Tácito. El pasaje que da testimonio de Jesús se halla en el Libro XV, cap. 44 en que el historiador después de haber referido el incendio de la ciudad de Roma por obra de Nerón y su cuidado para repararla con nuevos trabajos, así se expresa:

---

(1) *Contra Celsum*, Lib. I, 47.

"Pero ni obra humana, ni plegaria divina, ni generosidad del príncipe (Nerón) disminuyéronle la infame voz de haber él mismo incendiado Roma. Para desviarlo pues, procesó por ello *y extrañísimamente castigó esos odiados malhechores que el vulgo llama Cristianos de Cristo el cual durante el reinado de Tiberio fué crucificado por Poncio Pilatos procurador;* la cual semilla pestífera fué por entonces suprimida; pero renacía no tan sólo en Judea, donde se había originado la calamidad, sí que también en Roma, donde todas las cosas atroces y feas concurren a solemnizarse. Fueron, pues, tomados antes los Cristianos descubiertos, después gran turba de nombrados (es decir denunciados) por ellos, no como culpables del incendio sino como enemigos del género humano". ¿Está claro?

¡No señor! Milesbo en base a una nueva traducción toda suya que le debe servir para atacar la autenticidad de este pasaje que en vano ha sido manoseado por otros, y con medios menos equívocos, pero que la crítica histórica y científica ha reconocido por genuino, hace decir a Tácito que *"Nerón puso bajo proceso y penas extraordinarias a los que el vulgo llamaba Cristianos porque odiados por sus crímenes"*, para hacerle caer en contradicción en las líneas inmediatamente sucesivas en que declara que el *nombre de Cristianos habíales venido de Cristo.* ¡Así solamente puede establecer que también Tácito debe haber sido interpolado! ¿Pero dónde es posible hallar una justificación de que Tácito quisiera decir, y en base a cuál etimología, que la palabra *cristiano* fuere sinónimo de *malhechor?* No está claro, repetimos, que Tácito ha dicho y querido decir que Nerón *castigó a esos odiados malhechores que el vulgo llamaba Cristianos* (de cuyo nombre había sido autor Cristo) porque odiados, es decir responsables de sus crímenes, como en seguida después explica mejor aun *porque enemigos del género humano?* Y en efecto esta más clara y definitiva acusación que haría a los Cristianos por la novedad de la doctrina que seguían y por la abierta rebelión al culto pagano no bien eran a ello constreñidos — como fué, y lo veremos, en el caso del incendio de Roma — no podía dejar de servir a acreditar la sospecha que fueran ellos mismos responsables del incendio mismo.

La acusación de falsificación de este párrafo 44 del XV libro de Tácito ha sido hecha extensiva hasta todos los primeros cinco libros y a los cinco que van del 11° al 16° que fueron atribuídos

a Poggio Bracciolini que los había descubierto en el XV siglo. Empero algunas tablas epigráficas y documentos diversos descubiertos en los siglos posteriores a Bracciolini y hallados conformes a nombres y a hechos de esos mismos libros, desbarataron completamente tal acusación. Otra, empero, intentó levantar Bruno Baur (1) en 1859, es decir que ese cap. 44 del libro XV de Tácito fuere no ya una falsificación de otro autor, sino una amplificación fabulosa tejida por Tácito mismo sobre un trozo de Suetonio (que pronto referiremos) que aludía a la persecución de los Cristianos bajo Nerón.

Pero a autenticar el pasaje de Tácito y la persecución neroniana interviene también la 1.ª Epístola escrita a fines del siglo I por Clemente obispo de Roma y del cual hemos hecho ya mención.

En esta carta Clemente propone a modelo de la fe los ejemplos de su siglo, "las más santas columnas que sufrieron la persecución y sufrieron hasta morir. A estos — añade — a estos que enseñan la santidad de la paciencia debe unirse una multitud de elegidos que habían sufrido los suplicios y el martirio; las mujeres Danaidas y las Dirces que lo sufrieron y tuvieron el premio de su paciencia".

Pues estas *Danaidas* y *Dirces* que a primera vista pueden parecer un anacronismo en el escrito de un cristiano proporcionan, en vez, la clave de todo el trozo y establecen la perfecta concordancia de los dos escritores Clemente y Tácito, por el acontecimiento a que se refieren.

La genial explicación ha sido dada por el ilustre profesor Coen del Instituto de estudios superiores de Florencia en su Curso de historia antigua.

Coen con datos positivos demuestra que la persecución de los Cristianos no ha sido inmediatamente sucesiva al incendio de Roma, después del cual Nerón tuvo por primer cuidado el de proveer a reparaciones y compensaciones edilicias, sino que fué sucesiva a las ceremonias públicas expiatorias y hasta muy probablemente por ellas mismas originadas.

En efecto Tácito en el cap. 42 y 43 trata de la reconstrucción de Roma y en el 44 de las ceremonias expiatorias por el incendio y al mismo tiempo de la persecución de los Cristianos. Y así se expresa:

---

(1) *Bauer.* — N. del T.

"Después de los socorros humanos para reparar los daños del incendio acudióse a los divinos y vistos los libros de las Sibilas fué suplicado Vulcano, Ceres y Prosérpina; y por matronas, antes en el Capitolio, después a la marina más cercana, hecha Juno favorable, de esa agua (del mar) rociaron el templo y la imagen de la Diosa".

Pues — observa Coen — que de estas ceremonias se abstuviesen los Judíos y los que entre ellos habíanse hecho cristianos, no importaba; pero que lo hiciesen personas de las que no se sospechaba el alejamiento de las prácticas paganas de los antepasados, debían producir viva impresión por el contraste con el fervor general y especialmente en el pueblo. De ahí la sospecha que esas personas se hubiesen alegrado por el incendio y de ahí por breve paso a la creencia de que fueran sin más culpables, proporcionando muy bien a Nerón fácil oportunidad de aprovechar la ocasión para arrojar sobre los Cristianos la sospecha y la acusación que le asaltaban de todas partes.

Vinculado así el orígen de la persecución a las ceremonias expiatorias, se tiene fácil la explicación de todo el trozo de Clemente que a ella se refiere; porque sus matronas que en la narración de Tácito, antes en el Capitolio y luego a la marina más cercana rocían de agua el templo y la estatua de Juno, tienen perfecta correspondencia con las Danaidas de Clemente, mujeres cristianas, nobles quizás junto con plebeyas, condenadas entre otros suplicios a llevar agua y a desfilar entre los dicterios del populacho que las habría llamado Danaidas por su triste semblante; y así las Dirces cristianas de Clemente corresponden con las mujeres condenadas, según Tácito, a vestir pieles de animales para ser despedazadas por los perros.

Milesbo (p. 25) dice que otra prueba de la interpolación del pasaje de Tácito viene proporcionada por el mismo autor en el pasaje en que narra (Ann. II, 85) que *fueron expulsados de Roma los Judíos y los Egipcios que forman una misma superstición,* por lo que haría derivar a los Cristianos no ya de la Judea sino de Egipto.

Pero desgraciadamente trátase aquí de una falsificación forjada propiamente por Milesbo, porque Tácito lejos de confundirse y contradecirse y decir que *Judíos y Egipcios formaban una sola superstición* bien los define, distintamente Y EN PLURAL, con la palabra *de sacris,* LAS RELIGIONES DE LOS

EGIPCIOS Y DE LOS JUDÍOS; ¡tanto más cuanto que en otra parte demuestra conocer exactamente los ritos judaicos y los egipcios!

A este punto el lector se preguntará si el historiador romano poseería fuentes seguras para hallar la noticia de la crucifixión del Cristo, bajo Poncio Pilatos, porque él no fué un contemporáneo y escribió casi un siglo después.

Tertuliano, que pertenece al siglo III, (1) dice que "todos los hechos que se refieren al Cristo (crucifixión y resurrección) Pilatos los refirió al emperador reinante Tiberio".

Justino (2), que dió testimonio de su fe en el Cristo con la defensa de la doctrina y con el martirio, en la *primera mitad del II siglo,* hablando de las circunstancias que acompañaron la crucifixión de Cristo, horadamiento de manos y pies, sorteo de sus vestidos etc., añade: "que estas cosas acontecieron, podéis conocerlo por las *Actas compiladas bajo* Poncio Pilatos". Y en la misma Apología por segunda vez apela al testimonio de estas *Actas*.

Pero hay además una segunda Apología dedicada al Emperador y leída en el senado ante el cual disputaba con el filósofo Crescencio sobre la religión cristiana, Apología en que, en confirmación del propio testimonio de la histórica verdad de la muerte y sufrimientos de Jesu-Cristo, se dirige al Príncipe y al Senado y dice: *Esto vosotros podéis aprenderlo* en las Actas de Poncio Pilatos.

Es evidente que habría sido imposible un lenguaje tan seguro, un llamado tan decisivo a un acta pública y oficial de no haber esta existido. Y que debiera existir está fuera de duda porque era costumbre de los Gobernadores lejanos tener informada a la autoridad central de todo lo grave o importante que aconteciera en las provincias del Imperio, según veremos dentro poco acerca de una relación de otro Gobernador: Plinio el Joven.

Tanto mayor era después la obligación de Pilatos de informar al Emperador, cuanto que se trataba de un acontecimiento cuyo protagonista era persona de linaje real, y por eso más sería de extrañar que Pilatos no hubiere enviado una relación sobre el acontecimiento mismo.

Alguien ha supuesto que estos *Acta Pilati* a los que se refie-

---

(1) Apología, XXI.
(2) Apología I, 35 — 48.

ren Justino y Tertuliano fueran una misma cosa con el *Evangelio*, apócrifo, de *Nicodemo*, del II siglo, que se intitula también *Acta Pilati;* pero es fácil objetar que Justino no habría podido invocar tan solemnemente en presencia de los Senadores romanos, que habrían estado en condiciones de desmentirlo sin más, *un libro extraño* y por añadidura apócrifo, no aceptado por la Iglesia moderna, libro, a saber, que por cierto no había podido tener para ellos ese valor de prueba, de prueba decisiva, que Justino ofrecía al contrario con su llamado a *actas oficiales y públicas* de un alto magistrado del Imperio, y por lo mismo autorizadas y no sospechosas.

Es por eso mucho más lógico creer con Jones que el Evangelio de Nicodemo haya narrado la crucifixión de Jesús, sacándola de documentos y Actas Oficiales del Estado y que por eso ha tomado, junto con el título genérico de Evangelio también el de *Actas de Pilatos* (1).

Suetonio. — Pasemos, ahora, a otro historiador romano, a Suetonio. De este historiador Milesbo sólo recuerda un pasaje — en la vida de Claudio — en el cual se refiere que dicho emperador *expulsó a los judíos que estaban en contínuo tumulto por instigación de Cresto,* y se pregunta (p. 26-27): si el Cresto de Suetonio era una misma persona que Jesús, ¿cómo podía haber sido arrojado de Roma si ya había sido crucificado en Judea, según Tácito, durante el gobierno de Tiberio?

La pregunta es ingenua y no puede invalidar el testimonio ya examinado de Tácito porque Suetonio habla de un hecho de Claudio y no de Nerón; de una expulsión de judíos, a consecuencia de un tumulto provocado por cierto Cresto, un personaje quizás judío de origen o por conversión — puédese comprobar en el Onomasticon de Vicente De Vit que este nombre de Cresto era aplicado a los libertos y a los libres de tres generaciones — a menos de aceptar como más segura la hipótesis que se hubiese tratado realmente de un tumulto provocado en el seno de la comunidad judaica de Roma por las primeras conversiones al Cristo, al *Chresto,* con el cual el escritor romano identificó el provocador (*propulsor*).

En efecto, justamente la crítica cristiana es la que hace observar que este *decreto de expulsión* de Claudio corresponde

---

(1) T. W. S. Jones, El Cristo de los Evangelios, V. L.

exactamente con la historia de las iglesias primitivas según los *Hechos de los Apóstoles* donde se refiere (XVIII, 1-2) que San Pablo "llegado a Corinto y hallado allí a cierto judío, llamado por nombre Aquila, Póntico de nacionalidad, *recién llegado de Italia* junto con Priscila su mujer (*pues que Claudio había ordenado que todos los judíos saliesen de Roma*) unióse a ellos", y de toda la narración resulta que Aquila y Priscila eran ya *creyentes cristianos* cuando desde Roma llegaron a Grecia y que no fueron de ninguna manera convertidos a consecuencia de su encuentro con el Apóstol.

Mas admitiendo también que se tratase de un *Cresto,* agitador y turbulento judío y no de *Cristo,* el Dios reconocido ya y adorado por algunos de la Colonia judaica si bien no hubiesen tomado aún el nombre distintivo de *Cristianos;* y descartado así como no probatorio este pasaje de Suetonio, no se tiene empero derecho de pasar en silencio otro que es fundamental en la cuestión y que documenta el pretendido apócrifo de Tácito.

Suetonio, sin extenderse en detalles, como lo hace Tácito, refiere también en la *Vida de Nerón,* al Cap. 16, que "fueron castigados con suplicio los *Cristianos,* raza de hombres de *una superstición nueva y maléfica*". De lo que resulta que Suetonio no tan sólo distinguía a los *Cristianos* de cualquiera otra secta, sino que establecía claramente que eran una *superstición nueva* cuya derivación, *Cristianos,* no podía absolutamente ser por etimología sino la misma referida ya por Tácito, es decir de Cristo.

Hemos recordado ya una tentativa última para atacar la autoridad testimonial de Tácito sobre la existencia histórica del Cristo, es decir la de hacer responsable al mismo Tácito de una amplificación de este pasaje de Suetonio. Pero aunque se quisiese admitir semejante versión, quedaría siempre una evidencia importantísima; es a saber que Tácito confirmaría la veracidad y autenticidad del pasaje de Suetonio, aún amplificándolo, y además completaría y aclararía el tal pasaje explicando que el nombre de *Cristianos* usado por Suetonio deriva de Cristo.

* * *

Plinio. — Pasemos, por fin, a Plinio el Joven, cuyo testimonio en favor del primer asentamiento de la Cristiandad en el seno del Paganismo y en favor de la existencia real del Cristo, es llamado por Milesbo (p. 27) con maravillosa soltura *absolu-*

tamente extraño a la cuestión porque a Plinio en su carta a Trajano *ocurre,* sólo por casualidad y desde el solo punto de vista etimológico, de nombrar una sola vez al Cristo como una divinidad cualquiera que era objeto del culto particular de los Cristianos.

En ese lugar no se trata de una alusión ocasional, fortuita — como quisiera hacerse creer a los sencillos; — se trata de una larga y circunstanciada relación que Plinio envía hacia el año 106 a Trajano desde las provincias del Ponto y de la Bitinia donde había sido enviado en calidad de gobernador, y toda ella exclusivamente dedicada a los *adoradores del Cristo* que tanto debían preocuparle no tan sólo desde el punto de vista político sino quizás más desde el religioso, porque había sido nombrado augur.

De este tenor Plinio (1) escribe a Trajano:

"....Yo no he asistido jamás al desarrollo del proceso contra los Cristianos; por lo que no sé verdaderamente a qué se refiere la inquisición que contra ellos se conduce, ni hasta qué punto deba extenderse el castigo.... ¿Débese perdonar a quién se arrepiente? O bien es inútil renunciar al *Cristianismo* toda vez que ha sido abrazado? *Es el solo nombre que se castiga* o bien los crímenes van inseparables con este nombre? Sin embargo he aquí la regla por mí seguida en las acusaciones que me fueron presentadas contra los *Cristianos*. Yo los he interrogado *si eran Cristianos*: los que así lo confesaron fueron interrogados por segunda y por tercera vez y los he amenazado con el suplicio. Cuando perseveraron yo los he condenado. Puesto que de cualquier naturaleza fuera lo que ellos confesaban, no podían dejarse sin castigo su desobediencia *y su invencible obstinación*. Hay otros en la misma secta a quienes reservé para enviarlos a Roma siendo como *son ciudadanos romanos*. Después llegando este crimen a difundirse, como ordinariamente sucede, viniéronse a descubrir otras cosas. Fuéme presentado un memorial anónimo en el que diversas personas eran acusadas de ser *Cristianos,* los que niegan por no haberlo sido nunca. En prueba de esto invocaron, en presencia mía, a los dioses y ofrecieron incienso y vino a tu imagen; además adelantáronse también en las imprecaciones contra el Cristo. A lo cual dícenme que jamás pueden ser inducidos los que son verdaderamente Cristianos. He creído, pues, que debía absolverlos.

---

(1) Plinio el Joven — Libro X, cartas 97 y 98.

"Otros denunciados por un delator confesaron al momento ser ellos *Cristianos;* pero en seguida lo negaron, declarando que en verdad lo *habían sido, pero que han cesado de serlo, los unos desde más de tres años, los otros de mayor número de años,* ALGUNOS DE MAS DE VEINTE AÑOS. Toda esta gente adoró tu imagen y las estatuas de los dioses. Todos cargaron a Cristo de maldiciones. Afirman que su delito consistía en estos tres puntos: En día prefijado reuníanse antes de que se levantara el sol y todos juntos cantaban himnos de alabanza a *Cristo* como si fuera un Dios; que tenían por costumbre reunirse para comer en común manjares inocentes; que se obligaban con juramento a no cometer hurto ni adulterio ni otro crimen alguno....

"He juzgado tanto más necesario inquirir la verdad con la fuerza de los tormentos en dos jóvenes esclavas que decían estar en el ministerio del culto. Yo empero descubrí en ello una malvada superstición llevada al exceso....

"El asunto paréceme digno de tu reflexión por el número de los que van envueltos en este peligro. Pues que gran cantidad de personas de todo grado, de todo sexo están y estarán siempre comprendidas en esta acusación. Este mal contagioso no tiene solamente infectadas las ciudades sino que se ha dilatado también por las villas y campiñas. Lo que hay de seguro es que los Templos que antes estaban casi desiertos son ahora frecuentados".

A esta carta con la que Plinio ofrece el más solemne testimonio de la existencia de los *Cristianos,* de los adoradores de *Cristo,* no de su tiempo tan sólo, *sino de hasta veinte años atrás,* es decir hacia el 80 de la e. v.; de la fe, firmeza, constancia de los creyentes hasta el sacrificio; de su alejamiento de aquellos pecados que él mismo enumera; de su costumbre de tener el servicio del culto *en un día preparado y de reunirse para tomar en común alimentos inocentes,* la comunión; del prodigioso propagarse de su religión en toda clase, grado, sexo y edad de personas, en ciudades, villas y campiñas: de la preocupación, en fin, levantada por el culto pagano, — a esta carta Trajano responde con otra, en la que, aprobando la conducta del Gobernador y añadiendo instrucciones, habla a su vez de los *Cristianos* contra los que debe iniciarse proceso, y como la acusación de *ser cristiano* pueda ser levantada.

Una y otra carta son documentos que no necesitan comen-

tarios porque cualquiera puede relevar la importancia que tienen para testimoniar solemnemente la existencia histórica, hacia fines del primer siglo y principios del segundo, de un Cristianismo que trae sus orígenes y su nombre del Cristo de cuya existencia real ya dieron fe Tácito y Josefo Hebreo; son documentos que bastan para dar el criterio exacto de la buena fe de los modernos descubridores de interpolaciones y falsificaciones y falsas interpretaciones de los historiadores.

CAPÍTULO III

Pretendidas pruebas contra la existencia del Cristo

"Las pruebas históricas que se tienen contra la existencia del Cristo, provienen de Judíos y de paganos no solamente, sino también y aun más de los Cristianos primitivos, más aún, hasta de algunos padres de la Iglesia" dice Milesbo (p. 29), y él mismo añade que eso *parecerá extraño,* pero ¡que se propone probarlo! y acude, para lograrlo, a Filón, a los Padres Focio, Eusebio, Orígenes y al Emperador Adriano.

Filón, dice Milesbo (p. 29), en su libro sobre los Terapéutas nos hace saber que éstos, dedicados al ascetismo, poseían libros religiosos y seguían las máximas de sus padres; pero por ser así que Eusebio confirma que esos libros eran el Evangelio y ciertos escritos de los Apóstoles y declara que los Terapeutas son los solitarios cristianos, Milesbo saca la consecuencia de que el cristianismo es muy anterior a Filón y a Cristo mismo. Y se avalora también de otra declaración en el mismo sentido traída por San Epifanio. Excluída así absolutamente la existencia de Jesús, no deja empero de reconocer que Filón no podía haber aludido a los actuales Evangelios que aparecieron mucho tiempo después de Jesús.

Para la exactitud débese observar que Eusebio no afirma en manera alguna lo que se le atribuye en forma tan categórica; no dice que Filón llama *Evangelios* los libros de los Terapeutas, sino que (1) "es verosimil que sean los mismos Evangelios y escritos de los Apóstoles y exposiciones de antiguos profetas *los que Filón llama comentarios de ciertos antiguos*".

En substancia, pues, Eusebio expresa una opinión suya personal de *probabilidad* e incurre junto con San Epifanio, en un error que la crítica ha rigurosamente atribuído a las preocupaciones apologéticas de su tesis. Ahora bien, ¿puede un error de apreciación atacar la historia y los hechos?

Cabe decir más acerca del filósofo judeo-alejandrino.

"Filón (Mil. p. 31) había escrito un tratado, un verdadero Evangelio sobre el Dios Bueno (Serapis) — libro que se ha

(1) *Hist. Eccl.* pars I, 1; II, 55.

perdido — cuyas alegorías debían ser tan semejantes a las de los Evangelios, aplicadas más tarde a Jesús, *que un falsificador Cristiano no tuvo reparos en hacer decir a Orígenes que* en su Evangelio sobre el Dios Bueno, *Filón había hablado también de Jesús sin escribir este nombre"*.

Sería difícil, imposible, imaginar más audaz mistificación y falsificación de la que forjó Milesbo en este punto; pues resulta de Orígenes:

1.° que JAMÁS FILÓN ESCRIBIÓ UN TRATADO SOBRE SERAPIS;

2.° que JAMÁS FILÓN ESCRIBIÓ UN TRATADO SOBRE EL DIOS BUENO;

esto resulta del elenco completo y exacto de sus obras que nos ha sido transmitido por Orígenes y por Eusebio, así de las conservadas como de las destruídas;

3.° que el libro sobre el *Dios Bueno* del que habla Orígenes y al que se refiere Milesbo existe; *pero no es de Filón, no habla palabra de Serapis,* ES DE NUMENIO PITAGÓRICO, filósofo griego que vivió hacia 150 d. d. C. y se ocupa, como Orígenes nos lo dice, *de reducir a alegorías los dichos de Moisés y de los Profetas,* y en el III libro *"refiere acerca de Jesús, callando el nombre, cierta historia sacada de esas alegorías"* (1);

4.° que este pasaje de Orígenes de ninguna manera es interpolado, porque no había necesidad de ello; es auténtico, genuíno por entero, porque es muy natural y lógico por parte de Orígenes el ver referida a Jesús, aunque sin nombrarlo, una historia que Numenio escribe más de cien años después de la muerte de Jesús mismo, sacándola de alegorías bíblicas y proféticas;

5.° que Orígenes en el libro V (p. 608) *Contra Celsum,* hace una alusión a un libro acerca de Serapis que *no es empero de Filón* al cual ni una sola vez se alude en todo el libro, sino de un anónimo posterior en un siglo a Filón y sobre el cual así precisamente se expresa:

"Por lo que a Serapis se refiere una historia larga y en sí misma algo contradictoria *ha salido van apenas unos días* por ciertos artificios de Tolomeo deseoso de nobilitar aquel Dios acerca de los Alejandrinos".

Y he ahí demostrado como se puede honestamente hilvanar un Evangelio, el intencional Protoevangelio de Filón sobre el Dios

---

(1) ORÍGENES, *Contra Celsum*, IV, 55, I, 15; V. 56.

Bueno que es Serapis pero que viceversa debe aludir al Cristo, para concluír que Filón es formidable prueba contra la existencia del Cristo mismo, ¡habiendo sido el fundador del Cristianismo aun sin haber nunca conocido ni nombrado a Jesús!!!

* * *

Milesbo llama en ayuda de su tesis sobre la existencia de Cristo a los mismos Padres de la Iglesia.

Focio, dice (p. 31) piensa que deriva de Filón el lenguaje alegórico de la Escritura y que del *proto-evangelio* (*!*) *de Filón que habría podido aplicarse también a Jesús substituyendo este nombre al de Serapis* (p. 42) *derivaron los evangelios posteriores.*

Después de lo que acabamos de examinar resulta superfluo demorarse a confutar esta nueva mistificación, porque es claro que Focio posterior a Filón, a Orígenes, a Numenio y que conoció y comentó en su mayoría todas las obras llegadas hasta su época (IX siglo) difícilmente podía decir lo que maliciosamente le ha atribuído Milesbo. Focio ha hablado tan sólo (1) *de opinar creer,* (*arbitror*) que el lenguaje alegórico puede provenir de las sagradas escrituras en la Iglesia del método mismo de comentarios, interpretaciones alegóricas, seguido por Filón acerca del A. T. Lo cual es natural pues que la Iglesia para el estudio más detallado y profundo del Antiguo Testamento no había podido hallar guía y modelo más completo que Filón.

Focio todavía, dice Milesbo, hablando sobre el libro de las *Disputas* de S. Clemente afirma que en este libro S. Clemente había dicho que el Verbo no se encarnó jamás (Mil. p. 33). Aquí se trata (2) seguramente de la opinión de Clemente Alejandrino, un ecléctico, más filósofo que teólogo, del II siglo, el cual empero habla de Jesús *no en el sentido de excluir absolutamente su existencia,* como lo quiere Milesbo, sino según determinado modo de ver, por el cual también el Hijo (Jesús) debe ser contado entre las cosas creadas, normalmente creadas.

* * *

Orígenes constituye también una de las bases de las pruebas patrísticas contra la existencia de Jesús para Milesbo (p. 33)

---

(1) Focio, *Bibl.* CV, 86 *bis.*
(2) Id. *ibid* CX, 89, *a.*

que dice hacernos saber Focio que Orígenes en sus *Principios* habla del Cristo según la fábula y que en cuanto a la encarnación opinaba que el mismo espíritu se halla en Moisés y en los demás profetas; de modo que Focio se escandaliza de ello y declara que en este libro Orígenes escribió muchas blasfemias.

Trátase aquí de la referencia de Focio (1) no ya a una obra de Orígenes sino *o un autor anónimo* que se había prefijado de descargar a Orígenes de las injustas acusaciones que le habían sido dirigidas. El anónimo cuenta en general quince acusaciones de falso levantadas contro Orígenes y *demuestra* — son palabras de Focio — *que son puras calumnias* (en el libro IV) *con argumentos sacados de sus escritos y que para confutarlos en el quinto libro trae a colación testimonios de otros*. Entre estas acusaciones al número 6 va indicada *la de que el alma de Cristo el Salvador no hubo de ser diferente de la del mismo Adán... Estas cosas rechaza como acusaciones contra un falso Orígenes y con mucho esfuerzo tiende a presentarse como hombre ortodoxo. Pero, oh buen hombre* (clama, contra el anónimo apologista, Focio adversario inconciliable de Orígenes) *no escapará a la condenación aquel que aunque no pueda ser declarado impío en todo y por todo, sin embargo es tenido por culpable de blasfemia manifiesta.*

¿Dónde está el lenguaje de Orígenes sobre el Cristo según la fábula, si aquí se trata de un testimonio en favor de la *ortodoxia de Orígenes* que Focio rehusa aceptar completamente?

Pero será útil referir alguna cita del mismo Orígenes para convencerse de si acogía o rechazaba la personalidad histórica del Cristo en cuyo homenaje — falsamente interpretando sus enseñanzas, como tuvo más tarde que reconocer, — ¡no titubeó en evirarse!

Orígenes, en el *Tratado de Resurrectione*, 37, escribe: "Ni a vosotros tampoco, o simples, la Resurrección del Señor os confunda, *por el hecho que mostró el costado y las manos,* estuvo por las orillas, anduvo por el camino junto con Cleofas *y dijo de estar en carne y huesos. Aquel cuerpo* es poderoso por otros privilegios, porque no ha nacido de semen de hombre. *Come después de la resurrección y bebe* y aparece vestido, se ofrece para ser *tocado* para dar prueba de su resurrección a los apóstoles dudosos".

---

(1) *Bibl.* Cod. CXVII.

Orígenes reprocha a Celso (1) el que éste sostuviese que Cristo pareció tan sólo sufrir pero que en realidad no ha sufrido.

"Poco falta — dice — entre decir que Cristo sufrió en apariencia y volver falso lo que es verdadero, es a saber la resurrección. Aquel, en efecto, *que realmente sufrió la muerte,* este se ha resucitado, resucitó de veras; pero no se puede decir que habría resucitado *aquel que sólo en apariencia hubiese muerto*".

"Ciertamente permanece ignorado que aquel que *naciendo tomó un cuerpo lo tomó de tal naturaleza que en él las penas y todo lo que acontece a todos los que de cuerpo andan revestidos pudiese verificarse*".

¡Vaya un modo de hablar del Cristo según la fábula!

* * *

Adriano emperador se halla finalmente invocado como último y más grave testimonio contra la existencia del Cristo porque habiendo ido a Alejandría en 131 dijo *que el Dios de los Cristianos era Serapis y que los devotos de Serapis eran los que se decían obispos de los Cristianos* (Mil. p. 35).

Adriano durante un viaje por Egipto escribió a Serviano una carta que nos ha sido conservada en la Historia Augusta de Vopisco. En esta carta dice en efecto que *los que adoran a Serapis son Cristianos;* pero complica terriblemente la noción de este Dios de los Cristianos añadiendo *que Judíos y Samaritanos,* arúspices, etc., adoran *todos a Serapis* y que ¡el patriarca mismo adora según algunos a Serapis, según otros a Cristo! ¿Qué valor probatorio puede tener un testimonio de este género según el cual los Judíos, que aborrecían toda especie de idolatria y culto extraño, y los Samaritanos, serían junto con los Cristianos, todos adoradores de Serapis? Trátase evidentemente de una sugestión sufrida a causa del ambiente egipcio que confundió en Adriano las ideas que sobre el Cristo demuestra poseer bien claras y distintas en otras circunstancias.

Hemos citado ya a Lampridio (2) el cual en su vida de Alejandro Severo dice que este quiso levantar un templo a Cristo y recibirle entre los Dioses lo cual, continúa Lampridio "*se dice que pensara hacer también Adriano* el cual había man-

(1) *Contra Celsum*, II, 402-408.
(2) *Vida de Alej. Sev.*, cap. 43.

dado que *se hicieran templos sin simulacros,* los que hoy, justamente porque no tienen simulacros, llámanse templos de Adriano, pero que *este había* sido impedido por todos aquellos que teniendo el cuidado (el gobierno) de las cosas sagradas, vislumbraban *que todos se habrían vuelto Cristianos si eso hubiese hecho, desertando los otros templos*".

Nótese, además, que la persecución de Adriano contra los Cristianos, adoradores de Cristo, y no contra los adoradores de Serapis, nos ha sido transmitida por la tradición que está después avolorada por una carta, que el mismo Adriano escribió a su procónsul de Asia, Minucio Fondano. En esta carta, citada por el contemporáneo San Justino, y reconocida genuína y auténtica por la crítica después de largo y vivo debate, autorízase a dicho procónsul en 124 o por ahí, *a llevar a cabo la persecución de los Cristianos con tal que las acusaciones sean halladas serias y positivas y no tan sólo vulgarmente calumniosas.*

Sabía, pues, bien Adriano lo que eran los Cristianos; distinguíalos y especificábalos en sus actos de gobierno; comprendía el valor del culto espiritual del Cristo al que habría querido dedicar templos exentos de ídolos, y desmentía por sí mismo las definiciones extrañas que había comunicado a Serviano confundiendo Cristianos con Egipcios y hasta Judíos con Egipcios a los que, ciento veinte años antes que él, los emperadores que le habían precedido habíanle enseñado a tener separados como religiones diversas, según lo atestigua, y lo hemos visto, Tácito.

Y de esta suerte Adriano desmiente no tan sólo a sí mismo, sino que además desmiente solemnemente a Milesbo que de su producción epistolar se ha querido servir como de una irresistible catapulta contra la existencia personal del Cristo.

CAPÍTULO IV

Documentación de la Arqueología y Epigrafía Cristianas

Podríamos citar otros testimonios de autores históricos, a quienes Milesbo parece ignorar, en favor de la existencia del Cristo, si después de lo que hemos expuesto no fuera del todo superfluo.

Tampoco nos parece necesario confutar las pretendidas pruebas contrarias que se han pretendido hallar en las herejías de los Gnósticos, Valentinianos, Saturnianos, Basileianos, Nicolaitas y otros racionalistas que pulularon en la primitiva cristiandad, *desde que ninguno de ellos osó poner en duda el hecho de la existencia histórica y personal del Cristo,* aunque cada cual tuviese vistas particulares acerca de la naturaleza substancial de la persona, del cuerpo del Cristo, es a saber si era realmente carnal, humano o bien espiritual o fantasmagórico; acerca de la naturaleza y esencia de su espíritu; acerca del alcance, valor y consecuencias de su obra mesiánica. Bástenos tan sólo relevar que todos estos primeros adversarios del cristianismo, sin excluír al famoso Celso citado por Milesbo, ofrecen el más poderoso argumento en sostén de la existencia histórica de Jesús con haber ellos renunciado a servirse contra el cristianismo de la única arma irresistible y destructora por excelencia, es decir, de la demostración y prueba de que fueron falsos sus orígenes e inexistente su fundador.

Creemos, al contrario, que no ha de ser superfluo, antes bien, ha de ser útil complemento de nuestro trabajo polémico exponer algunos resultados, solamente los muy principales, que nos ofrecen los monumentos y los epígrafes de la más remota cristiandad, con el lenguaje solemne del tiempo, de las cosas y de los hechos, para demostración irrefutable de que en los primeros dos siglos y a principios del tercero, para no ir más allá, los Cristianos y el cristianismo eran bien conocidos y eran distintos de cualquier otro rito, por la adoración profesada exclusivamente al Cristo crucificado y resucitado.

* * *

Numerosos son los epígrafes cristianos de los primeros si-

glos desde el III en adelante. Tenemos varios también del II siglo, de los que uno del año 107 (durante el consulado de Sura y Senecio), otro de 111 (consulado de Pisón y Bolano) hallados ambos por el arqueólogo Boldetti en el cementerio de Lucina sobre la *vía Ostiense*, como también un tercero de 168 (consulado de Asproniano y Paulo) (1). También del I siglo poseemos un notable fragmento de epígrafe cristiano del año 71 (consulado de Vespasiano) ilustrado por el célebre arqueólogo De Rossi. Pero además de estos epígrafes intervienen los testimonios de las catacumbas, de los cementerios cristianos, cuyas señales históricas establecen su fundación hacia fines del I y principios del II siglo.

Entre todos los documentos arqueológicos del cristianismo queda como el más interesante el famoso grafito de Pompeya.

Esta inscripción fué hallada en 1862 en Pompeya cerca del Templo de Isis en una gran sala de un palacio que parecía ser *una taberna*, y está trazada con carbón. Ocupáronse de ella varios críticos. Minervini tomó el *fac-simile* del grafito que publicó.

Sobre la pared se hallaba la inscripción AUD HRISTIAN que De Rossi interpretó *audite christianos*. Y como debajo está la palabra *Olores* (cisnes) creyóse que fuesen las últimas palabras pronunciadas por Cristianos antes de ir al suplicio. Una segunda inscripción de otra pared dice: "Mulus hic Musellas docuit" es a saber un mulo que aleccionó a las ratas. Una tercera: "Mendax veraci ubique salutem" y aun "Mendax veraci salutem" a saber: *El mentiroso al veraz de cualquier lugar, salud.*

Fué este un descubrimiento importantísimo porque es el más antiguo testimonio de un pagano que escribiendo el nombre *cristianos* evidentemente los conocía y los tomaba a burla. Y esto acontece en Pompeya, destruída y sepultada bajo las cenizas en 79 d. d. C.

En la cripta del cementerio cristiano de Lucina fué descubierta una inscripción de mediados del II siglo con el nombre de *Pomponios Grekeinos* que recuerda sin duda una sobrina de Pomponia Grecina que la tradición dice convertida al Cristianismo. En efecto, Tácito en sus Anales (XII, 3, 2) habla de una "Pomponia Grecina, dama ilustre, mujer de Plaucio, *quere-*

(1) Ver la gran colección de epígrafes cristianos de De Rossi.

llada por herejía, que fué por ello entregada al juicio del marido el cual la examinó de su vida y de su honra declarándola inocente". Tácito añade que tuvo religión (cultu) lúgubre, ánimo siempre triste y llevó mucho tiempo gramallas.

Tácito además (Hist. I, 3) narra que Flavio Clemente (primo de Domiciano) el cual era piadoso, pacífico y tenía horror a la sangre, arrestado en el año 95 durante su consulado, fué puesto a muerte por Domiciano por una insignificante sospecha. Su mujer Flavia Domitila, prima también de Domiciano, fué relegada a la Isla Pandataria. Dión Casio (1) confirmó el hecho y explicó que ambos habían *entrado en las costumbres de los Judíos e imputados de ateísmo* juntos con muchos más. Muchos fueron mandados a muerte y los demás despojados de sus bienes. La acusación de ateísmo, que Suetonio define también como *ateísmo y costumbres extranjeras,* resolvíase en la adversión a la idolatría, a los sacrificios y por lo mismo, es claro, al Cristianismo; porque sabíase bien que los Judíos tenían en Jerusalén templos y altares y sacrificios cruentos y ofrecimientos incruentos y perfumes.

La época de estos acontecimientos era a fines del I siglo. Pero he aquí que a principios del II, después de la muerte de Domiciano, los Cristianos adoptan para local de su culto las ahora llamadas: *Catacumbas de Santa Domitila* y que, según inscripciones consulares de la época, resultan haber sido el sepulcro de esta mujer cristiana de la Casa imperial y de su familia en el primer siglo.

El arqueólogo Horacio Marucchi (2) ocupándose de las coincidencias de las Escrituras con los descubrimientos histórico-arqueológicos, se detiene sobre el nombre de *Ampliato* que San Pablo mandó saludar en Roma (Rom. XVI, 8) llamándole *amado suyo en el Señor.* Marucchi nota que el nombre de Amplias, o Ampliato, se lee en una capilla de dicho cementerio de Domitila. Ese nombre estando solo, no acompañado de ningún otro, desde el momento que no era costumbre de los ciudadanos y especialmente de los patricios romanos el ser designados por un solo nombre, pertenecía indudablemente a un esclavo, a un siervo cristiano, cuyo cuerpo fué depositado en la capilla gentilicia por la piedad de los propios amos y por devoción hacia San Pablo,

(1) *Epítome de Sifilino. — Vida de Domiciano,* L. VII.
(2) *Elementos de arqueología cristiana,* capítulo 15.

quien resultaba honrado así en la honra hecha a su dilecto discípulo.

Dión Casio entre los mártires de la persecución domiciana cuenta a *Acilius Glabrio,* cónsul en 91 junto con Trajano. Pues bien, no deja dudas su fe cristiana después del descubrimiento hecho en el cementerio cristiano de Santa Priscilla de un vasto hipogeo que contenía unas quince inscripciones latinas y griegas que recuerdan a los *Acilii Glabriones*. El arqueólogo Marucchi llega hasta a preguntarse si el fundador de este cementerio que hoy se llama de Santa Priscilla no había sido precisamente Acilio Glabrio.

En fin para no difundirnos más allá de lo necesario, cerramos este rápido examen de las antigüedades arqueológicas cristianas con el célebre *grafito del Palatino,* descubierto no ha muchos años atrás en el palacio contemporáneo a Alejandro Severo y ahora custodiado en el Museo Kirkeriano de Roma. Este grafito representa un hombre con cabeza de asno suspendido de una cruz. Otra figura de hombre más abajo está en acto de adoración y cerca se lee la inscripción: *"Alexamenes adora a su Dios"*.

Este grafito es testimonio de la persecución ordenada contra los cristianos y del desprecio en que eran tenidos bajo los Severos. En efecto el historiador Esparciano nos refiere que durante cierto viaje a Palestina (año de 202), Septimio Severo promulgó edictos contra Cristianos y Judíos juntos, luego a los Judíos, que no le daban recelo, los dejó en paz; mientras otros y graves edictos fueron promulgados contra los Cristianos.

Después de lo que hemos expuesto con severo criterio de historia y de crítica, debemos añadir que hubiésemos podido ampliar nuestra documentación, mas nos hemos limitado a citar lo más frecuentemente una sola fuente o un solo autor, pasando sobre los demás, porque habría sido evidentemente superfluo hacer más.

Empero el examen concienzudo y desapasionado de los documentos históricos y especialmente de los monumentos arqueológicos y epigráficos hecho aquí en tan breves límites, es bien suficiente para refutar a quien sin sentimiento de respeto hacia la verdad de la misma historia profana y para los testimonios de la misma, que aun viven en las páginas de las respectivas historias, Biografías y Anales, ha osado aun hoy afirmar que *¡al Cristo de los Evangelios, la historia no lo ha conocido jamás!*

PARTE SEGUNDA

EL CRISTO EN LA BIBLIA

CAPÍTULO I

Valor probatorio de la Biblia — El Antiguo Testamento — El Pentateuco

Un concienzudo y riguroso examen crítico de autores clásicos, profanos y cristianos del I y II siglo, conduce a la demostración irrefutable de que Jesu-Cristo, *crucificado por Poncio Pilatos, reinando Tiberio,* según la expresión de Tácito, ha sido un personaje real e histórico y que el Cristianismo tuvo nombre y orígen exclusivamente de él. Es cierto, sin embargo, que en los Evangelios, y en las Epístolas, en los libros de los discípulos y Apóstoles, contemporáneos y testigos de Jesu-Cristo; en su obra fecunda de propaganda y de proselitismo, pueden el creyente y el estudioso honesto y desapasionado, hallar la completa, detallada, última prueba, así de la existencia histórica y personal como del ministerio mesiánico de Jesús y de todas sus divinas consecuencias.

Los críticos adversos al cristianismo han tentado atacar la autenticidad de esta suprema fuente de pruebas y Milesbo, último en la liza, en la dichosa ilusión de haber demostrado que Jesús no es persona histórica (Mil. p. 43), ha querido sostener que "la Biblia, tampoco la Biblia, *la única fuente que habla de él,* puede proporcionar la prueba de que haya alguna vez existido; y que ANTES BIEN TODA LA BIBLIA ES DE PUNTA A CABO UNA CONFIRMACIÓN DE ESTA VERDAD: QUE JESU-CRISTO NUNCA HA EXISTIDO" (Mil. p. 49). Empéñase en probar que hasta por *el examen superficial* de aquella parte de la Biblia — el Nuevo Testamento que se ocupa de Jesús, resulta la fisionomía no de un hombre, sino de un Dios. Y para llegar a esta consecuencia "promete sacar del Evangelio, de los Actos y de las Epístolas tanto cuanto bastará para probar la inconsistencia histórica de Jesu-Cristo" (pág. 50) y de "ver que *la Biblia antes bien que probar lo que ella relata, necesita ser probada ella misma*" (pág. 51).

¿Alcanzó en realidad Milesbo esta prueba? ¿Es ella consecuencia sincera de un examen concienzudo y desapasionado, llevado con esa escrupulosidad de método científico e histórico que ya hemos demostrado haberle completamente fallado en su tesis sobre las pretendidas razones de la historia y sobre la pretendida inexistencia de documentos profanos acerca de la vida personal y real de Cristo, o bien es ella, a su vez, una audaz mistificación que descansa tan sólo en la adulteración, en la coartación de la verdad?

Es lo que nos proponemos estudiar y presentar al sereno e imparcial juicio de cuantos muestran interesarse en el gran problema de vida ética y espiritual cuyos términos son el Cristo y la Biblia.

* * *

Biblia, es decir *los libros,* Biblia, *el libro de los libros,* es el libro por excelencia, el faro resplandeciente al que — en las tempestades y en los naufragios de la vida — dirigió primeramente por espacio de catorce siglos las miradas y las proas el pueblo de Israel; al que dirigió después y dirige ahora las miradas el pueblo de Cristo.

¡Biblia! Es el monumento más maravilloso y glorioso de la humana literatura al cual acudieron estupefactos, sabios y legistas, poetas e historiadores, filósofos y moralistas de todo tiempo, confesando unánimes que jamás pluma de hombre supo y pudo, nunca sabrá ni podrá alcanzar sus sublimes alturas de pensamiento y de palabra, sus soberbias e inagotables riquezas de contenido y de forma.

Contra la Biblia se levanta ahora orgulloso Milesbo y sentencia: "En cuanto al Antiguo Testamento *basta señalar* que es tan poco verídico y autorizado que ha legitimado la hipótesis que remonta apenas a algunos siglos antes de la época asignada al nacimiento del Cristianismo". Y añade que "el señor Maurice Vernés ha *dejado establecido* que los libros del A. T. son por lo general hechura Sacerdotal y profética, y que todo lo que ahí se cuenta no tiene carácter histórico, sino simbólico y teológico, y que si este es el resultado de la exégesis bíblica del A. T. lógico es en consecuencia que se aplique también al Nuevo Testamento *en cuanto este se basa en aquel*" (Mil. p. 51).

De este modo el crítico en dos palabras de juicio sumario sin un solo renglón de prueba y con la apresurada y no meditada cita de un crítico cualquiera, pretende haber demolido y puesto fuera de discusión el Antiguo Testamento, que él mismo declara *base y fundamento* del Nuevo, y haber sido sacudida y destruída la autenticidad de este último.

Es por esto absolutamente necesario en este nuestro estudio acerca del valor probatorio de la Biblia sobre la existencia histórica del Cristo, buscar y establecer primero *la autenticidad del Antiguo Testamento* con todos los elementos que nos son proporcionados por la ciencia, por la arqueología egipcia y asiria y por la historia profana.

* * *

Doscientos y más años antes de Cristo — algunos historiadores judíos pretenden haya sido mucho antes aún, y algunos hasta 500 años — apareció en el mundo pagano una versión de los libros del A. T. llamada *"la versión de los Setenta"* a causa de una tradición según la cual habría sido llevada a cabo en Alejandría por setenta doctores judíos y en setenta días. Fué hecha para comodidad de los judíos esparcidos por todo el mundo, en lengua griega o, para hablar más exactamente en aquel *dialecto helenístico* — fusión de los varios dialectos griegos (*dórico, jónico, ático y macedónico*) que se verificó a raíz de las conquistas de Filipo y de Alejandro — dialecto helenístico en que más tarde debían escribir Filón, tres de los Evangelistas, Pablo y casi todos los demás Apóstoles y en fin los traductores de las porciones del N. T. escritas originariamente en aramáico y conocido por la casi universalidad de los gentiles.

El texto original de los libros del A. T. era el que el pueblo hebreo poseía desde los tiempos de Esdras, el cual, después de la cautividad de Judá en Babilonia vuelto con su pueblo a la patria a favor de un decreto de Ciro (Darío el Grande de la historia profana), quiso instaurar el estudio de las escrituras, ya abandonado a causa de las calamidades que desde más de un siglo mortificaban a la nación.

¿Remonta, pues, el A. T. a Esdras, y no más allá, se ha preguntado el historiador y el crítico, es decir a solos cinco siglos antes de Cristo?

Una primer respuesta negativa y decisiva, especialmente porque es *histórica,* nos es proporcionada por la preexistencia dos veces secular del *Pentateuco samaritano* a la edición nueva (llamémosla así), hecha por Esdras y a los demás libros proféticos e históricos.

Sabido es que después de la muerte de Salomón sólo las dos tribus de Judá y de Benjamín junto a la tribu y casta sacerdotal de Leví, quedaron fieles a los reyes legítimos descendientes de aquél; y que las otras diez tribus se constituyeron al rededor del usurpador, el Rey Jeroboán, y a sus descendientes, bajo el nombre que les quedó después exclusivamente de *Reino de Israel.*

Arrastrado el pueblo de este reino de Israel en cautividad por el asirio Salmanasar (700 años A. C.) y confundidos los habitantes quedados en la patria con los pueblos asirios y babilonios enviados allí para impedir la ruina agrícola de la Palestina a causa de la insuficiencia de habitantes, tuvo de esa manera origen un nuevo pueblo en medio del cual volvió a arraigar y continuó floreciendo la religión mosáica, aunque alterada por elementos idolátricos de los invasores.

Doscientos años después, vuelto el pueblo hermano del reino de Judá de su cautiverio de Babilonia, los Samaritanos, que así se llamaban ya los habitantes del reino de Israel, desearon participar en la reedificación del Templo de Jerusalén, símbolo y paladio de la unidad nacional para todos los descendientes de Jacob. Pero habiéndose opuesto a ello los Judíos, por el desprecio en que los Samaritanos habían caído a causa de su corrupción idolátrica, estos se separaron para siempre del pueblo de Judá moralmente y como nación, y para distinguirse de él lo más radicalmente posible repudiaron todos los libros históricos y proféticos que más ligados estaban a la historia del reino de Judá y se guardaron solo el *Pentateuco.*

Alguien hubo de sostener, al contrario, que fué este introducido por un sacerdote de nombre Manasés, el cual unos siglos más tarde de dichos acontecimientos levantó sobre el monte Gherazim un templo en contraposición al de Jerusalén.

Empero la crítica ha podido establecer la precedencia histórica del Pentateuco samaritano porque mientras resulta substancialmente idéntico al judáico por el contenido y por la repartición, difiere, al contrario, de él por la lengua en que está escrito, primitivamente hebráica, despojada de los caldeísmos que super-

abundan, al contrario en los escritos posteriores, y por la forma de las letras antiquísima que se acerca a la de los caracteres fenicios. Y fué por esta razón que los Setenta prefirieron en su versión valerse del texto samaritano más bien que del de Esdras.

Y hay además que tener en cuenta, como bien lo observaba el Prof. Vittorio Bani (1), las referencias a lugares ya no frecuentados en la época del destierro, a ciudades desaparecidas, a descripciones topográficas que habían resultado bien difíciles, para quien vivía tantos siglos después.

El espíritu que anima el Pentateuco y la Ley, las necesidades políticas y sociales y de conquista a las que responde — sobre todo la ley de entredicho — la forma de diario en que están redactados el Exodo, los Números y el Deuteronomio; estas y otras circunstancias en sí demuestran la contemporaneidad de la redacción del Pentateuco con la conquista de la Palestina, la autenticidad del Pentateuco y su autor en Moisés, no en otros sino en Moisés.

Reflexiónese también en la imposibilidad por parte de Esdras de organizar, bajo la influencia y en las preocupaciones del cautiverio, todo un edificio literario e histórico que habría requerido en él el profundo conocimiento y experiencia de la historia, de usos, de costumbres, de circunstancias de la vida e historia y civilización egipcias, que no podía absolutamente poseer; mientras en cambio debían estar plenamente a noticia de Moisés, criado y educado en Egipto.

El *Génesis* en particular ha sido definido — entre otros por Mauricio Vernés (2) — como obra de manos diferentes por usarse ahí alternativamente los nombres de *Elohim* (Dios), más antiguo, y *Jahveh* (Jehová, el Señor, el Eterno) más reciente, y también usados los dos nombres juntos; y se creyó establecer la época de su redacción entre el VIII y el VII siglo A. C., época profética en que se pretende que fuese más generalmente adaptado el nombre de Jahveh.

Así Vernés y los otros críticos concordes en esta hipótesis, admitirían que el *Génesis* es por lo menos anterior a Esdras de dos buenos siglos y no es hechura de Esdras.

---

(1) *Bibel und Babel.* Confutación de Delitzsch.
(2) LICHTENBERGER. *Encyclopédie des Religions.*

Pero la composición del libro del *Génesis* y el uso alternativo de diferentes designaciones del nombre de Dios se explica fácilmente si se admite que Moisés no hizo más que reunir tradiciones y documentos antiguos de la familia hebráica hasta Abraham, es decir de una época en que el arte de la escritura estaba ya muy desarrollado en Fenicia y en Caldea, de la que era originaria; documentos llegados por escrito a Abraham de los patriarcas a él inmediatamente precedentes; tradiciones conservadas exactas y fieles en el seno de familias y tribus en las que el patriarca jefe convivía por no breve período de años junto con los nietos y bisnietos.

Sin el subsidio de semejantes documentos y tradiciones habría sido imposible a quienquiera en una época posterior de varios siglos y en un ambiente histórico y social totalmente diferente, crear un libro, una historia tan orgánica, genealógica y cronológicamente llevada como resulta del libro del Génesis.

No se olvide además que en el décimo-octavo año de Josías Rey de Judá, dos siglos antes de Esdras, el sumo Sacerdote Helcias había hallado en el templo el *Libro de la Ley* (II Reyes XXII) a consecuencia de lo cual quedó abolida la idolatría y restablecido el uso de las ceremonias y fiestas judáicas; y reflexiónese por lo tanto que para juzgar a Esdras como autor del Pentateuco menester sería juzgar también fantástico el *Libro de los Reyes* que nos habla dos siglos antes que él de los *libros de Moisés*.

Pero veremos enseguida como la autenticidad del Pentateuco queda demostrada con el Pentateuco mismo y con los libros sagrados sucesivos, especialmente los proféticos (1).

Hasta los críticos más severos se ven obligados a admitir que Moisés ha escrito y compuesto un libro; Smith le atribuye *los Mandamientos;* otros las *leyes del Levítico* y los *Cánticos*.

Pero el mismo Pentateuco consigna que Moisés escribió personalmente *el libro del pacto* (Ex. XXIV, 37; XX, 2-14, 21-23); la *lista de los campamentos* en el desierto (Números XXXIII, 2-49); *la Ley del Deuteronomio* (Deut., XXXI, 9-11, 24-26); y por fin la *guerra contra Amalek* (Ex. XVII, 14).

Pues bien, estos pasajes constituyen una vehemente prueba

---

(1) Véase también a F. Vigouroux: *Les livres saintes et la critique racionaliste.*

de que Moisés es el autor de la entera colección, a lo menos en sus partes fundamentales, y tanto más es así cuanto que su contenido requería un autor que poseyera justamente las cualidades específicas demostradas por Moisés. Así por ejemplo el cuidado en la *Egiptología* del Pentateuco, confirmada contínuamente por los modernos descubrimientos, el minucioso *conocimiento de las costumbres sociales y religiosas de los Egipcios, de los ritos y del ceremonial de la corte faraónica*, etc., son tan evidentes que solamente un egipcio habría podido en tal manera precisarlas.

De igual modo la *vida en el desierto* está tan exactamente descrita en el Exodo y en los Números, que solamente una persona a la que hubiese sido muy familiar la península del Sinaí podía haberlo hecho de aquel modo. Y esta familiaridad Moisés habíala adquirido en 40 años de vida apacentando los rebaños de su suegro, el gran sacerdote de Madián.

En tiempo de los *jueces* y de Samuel (1100 A. C.) existen abundantes signos de que la ley de Moisés formaba la base de la vida religiosa, civil y política de la nación.

Pasando a los tiempos de David (1056 A. C.) fácil es hallar la existencia e influencia de los libros sagrados, especialmente del Pentateuco. Tómese aun solamente aquellos entre los *salmos* que son admitidos como obra del Rey Pastor y no sería difícil demostrar que no solamentes ellos *presuponen siempre y doquiera el sistema levítico entero* (XX, XXVII, XL, L, LI) sino que hacen alusión a las *historias del Exodo* y a la *Legislación sinaítica* (Salm. IV, 6, con Núm. VI, 26; — Salm. XV, 5 con Ex. XXII, 25, XXIII, 8, Lev. XV, 36, Deut. XVI, 19; — Salm. XVI, 4 con Ex. XXIII, 13; — Salm. XVI, 56 con Deut. XXXII, 9; Salm. XVII, 8 con Deut. XXXII, 10, etc.); y hacen alusión hasta a incidentes de la *historia patriarcal y primitiva* (Salm. I, 3 con Gén. I, 26, 28; — Salm. IX, 12 con Gén. IX, 5; Salm. 110, 4 con Gén. XIV, 18).

Verdaderamente todo el libro de los Salmos por entero es un fruto precioso de la vida religiosa de Israel bajo la Ley; y para ser enteramente comprendido, requiere precisamente una historia nacional y un sistema eclesiástico como se nos presentan en los libros del Pentateuco.

También los *libros proféticos* (además de los históricos) dan testimonio de la existencia y autoridad del Pentateuco todo entero, y propiamente la dan *los profetas anteriores al destierro babiló-*

nico y hasta los anteriores al reinado de Josías, durante el cual fueron hallados los libros extraviados en el precedente interregno idolátrico.

Joel VIII siglo A. C., (II, 3) menciona el *Edén* (Gén. II, 8, XIII, 10);

Amós (II, 8) la *ley de las prendas* (Ex. XXII, 26); *los 40 años del desierto* (V, 25); *la ruina de Sodoma* (IX, 11); *el origen de los Filisteos* (IV, 7);

Oseas, *el éxodo de Israel* (II, 14, 15 — IX, 3, 10; XI, 1, 5, 11; XII, 10, 14; XIII, 4, 5 — *el tiempo de los jueces* (X, 9) — *la ruina de Sodoma* (XI, 8) — *la historia de Jacob* (XII, 4, 5, 13);

En el VII siglo A. C. siempre, Isaías recuerda *la ruina de Sodoma* (I, 9-10); el *pasaje del mar rojo* (X, 26), el *éxodo de Israel* (XI, 16, XII, 2, XLIII, 29, XLVIII, 21, LII, 4, LXIII, 7); el *diluvio noético* (LIV, 9); la *historia de Abraham* (LI, 1 2);

Miqueas, en fin, recuerda el país de Nemrod (V, 6), *Moisés, Aarón y María* (VI, 4), *los Milagros de Egipto* (VII, 15) *los patriarcas* (VII, 20) etc.

Joel, entre estos mencionados profetas es el más antiguo y por ellos todos es citado.

Nótese, ahora, que la caída de Jerusalén y el cautiverio de Babilonia acontecieron seis siglos antes de Cristo, es decir *más de dos siglos* después de Joel (870 A. C.) y por lo tanto Esdras habría debido pensar también en llevar a la escena todas las escrituras proféticas y todas las referencias relevadas, con el fin de acreditar un libro ¡que sólo en su fantasía había existido!

Este examen se convierte, pues, en una nueva y capital prueba de la autenticidad de todas las escrituras anteriores a Esdras, — además de la del Pentateuco que ha sido controleada y demostrada a su vez por la preexistencia dos veces secular de la edición samaritana — a menos, repetimos, de admitir que sean de hechura sacerdotal y de Esdras todos los libros sucesivos al Pentateuco, históricos, didácticos, proféticos, salmísticos; y de admitir como posible esta completa, detallada y perfecta construcción de todo el organismo civil, religioso, político y nacional, tan complejo, característico, exclusivo y distintivo de cualquier otro pueblo o raza, que va desde Moisés a Esdras; es decir del XIV al V siglo A. C., por un período de unos nueve siglos.

En fin el rechazo por los Samaritanos de todos estos otros

libros pero no la desconfesión de su veracidad, concurren a completar la demostración de la autenticidad de todo el A. T. como nos fué transmitido por el Canon, por la Versión de los LXX, por el testimonio de los *Targums* (o paráfrasis del A. T.) escritos hasta un siglo antes de J. C. y por las traducciones hechas en lenguas y épocas diversas (especialmente la llamada *Peshito,* o fiel, en lengua siríaca, que data entre el I y II siglo después de J. C.) y que fueron halladas todas conformes a los más antiguos textos.

CAPÍTULO II

Moisés, Manú, Sargon I, Hammurabi

Relevamos a este punto que Milesbo, con palabras de Jacolliot (en *Verdaderos Orígenes de la Biblia*) esfuérzase en demostrar que las instituciones del Antiguo Testamento, como antes las egipcias, *son copia de las de la India,* de la misma manera que tanto el legislador Menes del Egipto, como el Moisés de los Hebreos y el Minos de los Griegos, *son una derivación del legislador indio Manú,* y aun añade una nota crítica de Malvert, según la cual Moisés es el nombre del dios solar Manú; luego sentencia que la asiriología puso en claro que la historia de Moisés ha sido en parte copiada de la del acadiano Rey Sargon mil y pico años antes de Moisés, para hacer resultar que aun el mismo legislador de la Biblia es una copia de antiguas mitologías, y no es personaje histórico (Mil. páginas 147, 148, 149). Por último (a página 150) basándose en el tan discutido asiriólogo Federico Delizsch (*Bibel und Babel*) afirma que *el Decálogo de Moisés está copiado de una colección de leyes del rey babiloniense Hammurabi, anterior en ocho siglos a la época del pretendido Moisés,* y que los libros de éste no son por lo tanto originales.

* * *

Menes, Minos, Moisés ¿son verdadera derivación del personaje legendario y del nombre mismo del indio Manú?

Menés (1) (llamado también Men, Menis, Meinis, Meneves) y que se traduce *estable, eterno,* el rey que primero ha legislado en Egipto, fundador de Menfis, parece haber reinado 44 *siglos a. C.* durante un período de 66 años; pero no quedan de él monumentos contemporáneos. Sólo se sabe con precisión que era por los Egipcios tenido como responsable de haber introducido la corrupción y el lujo en la corte abandonando la vida simple y sobria de un tiempo. Por eso su nombre es recordado con infamia en una piedra descubierta en Heliópolis.

---

(1) Ver V. Brugsh: *Hist. Egipt.*

Minos es personaje aun más mitológico, supuesto por algunos *hijo de Júpiter y de Europa* y contemporáneamente rey de Grecia y del Infierno. Su orígen se pierde *en la noche de los tiempos* entre la fábula y la historia, de modo que los mitólogos concluyen, también sobre el testimonio de Aristóteles y Tucídides, quienes le reconocen expediciones y una potencia marítima, que pudo haber realmente existido *sin, empero, poder precisar la época.* Su nombre es en realidad por algunos, derivado de la raíz sánscrita *Man,* es decir *el hombre por excelencia.*

Manú es el patriarca indio tenido por autor del Código (de las instrucciones y leyes sociales y morales) considerado aún más sagrado que los mismos Vedas (1). Este código *créese compilado por Manú* 1200 *años* a. C. Sir G. Jones dice que "el Código Manú contiene una multitud de cosas muy curiosas y de suma importancia tanto para los legisladores especulativos como para los aficionados a antigüedades, además de muchas otras bellezas y muchos defectos que no se pueden justificar ni ocultar: *es un sistema de despotismo y de fraude sacerdotal* ambos limitados, es verdad, a la ley, pero diestramente combinados como para sostenerse recíprocamente".

El Código fué reducido a la forma actual en el SIGLO IX A. C. como lo demuestra la mezcla de primitivo y civilizado que en él se halla, y leyes que denuncian *progreso social* junto con bárbaras disposiciones penales. Hay además gran variedad de estilo porque es elaborado y compilado por diferentes personas cuya multiplicidad explica también *las contradicciones entre leyes que quisieran compendiar en un organismo único las costumbres y las tradiciones de varias escuelas, de varias familias, de varias poblaciones indias.*

En la obra es el mismo Manú que se presenta en trono para relatar a los sabios que le rodean, como en los orígenes del Universo "Brahma produjo de la boca, de los brazos, de la pierna y del pie las cuatro castas de la población indú *y que luego habiendo dividido el propio cuerpo en dos llegó a ser macho y hembra; que de la unión de estos dos nuevos seres engendró a Vivages quien, a su vez, produjo de sí mismo a Manú creador del Universo*".

---

(1) Ver BOCCARDO: *Enc. Univ.* — P. JONES: *Traducción del Código de Manú.* — ANG. DE GUBERNATIS: *Encicl. Ind.*

El lector habrá notado en seguida la imposibilidad de que el egipcio Menes (44 siglos a. C.) y la incertidumbre de que el mítico Minos (anterior a la leyenda misma de Troya contemporánea, a su vez, a la época asignada al libro de Manú) sean una derivación del *legislador y dios, creador del Universo de los hindúes*.

Hacer, después, derivar de él la persona y el nombre (no hablamos siquiera del sistema religioso, social y nacional) de *Moisés* es el absurdo de los absurdos.

Manú es indudablemente derivación del sánscrito *man*, el hombre: *Moisés*, al contrario, (en hebreo Moschéh) significa (*sacado del agua*):

En copto, es decir la lengua que es al egipcio antiguo lo que el griego moderno al clásico, moschèh llega a ser, como en lenguas europeas, *mouse* por la misma etimología copta, de *mo*, agua, y *use*, salvado. Es esta además la etimología que dan también Filón y Josefo Flavio (1).

Manú es un dios, producto de un mito extraño y fantástico como todos los que se refieren al dios Brahma del que trae existencia; y su Código *no remonta más allá del XII siglo a. C*.

Moisés, al contrario, no es dios, no es hijo de dioses, como Minos y Manú; es un hombre con defectos físicos, por ejemplo: el de la palabra (de modo que ocurre que su hermano Aarón intervenga por él cuando hay necesidad de hablar en público), con debilidades de temperamento y de carácter.

La época de su existencia no es insegura, no es nebulosa; se halla claramente fijada por la Biblia en la época histórica del éxodo de Israel de Egipto durante el Faraón que la historia ha precisado bajo el nombre de Manepta II en el siglo XV a C., es decir tres siglos antes de la época asignada como más antigua al código de Manú.

Los libros de Moisés no solamente llevan su nombre sino que conservan huella y caracteres de que en gran parte fueron escritos por él, y de que todo el sistema histórico, social y religioso de la Ley es compilación suya.

* * *

(1) Ver PHIL. SCHAFF: *Diccionario de la Biblia*. GESENIO: *Diccionario hebreo*.

Verdad es que a Moisés precede en varias siglos la leyenda de Sargon I Rey de Accad cuyas vicisitudes de la infancia parecen semejantes a las suyas. Pero eso no puede ser suficiente para deducir que todo lo restante de la vida y de la obra histórica y política de Moisés pueda ser una reproducción de hechos y de leyendas de personajes míticos; y mucho menos del indio que vivió en opinión de los críticos, ¡no menos de tres siglos después!

Hay un texto de Sargon I (1) el cual sobre una piedra grabada relata "que no conoció a su padre, que nació secretamente en la ciudad de Atzupirani, que su madre lo puso en una cesta de mimbres embetunada y luego lo abandonó sobre el Eufrates; que éste lo llevó a la morada de Aki (el que lleva agua) el cual lo crió como hijo propio y luego lo colocó como jardinero; y que por fin la diosa hízolo prosperar y años después llegó a ser Rey".

Pues, no sería muy extraño que este poético relato, que hallamos también reproducido entre los pueblos latinos para los fundadores de Roma, pudiera ser conocido por la madre de Moisés y que ésta, persuadida por ese recuerdo y por la circunstancia que Faraón para impedir el aumento amenazador de la población hebrea había ordenado que se ahogaran los varones nacidos a los judíos, hubiese seguido el mismo proceder. Pero hay que notar también que ella *no abandona* al niño a las aguas del Nilo, sino que *lo hace depositar a la orilla*, al seguro entre los juncales y bajo la vigilancia de la hija mayor y en lugar que sabía frecuentado por la Corte.

Josefo hebreo (*Antigüedades Judaicas*) dice que la hija del Rey de la persecución, Ramses II (Sesostris de los Griegos) que se llamaba Termuthis, recogió e hizo educar a Moisés.

Ebers (1) recuerda una inscripción que parece indicar Tanis (Zan, en la Biblia), sobre el Nilo, como el lugar en que residía Ramses.

Según esa costumbre de la Corte, la familia acompañaba siempre al monarca; y se explica la presencia de su hija en las orillas del Nilo a donde la llevaba el rito de las abluciones y baños sagrados.

*
* *

(1) Smith: *Génesis caldaica*, p. 299.
(2) Ebers: *Egipto antiguo y moderno.*

Demostrada la ninguna relación de la historia de Moisés con la tradición de Sargon I y absurda su derivación de un personaje y de un mito *organizados varios siglos antes que él,* queda siempre para examinar si el reciente descubrimiento de las tablas del rey babilonio Hammurabi pueden probar que los libros de Moisés no son tampoco originales como contenido.

A este propósito el Profesor Vittorio Bani (1) ha proporcionado una reciente, interesante y clara confutación de la obra que pretendiera ser demoledora, del asiriólogo Delitzsch, *Bibel und Babel*. El Prof. Bani ha demostrado que entre el código de Hammurabi que consta de 282 artículos y el mosaico de unos 350, no hay parecidos, *ni iguales,* más que unos diez artículos referentes especialmente a la ley del Talión.

Además el Prof. Bani, admitida, y razonadamente, de parte de Moisés la posibilidad de adoptar en su ley lo que de mejor podía haber en las legislaciones civiles de su tiempo, pone de relieve, en contraste con las contadas analogías, las desemejanzas fortísimas de los dos códigos y sobre todo que en el Hammurabi nada se ha encontrado (como por lo demás en ninguna otra ley humana) de parecido a los *diez mandamientos* que constituyen precisamente el más grandioso documento de sabiduría y de experiencia, fundamento y síntesis de la ley mosaica a la que todos los pueblos civilizados sintieron y sienten la necesidad de uniformarse; si, por otra parte, no se quiere atribuír valor a cierta alusión a la prohibición del robo, del adulterio y del homicidio, que el Prof. Sacerdote define *indecisa en la forma, no clara y ciertamente como para no poder parangonarse con el Decálogo, claro, completo, preciso*.

Después de estas conclusiones del Prof. Bani adquiere mayor valor la demostración que hemos dado más atrás sobre la genuinidad y autenticidad del Pentateuco también como prueba de la existencia de su compilador; porque, si no había posibilidad de parte de Esdras para trasplantar a Judea después de la vuelta de la cautividad, una reproducción de leyes babilónicas, como las de Hammurabi, bajo el nombre de Moisés, cabalmente porque el texto samaritano preexistía en dos siglos a Esdras; la lógica exige que se reconozca fidedigno el texto samaritano cuando consignó que su autor y compilador ha sido Moisés.

---

(1) V. Bani: *Bibel und Babel:* la Biblia considerada a la nueva luz de los documentos asiro-babilónicos.

Después de este examen que hemos llevado con criterio riguroso, debemos pues concluir que no solamente son originales y auténticos los libros que llevan el nombre de Moisés, sino también que ellos nos presentan en él, como todos los demás libros, no ya un mito o una leyenda, sino una narración en el sentido más estricto de la palabra, una biografía totalmente humana de personaje que vive, que obra y que da leyes en los primeros capítulos de la historia de todo un pueblo.

En los capítulos sucesivos de esta historia es siempre Moisés quien descuella, quien llena el cuadro, personifica en todo tiempo la fuerza, el espíritu, la vida nacional; y aun hoy el pueblo judío, no destruído, solo sobreviviente de las antiguas civilizaciones, desde Babilonia a Heliópolis, desde Nínive a Menfis, perdido entre las gentes pero no dividido, macizo siempre en su unidad religiosa y de raza, testifica aún hoy solemnemente la existencia y grandeza histórica de su Legislador.

CAPÍTULO III

Carácter histórico del Antiguo Testamento

La Biblia y la arqueología egipcia y asiro-babilonia. — La veracidad de las narraciones bíblicas probadas al crisol de la crítica histórica más severa con los descubrimientos arqueológicos de los países que fueron teatro de las acciones del pueblo judío y de sus dominadores, desde las orillas del Nilo a las del Eufrates, establecen luminosamente la autenticidad de las Escrituras del A. T. y demuestran su carácter estrictamente histórico, mientras, al contrario, el crítico ha querido atribuirles una significación y un valor exclusivamente simbólico y teológico (*Mil.* pág. 51).

La *Egiptología* en sus relaciones con la Biblia merece el primer puesto en nuestro examen, cabalmente porque es en las comarcas del Nilo donde se desarrollan las primeras vicisitudes de la nación israelítica.

M. Brugsch (ya citado) opina que la aparición de los judíos en Egipto tuvo lugar durante la dominación de los Reyes Pastores (Hicsos) por la simpatía que a estos podían inspirar, perteneciendo a la misma raza.

En una pintura mural en Beni Hassan, Alto Egipto, vése la llegada de una familia semítica de treintisiete personas, probablemente en la época de la XII Dinastía; lo cual demuestra que no era contrario a las costumbres egipcias recibir y hospedar a representantes de las tribus semíticas cercanas, como aconteció, en efecto, con Abraham y su gente (Gén. XII).

El mismo M. Brugsch ha identificado la *carestía* que tuvo lugar durante la administración de José en Egipto con la carestía a que alude un oficial llamado Babá en una inscripción en la que enumera los servicios hechos a su soberano y al país.

Está demostrado, después, que el *hambre de Egipto* no es un hecho anormal y sin analogía, desde que Ovidio habla de un hambre de nueve años; un hambre de siete años se ha verificado también en la E. M. (de 1064 a 1071). Para que tenga lugar la

carestía basta que sea insuficiente el crecimiento del Nilo, lo cual puede acontecer varios años seguidos (1).

Acerca de José la Egiptología nos proporciona muchos indicios de posible identidad. El Génesis relata que Faraón dice a José: "Todo el pueblo obedecerá a tu boca", y en una inscripción de la XVIII Dinastía (inmediatamente sucesiva a la que se cerró después de la muerte de José) el primer ministro de Egipto es llamado "la gran boca superior".

También el nombre de *Faraón* con el que la Biblia indica a los soberanos de Egipto (en hebreo *Parêoh*) proviene del Egipcio *per-aa* que se traduce la *gran casa;* y es indudable que el Rey de Egipto es amenudo llamado en los monumentos *"la grande casa"* (2).

Había sido puesto en duda toda la relación de la *intentada seducción de José,* por obra de la mujer de su amo Putifar. Ahora bien, ha sido demostrada la etimología egipcia del nombre Putifar, en egipcio *Petiphra,* es decir consagrado a *Ra* o *Phra,* el Dios Sol. Está demostrado que el episodio era posible porque las pinturas de los monumentos contemporáneos suyos y más antiguos, establecen que no es verdad que las mujeres estuviesen encerradas en los Harenes e impedidas de contactos con los siervos, porque al contrario están reproducidas sentadas en medio de los hombres y en los festines o saliendo acompañadas por siervos. Por consiguiente José podía siempre encontrarse con la mujer de Putifar.

El relato, después, hallado en un manuscrito (de Orbinay) del tiempo del Exodo, de una mujer que trata de seducir al hermano menor del propio esposo, explica que el episodio de José no era aislado.

Se ha puesto en duda el ensueño del copero de Faraón sobre la palabra de Herodoto quien negaba la existencia en Egipto de viñas; y al contrario en los monumentos más antiguos se han hallado numerosas escenas sobre el cultivo de la vid y sobre la vendimia y la representación de un rey que ofrece a una divinidad una copa en la que estruja con sus propias manos uva.

---

(1) El fenómeno de las irregularidades en el crecimiento del Nilo y consiguientes inundaciones, podría muy bien relacionarse con los períodos de *máxima* y de *mínima* de las manchas solares, lo cual arrojaría nueva luz sobre el relato bíblico. — N. DEL T.

(2) EBERS: *Aegypten und die Bücher Mosis.*

José, dice el Génesis, sacado de su prisión para presentarse a Faraón, fué *afeitado;* y también este detalle es perfectamente egipcio pues que entre los egipcios, al contrario de lo que acontecía entre los iraelitas, para ser puros era necesario estar perfectamente afeitados.

La elevación, en fin, de José, del estado de esclavo, a la dignidad de primer ministro, no tiene nada de anormal en el antiguo Egipto, porque las inscripciones abundan en este sentido y una plancha del museo de Turín habla de honras y de dones tributados a un esclavo que había hallado gracia ante el Rey.

Pero hay también otra coincidencia arqueológica muy característica. M. Groff ha interpretado la inscripción de un monumento de Karnack que nos enseña como Thometes III (de la Dinastía XIX) tuvo que combatir en Palestina, entre otros enemigos, los llamados por la lista real de los pueblos vencidos: *Jacobel y Josephel,* (1) es decir, con gran probabilidad descendientes de Jacob y de José, con el cual nombre — en memoria de los antiguos amigos de la Dinastía caída de los Reyes Pastores — los egipcios llamaban a los hebreos.

En una palabra, pues, el carácter de verdad de todo el relato de José en Egipto brota del perfecto uso de nombres, de vocablos, de detalles perfectamente, exclusivamente egipcios, como lo demuestra la Egiptología.

Después de la muerte de José vuelta la fortuna contra la Dinastía de los Pastores y expulsados éstos por los príncipes nativos, fué inaugurado con la XVIII Dinastía un nuevo régimen. El nuevo monarca, que no había probablemente conocido a José, está identificado, como ya hemos dicho, por la crítica con Ramsés II, Sesostris de los griegos.

La ciudad de *Pitom* (Ex. I, 11) construída por los israelitas para depósito de vituallas, descubierta por el señor Naville, sus monumentos que demuestran haber sido fundada por Ramsés II y el descubrimiento de la ciudad de *Ramses* o *Tanis* identificada en el mismo pasaje del Ex. I, 11, simplemente como *Ramses,* edificada ella también por los israelitas para *ciudad de almacenes,* confirman completamente que el faraón de la opresión fué Ramsés II (2).

---

(1) W. N. Groff: *Lettres a M. Revillout sur le nom de Jacob et de Joseph en egyptien.*

(2) Ebers: *Egipto antiguo y moderno.*

De papiros egipcios, dignos de consideración, relévanse las relaciones que los encargados de vigilar a los judíos enviaban a sus jefes y se aprende también como el gobierno se ocupaba directamente de estos trabajadores.

El Génesis asigna la tierra de Gosen (*Guesem* según los Setenta y en egipcio *Késen*) a las tribus hebreas inmigradas en Egipto. Ahora bien, el *ladrillo mezclado con paja* (como es descrito en el Exodo) que provenía de la tierra de Gosen y que se conserva en el Museo de Berlín es sin duda la mejor ilustración del relato bíblico. Sobre este ladrillo léese el nombre del Rey Ramsés II, quien también residía a menudo en Tanis, justamente en el territorio de Gosen, cerca del Nilo. Y también los Salmos a su vez expresamente consignan que Faraón, ante el cual Moisés llevó a cabo sus prodigios, residía en Tanis.

Los egiptólogos concuerdan en considerar a Maneptha II el Faraón del Exodo (1), como hijo y sucesor de Ramsés. La descripción de los rudos trabajos impuestos a los israelitas concuerda con la construcción de las pirámides ordenada por Maneptha.

Además la gran emigración del pueblo judío ha sido conocida y mentada por los historiadores griegos y latinos (2), (Tác. Hist.: V, 3 — Justino XXXVI, 2. — Diodoro Sículo XL, 1 y XXIV, 1). Empero estos historiadores hablan de ella, fundándose sobre datos egipcios, como de una expulsión a consecuencia de una epidemia (peste o lepra) que había hecho estragos en las filas de los israelitas y amenazado el Egipto. Según Lisímaco el Rey Bocoris habría mandado ahogar a los enfermos y expulsar a los demás.

Así las *plagas de Egipto* (Exodo IX) y la *peregrinación en el desierto* pueden haber dado origen a estas tradiciones malevolentes y que desnaturalizan la verdad, que los egipcios estaban demasiado interesados, por amor propio y por odio contra un pueblo esclavo que les había vencido, en callar.

* * *

La Asiriología, con los descubrimientos arqueológicos efectuados en los territorios de Nínive y de Babilonia concurre a su

---

(1) F. Lichtenberg: *Encycl. des sciences religteuses.*
(2) Ag. Bost: *Diccionario bíblico.*

vez y con mayor precisión histórica aún a robustecer nuestra tésis.

Procediendo del Génesis, hallamos que el descubrimiento hecho en 1873 en Bors-Nimrod (1) de una grandiosa construcción de siete pisos consagrada por Nebuchadnezar al Dios Marduck, abona en favor de la veracidad del relato de la *Torre de Babel*. El nombre originario de Bors-Nimrod es *Borsippar* que los asiriólogos traducen *confusión de las lenguas,* y era, en efecto, tradición rabínica que propiamente en aquel punto se hubiese levantado la Torre de Babel.

Nabuco declara en las inscripciones halladas en esta construcción, conformemente al relato del Génesis: "*su base es el más antiguo monumento de Babilonia, es la torre más antigua, monumento de Borsippar* que un Rey antes que yo, cerca de *cuarenta y dos generaciones antes lo construyó,* y después de un tiempo muy largo el pueblo lo *abandonó sin orden que expresara sus palabras por no entenderse* (es decir sin entenderse) *los unos con los otros*. Desde entonces el terremoto y el rayo dispersaron su arcilla seca al sol. Marduck, el gran señor, me inspiró de restaurar este Templo. *Yo no cambio el área, no arrojo las piedras de los cimientos, etc.*".

Y nótese que estos testimonios de la exactitud y autenticidad del Génesis, a saber Nabuco y su Templo, son *posteriores en unos cien años* al Pentateuco Samaritano.

Teófilo G. Pinckes (miembro de la Sociedad por las Antigüedades egipcias y asirias en el Museo de Londres) ha ilustrado y documentado sobre la base de las crónicas babilónicas cuneiformes, el relato del Génesis de la guerra de Abraham contra Chedor-Laomer y los reyes confederados Arioc, Tidal y Amraphael. Relevó que en fecha posterior en mucho a Sargon I Rey de Accad y conquistador de Babilonia, de Celam y de la Fenicia 3800 años a. C. reinó *Kadur-Lagamar* (Chedor-Laomer) Rey de Celam y señor de gran parte del dominio de Babilonia; y que bajo él (en su dependencia) reinaban *Ari-Aku* (Ardoc) y *Tud-Gal* (Tidal) *rey de las naciones*. Falta tan sólo precisar el cuarto confederado contra el cual combatió victoriosamente Abraham, *Amraphael,* en quien algunos han querido identificar a Hammu-

---

(1) F. Schaff: *Dic. Bibl.*

rabi, rey de Babilonia (1). Cierto es, empero, que en 2300 a. C., en el período asignado a estos Reyes se funda la unidad imperial de Babilonia aun cuando quedaron independientes los virreynatos de Asiria.

Y sin embargo el sabio alemán Grotefend creyó descubrir en los cuatro reyes batidos por Abraham las cuatro estaciones del año y en los cinco reyes de la Pentápolis (Gén. XIV, 8), ¡los cinco días complementarios del año babilónico! Otros hubo, después, que reconocieron ahí indicaciones no de personas sino de localidades! (2).

Respecto a los orígenes étnicos de este imperio feudal elamítico-babilonio, el Génesis dice (X, 8, 10) que Cush engendró a Nimrod y que el principio de su reino fué Babilonia y Erech y Accad y Calneh en el país de Shinear, estableciendo así que Nimrod era un *Cushita o Etíope*. Ahora bien, para interpretar los caracteres cuneiformes más antiguos debióse acudir a comparaciones con las lenguas de varios pueblos actuales de la Abisinia, Galas y otros, hallando entre éstas y el antiguo caldeo una analogía que confirma la exactitud de la genealogía que la Biblia atribuye al fundador de la potencia cushita en Asia y la exactitud del relato que la potencia babilónica precedió la asiria, como, en efecto, sostuvieron también Beroso, el historiador sacerdote babilónico y Herodoto, en oposición a las afirmaciones contrarias de Chesias (416 a. C.) y de etnólogos antiguos y modernos (3).

Los descubrimientos asirios han confirmado la exactitud histórica de nombres y de hechos relatados por la Biblia, que se refieren a épocas muy posteriores a las que acabamos de examinar y que hasta algún tiempo ha habían sido creídos fantásticos inventos de los escritores sagrados.

Así el libro de los Reyes habla del reinado sobre Israel de un *Omri* contemporáneo de Asa rey de Judá. Ahora bien, *la célebre piedra de Moad*, (4) descubierta en 1868 en Diban (Difan de los árabes) en el país de Moab, piedra que se conserva en el museo del Louvre, *está dedicada por el rey moabita Mescia al Dios Chemosch para celebrar su victoria sobre el rey israelita Omri*, nombre que hasta el presente la crítica ha creído imaginario.

---

(1) Ver también a Rob. W. Rogers: *Hist. of Babil. and Assyria.*
(2) Vigouroux: *Obra citada.*
(3) A. Revel: *El compañero de la Biblia.*
(4) Phil. Schaff: *Dicc. Bibl.*

Incidentalmente Isaías nombra a un *Rey Sargon*. Después de haber con muchas maravillas e irrisiones los escépticos relegado este nombre también, que seguramente no podía ser confundido con el fundador de la potencia accádica Sargon I, entre las pretendidas fantasías bíblicas, vinieron a luz en el siglo pasado en Nínive justamente las ruínas del gran palacio del Rey Sargon que por las incripciones halladas resulta haber sido el sucesor del Rey Salmanasar III quien emprendió el sitio de Samaria, sitio que fué por Sargon llevado a término sin que el historiador sagrado lo dijese y sin que la historia profana hubiese guardado memoria de ello.

El libro de Daniel ofrece otras pruebas de autenticidad y de exactitud aunque haya sido, con preferencia de todos los demás, acusado de pecar de innumerables inexactitudes históricas y de contradicciones con los autores profanos más fidedignos. Se ha especialmente relevado en el relato de la toma de Babilonia (Dan. V.) que el profeta llama al rey con el nombre de *Belsasar, hijo de Nabuco*, y le manda dar muerte por los sitiadores, mientras Herodoto, Beroso y Abidenas dan al último rey babilónico el nombre de Nabunedu, quien (según Abidenes) no era pariente de Nabuco, y (según Beroso) no se hallaba presente a la toma de la capital.

Hase, empero, hallado una inscripción dedicatoria de *Nabunahid Rey de Babilonia* (el Nabunedo de Beroso y de los historiadores citados) hallada en el templo de Sín y Urkasdim, que resuelve toda dificultad (1).

Este Nabunahid, hijo de un gran dignatario sacerdotal del imperio era un usurpador del trono.

A Nabuco había sucedido el hijo *Evilmerodach;* mas éste fué asesinado y despojado de la corona por un cuñado suyo llamado *Nereglissor* (Nergalsar-usur) hijo de un rey de Babilonia llamado *Bel-Tichir-Iskun*, del cual pronto nos ocuparemos. Después de cuatro años de reinado, a Nereglissor sucedió el hijo *Labosordacus* o Labosarrakor según Beroso, quien después de solo nueve meses de reinado fué destronado por el usurpador Nabunahid.

Pues, éste hace saber en su inscripción, que se asoció en el

(1) Vigouroux: *Dictionnaire de la Bible; Les livres saints et la critique rationaliste.*

reino a su primogénito Bel-sar-usur (*Belsasar* de Daniel). Otro tanto nos dice una tableta de *Ciro* en la que se consigna un resumen del Reinado del último Rey de Babilonia.

Es, pues, fiel y auténtico el tan maltratado relato de Daniel acerca de Belsasar quien había quedado como guardia de la capital, ¡mientras su padre el Rey Nabunahid llevaba la guerra a los enemigos! — Así se explica también como Belsasar se creyó tan seguro y tranquilo como para poderse abandonar con su corte al festín y a la orgía; así se explica también el título de *tercer señor en el Reino* conferido a Daniel (Cap. V, 29) en premio de haber interpretado la inscripción sobre la pared: *"Mene, Techel, Upharsin"*, mientras el uso era de conferir al más distinguido personaje del imperio el título de *segundo señor*, título este y dignidad que no eran ya disponibles desde que estaban en posesión sin duda del mismo Belsasar, segundo Rey después de su padre.

En cuanto al parentesco de Belsasar con Nabuco indicado por Daniel, puede ser explicado sin dificultad alguna con el matrimonio muy probable de Nabunahid con una hija de Nabuco, que llegó así a ser madre de Belsasar, quien por eso mismo podía a título de honor y de dignidad llamar *padre suyo, al abuelo* materno Nabucodonozor (1).

Hemos también aludido a un Rev *Bel-Tichir-Iskun* del que nos habla una tablilla babilónica.

Pues, este rey no figura en los elencos de los Reyes de Babilonia, pero resulta de los descubrimientos arqueológicos que ha efectivamente reinado en Babilonia y dió una hija suya como esposa al sucesor e hijo de Nabuco, Evilmerodach, que luego recibió muerte de Nereglissor hijo también él de Bel-Tichir-Iskun. Este Rey Bel-Tichir no puede por esto ser colocado en la cronología de los reyes babilónicos, si no se hace entrar en el período de alejamiento transitorio de Nabuco del reino, alejamiento que resulta del descubrimiento de una tablilla que refiere, sin explicarlo, un momentáneo alejamiento de Nabuco del gobierno, alejamiento que en el libro de Daniel (Cap. IV) se llama la *locura de Nabuco*. Pero los críticos han por mucho tiempo preferido estimarla una locura histórica del profeta hasta que los documentos cuneiformes salieron de su secular silencio para decir

---

(1) Véase también A. Revel: *El compañero de la Biblia* y la citada *Enciclopedia de Ciencias Religiosas de* Lichtenberg.

una vez más que la Biblia no inventa fábulas sino que presenta *hechos positivos e históricos*. Y es lo que el lector habrá podido fácilmente juzgar por las conclusiones a que la crítica histórica, filosófica y arqueológica ha llegado en consecuencia de los descubrimientos egipcios y asirios.

CAPÍTULO IV

Biblia y Ciencia

Hemos visto ya que Milesbo invoca contra la Biblia el testimonio de la ciencia, de la *filología* y de la *arqueología* especialmente. De esta última hemos tenido al contrario un largo ensayo de testimonio en todo favorable a la historicidad y autenticidad de la Biblia. En cuanto a la *filología* veremos luego por Max Müller como la maltrataron los críticos de mala fe o de preconcepto para hacer decir a la literatura sánscrita cosas que nunca había imaginado. Será, sin embargo, útil detenernos por ahora brevemente sobre estas dos ramas muy principales del saber humano y pedir por un momento luces y consuelos también a la *geología* y a la *ciencia astronómica,* para tener la completa y clara demostración de que la Biblia es un libro auténtico, históricamente exacto, verdadero y de acuerdo con la ciencia.

Los estudios de los más ilustres filólogos de la humanidad desde Max Müller hasta llegar a Ascoli, y ahora con mayor potencia de convicción los del profesor Trombetti, han confirmado de manera inapelable las razones de la Biblia y la de su primer capítulo, en el que se relata la aparición de la raza humana en la unidad del linaje, en un primer hombre, primer sér viviente, y con único lenguaje. El Génesis mismo nos ofrece, después una explicación del especializarse de este único lenguaje en múltiples y diferentes lenguas (lenguas madres) sub-divididas sucesivamente con el andar de los tiempos y por influencias etnográficas diversas en otras ramificaciones y subramificaciones, por razas, por pueblos y por comarcas.

El profesor Trombetti, sobre las huellas de sus predecesores, remontando de estas subdivisiones a la investigación de la cepa única consiguió justamente el poder establecer dicha teoría de la unidad originaria del lenguaje humano, concurriendo una vez más a demostrar luminosamente que la ciencia, la verdadera ciencia, antes bien que desmentir la Revelación bíblica, concurre en la mayoría de los casos a avalorarla.

La arqueología y sus descubrimientos, como hemos ya precedentemente demostrado en manera amplia, han confirmado la

exactitud cronológica de aquella parte de la historia bíblica que se conexiona con la historia de los Egipcios, y, especialmente, de los imperios Asiro-babilónicos.

Pero la exactitud de la *cronología* bíblica nos es proporcionada además por la *geología* la cual determina que la época de la formación de los estratos del suelo de Egipto, *"salido del agua a manera de marisma fangosa"*, no remonta a más de *cinco mil años* antes de Cristo (1). Y sin embargo, la Biblia cuya cronología, según los cálculos de Ussher, generalmente preferidos por la crítica histórica, pone la aparición del hombre sobre la tierra, *cuatro mil años* antes de Cristo, es decir tan sólo mil años desde que había comenzado la formación del estrato geológico Egipcio, ha sido por mucho tiempo motivo de irrisión para los llamados hombres de ciencia, que hacían remontar a un período fantástico de siglos anteriores a esta formación, la aurora de la civilización y de la historia faraónica.

Y la geología, confirmó, a su vez, el orden científico y la exactitud del relato bíblico de la creación del mundo; lo cual es ahora bien sabido por todas las personas aun de mediana cultura, por lo cual creemos menos que superfluo detenernos al respecto un solo momento.

Pero la astronomía ha contribuído a su vez a dar valor a los resultados cronológicos bíblicos mientras al contrario las cronologías astronómicas de los *Vedas* y de los *libros brahmánicos,* que, sin embargo, eran aceptadas como oro colado por los ceñudos rebuscadores de las incongruencias y de los errores científicos de la Biblia.

La astronomía ha concurrido, además, a verificar muchas fechas de los monumentos Egipcios, por obra especialmente de Poole que dedicó a ellos largos años. El astrónomo Airy del observatorio de Greenwich controleó los datos de Poole; y los halló y declaró exactos a su vez W. Wilkinson egiptólogo ilustre, que admitió las conclusiones de Poole, de que "la cronología astronómica de los monumentos egipcios confirma la cronología bíblica" (2).

La Biblia no puede temer de ninguna manera la acusación de estar en contradicción con la ciencia astronómica sólo porque

---

(1) Henry: *l'Egypte Pharaonique.*
(2) Poole: *Horæ Egyptiacæ.*

de un lado contenga expresiones impropias aunque de un sentido poético y figurativo, y contenga, además, aunque *sub judice,* desde el punto de vista científico, la orden dirigida por Josué al sol de detenerse; puesto que, de otro lalo, hay allí pasajes que establecen el uso de palabras y de expresiones correctas y precisas, sobre fenómenos astronómicos. De esta naturaleza es la expresión de las "estrellas que combaten *desde sus círculos*" contra Sisera en defensa de Israel (Jueces, V, 4-5) y la descripción hecha en el mismo capítulo de la *lluvia de piedras desde las estrellas,* en armonía científica con las *lluvias de aerolitos* sucedidas varias veces en la historia y registrada en los anales de astronomía (1).

Referente a las palabras dirigidas por Josué al sol y no conformes ciertamente con la noción que la ciencia astronómica nos da del fenómeno de rotación alrededor del sol y no ya de este alrededor de la tierra, hubo quienes, a la verdad, notaron que no podía Josué usar un lenguaje diverso del común, de aquel que era comprendido por el vulgo acostumbrado a expresiones como éstas, comunes hasta para los astrónomos: *el sol baja, el sol nace, el sol sigue su curso,* y así por el estilo; — que no era Josué un astrónomo sino un comandante del ejército Israelita, impelido por un movimiento de fe a pedir que el luminar del día prolongara su presencia sobre el campo de batalla hasta que los Amorreos quedaran vencidos. Otros, al contrario, han querido sostener y demostrar que Josué y la Biblia usaron una expresión científicamente correcta pues que si es exacto que el movimiento rotatorio de la tierra y del sistema planetario solar alrededor de su centro acontece por efecto e influencia del electro-magnetismo desarrollado por el rodar del sol sobre sí mismo, alrededor de su propio eje, deriva en consecuencia que una vez suspendida esta rotación, queda también suspendida la de la tierra y de todos los planetas y satélites. Y por eso aun más exacta aparece la expresión "parate oh sol en Gabaón" porque completada por la otra "*y tu luna en Ascalón*" (2).

Pero de cualquier manera quieran comprenderse las palabras de Josué, hoy frente a la duda de hombres de ciencia serios y de hombres de ciencia fingidos, levántase formidable al derribar toda

---

(1) DICK: *Celestial Scenery.* SOMMERVILLE: *Connection of Physical Sciences.* HUMBOLDT: *Cosmos,* vol. I.

(2) R. PATERSON: *Apologética Cristiana.*

la cosmogonía matemática, la nueva e impresionante teoría enunciada por el profesor Oliviero De Murello *a saber que es un error y un absurdo el creer que la tierra gira alrededor del sol*. El sistema copernicano peligra, pues; la ciencia no ha dicho aun inapelablemente su palabra definitiva, pero queda el hecho afirmado por la Biblia, es decir, por un libro que hemos demostrado exacto y verídico en todo su contenido histórico y atestiguado por la tradición de un pueblo, de que por una noche no se produjeron las tinieblas sino que continuó a resplandecer el sol hasta que Israel no acabó con los Amorreos.

Ha sido justamente observado que mientras hay quien se burla de la fe en las revelaciones de la Biblia no se piensa de ningún modo a la mucho mayor dosis de credibilidad que a los hombres requiere la ciencia con sus postulados. Por ejemplo, los que hallan mitológico todo lo que el Génesis nos relata de la *creación, del diluvio,* de la división de la raza humana y de los lenguajes hallan, al contrario, como la cosa más natural de este mundo la *teoría cosmogónica de Laplace* según la cual todo deriva del *éter,* de un fluído, es decir, de una substancia imponderable, impalpable (1); hallan creíbles los cálculos astronómicos sobre el movimiento de los astros, sobre sus distancias, sobre la velocidad de su curso; los cálculos y resultados de la geología sobre la composición y enfriamiento de nuestro globo, sobre la formación de las rocas, sobre la estratificación de los varios terrenos que constituyen nuestra costra terrestre; sobre la aparición y existencia anterior al hombre y a la fáuna y flora actuales, de animales acuáticos, aéreos y terrestres de formas extrañas, monstruosas y extraordinarias y de plantas que parecerían creadas por la fantasía de un novelista o de un artista en el delirio de la fiebre.

Y sin embargo, ¿cuántos de los que prestan fe ciega, segura, invencible, como en hechos positivos y personalmente controlados y experimentados, han tenido jamás, manera de asegurarse de la centésima parte de las verdades científicas tan pasivamente aceptadas?

Y aun más, es lícito preguntarse, ¿por qué los que tienen fe tan incondicional en la ciencia y los que no quieren nada escuchar, nada concebir, nada desear, — aun en el círculo de los hechos

(1) Carlos Richard: *Orígen y fin de los mundos,*

psíquicos y espirituales — fuera de la ciencia no se dan cuenta de que la ciencia misma está llena de *incertidumbres?*

Bástenos relevar algunas sobre la forma misma de nuestro planeta, como lo demostró el astrónomo Sir John Herschell (1), al volumen, a la distancia de su satélite, y de los demás planetas; sobre la real y positiva existencia de pruebas sobre las épocas precisas de las formaciones geológicas que se deben siempre considerar nada más que como suposiciones.

Pero todo esto no impide que los adversarios de la Biblia crean a ojos cerrados por una fe auténtica y sobre aserciones *ajenas,* en los resultados de la ciencia cualesquiera que sean, por increíbles y absurdos que puedan parecer, y continúen, al contrario, negando fe a la Biblia porque esta no es un prontuario científico y sí un *libro revelado,* definiendo como credulidad de espíritus débiles, enfermos o ignorantes, la fe religiosa.

---

(1) JOHN HERSCHELL: *Outlines of Astronomy citado por* PATERSON, *Apologética.*

CAPÍTULO V

Acusaciones capitales contra la autenticidad histórica del Nuevo Testamento

Si nos permitiéramos el lujo de ser fáciles sentenciadores, más bien que escrupulosos críticos de las verdades mismas que constituyen el fundamento racional de nuestra fe cristiana, tendríamos el derecho, después de lo que hemos venido exponiendo, de concluír que, demostrada verdadera y auténtica aquella parte de la Biblia que, según confesión del mismo Milesbo, es base y fundamento del Evangelio y del Nuevo Testamento, también éste debe ser considerado como verdadero sin más. Pero nosotros preferimos al contrario llegar a esta conclusión con el concienzudo y desapasionado examen de las acusaciones capitales movidas por los críticos de todos tiempos, y reunidas ahora en el volumen de Milesbo; con el examen de documentos, hechos y testimonios históricos que establecen la autenticidad del N. T. en sí y por sí.

Milesbo (p. 40) afirma que "de Cristo hombre nada se sabe, "absolutamente nada, por medio de la única fuente positiva sobre "los hombres traspasados, sobre sus acontecimientos, es a saber "la Historia sancionada por los monumentos arqueológicos".

Y a esta arbitraria y audaz afirmación que justamente *la historia sancionada por los monumentos arqueológicos* destruye inexorablemente, como lo hemos demostrado en la primera parte de nuestro estudio, Milesbo añade otra mucho más grave, es decir: "que todo lo poco que se sabe de Cristo lo tenemos de las fuentes cristianas, o sea de los Evangelios, los que no *solamente no nos proporcionan prueba ninguna de que Cristo sea un personaje histórico, sino que de punta a cabo no hacen sino probar todo lo contrario*" (Mil. p. 39). Propónese por eso, adelantándose sin más a Strauss, Peyrat, Miron, Larroque, de Havet y otros, "sacar del Evangelio, de los Actos y de las Epístolas, aquello solamente que bastará para probar la inconsistencia histórica de Jesu-Cristo" (Mil. p. 50).

Nuestro adversario sentenciando que "la crítica ha probado que el N. T. no presenta requisitos necesarios para establecer con autenticidad la verdad de lo que refiere" (Mil. p. 51), lleva

algunas primeras acusaciones de orden fundamental, que confutaremos en seguida.

I. — "Todos los libros del N. T. *son anónimos* y en cuanto a los Evangelios las palabras de intestación de los mismos: *según Mateo, según Marcos,* etc., no solamente no prueban que pertenecieron realmente a los Apóstoles citados, sino que indican que fueron redactados por otros. Existe la obscuridad más profunda sobre la época en que los Evangelios fueron escritos y la más antigua cita que tenemos de ellos es la de Papias cuyo testimonio relativo a Marcos y a Mateo nos es conservado solamente por Ireneo y por Eusebio en algunos extractos de los que fué *demostrado* que no se refieren siquiera a los Evangelios actuales" (Mil. p. 52).

Sobre los autores de los Evangelios, y acerca de todas las varias cuestiones históricas, doctrinarias y canónicas debatidas en la crítica acerca de los libros del N. T., nos ocuparemos con la amplitud necesaria en los capítulos sucesivos. Bástenos aquí relevar la puerilidad, de un lado, y la falsedad, de otro, de los argumentos y afirmaciones de nuestro adversario.

Notamos ante todo con Harnack, reconocido por las varias escuelas cristianas y por aquellas mismas que le son adversas, como príncipe de la crítica (1), que la tradición eclesiástica atribuye la composición del Evangelio, *antes predicado y después escrito,* a los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan, de los que tomaron el nombre. El uso de los títulos *según Mateo, según Marcos,* etc., deriva de la *primera mitad del siglo II,* y se hace muy extenso y común y así es adoptado por todos los padres después de San Ireneo.

Y siendo así que no podemos poner en duda el que pertenezcan a Jenofonte y a Platón las obras que llevan su nombre al frente, así no se puede admitir que hayan sido escritos por otros y no por Mateo, Marcos, etc., los Evangelios encabezados con estos nombres que nos fueron transmitidos de generación en generación por los que los recibieron como obra de Mateo o de Marcos, y así por el estilo. Y así, si no fuera cosa de loco, podría salir diciendo que no fué Dante el que escribió la *Divina Comedia,* porque en efecto, según observa finamente Jones, han pasado cerca de seiscientos años desde que fué escrita y nosotros y

(1) HARNACK: *Die chronologie der Altchristlichen litteratur bis Eusebius.*

nuestros contemporáneos no hemos tenido personal certidumbre de que Dante haya sido su autor.

Esta evidencia nos convence de igual manera de que la historia atribuída a Herodoto en el V siglo antes de Cristo fué obra de ese escritor; otro tanto dígase de la *Eneida* de Virgilio, de los *Comentarios* de César, de las *Oraciones* de Demóstenes, etc., aunque pertenezcan a una época alejada de nosotros por más de veinte siglos.

Pues bien ¿por qué no se ha de admitir la misma evidencia a favor de los autores de los Evangelios por los que no solamente no surgió ninguno entre los adversarios de la Iglesia primitiva a negar que éllos los hubiesen realmente compuestos, sino antes bien, la Iglesia y los Padres pudieron sin oposición en sus Apologías invocar siempre el texto como la autoridad, como el testimonio de los cuatro Evangelistas?

No es pues absolutamente verdadero que *haya sido demostrado* no referirse a los Evangelios actuales los extractos de Eusebio e Ireneo (1) sobre el testimonio de Papias, obispo de Hierápolis en la primera mitad del siglo segundo, acerca de los Evangelios de Mateo y de Marcos. Aquel Santo Obispo que coronó su vida preciosa para la Iglesia con el martirio (bajo Marco Aurelio en 160-180), dice expresamente que *compilador del segundo Evangelio fué Marcos* y que a su vez *Mateo compiló los discursos de Cristo;* aquellos *Logias* que se creen haber sido escritos por Mateo antes de que compusiese la armónica y completa exposición de la vida y ministerio de Jesús en el primer Evangelio y que quedaron después siempre como parte fundamental del mismo.

Pero aunque *ad litteram,* la referencia de Papias al Evangelio según Mateo no se puede considerar exacta, es sin embargo clara y bien precisa e indiscutible la referente al Evangelio de Marcos, escrito por Marcos.

II. — "Los testimonios de los Evangelios suben *al tercero y cuarto siglo,* y por eso no pueden merecer fe; ningún Evangelio fué escrito en el tiempo en que Cristo habría vivido; no se tuvieron nunca los pretendidos originales de los Evangelios sino solamente copia de los mismos y copia de las copias, y nadie nos garantiza que hayan jamás existido los originales" (Mil. p. 52).

---

(1) Ireneo, *contra Haereses, lib. V.* Eusebio: *Historia Eccl., libri II e III.*

Pues bien, la colección de los Evangelios como actualmente los posee la Iglesia puede considerarse efectuada en la *primera mitad del segundo siglo,* según nos demuestran las muchas citas textuales de los Evangelios hechas por los Padres y los Apologistas de esta época: citas tan frecuentes y numerosas, y lo veremos en el próximo capítulo, como para haber sido posible con solo ellas reconstruír sin más el entero Evangelio. Otro testimonio decisivo e inapelable en este sentido, y lo veremos pronto, es la célebre versión siriaca de fines del *primer siglo*.

Ningún Evangelio ha sido, a la verdad, escrito durante la vida de Cristo porque, como creemos haber indicado, el Evangelio fué antes *predicado,* difundido oralmente, luego escrito al producirse el poderoso acrecentamiento de la Iglesia. En cuanto a la falta de los originales de los Evangelios habría sido suficiente que Milesbo hubiese tenido presente que una de las preocupaciones del paganismo perseguidor fué la de destruír los libros como los documentos de la nueva religión, y hubiese también reflexionado que de ninguno de los autores clásicos, históricos, filosóficos, contemporáneos al Cristo y sucesivos del I y II siglos, se tienen los originales sin que por eso jamás ninguno pensara poner en duda la existencia de dichos originales de aquellos escritores.

Pero hay más a propósito de estas consideraciones. En la Iglesia de los primeros tres siglos tenemos huellas seguras del conocimiento de los originales de los Evangelios y de las Epístolas. Tertuliano (1) hace mención de las *litterae authenticae* de los Apóstoles, testimonios éstos por excelencia de los Evangelios no del tercero y cuarto siglo sino más bien del primero. "Venid, dice Tertuliano a los gnósticos, — venid ahora, dad vuelta por las Iglesias Apostólicas en las que las cartas apostólicas *originales* son aún leídas públicamente" y especifica Roma, Filipos, Corinto, Efeso. Del obispo Pedro de Alejandría, a fines del siglo tercero y a fines del cuarto se conserva un testimonio en garantía de la existencia de estos originales, en la *Crónica Pascual;* y es clara y explícita (2). En un argumento que se refiere al tiempo justo de la celebración de la Pascua éste obispo Pedro cita algunos texto del IV Evangelio de Juan y entre otros el capítulo XXIX

(1) Tertuliano: *De Præscript.*, Cap. 36.
(2) Thos W. S. Jones: *El Cristo de los Evangelios.*

Romanos, 13 y 14. En este versículo se lee "*hora tertia*" en lugar de "*hora sexta*" y al sostener esta frase cita no solamente los ejemplares mejores, mas como él mismo lo expresa "el mismo autógrafo *idiocheiron* del Evangelista San Juan que por la gracia de Dios ha sido preservado hasta ahora en la Santa Iglesia de los Efesios, y es allá honrado con devoción religiosa por los fieles".

Pues bien, el Obispo Pedro, hombre piadoso y que acabó su santa vida en el martirio (309 d. C.) era Obispo de unas de las primeras, más célebres y poderosas Iglesias, como lo era la de Alejandría, y no podía ciertamente ser engañado sobre la existencia de tan precioso original.

En fin sin tampoco tomar en cuenta el apócrifo relato de Theodorus Lector (V siglo) de que se haya hallado el autógrafo del Evangelio de Mateo en la tumba de Barnabás en la isla de Cipre, notamos una observación práctica de Hug (1) de que los autógrafos perecieron destruídos por el tiempo porque el papel entonces usado, hoja de papiro sutil y frágil, era facilmente gastado con el uso.

"Habiendo sido copiado tantas veces por las diferentes Iglesias, dice, y aún por individuos particulares y pasando por manos de varios individuos eran gastados, copiados, leídos y curioseados como lo eran por muchos. Así, añade, un autógrafo podía durar tan sólo por pocos años y el intervalo entre Nerón y Trajano y entre Severo y Caracala, era suficiente para destruirlo".

Pero la existencia y multiplicación de los ejemplares, como justamente observa Jones en la obra citada, sirve admirablemente para asegurar el verdadero texto de la divina palabra y compensan ampliamente la pérdida de los manuscritos autógrafos que Dios quizás permitió para salvar su Iglesia de la Bibliolatría.

Pero el mismo Milesbo después de haber afirmado que los testimonios de los Evangelios suben solamente al tercero y al cuarto siglo se contradice poco después en modo extraño y complejo porque declara con palabras de Peyrat (2) que "toda secta nueva nacida en el cristianismo intentaba hacer prevalecer la propia manera de ver y que por lo tanto, a lo menos *desde* el II siglo, las obras abundaban y con ellas las falsificaciones más au-

---

(1) J. Leonard Hug: *An introduction to the Writings of the N. T.*
(2) A. Peyrat: *Histoire élémentaire et critique de Jesus.*

daces; que es legítimo suponer que todas *las que se perdieron* representaran opiniones contrarias a las que triunfaron después al Concilio de Nicea (325) y que, por lo tanto, legítimo es concluír que los documentos cristianos actuales, que prevalecieron a Nicea no tienen autoridad que remonte más allá del II siglo; en fin, que si a la Iglesia no hubiesen causado daño ella no habría mandado destruir los libros en los que estaban consignadas las controversias de las sectas primitivas y que debían estar expuestos a una crítica muy fácil *desde que ya Celso en el II siglo podía blasonar de haber confutado el cristianismo sirviéndose tan solo de los libros del cristianismo mismo*". (Mil. p. 53).

Y todo esto, olvidando que los testimonios del Evangelio deben remontar al III y al IV siglo, todo esto dice Milesbo sin caer en la cuenta de que hablando de *falsificaciones* que abundan *en el II siglo* debe admitir la existencia de textos originales que pudieron ser *falsificados;* y que apelando a la confutación "hecha del cristianismo por Celso en el siglo II sirviéndose tan sólo de los libros del cristianismo *mismo*", invoca con perjuicio gravísimo de su tesis justamente el testimonio que los Padres, los Apologistas, los Teólogos y los Críticos de todo tiempo reconocieron como la prueba de las pruebas, proporcionada por el más antiguo y, a la sazón, el más formidable adversario del cristianismo, que, a saber, los libros del cristianismo y los *Evangelios especialmente* existen, por lo menos, un siglo antes del Concilio de Nicea y en el *texto actual,* como el mismo Celso lo confirma con las frecuentes citas según la preciosa expresión del texto.

Y además no se da cuenta Milesbo de que cae en una inconsecuencia, con la gratuita acusación contra la Iglesia y contra el Concilio de Nicea de haber destruído los libros que podían perjudicarle y "en los que estaban consignadas las controversias de las sectas primitivas", mientras comprueba él mismo *la actual existencia de los Evangelios apócrifos,* que el Concilio de Nicea destituyó de canonicidad separándolos perentoriamente de los libros canónicos, y admite la *conservación* de la obra y de los ataques virulentos, venenosos y sacrílegos de Celso contra el cristianismo y contra sus libros.

III. — "Antes del Concilio de Nicea la Iglesia, los Santos Padres mismos servíanse indiferentemente de los Evangelios que fueron declarados apócrifos y de los que fueron conservados canónicos, porque entonces era igual para todos la autoridad

atribuída a los numerosos Evangelios. Muchas leyendas fueron conservadas por la Iglesia las que se hallan tan sólo en los Evangelios declarados apócrifos; mientras en el Nuevo Testamento hay citas que se refieren justamente a leyendas contenidas en los tales apócrifos".

Si Milesbo en lugar de citar sin ton ni son hubiese tan siquiera mirado la tapa de uno solo de los Padres de la Iglesia Griega y de la Latina, no habría amontonado en tan pocas líneas una enorme falsedad histórica y crítica y un error tan grave de juicio.

El Concilio de Nicea fué convocado por la Iglesia, por todos los Obispos, entre otros motivos también para establecer como máxima canónica fundamental de la fe, la separación de los Evangelios inspirados y útiles a la edificación y vida religiosa, de aquellos otros llamados *apócrifos,* mezcla de fantástico, de maravilloso y de extraño, y a menudo también en contraste con la moral del Evangelio auténtico; separación querida y *aplicada de hecho por los padres;* cuya doctrina, piedad y celo, no podrán por cierto necesitar las luces de los modernos críticos para mantener bien separado el trigo de la cizaña en el campo de las Escrituras.

Tenemos la primera traza de una colección de los libros *auténticos* y no apócrifos hacia la mitad del segundo siglo, en que, se refiere que el hereje Marción tenía una colección de *diez epístolas* y un Evangelio que se supone el de Lucas, justamente porque era este solo el que él y su ssecuaces declaraban querer aceptar.

La colección original de los escritos del N. T. estaba dividida en dos partes: *Evaggelion,* los cuatro evangelistas, *y Apóstolos,* los escritos apostólicos, según resulta de algunos antiguos manuscritos aun existentes y por versiones antiguas, además de algunos Padres que hacen a él referencia. La colección de los Evangelios oficiales se puede considerar efectuada hacia el año 130 sin que hayan sido confundidos con los apócrifos y sin que hubiere tampoco necesidad de que interviniese la autoridad de la Iglesia.

Pronto fueron hechos *catálogos o cánones* por Padres y por Concilios. Así el *catálogo de Orígenes,* publicado en la primera mitad del III siglo, cien años, cuando menos, antes del Concilio de Nicea, contiene *todos los libros* del actual Nuevo Testamento

y concluye cualquier apócrifo y hasta las Epístolas de Judas y de Santiago que, empero, en otras de sus obras reconoce como canónicas (1).

Los Evangelios apócrifos, falsos, hablan de los parientes de Jesús y de su nacimiento (*protoevangelio de Santiago, pseudo Evangelio de Mateo, Evangelio del nacimiento de María, Historia de José*) : de la *Infancia de Jesús* (*Evangelio de la Infancia, Evangelio de Tomás*); de la vida y obras de Jesús (Actas de Pilatos y descenso de Cristo a los Infiernos en el *Evangelio de Nicodemo, las anáforas, las paradojas, las epístolas y la muerte de Pilatos, el relato sobre José el carpintero y la reivindicación del Salvador*). Existían también algunos más que fueron destruídos, como el *Evangelio de Pedro* que Serapión, obispo de Antioquia, en 200 no había jamás conocido antes de oir que estaba en manos de los Cristianos de Rhosus en Cilicia y que S. Jerónimo en el IV siglo pudo conocer por favor de los Nazarenos de Berea; como el *Evangelio a los Hebreos* que el doctísimo Clemente de Alejandría cerca del año 184 no había visto jamás (2).

En estos libros se hallan amplificaciones lo más de las veces de hechos que habían llegado a la Iglesia por medio de la tradición oral apostólica aunque no creída por los escritores sagrados como de especial interés e importancia para los creyentes; de episodios a los que se podría quizás referir algún pasaje de los Evangelios auténticos.

Ahora bien, estos escritos apócrifos *han sido rechazados* por la Iglesia como se demuestra por el hecho de que *o bien eran ignorados* o bien eran *desaprobados* por la Iglesia; pues que no eran leídos en las reuniones cristianas, no tienen lugar en los catálogos de los libros adoptados por los Cristianos, no son mentados y ni siquiera combatidos por Celso y por los adversarios del cristianismo y muy pocas veces por los Padres. Así Clemente Alejandrino cita *una sola vez el Evangelio de los Hebreos; dos veces* solamente lo menciona Orígenes pero ambas veces con signos de descrédito. *El Evangelio de Pedro* se halla también citado por excepción por Clemente Alejandrino y la *revelación* de Pedro dos veces por Eusebio. San Jerónimo lo cita una vez (en el libro *"de perpetua viginitate beatae Mariae contra Helvi-*

---

(1) T. W. S. Jones: *Obra citada.*
(2) T. W. S. Jones: *Obr. cit.*

dium") Inocencio I en una carta a *Exuperium*, en 405 cita el Evangelio apócrifo de Santiago que Orígenes dice que a principios del III siglo estaba difundido en la Iglesia Griega. Y estos Padres en estas *no frecuentes* citas, repetimos, hablan no como de textos de autoridad religiosa, sino antes bien con desprecio y descrédito (1), mientras como lo veremos por las solas contínuas citas del N. T. dadas por los Padres sobre los Evangelios y otros libros auténticos del N. T., se ha podido reconstruír todo el *Nuevo Testamento*.

IV. — Una última acusación de carácter fundamental contra la autenticidad y la veracidad del Nuevo Testamento, hállala Milesbo en las "alteraciones numerosas que sufrieron los actuales Evangelios por impericia de los copistas, por las falsificaciones de las varias sectas y por la diversidad de los ejemplares sobre los que fué hecha la traducción en lengua latina del N. T.; *diversidades tan numerosas y graves que San Jerónimo temía pasar por falsario por verse obligado, como lo era, a constituírse a guisa de árbitro para elegir entre tanta cantidad de ejemplares de las escrituras esparcidos por todo el mundo y todos diferentes*, y declaraba que había tenido que *añadir, cambiar y corregir*" (Mil. p. 54).

Las *variantes* halladas entre los diferentes manuscritos, versiones y copias del N. T., debidas como nuestro adversario lo admite, a la impericia o a la negligencia de los copistas, que a veces llegaron a introducir en el texto las glosas marginales, son de poquísima importancia; resultan las más notables, ni siquiera una docena, de manuscritos recientes; ninguna altera la doctrina o el sentido. El autorizado comentador Angus (2) demuestra que "nada ha sido descubierto, ni siquiera una sola variante, que comprometa la autenticidad de un sólo pasaje importante. Esta conclusión, que la Biblia de nuestros tiempos no difiere en cuanto a su esencia de la Biblia de la Iglesia primitiva, es al mismo tiempo una prueba de que Dios ha velado sobre su Palabra, y es una bella y amplia recompensa al trabajo consagrado a estas investigaciones".

En cuanto, después a la confesión extraña y sorprendente que Milesbo pide a la autoridad del grande y santo Obispo de

---

(1) JONES: *Obr. cit.* Ver también las obras de TISCHENDORF, especialmente. *When were our gospels written.*

(2) ANGUS: *Manual de la Biblia.*

Milán (1), podemos decir a Milesbo que es *falsa de punta a cabo* y que puede competir con las interpolaciones y falsificaciones por él perpetradas en perjuicio de otros Padres, como lo hemos observado en la primera parte de nuestro libro, para demostrar o bien que él cita de segunda mano de no escrupulosos y deshonestos críticos sin controlearlos o bien que él mismo maliciosamente cita al revés de los Padres o de sus mismos críticos.

Efectivamente San Jerónimo (2) *dice cosa muy distinta*. "Tú entiendes — dice al Papa Dámaso — que yo transforme una obra vieja en nueva y me siente como árbitro entre los ejemplares de las escrituras esparcidos por todo el mundo, y pues que varían entre sí (*inter se variant*) *yo defina cuáles son los que concuerdan con el texto griego* (consentiant græca veritate)". "El trabajo es penoso", dice, y aludiendo a las dificultades se pregunta: *¿No se levantará en seguida una voz que me acusará de falsario* y sacrílego por mi osadía en añadir algo a los viejos libros, en introducir en ellos correcciones y modificaciones? Contra esta envidia tendré una doble causa de consuelo: que tú, que eres sumo sacerdote, me tienes eso ordenado y que *aun por el testimonio de los acusadores queda probado no ser verdadero lo que varía*. Si, en efecto, débese prestar fe a los ejemplares latinos, ¿dirán ellos cuáles? ¡pues los ejemplares son tantos como códices hay! *Si después es la verdad que debe buscarse entre los muchos ejemplares,* ¿POR QUÉ REFIRIÉNDONOS AL ORIGINAL GRIEGO (ad Græcam originem) *no corregimos nosotros mismos lo que fué malamente editado por infieles, débiles intérpretes* (vitiosis interpretibus) *malamente enmendado por presuntuosos sin pericia, o añadido por copistas soñolientos?...*"

Empero no le parece suficiente a Milesbo esta falseada cita de San Jerónimo, e invoca en su ayuda a San Agustín, el gran doctor, discípulo de aquel mismo San Jerónimo que se preguntaba, si no se habría levantado alguien para acusarle de falsario y sacrílego porque se atrevía a reducir la Vulgata *a su verdadero y preciso sentido del texto original griego*.

"San Agustín — afirma Milesbo — hizo esta capital confesión: *Yo no creería en el Evangelio si a ello no me obligara la Autoridad de la Iglesia*" (Milesbo pág. 57).

---

(1) Así en el original. N. DEL T.
(2) *Praef. in Evang. ad Damas., V. 10.*

Pues bien, San Agustín, disputando contra los Maniqueos (1), afirma que *"habiendo creído en el Evangelio porque impelido por la autoridad de Iglesia* (la que de los libros del Evangelio, de su autenticidad y veracidad se hace garante) no podría creer a Manes; y que si en el Evangelio se pudiese hallar algo evidente con respecto del apostolado de Manes quedaría menguada la autoridad de la Iglesia Católica que había ordenado no prestar fe a los Maniqueos, no podría entonces tampoco ya creer en los Evangelios". En otros términos si la Iglesia fuese hallada en contradicción acerca de la credibilidad de Manes vendría a quedar mal parada la autoridad de la Iglesia misma para testimoniar la autenticidad y veracidad del Evangelio y destruída la credibilidad de éste; lo cual no es posible, justamente porque el Evangelio no está en favor de los Maniqueos. Y nada más dice el Doctor que por la fe, por la sabiduría y operosidad en defensa de las Escrituras, fué creído digno de ser igualado al Apóstol Pablo.

---

(1) AUGUST: *Contra epistulam Manichæi*, Cap. V.

CAPÍTULO VI

El testimonio de los Evangelistas es veraz, fiel e histórico

Un corto examen crítico desapasionado y diligente de los Evangelistas nos podrá proporcionar la prueba segura de que el N. T. más bien que "no presentar los requisitos necesarios para establecer, junto con la autenticidad, la verdad de lo que refiere", demuestra, al contrario, su carácter de verdadera autenticidad histórica y testimonial y su formulación en la época inmediatamente sucesiva al Cristo, por obra de aquellos que habían sido los discípulos de su ministerio.

Los tres primeros Evangelios según Mateo, Marcos y Lucas, se distinguen del cuarto, según Juan, por el nombre de *evangelios sinópticos* en razón del paralelismo que se halla en sus narraciones.

Es digno de notarse que los sinópticos, a pesar de la diferencia de idiomas en que fueron escritos — Mateo en *arameo* (que era el idioma hablado en Palestina en la época de Jesús) y Marcos y Lucas en el *dialecto helenístico* — no obstante la diferencia de estilo personal, de posición y educación individual, no obstante el punto de vista bajo el que se guiaban en la exposición de los hechos de Jesús, presentan una impresionante semejanza en las líneas generales, en la elección de los materiales y relatos de los mismos hechos, ligados entre sí y reproducidos de la misma manera.

Una coincidencia literal aun más extraordinaria presentan los sinópticos por el estilo de lenguaje de Jesús, con idéntica forma de frase y de vocabulario, con las mismas expresiones; de tal manera que parece que los tres evangelistas quieren suprimir por completo la propia personalidad para hacer brillar el lenguaje completamente excepcional de Jesús en comparación con el lenguaje de los hombres.

Efectivamente la traducción griega del texto aramaico de San Mateo como también el texto griego de los otros tres Evangelistas, son notables por su imitación literal de las formas semíticas

— en manera que volviendo al aramaico las palabras del Cristo se resuelve alguna dificultad del texto — que bastan por sí solos para autenticar el origen exclusivamente judío de los Evangelios y en su época contemporánea a Cristo, a Pilatos, a Tiberio; y bastan para desmentir en absoluto el que puedan haber sido obra del siglo III, de escritores posteriores y de nacionalidad gentil, sobre quienes ninguna influencia lingüistica ni de estilo habría, a la verdad, podido ejercer el pueblo judío, que estaba, desde unos tres siglos, disperso entre las gentes.

M. Vigouroux nota esta semejanza e identidad en las frases atribuídas a Jesús, en los hechos mismos muy a menudo, aunque relatados con diversidad de extensión, y en las enseñanzas del Maestro que tomaron una forma, idéntica por decirlo así, estereotipada, su dependencia de la repetición oral hecha por apóstoles y discípulos *de recuerdos comunes*. Así Apóstoles y Evangelistas habrían procedido según la costumbre misma de los Doctores de Israel que grababan en su memoria las palabras de los maestros y las transmitían, exacta e íntegramente, a los discípulos; y éstos, a su vez, a los propios. Así el día que discípulos y Apóstoles quisieron fijar por escrito aquello que hasta entonces había sido el *Evangelio predicado,* primitivo, sirviéronse todos de aquel lenguaje que había sido *en cierto modo consagrado* (1).

Cada uno, al decir de San Agustín, escribió de esta manera lo que había visto (Mateo y Juan) o había aprendido (Marcos y Lucas) o recordaba según la importancia y el valor que los hechos y las enseñanzas asumían frente al programa que individualmente se habían fijado. También es posible que en el orden cronológico, según lo cree San Agustín, Marcos haya conocido el Evangelio según Mateo, y Lucas uno y otro, y Juan los tres. Y no tiene importancia el que, como otros quieren que Mateo escribiese los *Logia,* discursos de Jesús, y Marcos sobre el testimonio y relación del apóstol Pedro, haya sido el primero en compilar una entera exposición a la que, después, hayan seguido los demás Evangelios. Es un hecho que cada uno procedió por cuenta propia, lo que también se halla demostrado por las aparentes divergencias que resultan entre los cuatro Evangelios, siguiendo cada uno sus propios fines particulares y su propio modo de ver; que se halla muy bien demostrado no haber

(1) Vigouroux: *La Biblia examinada.*

habido conspiración ni acuerdo; sino que cada uno obedeció a una inspiración individual.

Cada Evangelista, según lo hemos dicho ya, sigue empero su propia tendencia. Así Mateo tiene la preocupación apologética de demostrar la mesianidad de Jesús; Marcos, que aprendió del apóstol Pedro todos los hechos de la vida de Jesús, entiende presentar una exposición popular de la vida pública de Jesús; Lucas, enseñado por Pablo, y sobre la huella de los relatos orales de los demás apóstoles quiere llenar las lagunas que la Iglesia naciente en el mundo pagano halla en las dos precedentes historias evangélicas y procede en su obra con mejor enlace cronológico de los hechos, y con ese espíritu más amplio, más universal que le venía de la enseñanza de Pablo y del trato que con él había tenido. Todos, empero, guardan un carácter preeminente: no son *teoretas* sino que permanecen únicamente como *testigos* fieles de Jesús sirviéndose cada uno del lenguaje que mejor pudiere responder al carácter y a las condiciones morales de los pueblos a quienes su testimonio iba dirigido. Mas, aun en la variedad misma de estilo y de método, manifiestan todos una indisoluble armonía (1) y hasta, controleados uno con otro, ofrecen los Evangelios la prueba de la lealtad de lo que refieren, lo cual especialmente demuestra la *unidad psicológica* alcanzada en el retrato de Jesús mismo, como lo observa A. Sabatier.

San Juan, a su vez, escribe en el período en que nace el Gnosticismo y brotan las primeras herejías, a las que justamente es solicitado para combatir por las Iglesias de Roma. Por eso en su Evangelio se ocupa con preferencia en poner en luz el pensamiento, la enseñanza de Jesús, la doctrina del Reino, adoptando para eso, el lenguaje, las expresiones, las fórmulas mismas que la difundida escuela judeo-helenística de Filón y la fuente filosófico-gnóstica habían hecho comunes.

El, empero, supone, y eso resulta con toda evidencia de todo el contexto, el relato sinóptico de los otros tres Evangelistas aunque para desarrollar la doctrina, pase muchas veces bajo silencio las circunstancias en que el Maestro las venía exponiendo. Eso no obstante también San Juan ofrece abundantes relatos de acontecimientos y hechos de la vida de Jesús y se hace testimonio de ella.

---

(1) Padre G. Didon: *Jésu Christ.* Lichtenberger: *Enciclopédie des Sciences des Religions.*

Strauss, que en sus dos primeras ediciones de la *Vida de Jesús* había puesto en duda la autenticidad de este cuarto Evangelio, se retracta al publicar la 3ra. edición y así lo confiesa: "Con el Comentario de Dewette y con la *Vida de Jesús* de Neander a la mano, he vuelto a comenzar el examen del IV Evangelio y este estudio renovado debilitó en mi espíritu el valor de las dudas que tenía concebidas contra la autenticidad de este Evangelio y la credibilidad que merece". Milesbo, empero, en este punto exclamaría de golpe: "Pero Strauss, si ha hecho cosa seria, fué tan sólo en la parte crítica" (Mil. p. 49).

También Ernesto Renan se ha esforzado, por su parte, en disminuir el carácter histórico de los Evangelios sin, empero, osar negarlo. Afirma que los Evangelios de Mateo y de Marcos son *arreglos,* reducciones hechas llenando con uno las lagunas del otro; pero se ve obligado a admitir "que si los títulos de los Evangelios son exactos — y nosotros lo hemos explicado — *asumen un alto valor porque nos ocurre remontar el medio siglo que siguió a la muerte de Jesús y también, en dos casos* (Mateo y Juan), *a los testigos oculares de sus actos*".

* * *

Pero existen, además, otras pruebas y otros argumentos que en el rigor de la lógica y de la crítica avaloran nuestra tesis de que todo el Evangelio ofrece la prueba cierta de la existencia personal y del real, efectivo, entero cumplimiento del ministerio mesiánico de Jesu-Cristo.

Además del acuerdo perfecto, características salientes de los escritores del Evangelio son la impersonalidad y la veracidad de los relatos.

El autor está personalmente desinteresado de los hechos que expone así como los viera con sus propios ojos o los aprendiera de testigos oculares, sin pasión, sin emoción, sin estupor, con simplicidad no imitada, callando cualquier comentario, huyendo de cualquier lenocinio de estilo, de cualquier efecto de colorido. El autor, sobre todo, se halla convencido de aquello que atestigua o que refiere por testimonio ajeno; y es exacto en la relación.

Ha sido justamente observado (1) que es árdua cosa mentir

(1) PATERSON: *Apologética cristiana.*

bien y que un hombre que sabe de escribir un volumen de fábulas, no comienza de este modo: "Pues en el año XV del Imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilato Gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de la Galilea, y Felipe su hermano tetrarca de la Iturea y de la comarca Traconístida, y Lysanias tetrarca de Abilenes, bajo Anás y Caifás Sumos Sacerdotes, la palabra de Dios fué dirigida a Juan, hijo de Zacarías en el desierto". Aquí, en una sola frase se hallan encerrados veinte datos históricos, geográficos, políticos y genealógicos, cada uno de los cuales se halla controleado y demostrado exacto por la historia profana.

Acerca del nombre y de la vocación de Juan, el profeta, el Bautista, el precursor del Cristo, abrid a Josefo en el libro XVIII capítulo X y hallaréis la confirmación del ministerio de Juan, de un modo análogo al descrito en el Evangelio, salvo algunas pocas diferencias.

".....Juzgando algunos Judíos — dice Josefo Flavio — *que el ejército de Herodes hubiere sido derrotado* (lo que refiere en el anterior capítulo) por Aretas (rey de la Arabia Pétrea cuya hija Herodes había repudiado) *por la divina ira justamente contra él excitada para vengar a Juan llamado el Bautista* el cual por Herodes fué muerto, hombre óptimo, quien ordenaba a los Judíos que se dedicaran a la virtud, a observar la justicia y piedad hacia Dios y a juntarse por el bautismo; el cual bautismo sería agradable a Dios cuando fuere recibido no tan sólo para lavar los pecados sino también para conservar la castidad del cuerpo, la justicia del alma y la purificación, teniéndolo como un sello para guardia fiel de todas las virtudes. Siendo, pues, amaestrado por él el pueblo de tal manera y concurriendo mucho pueblo, Herodes temiendo que las gentes persuadidas por su doctrina se le rebelaran, porque veía a la plebe obedeciendo sus preceptos y dispuesta a recibir sus amonestaciones, juzgó ser más expedito darle muerte antes de que surgiera alguna novedad, más bien que, turbadas las cosas, arrepentirse cuando fuere demasiado tarde. Herodes, pues, puso a Juan en el castillo de Macaronta y allí fué muerto. Los Judíos — según dijimos — juzgan haber sido derrotado por Dios su ejército a causa de este pecado digno en verdad de ser castigado".

La ausencia completa en este pasaje de una alusión cualquiera a la predicación profético-mesiánica efectuada por Juan el Bautista ha servido para eliminar cualquier sospecha de inter-

polación cristiana en este pasaje reconocido por todos los críticos como un testimonio histórico íntimamente ligado a la vida y al ministerio de Jesús.

Sin embargo Milesbo, con su acostumbrado desparpajo, declara (página 77) que Juan el Bautista *¡fué* CREADO *sobre la base de las profecías de Malaquías!*

Los Evangelistas y Apóstoles establecen netamente que quieren hacer una historia *testimonial y veraz* y declaran: "Aquello que hemos *oído,* aquello que *hemos visto con nuestros propios ojos,* aquello que hemos contemplado, y que nuestras manos han tocado de la Palabra de vida.... aquello que hemos visto y oído, nosotros os lo anunciamos".

¿Y cómo sería concebible la mentira o el artificio por parte de ellos si leemos en el Apocalipsis del Apóstol y Evangelista Juan (XXI, 8) que "en cuanto.... a todos los *mentirosos,* su parte será en el lago ardiente de fuego y de azufre que es la segunda muerte?"

* * *

La veracidad de los escritores de los Evangelios y de las Epístolas puede probarse con numerosísimas coincidencias entre los varios escritores sagrados, escogidas en gran parte por Paley (1). Bástenos recordar una sola.

Hemos dicho ya que San Marcos fué discípulo de San Pedro y por él informado de la historia y de la vida de Jesús: pues bien, en el Evangelio de Marcos (IX, 12, 13) háblase de la transfiguración de la que fué testigo el Apóstol el cual, en su Epístola segunda (1, 16, 18), escribe y confirma: "Nosotros hemos sido espectadores de la majestad de Él.... y hemos estado con Él sobre el monte Santo".

Y el evangelista Mateo el cual, según está más generalmente admitido por la crítica, escribió su libro antes de Marcos, y por ciencia propia habiendo sido discípulo y testigo personal de Jesús, relata a su vez el hecho (XXVII, 1, 5); y así también lo relata Lucas (IX, 28, 36) mientras, al contrario, no lo menciona en su Evangelio el Apóstol San Juan que también fué testigo de la

(1) PALEY: *Horæ Paulinæ.*

transfiguración junto con su propio hermano Santiago y San Pedro.

La veracidad y sinceridad de los escritores sagrados se halla luminosamente demostrada por su desinterés personal, por el espíritu de sacrificio del que fueron animados, sufriendo hambre, persecuciones, los golpes, la cárcel y a menudo el martirio por la causa del Evangelio y por el triunfo del Cristo.

Por último una prueba más de la realidad de la historia evangélica, reconocida como impresionante por los mismos críticos y aun por los peor prevenidos, está proporcionada por las descripciones geográficas y topográficas de los santos lugares dadas por el Evangelio en perfecta armonía entre ellas en todo el contexto y en armonía, sobre todo, con el aspecto actual de la Palestina.

Los que han combatido la realidad de la historia de Jesús, no han, por cierto, visitado la Palestina, porque si la hubiesen estudiado, con el Evangelio a la mano, habrían comprendido, como bien lo observa el P. Didon (1), que el Evangelio no se inventa, que ninguna vida presenta, como la de Jesús, una armonía más íntima con la teoría en que se ha desarrollado.

Las descripciones de los Evangelios tienen tales caracteres de evidencia y de verdad local que demuestra ser absolutamente imposible poner en escena todo ese complejo organismo histórico y local, por personas que no hubiesen realmente pertenecido a la escena y vivido en el ambiente y en la época contemporánea de Jesús.

Todos los críticos y cristólogos que han creído necesario y concienzudo ir a estudiar la tierra santa, desde Ernesto Renan a Angelo De Gubernatis (2), han debido cambiar de opinión y reconocer la veracidad de la historia del Cristo presentada por los Evangelios. Hasta eminentes personajes del pueblo Judío, al ir a la Palestina, quedaron tan impresionados por la perfecta correspondencia de los relatos evangélicos con el ambiente, como para transformarse de adversarios en creyentes y ardientes factores del Cristianismo.

Naturalmente para Milesbo estas evidencias no pueden razonablemente subsistir y por eso sus mismos luminares, como Strauss, *han faltado a la lógica cuando*, a causa de todos los argu-

---

(1) G. Didon: *Ob. cit.*
(2) A. De Gubernatis: *Viaje a la Tierra Santa.* Renan: *Vida de Jesús.*

mentos que hemos expuesto, *quisieron salvar aun un girón, un pedazo de la persona histórica del Cristo* (Mil. p. 42); y Renan no ha logrado más que escribir novelas fantásticas (Milesbo pág. 42).

* * *

Por fin, una última observación sobre la no credibilidad en un Evangelio de cuyos autores la historia profana calla.

Milesbo reproduciendo un juicio de Ernesto Havet (1) escribe: "Sócrates es una persona real; Jesús es un personaje ideal. Nosotros conocemos a Sócrates por medio de Jenofonte y de Platón que le conocieron; ellos escriben acerca de él en Atenas, para los atenienses, entre los cuales él había pasado su vida; y ellos escriben al día después de su muerte, *mientras que los que nos han hablado de Jesús no lo conocían,* dirigíanse a hombres que le conocían menos aun, y escribieron a más de medio siglo de distancia". Y Milesbo sugiere a Havet que él *habría podido añadir que ellos tampoco son conocidos* (Mil. p. 42).

Todo esto es literalmente contrario a la verdad, pues que los discípulos de Jesús se dirigieron primeramente de viva voz justamente a esos Judíos entre los que Jesús había pasado su vida y era conocido, al día siguiente de su muerte, solamente cuarenta días después, como claramente lo demuestra el Apóstol Pedro en el discurso de Pentecostes, reproducido por el Evangelista Lucas en los *Hechos,* 14 y siguientes: "Hombres Israelitas oíd estas palabras: Jesús el Nazareno, hombre de que Dios os ha dado pruebas ciertas con potentes obras y prodigios y señales que Dios hizo por él entre vosotros, *como también vosotros lo sabeis;* él, digo, por determinado consejo, en la providencia de Dios *os ha sido entregado en manos, y vosotros lo habeis tomado y por manos de inicuos lo habeis clavado en la cruz y le habeis muerto*".

El mismo San Pedro, siempre según testimonio del Evangelista San Lucas (*Hechos,* III, 11 y sig.), al pueblo de Jerusalem, acudido a él bajo el pórtico de Salomón, después de la curación del tullido de la puerta del Templo, dice: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros Padres ha

(1) Ernest Havet: *Le Christianisme et ses origenes.*

glorificado a su hijo Jesús, a quien habeis puesto en manos de Pilatos y *habeis renegado* ante él, aunque él juzgara que debiera haber sido libertado. Empero vosotros habeis renegado al Santo y al Justo y *habeis pedido* que os fuera concedido un asesino (Barrabás)". Y luego ante el Sánedrin y Anás, Sumo Sacerdote, y Caifás, (personajes históricos contemporáneos de Pilatos y de Cristo y cómplices de su muerte) en Jerusalén dando cuenta y explicación del mismo milagro, Pedro dice: Rectores del Pueblo y Ancianos de Israel, notificado sea a todos vosotros y al pueblo de Israel, que esto ha sido hecho en nombre de Jesu-Cristo el Nazareno a quien *vosotros habeis crucificado* y al que Dios ha resucitado de entre los muertos" (*Hechos*, IV, 8 y sig.).

Nos hemos detenido lo suficiente sobre el método seguido por los Apóstoles y Evangelistas, en la enseñanza del Evangelio, predicado primeramente, luego escrito, cuando, es decir, se hacía necesario que el testimonio evangélico, estuviese fijado y consagrado y defendido contra toda posible intrusión profana, por los mismos que habían sido sus testimonios (Mateo y Juan, repetimos), o por aquellos que de los testigos habían tenido la completa, exacta, precisa exposición (Marcos y Lucas), no es, pues, necesario relevar la acusación que las Escrituras son posteriores de un medio siglo al Cristo.

El silencio de la historia profana contemporánea (Mil. pág. 20) sobre Pedro, sobre Pablo, sobre Juan, sobre Lucas, sobre todos los demás escritores evangélicos, no puede sorprender, porque la de ellos no es obra de doctores en filosofía y ciencias reconocidas, de hombres que se entremezclan con el mundo, y participan con la política y en sus intereses. Ellos aparecen, al contrario, a la mirada indiferente de los paganos y prevenida de los Judíos, como sectarios fanáticos de una nueva religión de la que los primeros, acostumbrados a la tolerancia de cualquier culto o rito que respetan el orden constituído, no se cuidan; de la que los otros solamente se preocupan, con una sorda coalición de silencio y de persecuciones, de destruír, si posible fuese, substancia y formas, testimonios, predicadores y discípulos.

Si es verdad que Sócrates es persona real porque *cierto es el testimonio* de sus discípulos Jenofonte y Platón y otros más cuya existencia histórica y actividad filosófica solamente un orate podría poner en duda, del mismo modo seguro es el testimonio histórico de los Apóstoles y Evangelistas sobre la existen-

cia *real, personal, histórica* del Cristo; porque de este testimonio da toda garantía la Iglesia por ellos fundada y, como lo veremos pronto, toda una voluminosa literatura religiosa o adversa de hombres *contemporáneos a ellos* o contemporáneos a los que fueron sus inmediatos sucesores en el ministerio eclesiástico.

Mas sobre el valor real de este testimonio veraz e histórico del Evangelio, comparado con el mismo de los discípulos de Sócrates en favor de su maestro, se nos ofrece un juicio decisivo por el escéptico J. J. Rousseau (1).

"Yo os confieso que la santidad del Evangelio es un argumento que habla a mi corazón y al que yo tendría verdadero sentimiento si hallara una buena respuesta. ¡Ved los libros de los filósofos con toda su pompa, lo pequeño que son en parangón con él!....

¿Diremos nosotros que la historia del Evangelio ha sido inventada por fantasía? No es así que se inventa; y los hechos de Sócrates, del que nadie duda, están menos documentados que los de Jesu-Cristo. Sería más inconcebible que varios hombres de común acuerdo hubiesen falsificado este libro, que no que uno solo hubiese proporcionado el tema. Jamás autores judíos habrían hallado el mismo tono y la misma moral: *y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan impresionantes, tan perfectamente inmutables que el inventor sería aun más admirable que el héroe mismo".*

---

(1) J. J. Rousseau: *Emile ou l'éducation.*

CAPITULO VII

El testimonio histórico de San Pablo

Milesbo (pág. 109 de su libro) después de todo lo que dejamos confutado añade que "los que acaban, en la Biblia misma, por destruir literalmente, por aniquilar y disipar completamente la pretendida existencia de Cristo son ¿quién lo creería? nada menos *que dos de sus apóstoles* Apolo y San Pablo".

Llama *apóstol* a Apolo, a pesar de reconocer que no figura en el número de los Apóstoles y halla por lo menos muy extraño que *un Judío,* pues que el escritor sagrado (Hechos XVII, 24 y siguientes) dice de él que era un *Judío* de nación *Alejandrina,* hablara para convertir a los demás al cristianismo permaneciendo él mismo *Judío.*

Evidentemente Milesbo ignora que el pueblo judío distinguíase en *Judíos* por nacionalidad y en *Judíos por conversión* del paganismo a la religión de Jehová, los que eran llamados también prosélitos es decir adventicios, mas no cesaban por eso de conservar la propia nacionalidad.

Natural fué, pues, que Apolo fuese llamado *de nación Alejandrino,* pero de *religión Judío,* y ha sido, además, históricamente correcto desde que se conserva una denominación precisa del tiempo en que él, judío, hablaba para convertir a los demás al *Cristo,* pues que en la época en que Apolo se entregaba a la evangelización en Efeso y en Corinto, hacia el término del segundo viaje apostólico de San Pablo (es decir en el año 53 de la era vulgar), los *Cristianos* no se hallaban aún nominalmente distintos de los *Judíos;* esto aconteció, según lo hemos dicho en otra parte, por primera vez en Antioquía tan sólo en 54, como se hecha de ver un año más tarde.

Relevamos, por fin, las palabras de Milesbo: "y sin embargo la epístola I a los Corintios (1, 12, III, 4, 5) nos dirá que este Apolos era *igualado nada menos que al Cristo*"; porque concurren a probar que Milesbo no ha leído las Sagradas Escrituras o por lo menos no las ha comprendido, porque no existe en los pasajes referidos, en otra parte, esta pretendida igualdad de Apo-

los con Cristo: sino tan sólo la constatación y reprobación hecha por San Pablo de los partidos que se constituían *en la Iglesia de Cristo* en razón de la preferencia que se daba a la palabra de Pablo (el apóstol coloca primeros en la reprobación a sus mismos partidarios) o de Pedro o de Apolos; mientras otros decían ser tan sólo de Cristo.

"¿Hállase Cristo dividido? ¿Ha sido Pablo crucificado por vosotros? o bien ¿habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?" pregunta severamente el Apóstol de los Gentiles para condenar a los partidos nacientes en el nombre de Pedro y Apolos y en el suyo mismo (I Cor. I, 12-13).

Y pasemos a San Pablo:

"Este Apóstol, dice Milesbo (página 110), este Apóstol en las postrimerías de su carrera y después de haber ejercido su ministerio cristiano, al comparecer ante el rey Agripa declárase *fariseo* y sostiene que la secta de los fariseos es la mejor de las de su religión. No sólo. Sino que *San Pablo no habla de Cristo como de una personalidad histórica sino que como una tesis teológica.* Para él *Jesús es un ser misterioso, sin padre, sin madre, sin genealogía,* que se muestra entre los hombres como la encarnación de una divinidad para cumplir un gran sacrificio expiatorio. Mas el apóstol nos deja ignorar cómo se ha hecho esta encarnación, no nos dice en qué ha venido al mundo, *lo que haya hecho y cómo lo haya hecho, por quiénes y en qué modo haya sido crucificado...*"

Será para nosotros de interés sumo el confutar estas falaces afirmaciones — las que, bueno es notarlo, pertenecen también por entero a las obras de Dide y de Peyret (1) y no son harina de su propio costal — porque el Apóstol San Pablo presenta, sobre todos los demás testimonios, la documentación más poderosa y completa de la historicidad del Cristo y de la autenticidad y veracidad de los Evangelios; preséntala con su apostolado, al que se halla dedicada la mayor parte del libro de los *Hechos,* compuesto por su dicípulo y compañero de trabajo, San Lucas, y la presenta con sus epístolas. Parécenos superfluo demostrar que la maliciosa observación hecha sobre la declaración de Pablo ante Agripa de

---

(1) PEYRET: *Histoire élémentaire et critique de Jésus.* A. DIDE: *La fin des religions.*

ser *fariseo* "según la más exquisita secta" de la religión judáica es del mismo valor y sinceridad de aquella que acabamos de examinar sobre Apolos, *Judío de religión y de nación Alejandrino;* porque bastará que el lector lea en los Hechos de los Apóstoles todo el capítulo XXVI para quedar convencido sin la menor dificultad. Es inútil al contrario, relevar el asombro (Mil. páginas 110-111), afectado por la convocación hecha por Pablo no bien llegara a Roma, de los principales judíos, es decir de los jefes y de los miembros más celosos de la sinagoga, para justificarse de haber en Jerusalén ofendido al pueblo y el rito de los padres, después de haber escrito ya a los creyentes de Roma que su fe *"era conocida en todo el mundo"* (*Hechos* XXVIII, 16 y siguientes—*Rom.* 1, 8) aun antes de haber empezado la predicación.

El adversario saca la consecuencia de que "tanto el relato de los *Hechos* como el testimonio de la Epístola a la fé de los Romanos, son fabulosos; o sino habría que convenir en que los Cristianos existían ya mucho tiempo antes de la época asignada al Cristo".

¿No era acaso necesario a San Pablo, útil por lo menos desde el punto de vista de la propaganda, el prevenir exactamente a los celosos de la nación y fe judía, a cuyo número él también había pertenecido en origen y aun pertenecía nominalmente, acerca de los motivos de su prisión y de las razones de su propia conversión al Cristo? Semejantes justificaciones eran, al contrario, fuera de lugar para los numerosos Cristianos que había nombrado en la Epístola que les había dirigido precedentemente a su llegada a Roma y que habían ido a encontrarle a Pozzuoli y a las Tres Tabernas sobre la Vía Apia.

Y que no haya contradicción entre este acto de prudencia y de sabiduría de Pablo y dicho testimonio dado a la fe de los Romanos *universalmente conocida* y tanto más necesariamente conocida por los principales judíos de Roma, demuéstranlo estos mismos en su respuesta a Pablo:

"Nosotros no hemos recibido cartas de Judea acerca de tí; ni tampoco ha llegado hermano alguno que haya referido o dicho algo malo de tí. Pedimos, pues, oír por tí mismo lo que tú sientes, *porque, en cuanto a esta secta, sabemos que en todas partes está contradecida"* (*Hechos,* XXVII, 21-22).

No es, pues, San Pablo el que comienza la predicación del

Cristianismo y el que constituye en Roma *la nueva secta que en todas partes está contradecida,* que existe pues, que es conocida, a lo menos de nombre, por los fieles judíos y de la que también no se ignoran las oposiciones que sufre *en todas partes;* sino que Pablo halla en Roma esta secta a la que por eso era lógico que hubiese ya en precedencia escrito. Que ella haya salido después y *no antes del Cristo* y que la *Iglesia de todos los Cristianos* haya tenido exclusivo origen del *Cristo de la historia y de las Escrituras,* lo hemos demostrado y demostraremos aún.

* * *

El testimonio de San Pablo al Cristo histórico y a las Escrituras es tan solemne y completo, tan importante su obra apostólica y de propaganda, como para sugerir a Bruno Baur (1) seguido después también por Strauss y otros críticos, la llamada teoría del Paulinismo; habiendo pretendido ver en él no ya puramente el revelador, el que ilustrara toda la doctrina cristiana de la salvación, de la justificación y de la gracia, sino sin más ni más al fundador verdadero del cristianismo.

Y sin embargo este Apóstol que ha escrito algunas Epístolas antes de su prisión en Roma apenas unos treinta años después de la muerte de Jesu-Cristo — desde que parece que Festo (*Hechos* XXV) ante el cual Pablo compareció después de haber quedado preso en Cesarea en poder del Gobernador Félix ha sucedido a éste último en el año 60 de la era cristiana — y sin embargo esta lumbrera y columna de la Iglesia cuya historicidad se impuso a todos los críticos, en manera que ninguno de los más famosos a los que Milesbo pide sus flechas osó ponerla en duda, no es distinto de los demás apóstoles a los que todos en conjunto define como *"creaciones míticas"* (*Mil. pág.* 20).

Con lo ya dicho el testimonio de San Pablo resulta de todo su ministerio apostólico y de sus discursos apologéticos, relatados en los *Hechos de los Apóstoles* escritos por su discípulo y colaborador San Lucas, y de las Epístolas dirigidas a las Iglesias.

Las Epístolas, los Hechos de Pablo, los discursos apologéticos (ante el Sinedrio y los Judíos de Jerusalén, ante los filósofos

(1) *Le Cristianisme et l'Eglise chrétienne aux trois premieres siècles.*

y areopagitas en Atenas, ante los gobernadores y el rey Agripa en Cesarea, ante judíos y paganos en todo lugar, en las sinagogas en Corinto, en Tesalónica, en Berea, en Antioquía en Pisidia, en Iconio y otras partes, en la plaza de Listra, en el pretorio de Filipos, donde quiera en fin) ; los Hechos, los discursos y las Epístolas, tienen una relación estrecha entre sí.

Esta relación resulta de muchas coincidencias y referencias que demuestran como Lucas fuera escrupuloso, preciso y veraz escribiendo las *Actas*, de hombres, cosas y circunstancias; y que veraz y exacto debe ser tenido por eso cuando refiere los discursos apologéticos del propio Maestro que constituyen el testimonio por él rendido en público y de persona a la existencia histórica del Cristo. Y antes bien más importante resulta también este testimonio en comparación del de los demás apóstoles (Pedro, Santiago y Judas) los que a diferencia de Juan, no escribieron Evangelios, sino simplemente Epístolas, cabalmente porque numerosas se hallan las coincidencias del biógrafo de San Pablo, con hechos, personas y circunstancias de tiempo y lugar, registrados en la historia y en los documentos cristianos.

Bueno es anticipar (1) que los primeros vestigios claros y seguros de la tradición ortodoxa acerca de la atribución de los Hechos a San Lucas se hallan desde el 170 en adelante. En este período, casi contemporáneamente, San Ireneo, y el Cánon Muratoriano, y poco después Tertuliano, Clemente Alejandrino y Orígenes, nos hablan en modo explícito de los *Hechos compuestos por Lucas*, o los citan bajo su nombre.

Pero la tradición, precedente en un siglo a Ireneo, de la existencia de los *Hechos* de Lucas se halla avalorada también por vestigios que se hallan a su vez anteriormente al 170 en la literatura cristiana que se produce entre el año 100 y el 170.

Así, para recordar tan sólo los principales pasajes en favor de la autenticidad de los *Hechos Apostólicos*, tenemos el discurso de San Policarpo acerca de la resurreción de Cristo (*ad Phil.*, I) representada bajo un aspecto y con fraseología perfectamente conforme al de los Actos de San Lucas (II, 24).

Asimismo en la carta a *Diognetes* de autor incierto pero de antigüedad indudable, tenemos una enumeración del todo análoga a la de Lucas (*Hechos* XVII, 24 y sigs.)

---

(1) Véase, G. Semería: *Veinticinco años de Historia del Cristianismo naciente.*

Esto sentado, observamos que la exactitud de las narraciones y su orden cronológico se halla confirmado por el Apóstol Pablo en su Epistola. El confirma (II Cor. XI, 32-33) su huída nocturna de Damasco por medio de una espuerta bajada con cuerda desde una ventana que daba sobre el muro de la ciudad; en otra parte (Gálatas I, 18) refiere, de acuerdo con Lucas, haber ido de Damasco a Jerusalén. En el mismo orden en que los Hechos relatan las persecuciones sufridas en sus viajes apostólicos, el conocimiento que trabó con Timoteo y otras muchas circunstancias, Pablo lo recuerda en su Epístola.

También el mismo lenguaje de Lucas, muy análogo al de las epístolas paulinas, y que se explica con la intimidad que se estableció entre el maestro y el discípulo en el primero y segundo viaje apostólico y luego durante la prisión de Pablo en Roma, es una garantía de la fidelidad de los Actos cuando refieren las obras y los discursos apologéticos y testimoniales del apóstol.

Nótese que el escritor de los Actos conserva un carácter eminentemente objetivo. Aún ocupándose en la mayor parte del ministerio de San Pablo no se cuida de poner en realce la elocuencia más de lo que haya hecho por los discursos de Pedro, de Esteban, de Felipe y de otros; San Lucas no comenta ni hace la apología de Pablo; tampoco se esfuerza en atenuar su obra y responsabilidad en la persecución de la Iglesia antes de la conversión, ni luego la discordia con Barnabás, ni sus fracasos en Atenas y en otras partes.

San Lucas, lo hemos indicado ya, se halla en perfecto acuerdo con los documentos profanos de la época. Así, aceptada la versión, como lo es por la mayoría de los historiógrafos cristianos, que la ordenanza de Claudio, referida por Suetonio, contra los Judíos de Roma en tumulto a causa *Cresto*, haya sido motivada por discordias y agitaciones religiosas, tenemos la confirmación de las discordias y agitaciones de las colonias provocadas por las primeras conversiones, así como nos son referidas en los Hechos apostólicos; y tenemos también otra prueba de que en un principio los Cristianos no anduvieron separados de los Judíos, y que se comenzó a considerarlos como si formasen simplemente una secta, semejante a la de los Esenios, y que gracias a esa ilusión quedaron por algún tiempo en una especie de semiobscuridad (1).

(1) Vigouroux y Bacuez: *Manual Bíblico:* Los *Hechos* (xviii - 2).

DANIEL CARRO

Los *Hechos* (XVIII, 2) refieren que San Pablo halló en Corinto "a cierto judío llamado Aquilas, de nación póntico, recién llegado de Italia con Priscilla su mujer, *porque Claudio había ordenado que todos los judíos saliesen de Roma*"; y aún cuando se quiera rechazar la naturaleza religiosa del tumulto provocado por *Cresto* en Roma, débese reconocer que desde el punto de vista histórico San Lucas se halla de acuerdo con el romano Suetonio acerca de la expulsión de los judíos.

Priscilla y Aquilas, que habían acompañado a San Pablo desde Corinto a Siria, vuelven pronto a Roma donde se hallan en 58, fecha aproximada del envío de la carta de Pablo a los Romanos; porque el Apóstol mandólo saludar haciendo especial mención de sus títulos a la benemerencia y gratitud suya y de todas las Iglesias de los gentiles y hasta llamándolos "compañeros suyos en la obra de Jesu-Cristo" (Rom. XVI, 3, 4).

Esto demuestra que el decreto de Claudio fué prontamente abrogado y que el escritor sagrado refería a un hecho cierto; porque, si así no hubiese sido, se haría incomprensible que la colonia judáica se hiciere tan numerosa y respetada algo más tarde, bajo Nerón, como para poder gozar hasta de la abierta protección de la Emperatriz Poppea.

Volviendo, empero, al biógrafo de San Pablo, observamos que los Hechos de los apóstoles nombran al "procónsul Galiano" que era hermano de Séneca, el filósofo, y tío del poeta Lucano que murió en 65. Séneca le dedicó el tratado *De ira* testimoniándolo como el más pacífico y paciente de los hombres; lo cual no se halla en contradicción con lo dicho por Lucas, pues refiere este que Galiano expulsó del Tribunal a los Judíos que le habían llevado a Pablo bajo la acusación de persuadir a los hombres de servir a Dios contra la ley, diciéndoles que era llamado a juzgar crímenes e injusticias y no cuestiones de palabras (*Hechos* XVIII, 16 y sigs). (1)

Otros relatos de los Hechos Apostólicos y los nombres de los personajes allí citados se hallan siempre de acuerdo con las circunstancias de tiempo y de lugar *según resultan de escritores profanos.*

Por ejemplo, Josefo hebreo confirma la exactitud de una

---

(1) Por esta y otras referencias de los Hechos a los documentos de la Historia profana ver el *Manual Bíblico* de Vigouroux y Bacuez, ya citado.

descripción del recinto del Templo hecha en los Actos de los Apóstoles, donde refiere la transformación en fortaleza, ordenada por Herodes de una torre fabricada sobre una roca al N. E. del Templo y llamada Antonina del nombre de M. Antonio amigo suyo, añadiendo que se había acuartelado en ella una legión y que desde lo alto de la torre se vigilaba el interior del Templo (1).

La detención de Pablo en esa fortaleza y el inicio de su proceso por parte del Tribuno militar, que en esa fortaleza residía, se halla conforme a la historia porque en ausencia del Procurador que residía en tiempos normales en Cesarea, la jurisdicción era ejercida por el capitán o Tribuno militar. Pues, este afán del Tribuno en inquirir, el recuerdo hecho por Pablo ante el centurión a su dignidad de ciudadano romano — "¿os es lícito azotar a un ciudadano romano y no condenado?" — el respeto que al momento le acarrea ese título, son todas circunstancias que concuerdan con el tiempo, con los lugares, con las personas (*Hechos* XXI y XXII).

Nótese también que el Capitán, empieza el interrogatorio de Pablo preguntándole: "¿Eres griego? No eres tu el Egipcio, el cual días pasados levantó y llevó al desierto a los cuatro mil ladrones?" (*Hechos,* XXI, 37, 38).

Ahora bien, Josefo hebreo refiere de un fanático, llamado el Egipcio, el cual bajo el gobierno de Félix — al cual dicho Capitán envió después en juicio al Apóstol — pretendió apoderarse de Jerusalén del mismo modo que Josué había expugnado a Jericó (2).

Asimismo en los Hechos (XXIII) se habla de *Claudio Félix* procurador, y armonizan con la semblanza que dan de Félix, la turbación que se apodera de él cuando Pablo le habla de la vida futura; a su vez Tácito y Flavio lo pintan como hombre licencioso, adúltero, corrompido, codicioso, avaro (3).

Además los Hechos (XXV) nos hablan del *procurador Festo* (que había ido a Judea en 59), del *Rey Agripa* (que se retiró a Roma en 66 y allí murió en 99) y de su *mujer Berenicia*, la famosa y lujuriosa Berenicia de la hermosa cabellera como la historia la llamó, y de la visita que estos soberanos hacen a Festo,

---

(1) Josefo: *Guerras judaicas*, l. 4; v. 5.
(2) Josefo: *Antigüedades judáicas*. xx, 12.
(3) *Ibid*, xx.

no soberano, pero que la historia nos explica con la importancia que asumía el Procurador romano frente a los reyes desautorizados y puramente nominales de las provincias conquistadas.

En el discurso pronunciado por San Pablo ante el Rey Agripa y la autoridad imperial (Hechos, XXV, 13-29) los críticos han revelado muchas expresiones y modos de decir comunes en las Epístolas, de modo que algunos opinan que el Apóstol mismo lo haya escrito sin que Lucas lo modificara.

La apelación de Pablo al Tribunal del César, el consiguiente reenvío de su causa a Roma son hechos perfectamente conformes a las costumbres del tiempo, como se halla demostrado también por Josefo hebreo cuando refiere que el gobernador Félix hizo encadenar y llevar a Roma por leves ofensas para que se justificaran ante el tribunal imperial, a algunos virtuosos sacerdotes (1).

El título de *protos* (primero, principal) dado en los Hechos apostólicos a *Publio*, delegado del Pretor de Sicilia en Malta (XXVIII, 7) fué hallado sobre medallas de la época en que Pablo, prisionero, y la escolta que le acompañaba fueron por la tempestad obligados a reparar en aquella Isla; una inscripción fué también descubierta en Civitavecchia y publicada en el *Corpus inscript. Graecar.* de Boeckh.

El nombre de *bárbaros* con que son por Lucas designados los maltenses corresponde también a la opinión en que los Griegos tenían a los extranjeros y los Romanos a los habitantes de los países incorporados al imperio, pero aún no fundidos ni asimilados social y políticamente con ellos.

El Padre Semería (2) se ocupa con especial interés de estas coincidencias políticas e históricas de los Actos con los documentos profanos y observa que donde la ciencia histórica del Autor sagrado se muestra más fúlgida es allí donde hable del mundo griego y romano. El sabe que Chipre de provincia imperatoria que era se ha vuelto en provincia *senatorial* antes del 46 (fecha probable del viaje de Pablo a aquella Isla) y que sus gobernadores tienen siempre el título de *procónsules* (XII, 7); sabe que Filipos es *colonia romana* (XVI, 12) y luego que sus magistrados toman el nombre de *pretores* munidos de lictores (XVI, 20,

---

(1) Josefo: *Antigüedades*, xx.
(2) G. Semería: *Obr. cit.*

35) y sus habitantes se llaman *Romanos* (V. 21). Mientras sabe que, al contrario, en la vecina Tesalónica los magistrados se hacen *politarkai* (XVI, 6) nombre extraño filosóficamente que fué traducido *rectores*, del cual sin embargo los recientes descubrimientos epigráficos han venido a certificarnos la singular exactitud (1).

Y los mismos descubrimientos han mostrado cuan exactamente San Lucas habla de Atenas ciudad de los habitantes ávidos de novedades, escépticos sobre todo, y de Efeso la ciudad supersticiosa devotamente mercantil que tumultúa no tanto por el celo de su Diana cuanto por la ruina de los orfebres.

Habríamos podido numerar muchas otras coincidencias parecidas pero no lo hemos creído necesario. Creemos, en cambio, útil ver la concordancia de los Actos de los Apóstoles con la historia cuando nos hablan de dos personajes judíos, el grande doctor *Gamaliel* y el profeta *Agab*.

Como justamente lo observa el Padre Semería en la obra citada, el carácter manso de Gamaliel, la moderación y la equidad que San Lucas (Hechos, V, 34 y sig.) atribuye a Gamaliel, que fué uno de los más grandes maestros de la escuela rabínica de todos los tiempos, concuerda perfectamente con esa amplitud de espíritu y de vistas no prohibiendo — según el testimonio de las *Guemaras* — a sus discípulos el gustar de las bellezas de la literatura griega. Lo cual también puede explicar como San Pablo, que se honra de haber sido discípulo de Gamaliel, pueda en su discurso en el Areópago de Atenas, mostrar de tener conocimiento de los poetas griegos (Hechos, XVII, 28).

Agab, profeta Judío llegado de Jerusalén a Cesarea mientras Pablo se encontraba en casa de Felipe el Evangelista (*Hechos*, XX, 10 y sig.) anuncia al Apóstol su próximo encarcelamiento en Jerusalén y su entrega en manos de los gentiles. Pues, este profeta, que es un personaje histórico, había predicho una carestía que sucedió según lo certifica Josefo hebreo en el cuarto año del reinado de Claudio, y que desoló en manera particular a la Palestina (2).

* * *

(1) VIGOUROUX: *Le Nouveau Testament et les découvertes archeologique modernes.*

(2) JOSEFO: *Antigüedades judáicas*, XX, 5.

Puesto así en luz el carácter y la evidencia histórica de los *Hechos* de los Apóstoles examinaremos ahora el testimonio que rinde el Apóstol Pablo al Cristo y a los Evangelios, primero en las noticias que de él nos proporciona su discípulo el Evangelista San Lucas en los Actos, y luego en las Epístolas.

Pablo, originariamente Paulo, de Tarso, aparece en los Hechos de los Apóstoles durante el martirio de Esteban, encargado de cuidar los vestidos de los lapidadores. Era entonces jovencillo de unos 16 años. Algunos años después se convierte, y alrededor del año 45 d. d. Cristo, inicia su apostolado: en 58 es arrestado en el templo de Jerusalén y en 62 conducido a Roma.

Resulta, pues, que Pablo era demasiado joven, a la muerte del Señor — tendría quizás unos doce años — por haber sido testigo personal aunque haya podido verle ocasionalmente en la última semana de su ministerio y en el día de su muerte; pero los tiempos le eran tan cercanos que por sus propios parientes, maestros, amigos más ancianos pudo tener testimonio del Cristo, del nacimiento de la nueva religión y obtener la conformación histórica de los hechos predicados por los doce Apóstoles, cuya propaganda después excitó su celo farisaico para llevar la primera persecución a la Iglesia.

Y es el mismo Pablo quien se declara *Apóstol*, aun cuando no hubiese sido testigo en su vida de Jesús en medio de sus conterráneos, porque al apostolado había sido llamado directamente por el Señor; y declara haberle visto realmente con sus propios ojos cuando quiso revelársele sobre el camino de Damasco.

Y Pablo, judío, de la casta farisaica, educado por el célebre Rabino Gamaliel, hallábase en el caso de conocer profundamente las profecías como para poder apreciar y avaluar todas las circunstancias de la vida y de la predicación del Cristo y reconocer su verdad aceptando su revelación. Pudo en una palabra, con ánimo consciente, proclamarse, después de haberle perseguido en sus discípulos, el más ferviente propagador de la salvación traída por la persona histórica del Cristo mediante su muerte, con su resurreción y con su palabra; y no ser tan sólo el ilustrador de esta última.

Por eso *predícalo vivido, obrante en la vida, muerto en la cruz, resucitado, ascendido, triunfante, persona, siempre persona, viviente* y *obrante* y que a él se manifiesta en manera directa.

Es persona histórica, exclusivamente histórica, no una con-

cepción doctrinaria el Cristo que se revela en toda su entereza en su obra mesiánica en las *Cartas* que San Pablo escribe a las recientes o ya constituídas Iglesias cristianas; en las Cartas especialmente dirigidas a los Romanos, a los Gálatas y a los Corintios, reconocidas como genuinas, auténticas, por los críticos más hostiles. No fué posible a la crítica moderna, a la duda, a la intentada acusación de falsedad, el resistir a las evidencias que estas epístolas presentaban, a las especiales características personales del autor. La doctrina de las Epístolas no difiere de la de los Evangelios y de las cartas de los demás Apóstoles sino que la profundiza y la ilustra. Unica y constante es la doctrina, única la dirección, el fin, el método y el estilo; estilo evidente en su diferencia de cualquier otra parte del N. T. por ciertas particularidades, idiotismos, hebraismos y hasta incorrecciones.

Y si la autenticidad de estas Epístolas no hubiese sido reconocida por la primitiva Iglesia, ¿cómo se explicaría la conducta de los *herejes* del segundo y tercer siglos quienes no se levantan en su propio interés para protestar contra la impostura paulina? ¿Cómo se explicaría la actividad resignada de ciertas Iglesias y de ciertos cristianos frente a la severidad que Pablo usa públicamente contra ellos en sus epístolas, de la que en lugar protesta contra las calumnias, contra las acusaciones no verdaderas de epístolas falsas, en lugar del rechazo de estas si justamente hubiere habido falsificación? Habríamos podido, si hubiese sido necesario, profundizar este examen de la autenticidad de la obra paulina; pero creemos suficiente una sola observación fácil aun a los menos familiarizados con el método crítico para demostrar que las cartas del Apóstol son genuinas.

Estas cartas fueron escritas y recibidas antes del año 70, porque Pablo murió mártir bajo Nerón según lo aseguran Eusebio y San Jerónimo, y por eso antes del 68, año en que murió Nerón al que sucedió Galba. Pues los argumentos y el lenguaje hacia los cristianos judaizantes, son tales como no habrían podido serlo si las Epístolas hubiesen sido escritas después del 71 después de la caída del Templo de Jerusalén y la dispersión nacional, es decir después del cumplimiento de la profecia de que "el *legislador* no sería quitado de Judá" hasta que no hubiese llegado "aquel a quien el cetro pertenece" (Génesis XLIX, 10) es decir el Mesías; después del cumplimiento de la profecía misma de Jesús hecha a Jerusalén de que "sus enemigos la habrían si-

tiado por todas partes y no habrían dejado piedra sobre piedra *porque no han reconocido el tiempo de su visitación*" (Lucas, XIX, 41-44); cumplimiento tan completo y tan trágico que habría podido proporcionar a Pablo la prueba más solemne, más impresionante y aplastadora de la verdad de su predicación.

Ahora, pues, ¿cómo dan testimonio las Epístolas paulinas del Cristo? Lo hemos dicho: como de una persona histórica, que ha vivido, luego ha muerto, después resucitó, viviente y operante. Pablo da testimonio de la existencia histórica completa del Cristo porque, aunque él prefiera presentar su sistema religioso, sin embargo, esparcidos en las Epístolas, además de los discursos apologéticos de los Hechos apostólicos, refiere tantos informes y detalles del ministerio y de la orden de Jesús como para poder con estos solos reconstituir el conjunto como nos es presentado por los Evangelios.

Es exclusivamente sobre esta historia de los Evangelios que descansa toda la doctrina del cristianismo, de la salvación por su *resurrección*, de la que invoca el testimonio *personal histórico* de Pedro, de los *doce apóstoles* y de *quinientos* hermanos, en mayoría aún vivientes en sus tiempos y por fin el suyo propio cuando el Señor quiso aparecerle (I Cor. XV, 1-9).

Conformemente a los Evangelios, Pablo habla en varias epístolas (Rom. I, 4—VIII, 3—Gál. 15) de la encarnación de Dios en el Cristo "*hecho de mujer*, sujeto a la ley", y habla de su *muerte*, (I Cor. XV, 3) reproduciendo la escena y toda la doctrina de la institución de la Cena *en la noche en que Jesús fué traicionado* (I Cor. XI, 23-25); y (I Tim. VI, 13) da testimonio del proceso hecho a Jesús por *Poncio Pilatos*, de su *muerte en la Cruz*, (Gál. VI, 14) de su *sepultura y resurrección al tercer día* (I Cor. XV, 4—Rom. IV, 9).

No es posible sospechar que todo eso haga y diga Pablo por una alucinación, por una sugestión histórico-filosofica y de ambiente y que su obra sea una mistificación doctrinaria. Sería, en efecto, inconcebible que un hombre de tanta elevación, consciente de la necesidad histórica de una reforma de principios de ética social, hubiese echado los jalones y mejor deslindado los mismos confines, confines insalvables, y luego hubiese atribuído el mérito y la paternidad a otra persona, de cuya existencia ni siquiera hubiese estado seguro, confesando además de recibir el esquema de esta inmensa ideación de parte de pretendidos testigos oculares

y auriculares de aquella persona; y en fin, y aún más maravillosamente, en el nombre y por esa persona incierta, llegara al sacrificio de sí propio, de los honores de su grado, de la libertad, ¡hasta al martirio y a la muerte!

Todo esto, además no habría sido posible en una época, como la de Nerón y del gobierno de Felipe y Festo en Palestina, en una época de plena civilización y contralor.

Pues entonces ¿quién podría contradecir el testimonio que San Pablo ofrece a *la historicidad* del Cristo y de su Evangelio, testimonio tan ardiente, solemne, completo, por los hechos que asegura, por los detalles que ilustra, por la sincera confesión de los motivos morales y psicológicos que le obligaron a él fariseo, (judío fanático) a adoptar en Cristo Jesús una fe, un pensamiento, un lenguaje completamente diferente del tiempo anterior?

Y ¿quién podría acusar a Pablo de falacia o de impostura, Pablo que a los Colosenses escribe: *"no mintais los unos a los otros, habiendo despojado al hombre viejo con sus actos"*; Pablo, que a los Tesalonicenses protesta que "francamente animado por Dios a anunciarles el evangelio *no ha empero su exhortación procedido de engaño, ni de impunidad, ni ha habido fraude?*

CAPÍTULO VIII

Testimonios de Santos Padres y de Herejes de los primeros tres siglos del Cristianismo

Los logia de Jesus—Manuscritos y versiones del N. T. — Una prueba capital de la existencia del Nuevo Testamento desde el mismo primer siglo y de su autenticidad la tenemos en las citas de los Padres de los primeros tres siglos, es decir antes del tan zarandeado concilio de Nicea.

Estas citas son tan numerosas y frecuentes que con ellas Bentley pudo reconstruír el texto griego y hallarlo, después, idéntico con el texto de las más antiguas versiones: la siríaca y la latina.

Mr. Jones, en la obra citada, (1) refiere la interesante prueba llevada a cabo por otro sabio inglés, Sir David Dalrymple en compañía de varios más, a consecuencia de un problema propuesto por un literato a una reunión de estudiosos, consistente en si hubiese sido posible reconstruir el N. T. por las citas consignadas en las obras de los Padres del segundo y tercero siglos, en la suposición de que todos los ejemplares del N. T. hubiesen sido destruídos a fines del tercer siglo según la prescripción de Diocleciano. Mr. Dalrymple dice: "Este problema provocó mi curiosidad, y teniendo en mi poder los Padres de los dos siglos, empecé mi investigación; y hasta el presente *he hallado el entero Nuevo Testamento, menos once versículos*".

Es, por eso mismo, sobradamente interesante para nuestra tesis el hacer un rápido examen de estos testimonios antiguos prestados a la integridad y autenticidad de los Evangelios, en primer lugar, y de Epístolas en segundo (2), ateniéndonos, por amor de la brevedad, a las muy principales.

Veamos, primeramente, la *epístola,* no canónica, del Apóstol *San Barnabás,* y como tal admitida por Clemente Alejan-

---

(1) *El Cristo de los Evangelios.*

(2) Para todas las referencias de los Padres enviamos al lector a la completa y concienzuda exposición que de ellos ha hecho Mr. Jones en la obra citada y a los Padres mismos de los que hemos controleado escrupulosamente los pasajes referidos para eventual investigación de los lectores.

drino (1) que la cita a menudo, y por Orígenes (2), y citada también por otros Padres como libro no canónico, aunque muy difundido.

El eruditismo crítico Westcott (3) considera esta Epístola como auténtica; otros la aceptan cuando menos *como un documento antiguo,* fijándola algunos *al fin del primer siglo,* otros *al principio del segundo,* algunos a la época de Adriano, entre 117 y 130.

Hay en esta Epístola (cap. IV) un pasaje de Mateo, XXII, 14, citado con la misma forma por el Evangelista: *"Como está escrito, muchos son los llamados, pocos empero los escogidos".*

Hay ahí además otras dos citas idénticas a Mateo (XXII, 41 a 44 y Mateo IX, 13). Y Mr. Westcott ha demostrado admirablemente que la fraseología de Barnabás es más notable por sus palabras peculiares que pertenecen al lenguaje especial del Nuevo Testamento.

Continuando nuestro examen procederemos del Padre de la Iglesia más antiguo, que es considerado como el anillo de conjunción entre el período apostólico y el patrístico, es decir de CLEMENTE obispo de Roma, viniendo sucesivamente a los más recientes, hasta el siglo tercero.

Este Padre se supone haya sido la misma persona nombrada por San Pablo en la Epístola a los Filipenses IV, 3 *compañero suyo de tarea,* cuyo nombre se halla escrito *en el libro de la vida*: ha sido llamado ora discípulo de San Pablo y ora de San Pedro: no se halla bien precisado el orden de su obispado en Roma, pero está asegurado, por testimonio de Ireneo y de Eusebio (4) que sucedió a Anacleto en 91-92 y que murió nueve años después, durante el reinado de Trajano, en el año 100 después de J. C. Los escritos atribuídos a este santo obispo eran muy venerados en toda la Iglesia, pero especialmente importante es la Epístola "a la Iglesia de Dios que se halla en Corinto" como Clemente de Alejandría expresamente lo consigna.

---

(1) *De libris stromatum.* cap. II y V: *aliæ incohartationem et pædagogum observationes,* cap. III.

(2) *Peri arcon* lib. III; *Contra Celsum,* lib. I.

(3) *A general survey of the New Testament.*

(4) *Contra Haereses,* lib. III y IV.

La evidencia interna demuestra que la carta fué escrita después de una persecución de la Iglesia en Roma, y por eso su fecha debe ser colocada entre el 64 y 67 después de la persecución de Nerón; tanto más cuanto que — lo hemos ya visto en la I.ª parte de nuestro volumen — habla él claramente del martirio sufrido por los cristianos y especialmente por los Apóstoles Pedro y Pablo.

Reservándonos relevar dentro de poco las referencias de esta Epístola a las de San Pablo, bástenos aquí indicar que existen ahí alusiones *al Evangelio de San Mateo* (XXVI, 24; XVIII, 6; V, 7; VI, 14; VII, 2-12) y *al Evangelio de San Lucas* (VI, 30-36, 37, 58; XVII, 1, 2).

El obispo Westcott demuestra que esta Epístola de Clemente, la cual por una tercera parte a lo menos está llena de citas de las Escrituras, confirma la autenticidad del N. T.

San Policarpo pertenece a su vez al período apostólico pues nació en 71, es decir unos cuarenta años después de Jesu-Cristo y sufrió muy anciano el martirio en Esmirna allá por el año 167 más o menos.

Ireneo, discípulo suyo, dice que Policarpo en su juventud había sido discípulo del Apóstol San Juan, que "enseñaba lo que había aprendido de los apóstoles (1) y que había escrito *una Epístola a los Filipenses.*" Westcott dice que la autenticidad de esta carta no es dudosa, siendo su fecha fijada generalmente en el 120, aunque algunos la retardan hasta el año 150.

Policarpo transcribe claramente los versículos 1, 2 del cap. VII de *San Mateo,* el vers. 14 del VI y los vers. 3 y 7 del V, y se refiere a Mateo también en otras partes (VI, 12, 13, 14—XXVI, 41); a *Marcos* (XIV, 38); a *Lucas* (XI, 4). El obispo Westcott dice que el uso del lenguaje escritural de Policarpo es tan frecuente en todos los demás escritos suyos que estaríamos totalmente fuera de razón si dudáramos que *conocía las partes principales de nuestro Canon.*

Ignacio discípulo también del Apóstol San Juan y obispo de Antioquía durante el reinado de Domiciano y de Trajano, fué arrojado a las fieras en el año 107. De las quince epístolas a él atribuídas siete solamente que son mencionadas por Euse-

(1) *De libris stromatum,* cap. I y V.

bio (1), han sido reconocidas como genuinas por la crítica, es decir las dirigidas al obispo Policarpo, a los Efesios, a los Romanos, a los Magnesios, a los Filadelfios, a los Tralianos y a los Esmirnienses.

Tischendorf (2) cita en confirmación de la existencia de los Evangelios un pasaje en la Epístola de Ignacio a los Romanos que corresponde a Mateo XVI, 26; otro pasaje en la Epístola a los Esmirnienses que recuerda a Mateo III, 15; en la dirigida a Policarpo cítase a Mateo X, 16, y en la Epístola a los Efesios, a Mateo X, 40 y XVIII, 19.

Papias, obispo de Hierápolis, en Frigia, en la primera mitad del II siglo, era el amigo de Policarpo, *el discípulo de San Juan*, y hasta algunos pretenden que él mismo hubiese estado también en la escuela de este Apóstol, sobre el testimonio de Ireneo (3) el cual lo veneraba grandemente y lo llamaba esplícitamente *"oídor de Juan* y compañero de Policarpo".

Papías escribió "la exégesis, o interpretación de los oráculos del Señor" de los que Ireneo y Eusebio nos conservan tan solo algunos fragmentos.

A la verdad Papías apreciaba en manera especial — por las mayores luces que de allí podía sacar — el testimonio que podían dar de viva voz los que habían sido discípulos del Señor o discípulos de estos últimos, más provechosa que aquella que se podía sacar de los libros; pero el hecho que él escribe una interpretación de los *oráculos del Señor* demuestra que estos libros a los que alude debían estar ya reunidos, y efectivamente — según hemos tenido ya ocasión de verlo — ofrecen espléndido testimonio especialmente al Evangelio de San Marcos.

"Esto también, (escribe Papias) *esto también* decía el Presbítero Juan Marcos; habiendo llegado a ser el *intérprete de Pedro, escribió cuidadosamente lo que recordaba*, aunque no hizo ordenadamente lo que había sido dicho o hecho por el Cristo, puesto que él no había oído o seguido al Cristo, sino a Pedro, según dije... *Así Marcos no cometió ningún error* desde que escribió algunos detalles exactamente como los recordaba. Porque tenía cuidado de una cosa — de *no omitir ningu-*

---

(1) Eusebio: *Hist. Eccl.* libr. III.
(2) Const. Tischendorf: *Cuando fueron escritos nuestros evangelios.*
(3) Ireneo, *contra Haereses*, lib. V. Eusebio: *His. Eccl.* III, V.

no de los hechos que había oído y de no hablar falsamente ninguna cosa acerca de ellos".

* * *

Las apologías de Cuadrato, de Arístides y de Justino Mártir, siguen en orden de antigüedad a los testimonios que acabamos de examinar.

Eusebio (1) nos habla de la *Apología* presentada a Adriano en Atenas (probablemente por el año 130) por Cuadrato, *discípulo de los Apóstoles,* y nos conserva un pasaje en que Cuadrato sostenía *el valor histórico del Cristianismo* y la autenticidad del Evangelio. "Las obras del Salvador — dice — eran siempre presentes, puesto que eran reales, siendo presentes los que eran sanados; los que eran resucitados de los muertos; los que eran vistos *no tan sólo en el momento en que los milagros se obraban, sino aún después;* y esto no solamente *mientras el Salvador permanecía en la tierra,* sino aun después de su partida, por un tiempo considerable, *en manera que algunos sobrevivían aun en nuestros tiempos".*

Eusebio (1) y también San Jerónimo nos hablan de la *Apología de Arístides.* El Padre Semería (2) refiere el descubrimiento hecho por el Prof. G. Mendel Harris (ilustrado en una monografía de la colección de estudios de la Universidad de Cambridge en 1891 — *the Apology of Aristides,* — el descubrimiento de la versión siriaca de esta apología que confirma la historia de Eusebio, pero la corrije en parte diciendo que estaba dirigida a Antonino Pío y no a Adriano.

Arístides, filósofo ateniense, a su vez apela, ante el Emperador, a las pruebas milagrosas y a los testigos existentes aún para demostrar la realidad histórica del Cristo y ofrece, sino directamente, ciertamente una prueba indirecta pero no menos segura de la existencia de los Evangelios.

Justino Mártir nacido en 103 en Neápolis (Naplusa), la Sichar del Evangelio, y educado, como él mismo lo refiere en su *Diálogo con el judío Trifón,* en la escuela de los filósofos estoicos, primeramente, peripatéticos y platónicos después, aún

---

(1) Eusebio: *Hist. Eccl.* lib. IV.
(2) G. Semería: *Primera sangre cristiana.*

después de convertido al Cristianismo conservó el modo de vestir y de razonar de sus maestros.

Entre sus obras más importantes se cuenta el susodicho diálogo del que la mitad no se compone de otra cosa más que de citas de la Biblia para demostración del carácter mesiánico de Jesús. En dos *Apologías* presentadas a las autoridades romanas en defensa de los hermanos perseguidos, de las que la más extensa va dirigida a Antonino Pio hacia 146, Justino da testimonio acerca de la existencia de los Evangelios que él llama *"memorias de los Apóstoles, llamadas Evangelios"*; se refiere *al censo de Quirino* y a las *Actas de Pilatos* y describe el culto de los cristianos *en el primer día de la semana*: "el día llamado del sol, todos los fieles de la ciudad y de la campaña se reunen en un solo lugar, se leen *las memorias de los Apóstoles* o los escritos de los Profetas, según lo permite el tiempo". En otros pasajes, añade que habla de casas *"escritas en el Evangelio"* en las *memorias* que dice *"haber sido escritas por los Apóstoles y por los que les seguían"* aludiendo a Marcos y Lucas.

Justino refiere muchas cosas así como están contenidas en los Evangelios, *con el mismo lenguaje y fraseología*: anunciación, nacimiento, bautismo, ministerio, milagros, entrada triuntal, expulsión de los mercaderes del Templo, institución de la Eucaristía, conducta de Jesús ante Pilatos, reenvío a Herodes, la crucifixión, el sorteo de la túnica del Señor, la sepultura en viernes, la resurrección el domingo, la aparición, el mandato a los Apóstoles y la ascensión.

* * *

Ireneo, obispo de Lión, discípulo de Policarpo — al que hemos visto que había sido a su vez discípulo de San Juan — Ireneo entre los pocos muy principales Padres que hemos creído suficiente examinar, sigue cronológicamente en orden de antigüedad, presentándose a su vez como testigo inmediato y casi personal de los Apóstoles.

Eusebio ha recogido algunos de los testimonios de Ireneo a las Escrituras.

Baste decir que atribuye los cuatro Evangelios a Mateo,

Marcos, Lucas y Juan; y hace no menos de 1200 referencias al Nuevo Testamento, 400 a los Evangelios y 80 al de Juan tan sólo.

En el ya citado pasaje (*Contra Haereses,* (lib. III), el piadoso obispo de Lión dice haber aprendido el Evangelio por el "bienaventurado Policarpo" del que recuerda "el camino, la complexión de su vida, la forma de su cuerpo, y sus conversaciones con el pueblo y *su trato familiar con Juan,* según él lo refería a menudo, como también, *su familiaridad con aquellos que habían visto al Señor*".

* * *

Tertuliano nacido en Cartago en 160 y muerto alrededor del año 245, es uno de los Padres más célebres de la Iglesia. Escribió más de treinta obras en defensa de la religión cristiana, entre ellas dos apologéticas; una (*de Oratione*), en la que hace la exposición del *Padre nuestro,* y un *Resumen sumario del Evangelio;* otra (*adversus Marcionem*) para refutar la herejía de Marción que creía fantástico y no substancial y real el cuerpo del Señor cuyos sufrimientos, pasión y muerte no habrían sido más que apariencias; y otra más en fin (*de carne Christi*) para completar la demostración de dicho tratado contra Marción, sobre la consistencia en Cristo de una doble naturaleza divina y *humana, carnal, corpórea.*

Lardner (1) dice que "las citas del N. T. hechas por el solo Tertuliano *son más extensas y más numerosas que las que de Cicerón hicieron los escritores de toda edad y de todo género*".

También Tertuliano atribuye los cuatro Evangelios a Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Mas, sin embargo, distingue de los demás el de Marcos *"que puede ser demostrado como de pertenencia de Pedro, cuyo intérprete ha sido Marcos";* de todos indistintamente cita capítulo por capítulo; y en fin contra Marción que repudiaba tres de los cuatro evangelios, quedando con el solo Lucas, mutilado, empero, a su paladar, defiende la autenticidad de los

(1) LARDNER: *Historia de la Iglesia.*

otros tres, Mateo, Marcos y Juan, que "la misma autoridad de las Iglesias apostólicas sostenía".

***

Orígenes es uno de los más famosos Padres y apologistas, cuyo testimonio invocamos para demostrar que la Iglesia de los tres primeros siglos conocía al *Cristo* de la historia y de los Evangelios genuinos. Orígenes, nacido en Alejandria de Egipto en 185, discípulo de Clemente Alejandrino, murió a los setenta años en 254 en la cárcel, durante la persecución de Diocleciano. Dedicado al ascetismo, rígido observador de las Escrituras, rindió a costa de su propia carne testimonio del Evangelio habiendo creído tener que mutilarse en homenaje al precepto que creyó ver aconsejado por Mateo XIX, 12. Más tarde comprendió y confesó el error de interpretación en el cual había caído.

Su exceso de misticismo, sus exageradas interpretaciones alegóricas en mengua del sentido histórico y ciertas opiniones particulares teológicas, procuráronle adversarios y denigradores. Pero su obra ha quedado a la Iglesia como una de las más poderosas documentaciones de la secular preexistencia del Evangelio al Concilio de Nicea y del fundamento histórico del cristianismo.

Recordamos tan sólo una ilustración que nos ofrece Orígenes sobre las palabras de Jesús: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" en Mateo XXII, 17-22 y un comentario sobre las palabras de Jesús a Pedro en ocasión del *lavado de los pies*, en Juan XIII, 8.

***

A *Eusebio,* uno de los más ilustres escritores cristianos, grande historiador de la Iglesia, queremos recordar por último, en sostén de nuestra demostración, porque floreció *a fines del tercer siglo* y a principios del cuarto, habiendo nacido en 264.

En 313 era obispo de Cesarea, y en 325 participó en el Concilio de Nicea, siendo partidario de algunos arrianos, aunque creyera en la divinidad de Cristo.

Eusebio es el testigo que transmitió a la Iglesia la historia y el testimonio de Clemente, de Papías, de Policarpo, de Ignacio, de Justino y de todos los demás Padres y Apologistas por nosotros examinados.

La crítica se inclina reverente ante este luminar de la Historia y debe aceptar como autorizado y seguro todo lo que él refiere acerca de hombres, cosas, doctrinas y escuelas de los primeros tres siglos, concurriendo así a proporcionar la prueba absoluta e irrefutable de que *el Cristo pertenece a la historia* y que *los cuatro Evangelios* son posesión íntegra de la Iglesia desde fines del siglo.

* * *

Nos conviene ahora, brevemente, el testimonio que proporcionan los Padres a las otras partes del Nuevo Testamento, a las Epístolas y a las de Pablo especialmente. La palabra *Testamento* para designar todos los escritos Evangélicos se usa ya en los tiempos de Tertuliano, es decir a fines del II siglo y a principios del III.

Clemente Romano es el primer Padre que atestigua la existencia y universal conocimiento de las Epístolas en la Iglesia, con su *Carta a los Corintios*, escrita entre el año 85 y los últimos años del I siglo, es decir, algo más de 60 años después de Cristo. Clemente trae enteros trozos de las Epístolas y recordando la I Carta de Pablo a los Corintios dice: "Tomad la carta del Bienaventurado Pablo. No hay duda de que el Espíritu Santo le haya inspirado lo que escribió acerca de él mismo, acerca de Cefas y Apolos, en un tiempo en que os hallábais divididos como en estos días". Esta carta que se refiere a discusiones en la Iglesia de Corinto en un tiempo apartado de Clemente, es decir más cercano aún al Cristo, discusiones que, en efecto, muchos años antes habían interesado la intervención de Pablo, es el más antiguo monumento de la historia de la Iglesia: leíase públicamente en Corinto y fué citada en el siglo II por Hegesipo.

Dionisio de Corinto, (1) obispo de Corinto en el año 170,

(1) Eusebio: *Hist. Eccl.* lib. II, III y IV.

en un precioso fragmento que de él nos ha quedado, escribe a Sotero, obispo de Roma: "Hoy es el día del Señor, tenido por santo, y leímos vuestra carta, de cuya lectura de cuando en cuando podemos sacar provecho, *como también de la que precedentemente nos fué escrita por Clemente;*" dando así noticia de la costumbre de la Iglesia de Corinto de leer dicha epístola clementina.

Dionisio contiene alusiones a las Epístolas de Pablo a los *Tesalonicenses,* al *Apocalipsis* y al Evangelio de Mateo.

Ireneo cita expresamente la Epístola I a los Cor. XII, 4 y habla del Paraíso "al que fué trasladado el Apóstol Pablo, donde oyó palabras inefables, las que no es lícito a hombre alguno repetir". Hace muchas alusiones a las Epístolas de Pablo, de Juan, de Pedro, a los *Actos de los Apóstoles* y al Apocalipsis.

Tertuliano, a su vez, atestigua del siguiente modo la autenticidad de las epístolas paulinas: es bien seguro que es menester considerar como proveniente de los Apóstoles lo que en *sus Iglesias* (por ellos constituídas) está admitido como santo y divino; veamos pues *lo que creen los fieles de estas* Iglesias, lo que leen en sus reuniones los cristianos *de Corinto, de Galacia, de Filipos, de Tesalónica, de Efeso, de Roma.* Recorred sus Iglesias fundadas por los Apóstoles, oíd leer de lo alto de esas cátedras en las que ellos mismos se sentaron, el texto mismo de las cartas que de ellos recibieron y os parecerá ver sus rostros y oír su voz".

Por fin, estimando superfluo entretenernos aún sobre las obras de Ignacio, de Policarpo y de muchos otros Padres sembradas de citas de las Epístolas, nos bastará indicar que todas las primitivas Iglesias la conocen y que las más antiguas versiones del I y II siglos las conocen y sobre ellas, y especialmente sobre las paulinas, se apuntan las iras de los herejes.

* * *

Paralelamente al testimonio de los Santos Padres y de la Iglesia, hallamos el de las primeras sectas heréticas y de sus mayores corifeos.

Hemos hablado ya de los discípulos de Marción.

Nos limitaremos ahora a recordar la secta de los *Ebionitas,* cristianos judaizantes del I y II siglos que se separaron de

la Iglesia con dogmas propios después de la segunda destrucción de Jerusalén, llevada a cabo por Adriano.

Orígenes, Epifanio, Eusebio y otros Padres, distinguen dos clases de Ebionistas: la primera, negaba la divinidad de Jesús, pero afirmaba *que era hijo carnal de José y de María*, hombre a semejanza de los demás, pero con especial dón profético; la segunda, reconocíale como *nacido de la Virgen*, pero negaba su preexistencia como Dios.

Estos Ebionistas en general, en su calidad de judaizantes no admitiendo que pudieran extenderse a los gentiles todos los beneficios de la obra de Cristo, renocían el solo Evangelio hebraico de San Mateo, repudiaban los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas Paulinas.

No es improbable que, justamente para combatir esta heregía el Apóstol San Juan, de vuelta del destierro de Patmos, empezara a escribir el cuarto Evangelio.

Contrariamente a los Marcionitas, otras sectas gnósticas tenían como divinas las Epístolas y el Evangelio de Lucas, mutilándolas, empero, según sus particulares conveniencias y doctrinas.

Entre los particulares autores paganos y heréticos, creemos suficiente referirnos a cuatro solos, a Taciano, a Celso, a Luciano y a Porfirio, y para no salir de los tres primeros siglos no nos detendremos tampoco sobre el emperador Juliano el Apóstata, hombre doctísimo y sin escrúpulos, el más encarnizado entre todos los perseguidores del cristianismo, el cual en el IV siglo reunió todos los argumentos excogitados contra el cristianismo, e intentó la revancha y la restauración del paganismo, aunque acabó, muriendo en el combate, por confesar que el *Galileo* había vencido.

Taciano tiene particular importancia, porque convertido por Justino Mártir y llamado a continuar, después de su muerte, la obra de aquel, entregado después al orgullo—según lo refiere Ireneo — y dado a las especulaciones gnósticas, acabó por extraviarse del camino de la verdad evangélica; sin embargo ha dejado un poderoso testimonio al Evangelio y al Cristo con las obras escritas antes de su herejía.

En su obra *"Discurso a los Griegos"* tiene evidentes alusiones a San Juan, a San Mateo, a San Lucas, a las Epístolas y al Apocalipsis. Pero especialmente en el *Diatessaron*, armonía

de los cuatro Evangelios, escrita entre 130 y 170, demuestra que la Iglesia también entonces hacía uso exclusivo de los *Cuatro Evangelios* (1).

Celso, filósofo ecléctico del II siglo, es a su vez, el primer pagano que se haya ocupado en modo directo de la doctrina cristiana, en su *discurso sobre la verdad,* que fué objeto de una particular y poderosa refutación de Orígenes.

Celso habla de los Evangelios de Mateo, de Lucas y de Juan y cita *ochenta veces* el Nuevo Testamento. No ignora que Cristo ha nacido *hijo de una virgen,* en una *aldea de Judea*: conoce *la matanza de los inocentes,* la *huída á Egipto* donde Cristo habría, dice Celso, aprendido las artes mágicas, la demora en Nazaret, el *bautismo,* la *venida del Espíritu Santo bajo forma de paloma,* la *elección de los doce discípulos, algunos milagros, la traición de Judas, la caída de Pedro,* algunas circunstancias especiales de la *Pasión,* la *Crucifixión* y la *Resurrección.*

Del mismo modo que los Judíos, hace derivar los milagros de Cristo de los espíritus demoníacos; altera los hechos alguna vez en favor de la propia tesis, pero aludiendo a alguna de las doctrinas cristianas, desdeña las vulgares acusaciones que se les dirigían de inmoralidad (2).

Pero del testimonio capital de Celso, Milesbo no se da cuenta y tranquilamente sentencia *que él no se ha cuidado de la existencia de Jesús* (Mil. p. 33).

Luciano, del que ya hemos hablado en la I Parte de nuestro volumen, vivió en la segunda mitad del II siglo. Emprendió á combatir el cristianismo con el ridículo; pero mientras que para Celso, Jesús es un engañador, para Luciano es un *sofista, el sofista crucificado, el ilustre sofista,* como en circunstancias diferentes le llama en sus diálogos. Y sin embargo de la existencia de este autor pagano que atestigua que *"Cristo, sirio de Palestina, fué crucificado por* haber introducido nuevos ritos, *que Cristo el sofista sanaba á los lunáticos."* y que se ocupa de las características que distinguían á los cristianos, de este autor, Milesbo parece no saber nada.

Porfirio, en fin, que vivió en el siglo III, murió á princi-

---

(1) Eusebio: *Hist. Eccl.* lib. IV, V, VI.
(2) Ver Phil. Schaff: *La personne de J. Christ.* Lardner: *Obr. cit.*

pios del IV (en 304) en Roma. Filósofo neoplatónico escribió contra el cristianismo la *filosofía de los oráculos* de la que tenemos fragmentos en los Padres. (1).

Uno de estos fragmentos dice:

El oráculo declaró que el *Cristo era un hombre* extremadamente piadoso: que su alma *después de su muerte* había sido coronada de inmortalidad, pero que los hombres lo *adoraban* por un equívoco.

"Y cuando preguntamos por qué había recibido la muerte, la diosa Hécata nos contestó: El cuerpo, a la verdad, se halla sometido de hecho a tormentos que lo debilitan sin cesar: pero el alma del *hombre piadoso* habita en la demora celestial. Esa alma ha sido desgraciadamente una ocasión de errores para muchos, para todos los que no han podido conocer al inmortal Júpiter. Mas aquel mismo *hombre piadoso* ha subido al cielo como los demás hombres piadosos: *tú no debes por eso difamarlo,* sino tener lástima de la locura de los hombres a causa del peligro que corren."

No es este el pensamiento de un cristiano; es una extraña enunciación de la persona de Cristo, pero es, no obstante, un testimonio de la *existencia histórica del Cristo,* a su muerte y a su adoración tributada por los Cristianos.

* * *

Concluyendo este capítulo, no nos queda ya más que examinar rapidísimamente la prueba que manuscritos, copias y textos proporcionan de la existencia *antenicena* del Nuevo Testamento.

Pero digamos antes dos palabras sobre el importante descubrimiento efectuado en 1897 por dos sabios ingleses, Dr. Grenfell y Dr. Hunt, en las excavaciones de la aldea árabe de Behnesch (la antigua Oxyrhynchus, capital del Egipto medio) de un fragmento de papiro completamente arrugado, de unos 20 cm. por 15, escrito de ambos lados en letras unciales (mayúsculas) como los más antiguos manuscritos del N. T.

En este manuscrito el Dr. Hunt fué impresionado por la palabra griega *carfos,* pajuela, que le recordó un pasaje del

---

(1) San Agustín. *Ciudad de Dios,* I. Eusebio: *Demostratio Evang.* III.

Evangelio. Leyendo el texto halló que reproducía exactamente á Lucas VI, 42 y á Mateo VII, 5. Pero además de esta *sentencia* de Jesús, el manuscrito contenía otras varias más, algunas de las cuales, idénticas a sentencias de Jesús en el Evangelio, otras en parte o totalmente diferentes. Cada una de estas *sentencias, o logia,* va acompañada de la fórmula *dice Jesús.*

Tratábase, pues, de un fragmento de *logia* ó sentencias de Jesús.

Van unos dos años que los dos doctores volvieron a emprender las excavaciones en el mismo lugar, y entre los restos de antiguas bibliotecas de escritos clásicos y de teología, hallaron otro papiro que contenía otras seis *sentencias* ó lógia, aunque en condición deteriorada. Este papiro, empero, de las nuevas *sentencias* ofrece evidencias de su orígen aún mayores que el precedente, porque contiene una introducción que declara que esas sentencias eran palabras que Jesús, la palabra viviente, había hablado á dos de sus discípulos; y contiene además una sentencia no canónica citada también por Clemente Alejandrino que la había sacado del Evangelio según los Hebreos.

Los dos sabios ingleses creen empero que ambos papiros pertenecen a colecciones de *logia* comunmente atribuídos al Señor, más bien que haber sido extractados de algún evangelio no canónico.

Son fragmentos de dos copias diferentes de una misma colección de *sentencias.* Y esto no es extraño si se recuerda que Pablo (en Hechos XX), cita una sentencia inédita de Jesús, y que Lucas I, 1-4 alude a los muchos escritos acerca de Jesús *corrientes* en su tiempo.

La fecha no es por cierto posterior al 140 d. d. C. según Grenfell y Hunt; es de 120 según Sanday de Oxford.

Los logia nos confirman el *desarrollo colateral* al cristianismo primitivo, de que teníamos huella solamente en la referencia de Papias a los *logia de Jesús,* escritos por Mateo y a que nos hemos ya referido.

Pero la concordancia que hemos demostrado existir desde el mismo primer siglo entre los varios Padres y con los herejes mismos sobre el conocimiento y uso de los Evangelios y de los libros del N. T., tal cual los poseemos al presente, queda en manera no menos irrefutable probada por la concordancia misma

que existe entre los *códices* antiguos, de la armonía que resulta entre los más antiguos, entre las citas de los Padres y las primeras versiones del Nuevo Testamento; mientras ninguna de las variantes introducidas por los copistas comprometen en un solo pasàje la misma armonía.

Un testimonio en favor de la autenticidad histórica, literal y doctrinal de los evangelios, más que de todas las otras copias y traducciones, que pasando los siglos han sido halladas y que remontan al IV siglo, nos es proporcionado en forma más solemne por la *Vetus-itala,* versión latina de principios del II siglo y de la *versión siriaca* llamada *Peshito* o la *fiel,* la *simple* (códice a mano existente en la biblioteca Ambrosiana, en Milán) y que remonta hacia fines del I siglo o a más tardar a principios del segundo.

Esta versión hecha directamente sobre el original aramaico y griego de los evangelios y de las epístolas, sumamente estimada por su exactitud, sirvió à las más antiguas versiones árabe y persa. Ella sirvió también para demostrar que la Iglesia siria, desde los mismos principios del siglo, tenía una traducción exáctísima del N. T. menos la II Epístola de Pedro, la 2ª. y 3ª. de Juan, la de Judas y el Apoc. que no contiene.

Esta y la otra versión *Vetus-itala,* prueban la existencia del N. T. anteriormente á las épocas, muy posteriores, de las que datan los otros manuscritos que se poseen, y sobre todo *que los libros del N. T. existían* en el I siglo y que ya la *Iglesia había determinado cuales debieran aceptarse por canónicos o sagrados, inspirados,* no menos de dos siglos antes que el Concilio de Nicea, como se ha querido aseverar, tuviese la oportunidad de consagrar el oficial, expreso, canónico repudio de cualquier libro que no estuviese comprendido en la lista canónica, que constituye cabalmente el Nuevo Testamento tal cual la Iglesia lo ha poseído durante veinte siglos.

CAPÍTULO IX

Las pretendidas absurdidades y contradicciones de las Escrituras

Después de la demostración que hemos hecho de la *historicidad* del Cristo, de su Evangelio y de los escritos apostólicos, no es necesario examinar si existen entre los escritores del N. T. esas pretendidas absurdidades y pretendidas contradicciones, a las que Milesbo dedica dos distintos capítulos; mas estimaríamos extraño a nuestra tesis, que es *histórica,* de prueba *histórica,* y no de carácter teológico, confutar un tercer capítulo que él escribe para sostener que "la moral *sectaria* e *inactuable* de los Evangelios no es la obra de un hombre sino de la teología". El lector diligente, en cualquier comentario de las Escrituras, podría encontrar respuestas categóricas y absolutas a las sorprendentes acusaciones lanzadas contra Jesús, de enseñar máximas antihumanas, degradantes, inactuables, sectarias, crueles, de enseñar la intolerancia y la persecución religiosa, el egoismo la hipocresía, la vanidad, el obscurantismo, el desprecio de las afecciones domésticas y de la humana dignidad; y ¡hasta de aprobar el robo! (Mil. p. 112 y sigs.) Bástenos tan sólo relevar que la *moral inactuable* de los Evangelios, ha sacudido los cimientos de la filosofía y de la moral paganas; y que después de *dos mil años* transcurridos desde que *la moral de los Evangelios está actuada,* aunque por desgracia imperfecta e incompletamente, hoy día la humanidad, en cuyo gremio florecen también los críticos racionalistas y los cristólogos del tipo de Milesbo, siente la necesidad de volver a una más perfecta, más completa, más concienzuda obediencia de esa misma moral, de la que Milesbo *no ha leído jamás* los postulados, porque *no ha leído jamás* o — lo que es peor aún — *no ha jamás comprendido* el Evangelio "que ha sido escondido a los sabios y a los entendedores, siendo en cambio revelado a los ignorantes, a los sencillos y a los pequeñuelos".

* * *

El gran filósofo inglés Bacón de Verulamio, decía que "leer superficialmente las Escrituras puede llevar a la incredulidad; pero el estudiarlas profundamente conduce a la fé".

Y es solamente con una lectura superficial que en las Escrituras se pueden hallar esas aparentes contradicciones y absurdidades "por las que la Biblia, en lugar de proporcionarnos la prueba de la existencia del Cristo, resulta una prueba constante de que El no ha existido jamás" y hasta que "ella misma es una prueba más contra su existencia" (Mil. p. 93).

Diremos desde luego que el estudio de las *concordancias* (o *harmonística*) es muy antiguo y remonta a Taciano, que según hemos visto, escribió la *harmonía entre los cuatro evangelios* (*Diatessaron*) y a San Agustín. Ese estudio ha dejado bien sentado que los tres primeros Evangelios, los sinópticos, se completan en su criterio predominante biográfico y cronológico, y que el cuarto Evangelio, el de Juan, doctrinario preferentemente, no llega a contradecirlos.

Esto sentado, examinemos una primera contradicción hallada en las dos diferentes genealogías que Mateo y Lucas dan de Jesús, haciéndolo el primero hijo de José *hijo de Jacob;* y el segundo Evangelista, hijo de José *hijo de Elí* (Mil. p. 94); dándole ambos Evangelistas una genealogía tal para hacerle descender de David, de conformidad con la profecía.

El atribuír una genealogía a Jesús no es una fantasía del Evangelista desde que los Judíos eran escrupulosos en conservar las genealogías de familia, confiando su custodia, como lo atestigua el historiador Josefo, a los sacerdotes, en el Templo.

Al volver del destierro de Babilonia el pueblo de Judá, las genealogías en lugar de continuar por tribus se establecieron por familias. Pero mediante el auxilio de las antiguas tablas genealógicas, y ya sea por documentos privados ya sea por tradición oral, las familias conservaron el recuerdo de las tribus de que descendían.

A causa de las esperanzas mesiánicas, las familias salidas de la tribu de Judá conservan exactamente con cuidado religioso sus tablas genealógicas; y mucho más lo hacen los que descienden de David.

Según el derecho judáico, las tierras pertenecían a las familias y debían permanecer en las familias; probar, por eso, la filiación, era al mismo tiempo establecer la propiedad y el derecho

hereditario, y mientras que los judíos que residían en Palestina podían justificar sus genealogías con los *archivos* custodiados en el Templo, los desparramados llevaron consigo sus tablas genealógicas como un título de honor y verdaderas cartas de familia.

Débese notar, en fin, que Mateo haciendo descender a Jesús de *Abraham*, más bien que de David, caracteriza antes las descendencias *nacional* que la *real*, respondiendo al carácter general de su Evangelio.

Lucas, al contrario, remontando hasta Adán, confiere a su genealogía ese carácter de *universalidad* del Redentor que corresponde perfectamente a sus vistas de extender el beneficio de la salvación a todas las gentes (1).

De este modo se tienen dos genealogías que establecen y sientan la descendencia directa y documentada de Jesús, de David; una por *filiación legal* (Jesús hijo de José, hijo de Jacob, etc. en Mateo I, 1, 17), y otra por *filiación natural* (Jesús *hijo de María hija de Elí*, en Lucas III, 23).

Nótese, empero, que Lucas no dice expresamente Jesús *hijo de María*, sino que dice "Jesús hijo *según era creído de José* (proposición incidental) *hijo de Elí*", el cual Elí, según los testificantes libros talmúdicos (Chagiga III) era *el padre de María*, de "María *hija de Elí*, la cual habiéndose despachado por la *madre del Mesías*, sufre en el infierno los tormentos más horribles".

Una segunda contradicción capital quiérese descubrirla entre Mateo y Lucas, con respecto al nacimiento de Jesús, haciéndolo nacer Lucas en la época del censo ordenado por Quirino — Milesbo (pag. 94) le llama con nueva dicción *Cerino* — gobernador de Siria en el año 7° de la era vulgar; mientras Mateo refiere el nacimiento al reinado de Herodes el Grande, cinco años antes de su muerte y once antes del gobierno y censo de Quirino.

Esta objeción ha sido siempre el caballo de batalla de los incrédulos; pero a ellos contesta el mismo Lucas, el cual llama el censo hecho en los días del nacimiento de Jesús *"el primero que fué hecho bajo Quirino gobernador de la Siria"; el primero*, dando la razón a los críticos que han demostrado haber sido Quirino *dos veces* gobernador de la Siria; por vez primera en vida de Herodes, antes del nacimiento de Cristo, y por segunda vez cuan-

(1) Padre Didon, *Jesus Crist*, apéndice C. II vol.

do Jesús tendría unos 11 años, *en la época del censo recordado por Josefo,* es decir en el año 7° de la era vulgar y onceno de Jesús, censo que sería, pues, el *segundo* de Quirino.

Así ha quedado definitivamente resuelta la cuestión, gracias también al descubrimiento hecho en las cercanías de Roma en 1765 de una inscripción latina, que se halla en el museo de Letrán y que ha sido traducida por Teodoro Mommsen, en la que se afirma cabalmente que Quirino se halló *dos veces* al frente de la administración de la Siria y de la Fenicia.

Otra contradicción más se ha querido ver entre el relato hecho por Mateo de la huída a Egipto, en seguida después de la Adoración de los Magos y sin ir a Jerusalén para la presentación al Templo, y el relato de Lucas el cual, omitiendo su huída a Egipto, refiere, al contrario, la presentación que no subsiste para quien conozca las Escrituras y sepa que la ley no establecía un término fijo, perentorio, para la presentación de los varones al Templo después de su nacimiento; presentación que no habría podido ser obligatoria en términos rigurosos, por ejemplo, en el caso de los Judíos que residían en las regiones alejadas del reino, o peor aun en las provincias limítrofes o lejanas, o por cualquier otro impedimento posible de salud o de medios financieros.

Milesbo quiere relevar una contradicción más en el relato que hace Lucas de la conversación habida entre Jesús y los Doctores (Lucas, II, 41, 48), y justamente en la sorpresa de José y María por las palabras de Jesús, el cual, a su reproche de no haberlos seguido, dice "que le convenía atender las cosas de su Padre". Y se maravilla de que ellos no le comprendan, pues habrían debido saber, según los Evangelios, que él había nacido milagrosamente.

La contradicción puede existir para quien no sabe comprender el significado espiritual profundo de las palabras del Señor de que *hubo de atender, en el día en que ellos le buscaban, a las cosas del Padre celestial* "permaneciendo en el Templo, sentado en medio de los Doctores, *escuchándoles* y dirigiéndoles preguntas" palabras que responden al proceso interno, que se venía iniciando en su conciencia, del mandato que le había sido conferido por Dios.

Ni la "sabiduría de sus respuestas", ni el interés con que seguía la conversación religiosa, pueden sorprender a quien no ignore que desde los cinco o seis años los niños judíos eran edu-

cados en la religión en las *sinagogas;* y que en todas las buenas familias se guardaba un ejemplar de las Escrituras o, a lo menos, alguna porción de las mismas, y que por último el conocimiento de la palabra de Dios era facilitado además por la costumbre de grabar sus pasajes sobre las paredes de las casas, y de encerrar sus extractos en las filacterias, especie de adornos o diademas con que los Doctores se cubrían la cabeza.

Otra contradicción más parece existir entre los Evangelios sinópticos que hacen aparecer a Jesús en Jerusalén tan sólo en la última semana de su ministerio, ministerio que se desarrolló por completo en Galilea, y Juan que lo hace ir allá varias veces.

No se reflexionó, empero, que Juan entreteniéndose sobre episodios descuidados por los demás Evangelistas, refiere algunas idas de Jesús a Jerusalén; pero se halla con ellos conforme en el relato de la aparición oficial y pública para la revelación solemne del ministerio mesiánico que Jesús efectúa tan solo en la última semana de su vida. No se reflexiona que habría sido imposible para Jesús, como para cualquier otro judío, haber ido una sola vez al Templo, puesto que era práctica religiosa ir a él una vez al año por lo menos, en ocasión de la fiesta de Pascua.

Juan el Bautista es en especial modo la víctima de estas pretendidas contradicciones, haciendo Milesbo decir (p. 96) al cuarto Evangelista que el Profeta había declarado *formalmente no conocer a Jesús cuando éste se le presenta para recibir el bautismo,* mientras, en vez, los sinópticos muestran lo contrario. Es necesario, empero, *leer,* simplemente leer, todo el primer capítulo de Juan para echar de ver, sin que haya lugar a dudas ni a incertidumbres, que el Bautista quiere decir que *no se había dado cuenta* de que Jesús era el *Cristo* del que había predicado y profetizado el próximo advenimiento, y de ningún modo de no haber conocido la persona de Jesús. Y tan es así que la conocía y consideraba santa y pura, que confesaba deber él mismo hacerse más bien bautizar por Jesús, como lo dice Mateo (III, 14 y sigs); pero es también verdad que Mateo a su vez refiere que *después del Bautismo,* el Espíritu Santo se manifestó visiblemente bajo la forma de una Paloma y desde el Cielo vino el anuncio "este es mi Hijo predilecto en el cual yo tengo mi complacencia", confirmando justamente el relato de Juan que hace decir al Bautista que "no sabía ser Jesús el Cristo, sino *haberle conocido después de haber visto,* según el signo distintivo preanunciado por el que

lo había mandado bautizar, bajar el *Espíritu Santo y detenerse sobre Jesús*" (Juan I, 31-34).

Menos serias aun son algunas pocas otras contradicciones buscadas en las palabras y en la actitud recíproca de Jesús y del Bautista, en la diversa indicación del tiempo y modo en que se habría producido *la tentación,* y algunos viajes y episodios, a cuyo propósito Milesbo comete confusiones maliciosas, y por eso pasamos a las pretendidas contradicciones principales: sobre el día en que habría sido instituída la Santa Cena, que los sinópticos colocan en el día pascual, mientras Juan (XIII, 1) hace reunir a Jesús y a sus discípulos para la última cena (Juan XIII, 1) *antes de la fiesta de Pascua,* y sobre la hora de la crucifixión que los sinópticos colocan en la hora *tercia* (es decir a las 9 de la mañana) y Juan a la *hora sexta* (es decir al mediodía).

No habría lugar para la primera acusación de contradicción si se reflexionara que Mateo, Marcos y Lucas, consideran el *día de la Pascua* según la costumbre judía, *comenzado a la noche de la víspera,* por eso mismo calculando los días de veinticuatro horas a partir de la puesta del sol, según la precisa dicción bíblica; mientras, al contrario, Juan usa el sistema romano, comenzando el cómputo de las horas desde la alborada, y por eso cabalmente coloca la última cena en *la víspera antes de la fiesta de la Pascua*.

Acerca de la contradicción sobre la hora de la crucifixión, es bueno observar que los Judíos dividían las 12 horas del día en cuatro partes de tres horas cada una; de cuyas partes la hora *tercia* corría de las 6 de la mañana a las 9; la hora *sexta* de las 9 a mediodía; la hora *nona* del mediodía a las 3 encerrándose en estas divisiones todas las horas intermedias; por lo que las 9 ½, las 10, las 11 de la mañana hasta la hora del mediodía venían a ser todas la hora *sexta*. Por eso Marcos diciendo que Jesús fué crucificado a la hora *tercia* nos dice que fué crucificado a las horas 9, es a saber cuando la hora *tercia* estaba por acabar (¡a menos de admitir que Pilatos se pusiese a disposición de los judíos antes del alba!); y Juan indicando la hora *sexta* indica el principiar de la hora *sexta* es decir, como diríamos nosotros, las nueve dadas.

Y así caen todas las dificultades y las divisiones, sin tener tampoco necesidad de tomar en cuenta que mientras una gran parte de los manuscritos de Juan llevan la letra griega γ (que indica el número 3) otros muchos, al contrario, llevan la letra

griega ϛ (que indica el número 6), y sin tener en cuenta para explicar esta posibilidad de error de copia que Pedro Alejandrino afirma que la lección original era *trite* (tercera).

Milesbo arriesga otras objeciones cuya confutación invade el campo de la exégesis doctrinal, objeciones levantadas tan al acaso, como para demostrar una vez más que ciertos críticos pueden leer el evangelio con la misma atención con que una persona aburrida durante un viaje interminable, se entretendría con la publicidad comercial de un diario.

Y la capital, la más *irreductible* de las contradicciones (Mil. p. 161) es considerada la que se refiere a la misión de Jesús, diciendo él, según Mateo, *de no haber venido para abolir la ley sino para cumplirla,* mientras se quiere hacerle decir, atribuyendo la frase a Lucas que *"la ley y los profetas han hecho su tiempo"* al paso que—cosa bien diferente—Jesús en Lucas (XVI, 16) dice a los fariseos: la ley y los Profetas hasta Juan profetizaron: *desde este tiempo el reino de Dios es predicado;* lo que significa que la ley y los profetas tenían por fin el preparar la nueva dispensación, la de la gracia y de la salvación inaugurada cabalmente por Juan precursor suyo, ley profética que por eso tenía que alcanzar su cumplimiento en él mismo, como lo dice cabalmente el evangelio de Mateo (V, 17).

Repróchase también a Jesús el aconsejar la obediencia a la ley de los sacrificios (como en el caso del leproso por él sanado), y luego el no haber participado en ningún sacrificio, no obstante existir prueba en contra para la obediencia de Jesús a la ley hasta lo último, sin excluir las fiestas ordenadas por la religión, en las que, por supuesto, celebrábanse sacrificios.

Además se afirma que acerca de las buenas obras, dice el Cristo, al mismo tiempo que deben y no deben ser conocidas, mientras Jesús enseña que las buenas obras deben demostrar la conversión (léase Mateo V, 13-16), insistiendo él sobre el deber de los creyentes de hacer resplandecer la luz del Evangelio con la santidad de la vida, a fin de que, constatando la bondad de sus obras, también los demás sean atraídos al Cristo. Y después no dice que *las obras buenas no deben ser vistas* (pasaje que nunca ha existido) sino *que la limosna* no debe ser hecha en presencia de los hombres "sino que cuando haces limosna no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, a fin de que tu limosna sea hecha en se-

creto y tu Padre que mira en secreto te dará la recompensa públicamente".

Otra y grave contradicción se releva entre las palabras del Cristo (según Mateo y Lucas) *"quien no está conmigo contra mi está"* y las otras (según Marcos) *"quien no está contra nosotros está con nosotros"*, lo cual en el primer caso significa que a veces la neutralidad es la peor hostilidad. Y efectivamente, Jesús refiérese aquí a los que no están con él sino con Satanás, mientras en el otro caso significa que la neutralidad puede también no significar hostilidad, y efectivamente ese segundo aforismo se refiere al caso de una persona que habiendo creído en Jesús había hecho en su nombre milagros a pesar de lo cual no le seguía (Marcos, IX, 38-40). Y tan es así que Jesús prohibe a los discípulos de vedárselo "puesto que nadie puede hacer algo eficaz en mi nombre y luego después hablar mal de mí; *pues que* quien no está contra nosotros con nosotros está".

Por fin, para dejar otras pocas objeciones de menor cuantía y de pedestre confutación, Milesbo reprocha a Jesús de haber desaconsejado el uso de la resistencia (*si alguien te golpea en la mejilla derecha dále también la otra*, etc. Mateo V, 39) y luego de haber recomendado y *practicado* (?) el uso de la violencia, (*Empero ahora el que tiene una bolsa tómela, y quien no tiene venda su vestido y compre una espada*, Lucas, XXII, 36).

Es, empero, claro que sobre este segundo caso, en la inminencia de su arresto, Jesús se refería a la nueva condición en que después de su muerte y con el principio de sus sufrimientos se habrían hallado los discípulos, aconsejándoles se premunieran diligentemente para su sostenimiento y defensa, por cuanto muchas dificultades habríanles sobrevenido desde el momento que él mismo habría sido contado en el número de los malhechores.

Y no hay contradicción entre consejo a la prudencia y a una diligente previsión, con el pasaje precedente de Mateo, pues que en aquel Jesús usa un lenguaje que choca tanto con las costumbres de violencia y de justicia personal, como para sacudir las conciencias y convencerlas de la necesidad de modificar esas mismas costumbres y ese carácter, al paso que dando un valor estrictamente liberal a esas palabras, acabarían por significar para los unos—los vejados—toda renunciación a los propios derechos, y para los demás— los vejadores, los ladrones, los violentos, una incitación a persistir en sus malvados caminos. Lo cual nadie

por más ridículo que fuera osaría colocar entre las enseñanzas del Cristo.

***

Veamos ahora brevemente el valor de algunas entre las más graves de las que Milesbo llama pomposamente *absurdidades esenciales de la Biblia sobre el Cristo.*

Jesús (observa a pag. 103) declara *haber venido no ya a abolir la ley sino para conservarla,* lo cual es una absurdidad desde que "la crítica ha establecido que los libros atribuídos a Moisés son falsos". Habiendo nosotros dado una suficiente exposición del pensamiento de los críticos, de los que son en serio y no de los aficionados, *sobre la autenticidad de la ley, de los libros de Moisés,* nos bastará aquí enviar al lector a la segunda parte de nuestro libro en la que hemos también hecho mención de los *documentos* y hechos que prueban esa autenticidad.

El crítico se sorprende de que Jesús, *al que los habitantes de Jerusalén no conocían aún,* hubiese hecho solemne ingreso a la ciudad y llevara a cabo—sin ser molestado—la expulsión de los mercaderes del Templo.

Baste empero reflexionar que la triunfal demostración a Jesús debe haber sido hecha por las caravanas de Galileos llegados a Jerusalén para la fiesta, de Galileos que le habían conocido y seguido quizás durante su peregrinación misionera al través de todos los países de la Galilea (1); y que la expulsión de los mercaderes del Templo podía muy bien no resultar para los Judíos, acostumbrados a las más ruidosas manifestaciones de la voz de los profetas—último de los cuales era Juan— la *extravagancia* que parece a Milesbo.

En cuanto a la *ninguna molestia* sufrida por Jesús, el Evangelio responde con la conducta de las clases dirigentes, que, después de estos dos episodios creyéronse en derecho de acabar con quien se hacía tan peligroso para su tranquilidad; y, favorecidos por la traición de Judas, decidieron poner en ejecución en seguida la sentencia pronunciada por Caifás (Juan, XI, 50) justamente *la víspera* de la entrada triunfal de Jesús.

Encuéntrase también inexplicable que después de los grandes

---

(1) SABATIER, *obr. cit.*

éxitos alcanzados por Jesús en Galilea, la muchedumbre no le prestare fe. Pero es fácil comprender que, a causa del odio contra Herodes Agripa, del infame recuerdo dejado por Herodes el Grande, del deseo de desquite quedado después de la vana tentativa de liberación de Judas el Gaulonita, los Galileos esperaran ver en el Cristo la manifestación del Mesías *libertador político*, pero que habiendo llegado a faltar semejante manifestación, lo hubiesen abandonado, obligándole a trasladar a Judea el cumplimiento de su ministerio.

Se halla imposible la parte odiosa que Pilatos desempeña en el proceso contra Jesús y no se tiene en cuenta que el historiador Josefo nos pinta a Pilatos como un hombre débil, inseguro en sus actos, y por eso mismo muy capaz de sacrificar al justo por temor de las palabras de los Judíos "si tú salvas a este hombre que se llama hijo de David, mientras nosotros no tenemos más rey que el César, *tú no eres amigo del César*".

El crítico se muestra sorprendido de que del arresto de Jesús a su resurrección no hayan corrido ni siquiera tres días enteros, sin reflexionar que el de Jesús, más bien que un proceso fué un chantaje legal, legalizado por la intervención oficial de Pilatos, facilitado por la misma conducta pasiva de Jesús, el cual por repugnancia a defenderse de las injustas acusaciones, no proporcionó ningún modo a Pilatos de prolongar el proceso con la audición de testigos y con un sobreseimiento.

Repróchase, además, a Jesús el haber acusado a los Judíos por la muerte de Zacarías hijo de Baraquías entre el Templo y el Altar, mostrando con eso ignorar que propiamente la Biblia contiene el libro de las profecías del *profeta Zacarías hijo de Baraquías*, último profeta de la antigua dispensación del que no se dice como ha muerto, como no se nos mencionan los nombres de todos los profetas muertos por el pueblo. Olvídase que justamente la Biblia refiere en el libro de las Crónicas el asesinato de Zacarías hijo de Joadas, sumo sacerdote, muerto entre el Templo y el Altar, el cual nombre de Joadas podía ser acompañado por el de Baraquías, puesto que los Judíos usaban dos, tanto más cuanto que los dos tienen la misma significación, pues uno, Joadas, significa: *conocido por Dios*, y el otro, Baraquías: *Bendito de Dios*. No se tiene en cuenta, por fin, que Lucas, refiriendo la exclamación de Jesús, omite el designar a Zacarías, y que algún copista, puede haber creído conveniente completar en Mateo la expresión

de Jesús confundiendo entre Zacarías, hijo de Baraquías, undécimo de los profetas menores y Zacarías, hijo de Joadas. Pero era necesario pasar por encima de todo eso para llegar a la conclusión de que Jesús había hablado sin sentido o que hablara de un acontecimiento sucedido después de su muerte en la persona *no de un profeta* sino de cierto Zacarías *no ya hijo de Baraquías, sino de Baruc*—lo cual es muy otra cosa.

Y luego se observa que Nicodemo no se hizo cristiano, como no se hizo cristiano Juan el Bautista, no recordando que semejante denominación de la propia fe los creyentes la asumieron tan *sólo 27 años* después de la muerte del Señor, en Antioquia; que sobre Nicodemo existe la tradición judía de que fué considerado como un traidor de la religión y que el Bautista tenía un *mandato profético* para cumplir y que cumplió, y que si *no siguió* a Jesús como los discípulos y los apóstoles, hay que pedir cuenta de ello a Herodes que lo encarceló poco después del bautismo del Cristo.

De las pueriles maravillas de Milesbo apropósito de Apolos *judío de nación alejandrino* y de Pablo que halla Cristianos en Roma (cerca de treinta años después de la muerte de Jesús) antes de que iniciara su predicación en Roma, y de la no menos sorprendente y equivocada afirmación de que Pablo hablara del "Cristo " no como una personalidad histórica, de un ser que haya vivido y viva, sino como de una tesis teológica, de un ser misterioso, sin padre, sin madre, sin indicación de épocas ni de hechos, de vida ni de muerte", nos hemos ocupado en un precedente capítulo.

Quédanos por eso tan sólo el juicio que Milesbo hace del método de Jesús de hablar por parábolas, *absurdidad estupenda*, pues siendo *buscada por los Evangelistas* para que se cumpliera la profecía de Isaías "oiréis pero no entenderéis; miraréis pero no veréis" pretende demostrar que *para la Biblia misma Cristo no es persona real*, sino un sér fantástico, *verdadero títere que se mueve tan sôlo cómo, cuándo y por qué el titerero lo quiere* (Mil. p. 107).

Dejando de lado este lenguaje incalificable para la persona del Cristo, vese que allí no se alcanza a comprender que Jesús hablaba por parábolas, *aún con sus mismos discípulos*, porque de este modo requería la fe de sus oídores, desde que si la revelación tuviese la evidencia del 2x2 igual a 4, todos serían obli-

gados a creer, la fe sería una superfluidad, un hecho inútil más bien que esencial en la relación que quiere establecer entre él mismo y sus creyentes, para la salvación.

* * *

Después de este examen rápido, pero sin embargo escrupuloso, diligente y leal de gran parte y antes bien de todas las más graves y vistosas, de las pretendidas contradicciones y absurdidades de las Escrituras acerca del Cristo, nos creemos en derecho de preguntarnos cómo sería posible—aun en el supuesto de que los Evangelistas fuesen de ellas responsabilizados —cómo sería posible que esas contradicciones debilitaran todas las pruebas, todas las documentaciones por nosotros expuestas al testimonio solemne de que el *Cristo es una persona real e histórica* y de que en él tiene origen, razón y nombre la religión cristiana, lo que veremos aun bajo otro punto de vista, confutando al mismo Milesbo en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X

De si Jesu-Cristo ha sido persona histórica

Milesbo después de haber presentado a su manera el testimonio de los escritores profanos y sagrados acerca de la existencia del Cristo, como ha podido el lector comprobarlo en la primera parte de nuestro volumen, esfuérzase por demostrar que Jesu-Cristo no es persona histórica sino una persona sobrenatural, un mito adaptado a las alegorías y a las profecías del Antiguo Testamento.

"La misma etimología—dice—nos lo indica, desde que nada es tan común entre los Judíos como el nombre de *Mesías* o *Cristo*—que es aplicado hasta a reyes paganos, al pueblo entero y a todos los miembros del pueblo — el cual nombre significa: El que fué Ungido" (Mil. p. 36).

Es verdad que Mesías es decir *ungido* (en hebreo *Maschiach* y en griego *Christos*) es el término usado en el A. T. para designar en general un personaje ungido con el óleo sagrado.

Así el Sumo Sacerdote (Lev. IV, 3, 5, 16,) recibe el título de *raccohen hamniashchiach;* así también el rey Ciro, benemérito del pueblo judío, llega a ser a su vez, el *ungido del Señor;* así son *ungidos* o *Mesías* los Reyes de Israel, Eliseo, los patriarcas, los profetas (I Reyes, XIX, 16; Sal. CV, 15; Isaías, XLV, 1).

Este título llega a ser por antonomasia el título oficial eminentemente distintivo de aquél que, en realización de las profecías, los judíos esperaban como libertador de Israel de la opresión extranjera y jefe del reinado glorioso del pueblo de Dios. En una palabra, la significación de Mesías para el personaje profético restaurador de la Casa de David, tiene la misma relación distintiva que el término *el Señor* (es decir Dios o Jesu-Cristo) y la calificación de *Señor* atribuida a toda suerte de personas de cualquier clase o dignidad social en circunstancias muy diferentes. No se explica, pues, como el reconocerle los Evangelios este título de *Ungido* y de *Cristo* a Jesús, deba ser una indicación de una naturaleza sobrenatural y mística para

él, que al mismo título tenía, en razón de sus maravillosas manifestaciones y doctrinas, por lo menos el mismo derecho que ha sido reconocido a los profetas, a los sacerdotes, a los reyes extranjeros y al pueblo mismo.

* * *

Continuando nuestro examen hallamos que para Milesbo (páginas 38, 39) "el silencio de su historia que no conoce el año, el mes, el lugar, las circunstancias del nacimiento (matanza de los inocentes, la estrella de los Reyes Magos, estos Reyes mismos), las circunstancias de la muerte (el terremoto y las tinieblas) de Jesús, es tan grave y significativa como para hacer dudar de la veracidad de los Evangelios".

Nuestro crítico no hallaría comprometedor para la existencia histórica y real de otros personajes de la antigüedad—filósofos y poetas, y hombres políticos y de armas—la ignorancia que la historia también demuestra acerca del día y del año de su nacimiento, pero quiere que sea todo lo contrario para Jesús.

Empero, contra toda la mala fé contraria a la determinación de la fecha aproximada en la que el Cristo habría nacido, concurren en el Evangelio, varias circunstancias perfectamente de acuerdo con los documentos profanos.

La fecha atribuida por los varios Evangelistas al nacimiento del Cristo, es hallada perfectamente histórica.

En efecto, Lucas es confirmado por Tácito que fija el ministerio de Jesús *bajo P. Pilatos* en el 15° año del reinado de Tiberio. Ahora bien, este comenzó en el año 766 de Roma y por eso mismo Jesús había sido crucificado en el año 781. Como Jesús tenía en esa época más de 30 años, demuéstrase que él habría nacido *antes del año* 750 es decir *antes de la muerte de Herodes* y por eso en concordancia con el relato evangélico.

Así también el Evangelista (Juan, II, 2) dice que desde 46 años duraba la construcción del Templo. Mas sabemos que esta fué iniciada en el 18° año del reinado de Herodes, es decir en 735, puesto que Herodes había subido al trono en 717 de Roma. Añadiendo a dicho año 717 los 46 que hacía que duraban los trabajos del Templo, tenemos precisamente confirmado el año 781 como fecha de la crucifixión de Jesús, es decir el 15° año de Tiberio.

Esta impresionante coincidencia entre el tercero y el cuarto evangelista, que procede, obsérvese bien, de un cálculo efectuado sobre elementos completamente diferentes e independientes uno de otro, proporciona a la fecha del nacimiento de Jesús *una certidumbre casi absoluta* (1).

"Ninguno de los hombres históricos como *Pilatos, Caifás, Anas,*—continúa Milesbo—que habrían tenido relaciones con Jesús, dejó rastros *en la propia historia* de estas pretendidas relaciones" (Mil. p. 30).

Dejando de lado la legítima curiosidad de saber donde Milesbo puede haber hallado la existencia de *historias propias* dejadas por Caifás y por Anas, es, no obstante, un hecho asegurado que los Gobernadores y Procuradores romanos enviaban relaciones al gobierno central sobre todo lo más sobresaliente que acontecía en las Provincias por ellos administradas, y que por eso mismo Pilatos no puede dejar de haber señalado los acontecimientos de los que el Evangelio, lo hace, después del Cristo, el principal protagonista, y dan testimonio de que así lo hizo la cita de Justino Mártir de los *Acta Pilati*—según lo hemos visto —y el testimonio de Tertuliano, a menos que no se quiera ver también en esta cita una interpolación para completa ventaja de la tesis de Milesbo.

Acerca del lugar del nacimiento no queda la menor incertidumbre desde que el Evangelio habla expresamente de Belén, y es natural que las historias profanas no lo hayan indicado desde que el Cristo aparece al historiador profano tan sólo en la circunstancia de su proceso y de su muerte.

Como asimismo no es un hecho fantástico o inadmisible la *matanza de los inocentes,* solamente porque los historiadores que se ocupan de Herodes no lo mencionan. De todos modos, los historiadores y Josefo, mencionan todas las enormidades a que había llegado Herodes sobrepasando en ferocidad a Tiberio, Nerón, Dominiciano y todos los déspotas que hayan manchado las páginas de la historia (2).

Herodes mandó asesinar al *propio suegro* Hircano, el último rey macabeo, el que sin embargo habíale repetidas veces

---

(1) A. Sabatier: *Encicl. de las ciencias religiosas* de Lichtenberger.

(2) Josefo: *Antigüedades judaicas*, Libro XV, 1, 3, 7, 9; Libro XVI 3, 13; XVII, 3, 11, etc.

salvado la vida; hizo dar muerte a *su suegra,* Alejandra, mujer de Hircano; mandó decapitar a su *mujer* Mariana, hija de Hircano y Alejandra, hizo ahogar a *su cuñado* Aristóbulo, hermano de Mariana; mandó estrangular a sus *propios hijos* Alejandro y Aristóbulo, que había tenido de Mariana, por celos del amor que el pueblo les tenía, recordando a los grandes y beneméritos reyes macabeos de los que eran los últimos descendientes por parte de la madre; mandó también decapitar a *un tercer hijo,* Antípatro, que había tenido de su primera mujer Dórides, por haber conspirado contra su trono, ¡y ésto cinco días antes de su muerte!

Hizo además dar muerte a José, *segundo cuñado* y marido de su propia hermana Salomé, por la sospecha de haber seducido a Mariana en el período de tiempo en que tuvo que ausentarse para justificar en Roma ante Antonio el asesinato del cuñado Aristóbulo; mandó dar muerte a un *tercer cuñado,* el cual después del asesinato de José se había casado con Salomé y con él *dos hijos de éste,* parientes lejanos de los macabeos. Ordenó la matanza *de todos los miembros del Sanedrín* que habían aconsejado la resistencia iniciada contra él por Antígono, el último héroe macabeo, que no sufría—a diferencia del débil rey Hircano—su intrusión en el reino, no bien Antonio le hubo investido a la autoridad real, y mandó decapitar a *Antígono* mismo en Antioquía.

Envió, además, a la hoguera a algunos fariseos que habían arrancado y roto una aguila de oro con que había él adornado la cúpula del Templo.

Por último, antes de morir, dispuso—para que su muerte se convirtiese realmente en un duelo nacional—¡que se pusieran a muerte a los principales de la nación!

¿Cómo podríase, pues, considerar *inadmisible* la matanza de los niños de Belén, solamente porque los historiadores no la tienen registrada, mientras han dado su testimonio sobre delitos mucho más enormes y horrorosos de este tirano despiadado, al que Josefo dice que llama *grande* para distinguirlo de sus sucesores, mientras el título que mejor le sentaría es el de *cruel?*

Y téngase presente que si mientras la *matanza de los niños y parientes* de Herodes, la *matanza ordenada,* aunque no ejecutada, *de los jefes de la nación* a su muerte, eran hechos que

estaban al alcance de cualquier historiador, porque acontecian en Palacio Real, en medio del pueblo de grandes ciudades; la *matanza de los inocentes,* de algunas docenas de niños que podían existir en la miserable y obscura aldea de Judea (Miqueas, V, I,) sucedía al contrario, lejos de la residencia real y de los grandes centros, donde el eco debía llegar descolorido y donde el hecho atroz debía forzosamente perder su importancia y gravedad frente a todas las demás mayores enormidades del tirano.

Por fin el *terremoto* y *las tinieblas,* circunstancias de la muerte de Jesús que se pretenden ignoradas por la historia profana, son al contrario conocidas por un célebre doctor de la corte de Adriano y, hasta *liberto* de Adriano, que cien años después de la muerte del Cristo escribió una *"Historia de cosas maravillosas"* y una Historia de las *"Olimpiadas"*. Es este, Flegón Traliano, el cual, como puede verse en la obra de Du Clot (1) "atestigua en sus Anales que *Jesu-Cristo ha predicho varias cosas que sucedieron conforme a sus predicciones.* Tralium, su patria, no se halla muy lejos de Palestina, de manera que podía fácilmente estar informado de los acontecimientos notables sucedidos entre los judíos en el siglo que había precedido inmediatamente el suyo: muchos de sus compatriotas podían haber tenido vagos relatos de la vida de Nuestro Señor, y haber vivido *en el tiempo del terremoto o del eclipse* que causó *la obscuridad de que habló el mismo Flegón".*

Y Flegón se expresa en esta forma: "El cuarto año de la CCII Olimpiada hubo un eclipse de sol el mayor que se haya visto hasta aquí. *Se formó en la sexta hora del día una noche* tan tenebrosa y obscura que aparecieron en el cielo las estrellas. Sucedió además *un gran terremoto que volteó varias casas* de la ciudad de Nicea en Bitinia" (Flegón: *Olimp.,* 202) (2).

En este testimonio hay una inexactitud que muy bien ha servido a los críticos; es decir el *eclipse* solar que no pudo tener lugar en aquel tiempo y que quizás ha sido definido así por Flegón a causa de sus efectos, mientras al contrario los escritores sagrados hablan con precisión de lenguaje, de *tinieblas.* Y en cuanto a la época—de estos prodigiosos acontecimien-

---

(1) Du Clot: *La Biblia sagrada defendida de las acusaciones de los incrédulos.*

(2) Jerónimo y Eusebio.

tos según Flegón, — el astrónomo citado por Du Clot, ha hallado que coincide perfectamente con el tiempo de la crucifixión.

* * *

"Jesús, aun ateniéndonos a los Evangelios—continúa Milesbo—no llevó a cabo nunca ninguno de esos actos que todos los mortales desde el más humilde al más encumbrado, cumplen en la vida; por ejemplo *no tomó nunca parte* en la política de su tiempo y de su país, y a pesar de su vida vagabunda *ni una sola vez fué molestado por la policía;* por último *no hizo ningún sacrificio*" (Mil. pag. 39).

Si nuestro autor hubiese leído el Evangelio, no habría en estos pocos renglones ensartado tantos despropósitos, porque habría aprendido que toda la vida y todas las palabras de Jesús eran una oposición a la vida social y privada de su tiempo; que repetidas veces sus enemigos y las autoridades procuraron tenerle entre manos pero no lo osaron por temor a la muchedumbre; y que, por último, Jesús declara *no haber venido para suprimir la ley* sino para cumplirla; y llegó hasta mandar a un pobre leproso que se "presentara al sacerdote y *ofreciera* por su purificación, según Moisés lo ha ordenado" y por consiguiente *sacrificar corderos* según Moisés disponía para los leprosos sanados. Y si así habló Jesús y si así ha querido que otros hiciesen, ¿no es posible que también él, educado en la Ley, en las tradiciones y literatura religiosa de su pueblo y de la casa de David, no haya ofrecido los sacrificios rituales, que a todos los Judíos estaban expresamente ordenados en el tiempo y en las circunstancias oportunas; esos sacrificios tan importantes que asumían el símbolo del sacrificio definitivo del que él mismo se declaraba víctima y sacerdote?

Y así con estas y otras objeciones por el estilo, Milesbo se ilusiona de demostrar que "*no es posible escribir una biografía del Cristo,* porque no tuvo existencia humana" (pág. 74).

Por cierto que si consideramos la escasez y brevedad de detalles que los Evangelistas nos proporcionan de la vida del Cristo, puede sacarse una biografía incompleta en comparación de las que la historia nos transmite de personajes célebres de la antigüedad; mas si se considera que el fin de los Evangelistas fué esencialmente didáctico, es decir, el de presentar las doctrinas del

Cristo y las manifestaciones de su potencia divina, y de ningún modo una pintura minuciosa de todos los hechos del Cristo que no tuvieran relación con dicho fin, la escasez de los datos biográficos del Evangelio no nos sorprende. Y si después—como bien dice Sabatier (1)—"se tiene como cosa esencial en la vida de un hombre el conocimiento de su misma alma, del carácter, de la fe inspiradora, del pensamiento original, puede decirse que ninguna otra alma de los tiempos pasados se ha revelado mejor y mejor se ha dado a conocer que la de Jesús en sus discursos, en su obra, en su muerte. Esto es suficiente".

---

(1) A. Sabatier en la *Enciclopedia de las ciencias religiosas* de Lichtenberger,

CAPÍTULO XI

De si Jesu-Cristo ha sido persona totalmente sobrenatural, adaptada a las alegorías y profecías del Antiguo Testamento.

Milesbo (pág. 75 y siguientes) intenta demostrar que aun cuando los Evangelios no lo digan expresamente, nada hay en ellos y por consiguiente en el Cristo, que no haya sido sacado de las alegorías del Antiguo Testamento.

Demasiado largo sería examinar una por una todas las pretendidas relaciones simbólicas entre el Viejo y el Nuevo Testamento, de las que muchas tienen el valor simbólico que tendrían hechos, episodios históricos e ideas de tiempos antiguos, con hechos y otros acontecimientos sucedidos e ideas manifestadas en épocas posteriores y en idénticas circunstancias.

Limitarémonos, por eso, a escoger las más sobresalientes de dichas relaciones alegóricas para edificación del paciente lector.

"*La genealogía, o mejor las genealogías atribuídas a Jesús,* dice *Milesbo, son completamente simbólicas*", y no queriendo repetir la demostración de tal aserto, envía al lector que quisiese *cerciorarse* de ello, a Strauss.

Parécenos habernos *cerciorado* de que las genealogías de Jesús son un hecho *real e histórico* y nada simbólico, con Josefo hebreo y los libros Talmúdicos a la mano, en el cap. IX de esta III Parte y por eso pasamos adelante.

"La matanza de los inocentes *absolutamente fantástica,* dice Milesbo, fué *imaginada* para que se verificara la profecía de Oseas de que el niño Jesús debía ser llamado por Dios a Egipto, y del mismo modo la *huída de la Sagrada Familia* tiene por fin el verificarse la profecía de Jeremías sobre el llanto de Raquel por la muerte de sus hijos"; pero hemos tenido ya oportunidad de examinar si dicho episodio debe ser tenido como absolutamente fantástico o más bién como posible y *natural* en razón del carácter tiránico, cruel de Herodes, desconfiado, y despiadadamente enérgico en prevenir el peligro y en reprimir cualquier posible tentativa en contra suya.

"Juan el Bautista, continúa Milesbo, *fué creado sobre la base de las profecías de Malaquías*"; y de este modo Josefo, quien ningún interés podía tener en transmitir a la posteridad la historia de Juan el Bautista, y la voz general de los Judíos de que Dios hubiere querido castigar a Herodes Antipas por haber dado muerte al Bautista, como lo hemos visto al Cap. IV, ¡Josefo deja de ser historiador para trocarse a su vez en novelista!

Aun la compañía de las personas de mala reputación de que se rodea Jesús, con gran escándalo de Escribas y Fariseos, *es inventada sobre el tipo de David*, el que se había puesto a la cabeza de una tropa de 400 bandidos", continúa Milesbo, sin saber o querer distinguir la inmensa distancia que media entre los dos hechos: David huyendo ante Saul, celoso por sus éxitos contra los filisteos, vése circundado por "todas las personas que se hallaban en aprietos y endeudados", los que esperaban en un porvenir mejor siguiendo al joven hebreo que acababa de conquistar el corazón del pueblo; Jesús al contrario, procúrase él mismo la compañía de *publicanos y pecadores*, por un elevado motivo que explica a los escandalizados Escribas y Fariseos: pues que "no son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos", no habiendo venido para *llamar* a los justos, *sino a los pecadores a penitencia* (Marcos, II, 16, 17).

Por último, para no detenernos mayormente en esta cosecha de joyas históricas-simbólico-alegóricas, acabaremos con la *Piscina de Betesda "que la historia*, al decir de Milesbo, *no ha conocido jamás y que con sus cinco pórticos simboliza los cinco libros de Moisés!"*

La Piscina de Betesda o *Bethsaide* (en hebreo) resulta de Nehemías (IV, 1, 32; XII, 39) el cual menciona la *puerta de Betesda;* debía hallarse,—como ésta—al norte de la ciudad de Jerusalén y debe identificarse (1) con la *Piscina* llamada *de las ovejas*, por hallarse situada cerca de *la puerta de los rebaños o* de las ovejas (la puerta *Probática*, según traducen los Setenta); por eso es llamada también por los Padres de la Iglesia, la *Piscina probática.* Por último la Piscina puede considerarse sin duda alguna como identificada con una cuenca llamada *Piscina anterior* (por los latinos) ubicada al norte del Templo

(1) VIGOROUX: *Dict. de la Bible;* LEICHTENBERGER: *Encicl. de las ciencias religiosas.*

y al pie de la colina que Josefo llama *Bezetha,* frente a la actual iglesia de Santa Ana.

El depósito de Betesda había conservado la misma virtud curativa que en tiempos de Jesús, aun después de la toma de Jerusalén, según se halla probado por un *ex-voto* curativo hallado en 1866 entre los materiales y los escombros de la iglesia de Santa Ana, y publicado por Waddington, sobre indicaciones de Clermont-Ganneau.

Este ex-voto es un pié de mármol blanco ofrecido en agradecimiento por haber sanado de un pié cierta Pompeya Lucilia, y está actualmente conservado en el museo judáico del Louvre.

M. Vigoroux reproduce de la *Revue de l'Instruc. Publ.* (29 de Octubre de 1868) el facsimile de este ex-voto. La pierna se halla cortada algo más arriba del tobillo; sobre el corte, ligeramente convexo, se lee encima de cinco líneas la inscripción *"Pompeya Lucilia ha consagrado"*. El señor Clermont-Ganneau coloca la fecha de este pequeño monumento después de la época de Adriano.

Es notable que, contrariamente a la costumbre pagana, no lleva este ex-voto indicación de Divinidad; lo cual parece indicar cierto recuerdo de la religión del pueblo judío que había gozado los beneficios de la piscina.

La cuenca se hallaba aun llena de agua en la época de la visita del Peregrino de Bordeaux (333 d. d. C.) quien dijo ser su agua turbia y como roja. Y es ello sin duda lo que el *Itinerario de Antonio* (IV siglo) designa como la *Piscina natatoria en la que se efectuaban numerosas curaciones.* Estando así las cosas puede suponerse que esta Lucilia fuese persona considerable, quizás la misma hija de *Lucilius Bassus,* quien gobernó a la Palestina después de la toma de Jerusalén.

El nombre de *Betseda* (Bethsaide en hebreo, repetimos) no está seguro que sea el exacto, porque el Códice Sinaítico dice *Bethzatha,* y así en los numerosos manuscritos de autores antiguos aparece bajo varias formas como *Belzathar,* y según Josefo habría sido *Bezatha.* Pero mientras estas diferencias se evidencian sin más como en absoluto insignificantes, quedando siempre única la raíz y única la significación, queda controleado y seguro que la Piscina de Betesda, contrariamente a lo afirmado tan categóricamente por Milesbo, es *conocida* por la historia.

* * *

"Si Jesu-Cristo ha *realmente existido*—se pregunta Milesbo, —si fué persona humana, ¿cómo se explican sus milagros? Los milagros de Jesús: ¡hé aquí la piedra de tropiezo de los teólogos! Por cuanto hoy los milagros, a menos de ser fenómenos nerviosos —y la mayor parte de los del Cristo no lo son ni pueden serlo — se niegan simplemente".

De consiguiente, concluye, Jesús es *persona del todo sobrenatural,* no humana, vivida histórica.

Ciertamente Jesu-Cristo se demuestra persona sobrenatural por la esencia misma de su doble naturaleza humana y divina, y no ya porque así haya sido concebida por sus adoradores fuera del hecho real y positivo de su existencia personal y natural.

¡Mas los milagros son para el hombre imposibles! Es verdad imposibles para el hombre, como es imposible para el hombre, para el más poderoso, para el más sabio, para el más grande, subvertir sin medios humanos de ninguna clase, subvertir en sus fundamentos, con su sola palabra, a todo un mundo pagano, cambiar su entera faz!

Es verdad que impresionan las objeciones que levanta en la mente y en el corazón del escéptico el relato de los milagros efectuados por el Cristo, ¿pero no deben ser quizás del mismo modo impresionantes para el mismo escéptico la autenticidad y veracidad del testimonio dado a dichos milagros por los contemporáneos que personalmente los constataron?

Sobre el valor de los milagros de Jesús queremos apelar al juicio de dos hombres de inmenso valor y doctrina y que, sin embargo, militan en campos contrarios; del célebre Padre Didon (1), y del príncipe de los cristólogos Adolfo Harnack (2).

"Una distinción esencial, observa el Padre Didon, debe establecerse entre el *milagro* y lo *maravilloso.*

"El primero es un hecho esencialmente comprensible porque no implica ninguna contradicción, porque tiene una razón suficiente y una finalidad moral.

"Lo maravilloso, al contrario, es a menudo absurdo, no se le encuentra causa y el fin aparece vano o inmoral. Examínense. efectivamente, uno a uno y en sus detalles los hechos milagro-

---

(1) DIDON, *op. cit.*
(2) HARNACK: *Esencia del Cristianismo.*

sos de los que va llena la vida de Jesús y confróntense con los que se atribuyen a Buda, o a Mahoma, y con los mismos de los *Evangelios apócrifos;* se verá al momento la diferencia entre los milagros que la razón puede y debe aceptar, *siempre que los certifiquen testigos dignos de fe,* y lo maravilloso y fantástico que la razón debe inexorablemente repudiar, aun cuando fueren certificados por pretendidos testigos. Los milagros de Jesús, referidos por los Evangelistas, presentan todos el mismo carácter de fuerza divina, de verdad, de simplicidad, de armonía y de bondad. Nada tienen de extraño como los que la leyenda atribuye a Buda o a Mahoma; nada que parezca ostentación, o deseo de deslumbrar a la muchedumbre o de atemorizar. Ellos quedan siempre marcados por dulzura y por una infinita misericordia, igual al que los lleva a cabo, cuya potencia desarrollan bajo las formas de una inalterable mansedumbre".

A su vez Harnack observa: "El orden natural es inviolable; pero nosotros nos hallamos bien lejanos de conocer todas las fuerzas de la naturaleza y su acción recíproca. Es mucho si tenemos un conocimiento, y también este incompleto, de las fuerzas materiales y del campo en que se manifiestan; de las *fuerzas psíquicas* sabemos mucho menos aún".

"Vemos que una firme voluntad y una ferviente fe aun en la vida del cuerpo, producen fenómenos que parecen milagrosos. *¿Quién ha sabido hasta ahora establecer los límites de lo posible y de lo real?* ¿Quién sabe decir hasta dónde llega la acción del alma sobre el alma, y del alma sobre el cuerpo? Nadie. ¿Quién osaría, además, afirmar que lo que acontece de maravilloso en este campo no es más que efecto de error y de ilusión? Sin duda milagros no hay, pero hechos *maravillosos e inexplicables hay muchos....* Que los lisiados hayan emprendido a caminar, que los ciegos hayan adquirido la vista y los sordos el oído, *no son cosas que se pueden negar, sin más, como ilusiones*".

Harnack nota que Jesús no dió a sus milagros ese valor decisivo que parecen atribuírle los Evangelios, habiendo él exclamado más de una vez "si no véis signos y prodigios no creéis", demostrando que no era la fé en los milagros el verdadero y único camino para llegar a conocer su persona y su misión, y que por otra parte el elemento de la fé entraba por mucho, desde que los Evangelios refieren de Jesús, que "en tal o cual día no pudo obrar ningún prodigio porque la gente no creía en él".

Y Harnack concluye: *"No podemos del argumento de los milagros hacernos un arma para negar fé al Evangelio.* Sin embargo, de estos relatos de milagros, antes bien de estas mismas relaciones, resulta una realidad que se impone a nuestra consideración: estudiémoslas y no nos dejemos desanimar por esta o aquella historia de milagros que nos parezca extraña o que nos disguste. Lo que hallamos inexplicable, *quizás más tarde adquirirá una significación imprevista".*

* * *

"Cristo no es más que un símbolo, continúa Milesbo (pag. 69); no vino al mundo, no obró sino cumplió el plan teológico preordenado en el A. T.; nada hizo y no fué otra cosa sino lo que la Escritura había ordenado que habría debido ser; Cristo no ha existido nunca; pero los Evangelios lo han *inventado para cumplir las Escrituras, para realizar las profecías".*

En el carácter a menudo simbólico y teológico y en el contenido profético del A. T., Milesbo ve, en resumen, la prueba fundamental y decisiva contra la existencia del Cristo, no queriendo admitir como natural y verosimil la armonía que resulta entre las profecías y la vida de Jesús; el cual no debe ser una persona, sino un símbolo, un invento adaptado a las profecías; las que, a su vez, no siendo un hecho humano, un hecho posible para realizarse punto por punto, minuciosamente y a distancia, como aconteció con Jesús, quedan como hecho absurdo, trascendental, humanamente insoluble *mientras no se quite al Cristo la realidad histórica.* (Mil. pág. 69 y sigs.).

Debe observarse que el valor probatorio del A. T. en favor del Nuevo, resulta cabalmente de la naturaleza compleja, de la índole histórica, religiosa, ética y profética, al mismo tiempo, de la obra, dirigida a los destinos futuros de Israel entre las gentes; resulta del método mismo cronológico y del carácter simbólico y profético conjuntamente de las Escrituras, todas impregnadas del sentimiento y de la idealidad mesiánica. En efecto, realizada esta en el Cristo, viene naturalmente a cesar y cesa de hecho la razón y la posibilidad de ulteriores escritos simbólicos y mesiánicos.

Mas si el A. T. completamente impregnado de la idea de la expectación mesiánica, escribe sólo simbólicamente del Cristo,

el Nuevo al contrario, no contiene símbolos del Cristo sino expone y constata hechos que combinan con los símbolos del Viejo Testamento.

¿Y cómo habría sido posible a los Evangelistas callar esta maravillosa coincidencia de símbolos y de hechos que (junto con todas las otras evidencias del ministerio mesiánico de Jesús, milagros y doctrinas) demuestra en él la naturaleza y la persona del Cristo, del Mesías? Necesariamente por eso los Evangelios constatan: "ésta o esta otra cosa aconteció como estaba escrito en la ley y en los profetas, para que se cumpliera lo que fué dicho por....., porque así está escrito por el profeta, para que la escritura tuviese cumplimiento...." y así por el estilo.

¿Y por qué significaría ésto que Cristo no ha existido, sino que los Evangelios lo han inventado para que se cumplieran las Escrituras?

¿Qué explicación, qué motivo, qué móvil, qué interés inmediato o lejano, confesable o recóndito, para una invención tan compleja, tan maravillosa, tan doctrinaria por obra de pocos y obscuros creyentes en el Cristo?

¿Y cómo se explica que no existan discordancias, ni contrasentidos, ni estudio en los Evangelistas—como al contrario se osa afirmar en la moderna publicación anticristiana contando sobre la credulidad e ingenuidad del incompetente lector—ningún esfuerzo para crear un Cristo imaginario respondiente a solas exigencias dogmáticas, ni obra de adaptación sino fiel cuidado de escribir la obra y la vida del Cristo con exactitud y verdad de ambiente y de circunstancias que resultan fuera de la voluntad de los verdaderos escritores, correspondientes a las profecías preexistentes en el A. T., las mismas profecías que tenemos hoy nosotros los Cristianos tales como las tienen hoy los Judíos y las tenían desde el tiempo de Cristo los Judíos varios siglos antes del Cristo?

Esto lo comprendió bien Mr. Scherer cuando escribía que "Jesús no es un filósofo, ni el fundador de una nueva religión, sino el Mesías, y la clave de la vida de Jesús es el cumplimiento de la profecía mesiánica, la idea mesiánica es el centro de los hechos evangélicos, antes bien la razón histórica de ser de Jesús". El crítico, adversario entonces, exclama: "Pero es justamente por ésto que es preciso escoger definitivamente: o el Cristo ha existido y entonces era Dios; o no era Dios y entonces

no ha existido." Consecuencia fatal que se deberá imponer a la conciencia de todos, cuando, no desnaturalizando la verdad histórica y sus documentos, la autenticidad de las Escrituras y los documentos paralelos y contemporáneos de prueba, siéntese la obligación de reconocer que *el Cristo es persona que ha vivido y obrado e históricamente ha existido.*

Es un vano artificio de palabras, por eso; es una violencia a la lógica que denuncia tal vez la turbación que agita la conciencia del crítico, el afirmar que puesto que el Cristo de la Biblia es el único conocido; y puesto que en la Biblia misma él no es más que personaje sobrenatural y simbólico, quiere la lógica que se le acepte tal como está en la Biblia, como Dios, o bien que se rechace absolutamente su pretendida realidad histórica. Vano artificio, por lo tanto sofisma, sutileza, pues que si el A. T. no podía hablar del Cristo por venir sino que como un símbolo, todo el N. T. habla al contrario de él como de un hombre, *que ha existido, fué visto, oído, conocido,* maestro, autor de grandes obras, *crucificado y muerto,* y después resucitado.

Vano artificio que para sostenerlo era necesario acudir a las más extravagantes consecuencias, a las más pueriles investigaciones de analogía entre los milagros, palabras y circunstancias de Profetas y personajes del A. T. y los milagros, palabras y circunstancias de la vida de Jesu-Cristo; como si efectivamente entre los hechos, personajes y palabras del A. T. y los del N. T., no mediaran diferencias capitales de móviles, de efectos y de circunstancias, que saltarían a la vista del más sencillo escolarcillo de Historia Sagrada y de la doctrina cristiana.

* * *

Concluyamos.

Y a la verdad, en el contenido profético del Antiguo Testamento, teólogos y críticos desapasionados hallaron la prueba experimental de su alto valor y superioridad sobre cualquier otro libro humano—pues que tan sólo con querer revelar unas pocas entre las más importantes profecías—no es una absurdidad, no es un hecho trascendental, sino una trágica realidad el cumplimiento de las profecías contra Israel *dispersado entre las gentes* (Lev. XXVI, 33) mas no *confundido* (Núm. XXIII, 9) *perseguido y vejado* (Deut. XXVIII, 65, 66) pero *no abandonado*

ni aniquilado (Lev. XXVI, 44); no son una absurdidad sino una impresionante realidad las profecías, realizadas a la letra, de Tiro, que llegó a ser *un lugar para tender las redes de pescar* (Ez. XXVI, 5) según testimonio del mismo Volney; de Rabbher de Ammon reducida *en albergues de camellos y de rebaños de ovejas* (Ez. XXV, 5) según lo refiere Lord Lindsay en sus *Viajes;* de Babilonia reducida a desierto y abandonada, *refugio temido de serpientes, de buhos, de fieras* y creída por los Arabes *invadida por los demonios* (Is. XIII, 19, 22); de la nación egipcia, en fin, reducida a ser *la más humilde entre todas las gentes para que no se enseñoree más de las naciones* (Ez. XXIX, 15) embrutecida por la ignorancia, por la miseria *privada para siempre del régimen de príncipes del país* (Ez. XXX, 12, 13) y hecha sierva desde siglos a príncipes extranjeros de toda raza y hasta a dinastías como la de los Mamelucos (1).

La cuestión de las profecías es insoluble, dice Milesbo, pero mientras tanto subsisten los hechos apuntados: aunque aun más impresionante resulta el cumplimiento de la profecía de Jacob a Judá su hijo (Gén. XLIX, 10): "El cetro no será removido de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que no llegue aquel al que dicho cetro pertenece".

Y en efecto, el *cetro* queda removido de Judá y pasa de manos de Hircano, último Rey de los Asmoneos, de la casa de Judá, a las de Herodes, de Idumea, cuando el Cristo está por aparecer en medio de su pueblo: el *legislador, el Sanedrin,* la *ley,* el *sacerdocio,* están *removidos de los pies de Judá,* cuarenta años después de haber venido y de haber muerto *aquel a quien el cetro pertenece,* es decir el Cristo, el nuevo legislador de la Casa de Israel y de la humanidad entera.

Es este un hecho inexplicable para la inteligencia humana, pero es un hecho *resuelto.*

También el Nuevo Testamento nos habla de un profeta, de Agab, célebre por el dón de profecía. Había *predicho* la carestía *acontecida* en el año cuarto de Claudio, la que según testimonio de Josefo, azotó en manera particular a la Palestina (2); y predijo también la prisión de San Pablo, con palabras y con signos después verificados a la letra.

---

(1) R. Paterson: *Apolog. cristiana para uso del pueblo.*
(2) *Actos,* XI, 28; XII, 25; Josefo: *Antigüedades jud.* XX, 5.

La cuestión no consiste, pues, en la insolubilidad del hecho profético; lo esencial es saber si la profecía se ha verificado, si el Cristo existió históricamente, y si los Evangelios, que son la prueba de su verificada obra mesiánica, tienen valor de prueba, si tienen caracteres de veracidad y de sinceridad.

Hasta cuando los adversarios de la Biblia no hayan demostrado que son falsas y fantásticas estas maravillosas armonías entre los acontecimientos de la historia y los profetas que varios siglos antes tuvieron la visión clara y precisa, nosotros no les reconoceremos ninguna autoridad para poner en duda la realización de las alegorías mesiánicas del Antiguo Testamento, en el Cristo de los Evangelios; de cuya histórica existencia testifican no tan sólo los escritores sagrados, ni la sola tradición veneranda de la primitiva Iglesia, sino también Tácito, Suetonio, Plinio, Lampridio, Luciano, Josefo y otros escritores profanos del I y del II siglo de la era vulgar.

Después de lo que hemos venido exponiendo, debemos hacer nuestra una de las conclusiones de Milesbo — la única cosa exacta y según razón por él dicha (pág. 59)—es a saber: que aquéllos "quienes rechazando al Cristo *divino,* Mesías profetizado en el Antiguo Testamento, quisieron aceptar al Cristo *hombre* (admitiendo por eso la autenticidad de los tres primeros evangelios para abandonar a la crítica el de Juan,—que mayormente se extiende sobre la naturaleza divina del Cristo) no han realmente comprendido que salvar al Cristo hombre, es ciertamente reconocer en él los orígenes del Cristianismo y por fatal consecuencia lo divino expulsado por la puerta vuelve a entrar por la ventana".

Y así Milesbo se halla justamente constreñido a preguntar a esos críticos: "¿qué hombre podría crear una civilización, sino un hombre completamente extraordinario?".

La respuesta es una, no puede ser sino una sola: este hombre ha existido, su obra ha tenido testimonios, el efecto maravilloso de esta obra aun existe y demuestra quedar firme en los siglos; las consecuencias sobre esta extraordinaria, milagrosa obra, puede sacarlas cada cual por sí propio. Pero como incontestable queda la existencia de lo sobrenatural en el Cristo, del mismo modo incontestable queda su existencia histórica, personal, humana.

Decir que los que sacan a flote al Cristo hombre no cuentan

con la lógica porque ella conduce a la supresión de la personalidad histórico del Cristo y de todo lo que con ella se conexiona; decir que no cuentan con la verdad histórica, porque el Cristo de la Biblia, de toda la Biblia, de todos los Evangelios, es una persona totalmente sobrenatural, decir todo ésto después del riguroso examen por nosotros llevado a cabo, sería una mentira sin ejemplo, una falsificación de la historia, una violencia a la lógica, la más audaz desconfesión de todo método de crítica y de investigación serena, desapasionada y honesta.

* * *

El estudio crítico por nosotros llevado a cabo sobre el Antiguo Testamento, ha confirmado el valor testimonial de la ciencia en favor y en contra de la Biblia, y la inexistencia de una discrepancia real entre una y otra, aun en esos pasajes de los libros sagrados que más atormentados fueron por la crítica. Hemos establecido luego el carácter rigurosamente histórico y verídico y la autoridad del Antiguo Testamento; desmentidas, en virtud de lo dicho y de los resultados críticos, las famosas consecuencias contra la existencia histórica del Cristo que Milesbo saca de las extrañas exégesis de sus Volney sobre el Antiguo Testamento, base de aquel; controleadas todas las pruebas, todos los documentos, todas las circunstancias que avaloran la autenticidad del testimonio que los evangelios, las epístolas, los Apóstoles y sobre todo San Pablo, proporcionan, de la realidad histórica del Cristo y de los orígenes del Cristianismo circunscritas exclusivamente a El, a su persona y a su doctrina. Después de ésto nosotros preguntaremos a nuestro benévolo e imparcial lector, si Milesbo estaba en lo cierto cuando afirmaba con ostentación de sinceridad y de convicción, que *"las Escrituras en lugar de servir de prueba tienen necesidad de ser probadas ellas mismas"*. Preguntaremos también a nuestro lector si hubiese sido posible a quien declara hablar honestamente en nombre de la verdad, de la historia y de la ciencia, si hubiese sido posible formular un apriorismo arbitrario—la no autenticidad y la no credibilidad de las Escrituras—y después manipularlas, desfigurarlas, traicionarlas, del mismo modo como lo haría un abogado poco honesto, en las circunstancias y documentos de una pésima causa, para sostener una tesis insostenible, la tesis de la pretendida inexistencia personal e histórica del Cristo.

PARTE TERCERA

CRISTO Y LA MITOLOGIA

CAPÍTULO I

Biblia y Mitología

La tercera parte de la obra de Milesbo está dedicada a demostrar que el Cristo no solamente es una copia de otros mitos de personajes idénticos y no tan sólo análogos que le precedieron en la historia de las ideas humanas, sino que, por consiguiente, es él mismo un mito.

Empero, después de haber renovado las fracasadas extravagancias de Jacolliot sobre el indio Jezeus Chistna, antecesor de Jesu-Cristo, y después de haber hecho una incursión en varias mitologías, recuerda haber admitido en otra parte que el Cristo es *un mito adaptado a las alegorías del Antiguo Testamento.*

No se inmuta por eso, y declara que la dificultad desaparecerá en seguida que se diga que tampoco el A. T. es original, sino que también él, o mejor dicho, su mitología, *que sirve de preparación a la del N. T.*, no es más que una copia de las mitologías orientales" (Mil., p. 140).

Parécenos por eso oportuno dar lugar sin demora, en esta tercera parte de nuestra refutación, al examen de la acusación, lanzada contra el A. T., *base*—lo dice Milesbo—*del N. T. y del Cristo.*

Nuestro adversario después de haber adelantado (pág. 5 de su pref.) que ha sido "comprobado por la *ciencia mitológica* auxiliada por la filología, la arqueología, y los descubrimientos de los viajeros, que las leyendas, los mitos, los relatos y los preceptos del A. T. (como también del Nuevo) no son más que variaciones de mitos, leyendas, relatos y preceptos de igual naturaleza preexistentes en China, en India, en la Persia, en la Mesopotamia y en Egipto", desarrolla después ampliamente este tema (pág. 140 y sigs.) sosteniendo, sobre la exclusiva fé de sus

acostumbrados autores (Dupuis, Volney, Jacolliot, etc.), que "el A. T. ha sacado de las mitologías indo-persas y asiro-babilónicas: *Dios, Eva,* la *serpiente,* el *pecado original,* el *diluvio,* la *torre de Babel,* los *Patriarcas,* un *Legislador inspirado,* el *Paraíso,* el *Infierno,* los *Profetas*".

La conclusión de todo esto naturalmente no puede ser sino una sola: *Si el A. T. tiene una mitología en nada original, es evidente que el Cristo, el cual se halla indisolublemente ligado a esta mitología, debe seguir su misma suerte; es decir que se trueca en una copia de mitos orientales refundidos en las alegorías del A. T.* (Mil. p. 150).

En esta exposición Milesbo se hace cada vez más asombroso. No ve en absoluto la probabilidad para sus maestros en cristología, de no hallarse en armonía con la verdad y de seguir más bien criterios poco honrados, y menos serios ni concienzudos: él los cita a ojos cerrados aun en los puntos donde se muestran más grotescos, preocupado únicamente en *demostrar como evidente que el Cristo es un mito calcado sobre los mitos orientales reproducidos por el Antiguo Testamento.*

* * *

Milesbo acude a las leyendas persas antes, luego a las indias, y por último a las caldeas (Mil. p. 141 y sigs.) "El Dios judío, dice, tiene comunes los orígenes filológicos con los otros dioses semíticos; empero sobre el Dios hebráico tuvieron influencia incontestada los otros dioses no pertenecientes al grupo semítico, como el *Ahura-Mazda persa* (en su libro, tratándose de una copia material de un Jacolliot cualquiera, escribe Milesbo este nombre con la ortografía francesa, es decir *Ahoura*): *como éste, el Jehová hebráico llega a ser* EL QUE ES".

Debe saberse, empero, que en la lengua zenda, como es llamada la lengua persa clásica en la que está escrito el *Zend-Avesta,* libro de Zoroastro gran reformador religioso y social de la Persia, el nombre de Ahura-Mazda no significa *el que es,* sino el *espíritu* (Ahura) *benéfico, sumo, creador.* De esta palabra Ahura deriva en los *Vedas,* libros sagrados de los Indios, la de *Asura,* espiritual. Pero mientras en idioma zendo, la palabra tiene una significación de algo benéfico y puro, en el idioma sánscrito de los Vedas se vuelve, al contrario, un espíritu maligno,

demoníaco: así por contraposición vemos en vez que el *deva* es decir *luminoso,* lo celestial, de los Vedâs, se trueca en el zendo en *daeva,* el demonio (1). La traducción pues de *Ahura* en el bíblico *El que es,* se resuelve en una falsificación del vocabulario sanscrito.

La creación, continúa Milesbo, tiene lugar en el Génesis como en los libros sagrados de casi todos los pueblos antiguos. "En el *Zend-Avesta,* libro sagrado de los persas, el Sér eterno crea el Cielo y la Tierra y el Sol y la Luna y las estrellas en *seis* períodos, y el hombre como en el *Génesis* apareció el último, y así con el día del descanso se tuvieron siete días o períodos".

Ahora bien: en el *Vendidad,* es decir en la parte del Zend-Avesta que se refiere a la creación, *no existe absolutamente esta enumeración progresiva bíblica* y de ningún modo se habla de *seis días.* Refiérese ahí que Ahura-Mazda crea todas las cosas *buenas; contemporáneamente empero,* Anromainiú (Ahrimanes), el espíritu maligno, crea todas las cosas malas: los animales e insectos dañinos, los azotes, las pestilencias, los vicios y las culpas, la muerte. Además el Zend-Avesta tampoco dice que Ahura haya creado todas las cosas existentes: hasta admite la existencia de cosas que *no han sido creadas por* Ahura- Mazda sino *que son creadas por sí propias,* como las estrellas, la *luz* llamada increada (dhâta) y otras (2).

Hé aquí, ahora, como la mitología persa refiere la creación de los primeros seres vivientes, y quien lo pueda halle ahí alguna identidad con el relato bíblico:

"Un primer hombre, Gaymaretan, es muerto por Anromainius. De la sangre vertida sobre la tierra brota un árbol de doble tronco con forma de hombre y de mujer. Ahura-Mazda los separa y les confiere movimiento, vida e inteligencia. Así fueron formados *Meschya* y *Meschyana,* el primer hombre y la primera mujer" (3).

"En la creación india—continúa Milesbo—Brahma creó al hombre macho y hembra, nombró al primero *Adima* (Adán, el

---

(1) De Gubernatis: *Enciclop. Indiana.* Ver también las obras de Eug. Burnouf, *Introd. a la Historia del Budismo, y Ciencia de las Religiones.*

(2) Ver Lichtenberger: *Enc. relig.* — Eug. Burnouf: *Trad. del Zend Avesta.*

(3) Döllinger: *Le paganisme et le judaïsme.*

primer hombre) y a la mujer *Heva* (Eva, es decir la que completa la vida) y los colocó en un paraíso terrenal (Ceylan). Mandóles que procrearan y le adoraran por toda la vida *y les prohibió que abandonaran el paraíso terrenal. Ellos desobedecen* y el encanto de la naturaleza desaparece. Brahma los perdona, pero los arroja del lugar de delicias; condena a sus hijos a trabajar y prevé que se harán malos, habiendo el espíritu del mal invadido la tierra; *pero los tranquiliza prometiéndoles que enviará a Vishnû el cual se encarnará en el seno de una mujer para redimir al género humano del pecado*".

Y además, Milesbo añade una tradición védica del diluvio: la leyenda india del patriarca Adgigata que reproduce a la letra *el relato del sacrificio de Isaac,* en el cual Brahma aparece a Adgigata bajo la forma de una paloma ordenándole que respete al hijo *del cual habría nacido la Vírgen que debía concebir un germen divino;* y en fin, después de otras analogías por el estilo, dice, siempre con respecto de los mitos indo-persas que el *Asmodeo el cual en el Nuevo Testamento llegó a ser la causa de las turbaciones histéricas de las mujeres* ha sido hallado en el *Aensmo-Deva persa, el Dios de la concupiscencia.*

Dejemos de lado la broma de Asmodeo y de las turbaciones histéricas, pues en todo el Nuevo Testamento no existe una sola palabra y ni siquiera *la más lejana alusión* a todo eso y vengamos en seguida a las cosas esenciales.

Max Müller, el grande maestro de los glotólogos y filólogos modernos, se ocupó de esa cuestión y la resolvió con su indiscutible autoridad. El declaró (1) que "cuando se elaboran concordancias entre religiones y mitologías *a sostén simplemente de teorías preconcebidas* tanto por amigos como por adversarios de la verdadera religión, *el sentimiento de la verdad, la verdadera vida de las ciencias, son sacrificados*". Explica así la necesidad y el valor del estudio de las lenguas más antiguas "porque así se hacen difíciles las falsificaciones. Un libro falsificado, el más tonto libro que pueda ser leído por un estudiante de religión—dice Müller—como el *Ezour-Veda,* el cual engañó también a Voltaire quien lo publicó *como un obsequio muy precioso del Oriente al Occidente,* no podría ya engañar a un sabio sanscritista".

---

(1) MAX MÜLLER; *Lecturas de introducción a la Ciencia de las Religiones.*

"Lo mismo dígase, continúa M. Müller, de un libro que llamó mucho la atención "La Bible en Inde, Vie de Jezeuz Chritsna" de Jacolliot, *"cuyos pasajes que se dicen sacados de los libros brahmanes* ningún sabio sanscritista vacilaría un solo momento en declarar que *son invenciones y que el señor Jacolliot,* presidente de la Corte de Justicia de Chandernagor, *fué engañado por su preceptor indio".*

M. Müller recuerda también lo acontecido en el siglo XVIII con el lugarteniente Wilford, el cual, sobre las huellas de los estudios del célebre orientalista inglés contemporáneo Sir W. Jones (quien entre otras cosas, había creído reconocer a Noé en el *Manú Satyaivrata,* escapado a una inundación) quiso a toda costa resolver la cuestión de la historia del Antiguo Testamento. Hallábase él en Calcuta justamente en el período en que todo lo que salía a luz acerca de la literatura sanscrita era aceptado al momento como auténtico y más antiguo que Homero y que la misma Biblia. Convencido de que los Brahmanes (sacerdotes indios) deberían tener en su antigua literatura los originales de las narraciones bíblicas, expúsoles los principales relatos de la mitología clásica y los principales relatos del Antiguo Testamento, asegurándoles que habrían hallado las mismas cosas en sus libros sagrados, si hubiesen querido investigarlos y prometiendo una lata recompensa por cada uno de los extractos que contuviesen los relatos acerca de Adán, Eva, Abraham, Sara y así por todo los demás. Los manuscritos citados por Wilford fueron examinados por el mismo Jones y por otros sabios y hallados auténticos, aunque todos quedaron asombrados y muy incrédulos. En una de las versiones aparecía cabalmente *Noé* (Saty arvanan) y sus *tres hijos* (Shermer, Charma y Jyâpeti); relatábase la escena de la beodez, el descubrimiento de ella hecho por Cam (Charma), la denuncia a los hermanos, la escena del cubrimiento de las desnudeces del patriarra, la maldición contra Cam.

Pero prosiguiendo el trabajo las concordancias se hicieron demasiado frecuentes e impresionantes; examináronse por eso nuevamente los manuscritos originales con todo cuidado y entonces se descubrió que *se había llevado a cabo una insigne falsificación;* algunas hojas habían sido interpoladas en los antiguos manuscritos y sobre estas hojas los Brahmanes, solicitados por las recompensas de Mr. Wilford, habían traducido en caracteres

y versos sanscritos todo lo que se les había relatado referente a Adán, Eva y demás personajes bíblicos. Mr. Wilford *no vaciló entonces en confesar que había sido inducido en engaño;* mas, sin embargo, dice con amargura M. Müller, "aun hoy día, alguno de sus relatos, alguna de sus teorías, continúa siendo citada como autoridad por los escritores de religión antigua".

Lo mismo acontece, dice M. Müller, con referencia a la ya nombrada obra de Jacolliot (1) en la que vése que "el autor *cierra los ojos ante toda evidencia* apta a testificar contra él y *amontona sin el menor escrúpulo crítico* lo que se le antoja ser apto para sostener su teoría, es a saber que el Cristianismo es una copia de la antigua religión de la India".

Deplora, luego, que habiendo sido traducido, este libro *sea leído sin duda por muchos quienes no se hallan en capacidad para verificar las pruebas sobre que está fundado;* y este es el caso de la gran mayoría, por desgracia, de los lectores de Milesbo.

Y es justamente de la *Biblia en la India* de M. Jacolliot, que Milesbo ha sacado la descripción india, o por mejor decir pseudo-india, de la caída, de la salvación prometida, por obra de Vishnû "quien ha de nacer de una mujer y quien llevará a todos la esperanza del rescate en otra vida y el modo de dulcificar los humanos sufrimientos con la oración".

Y Max Müller después de haber puesto en burla la emoción que siente Mr. Jacolliot ante *la grandeza y simplicidad y enlace lógico de este relato* (¡vaya! se comprende, tan sólo las de la Biblia han de ser patrañas) pone en relieve otras semejanzas que M. Jacolliot se ilusionó de haber sacado de los *Vedas* y de sus comentarios; como la *identidad del nombre de Moisés con Manú, Minôs y Manes,* y especialmente la alusión al *sacrificio de Abraham,* hallada en un cementerio indio de Kullûk Bhatta, que le hizo entrar la *idea fija,* como él mismo lo confiesa, de hallar el relato original de este episodio en el misterioso conjunto de los libros religiosos indios; lo cual creyó haber logrado gracias a la amabilidad de un Brahmán.

Ahora bien, dice Max Müller, "en mi *Historia de la antigua literatura sanscrita,* habría podido M. Jacolliot hallar el relato original de los Vedas y su versión, y habría visto que en la novela

(1) Confutada también por el Sr. De Gubernatis en la *Revista Europea.*

de *Sunahsepe, vendido por el padre para ser sacrificado en lugar de un príncipe indio,* muy poco de común existe con el sacrificio de Isaac".

Y el grande glotólogo concluye al respecto que aun cuando el mismo Jacolliot—*caído por fin en la cuenta de que seguramente debía haberse engañado*—siguiese (y no lo siguió de ningún modo) el ejemplo honesto de Mr. Wilford, "a pesar de eso, sus relaciones serán citadas aun por mucho tiempo, y *Adima* y *Heva* de ese modo serán nuevamente evocados a la vida y *harán su figura en muchos libros y lecturas académicas*": lo cual justamente lo hemos comprobado en la publicación de Milesbo.

* * *

Después de tan aplastante demostración proporcionada por el maestro de los maestros de todos los indianistas y glotólogos, podríamos seguir camino. Sin embargo, para nuestros lectores, conviene añadir una rápida exposición de los sistemas religiosos de los Persas y de los Indios, para que mejor se vea si era posible esa pretendida identidad de relatos, de hombres y de cosas y de material teológico.

Digamos ante todo que muchas de las palabras citadas por Jacolliot y, sobre sus huellas, por Milesbo, *no son de ninguna manera sánscritas;* en otras partes *no tienen la significación* que se les atribuye. Así es como no existen *Adima* ni *Heva* en ningún diccionario sanscrito habido o por haber.

En el sistema persa (cuyos monumentos más antiguos son las inscripciones de Darío y de sus sucesores), tenemos cerca de *Ahura-Mazda* un olimpo de Dioses secundarios, entre los cuales va el célebre Mitra; y cerca de Arimanes, el creador de todo lo malo, un cortejo infinito de monstruos y demonios que luchan contra Ahura y contra las Divinidades que de él dependen. El *hombre toma parte en esta lucha haciéndose alternativamente auxiliar y protector ora del genio bueno, ora del malo.*

En los libros *Védicos,* más antiguos, los indios a su vez encuentran un olimpo sin fin de Dioses y sub-dioses que se confunden, se amontonan y recíprocamente se despodestan (1).

---

(1) De Gubernatis: *Fuentes védicas de la epopeya.* Lichtenberger: *Enciclopedia de las religiones.*

Representan definiciones fantásticas y extrañas de la materia y de los elementos; entre todos los más célebres y antiguos, *Indra* (el aire y el rayo) y *Agni* (el fuego).

Además el Dios de los Vedas no es increado: es criatura también él y por eso tiene infancia, virilidad y vejez: el sistema de la religión es simbólico y el carácter panteista.

Las interpolaciones abundan en los Vedas y las añadiduras son notables especialmente en los *Brahmanas,* es decir en las partes que aoompañan a cada uno de los cuatro libros de los Vedas y que tratan del ritual.

Estos *Brahmanas* que han conservado numerosas leyendas, no remontan más allá del quinto siglo a. d. C. Pero se nota ya en ellos la vaga necesidad de unidad entre los Dioses; y por eso los vemos allí identificados unos con otros promiscuamente, hasta llegar a la fórmula comprensiva que *"Agni es todos los Dioses"*.

En los libros posteriores (1) *Mahâbharâta* (del siglo anterior a C.)—el *hâmâyana* (del primero y segundo siglos de la era vulgar); y por último en los *Purâna* (del octavo al décimo séptimo siglos después de Cristo, nótese bien), se desarrolla el concepto teológico brahmánico. Ya los Vedas cantaban a *Vishnû* no obstante que le anteponían a Indra, Pero más tarde Vishnû vence a ese Dios y aparece la *trinidad india* como el principio bueno.

Brahma figura más tarde; nace de una flor de loto que tiene sus raíces en el ombligo de Vishnû, mas sin embargo más tarde llega a ser el sumo dios de la *trimurti* o trinidad, y figura ora como *padre,* ora como *madre,* ora como *hijo* de la divinidad. Los Purânas y Manú lo describen absorbido durante un año sagrado en el huevo del que salió el universo: nacido este huevo, después de un supremo esfuerzo de voluntad, Brahma divide el mismo huevo en dos partes iguales y hace con eso el cielo y la tierra, el alma humana, las divinidades y los genios inferiores.

Más tarde llegan las encarnaciones de Dioses, los *héroes deificados* entre los cuales Rama y Chrisma que es una de las diez personificaciones de Vishnú.

Ahora bien, Vishnú en sus personificaciones o descensos

---

(1) De Gubernatis: *Cartas ind.* Dubois De Jacingny. *Inde,* en el *"Monde Pictoresque"*.

(Avatara) entre los hombres, no llega en manera alguna con fines y apariencia redentorística, mesiánica según el concepto bíblico; sino que con el fin de llevar a cabo hechos heroicos de interés y de carácter completamente particulares y *humanos*, asumiendo formas extrañas (tortuga, jabalí, hombre-león, enano) y por excepción forma humana tan sólo en Christna (quien veremos en su lugar, que nada tiene que ver con el Cristo) y en Buda. Solamente en el X Avatara, Vishnú deberá volver bajo forma de centauro, hombre-caballo, para destruír el mundo presente y fabricar otro.

Debe notarse que Alberto Weber ilustre orientalista, supone que los *Avataras de Vishnú salidos en una literatura muy posterior al cristianismo* han surgido en la India por el conocimiento del dogma cristiano. Pero Vishnú mismo quien explica la significación y el valor de sus encarnaciones y su diferencia del Cristo, pues que dice en el *Bhagavad-Gitâ*: "Cada vez que la religión peligra y la impiedad triunfa, yo me encarno para la defensa de los buenos y para el castigo de los malos; *para la afirmación del derecho yo me manifiesto de edad en edad*".

¿Dónde se hallan, pues, las identidades teológicas y descriptivas entre la promesa bíblica de una progenie que debe aplastar la cabeza del diablo, y los libros indo-persas?

* * *

Ernesto Havet (1) dice que no constituyen la Biblia sino que las inscripciones cuneiformes babilónicas, los más antiguos libros del mundo; y por eso, quizás, Milesbo califica de aun más importantes los *relatos caldeos* (págs. 145 y sigs.) *del diluvio universal y de la confusión de las lenguas en la torre de Babel* de los que *la versión bíblica no es más que una copia.*

Hemos comprobado ya el grande valor que tiene para docomentar la veracidad de la Bíblia la inscripción conmemorativa dejada por Nabucodonosor en el templo por él edificado sobre las ruinas de la antigua torre de Babel. Mas aun cuando en estos relatos caldeos se hallen algunos parecidos, en el hecho, obsérvese también, ellos se manifiestan más bien como la epopeya

(1) *El Cristianismo y sus orígenes.*

de dioses pertenecientes al complicado olimpo asiro-babilónico que como exposiciones de carácter puramente histórico y ético.

De documentos de este jaez se ocupó el Profesor Bani en la ya citada obra escrita *Bibel und Babel* poniendo en evidencia con datos de hecho (además de las ya citadas consideraciones sobre el carácter puramente histórico y educativo de los relatos bíblicos) su no excesiva antigüedad y la imposibilidad de que puedan haber servido de patrón al relato del Génesis. Tanto más cuanto que si el monoteismo debe ser considerado como un progreso y si se admite que la humanidad comenzó por la idea monoteistica, vése que el pueblo judío conservó mejor las tradiciones de la raza humana y no tuvo necesidad de tomar sus tradiciones de los politeistas caldeos, a la sazón religiosamente corrompidos. De todas maneras, bien dice el Prof. Bani, "las semejanzas de las tradiciones provienen del hecho de los dos pueblos, de orígenes comunes, de haber crecido uno al lado del otro, en las mismas comarcas. Mas la simplicidad, la ingenuidad de la forma, la ausencia de artificio literario, demuestran que más antiguas son las hebráicas y más verosímiles por ser menos elaboradas por la fantasía, no manchadas de politeismo, sin alusiones a ciencia, posibles tan sólo en civilización elaborada, y absolutamente alejadas de esa forma de literatura mitológica de la que salieron evidentísimamente las tradiciones asiro-babilónicas.

Reflexiónese, en fin,—por la ya mentada observación de que el pueblo judío tuvo origen en las comarcas caldeas—que por eso mismo, deben haber sido idénticos los orígenes de sus tradiciones más antiguas y más importantes, como las del Diluvio y de la separación de los idiomas y de las razas, con las tradiciones de los otros pueblos salidos de la misma cepa y que desarrollaron su civilización en el mismo ambiente.

Esto explica el parentesco que existe, innegablemente, entre las tradiciones asiria y babilónica y el relato bíblico del *árbol de la vida.* Los libros Mazdeos representan y conocen un árbol sagrado que produce la vida; todas las demás tradiciones paradisíacas lo mencionan (1). Lo mismo sucede con los Vedas. Estos contienen en germen también la creencia en las serpientes —hijas de la noche y *enemigas de las divinidades solares*—a las

(1) Vigouroux:: *Dictionn. de la Bible.*

que por eso se tributa culto de propiciación. Y llama la atención el hecho de que el mismo culto de la serpiente se presenta entre los pueblos aborígenes de la América y del Africa (1).

* * *

Concluyendo, creemos haber demostrado, valiéndonos de las mayores autoridades de la crítica científica y de los hechos, la ninguna conexión que existe entre el relato bíblico y las mitologías asiáticas; la imposibilidad para la Biblia de nada tomar prestado de sistemas religiosos corrompidos y que se revelan en el orden histórico hasta posteriores a los libros bíblicos.

Y sin embargo, Milesbo, después de haber esgrimido contra la Biblia los descubrimientos pseudo zendovédicos de sus Jacolliot y Cía., tiene el desparpajo de agregar que "habría podido traer a colación *aun mayor acopio de documentos* tomados en las fuentes de otros pueblos; pero no lo ha hecho — ¡menos mal!—por el temor de que *una excesiva erudición pudiese resultar obstáculo a la claridad de la demostración*".

---

(1) MAX MÜLLER: *Nouvel. étud. de Mythol.*

CAPÍTULO II

¡Cristo antes de Cristo!

Veremos ahora los míticos personajes idénticos y no sólo análogos — nótese bien, *idénticos y no sólo análogos* — a los de los cuales se pretende que Jesu-Cristo sea una copia; y con la ayuda de la historia, de la filología y de las mismas mitologías interesadas en la cuestión, examinaremos si esa es la verdad o bien una afirmación, gratuita y falsa, como las otras precedentemente refutadas, producto de un examen apriorístico, interesado e incompleto de la cuestión.

Cristo es un mito — se afirma — que trae origen de los dioses redentores del paganismo ya oriental ya occidental y tiene la misma significación.

Invocamos los recuerdos clásicos y de mitología greco-romana de nuestros lectores para dispensarnos de la absurdidad de esta comparación que con maravilloso desparpajo preténdese establecer entre el Cristo y los pretendidos dioses *redentores: Apolo, Hércules, Baco* y otros más, divinidades todas que representan en ciertas contingencias el papel de *salvadores* de hombres, pueblos y comarcas ante algún grave peligro; o bien desempeñan el oficio de intermediarios entre el hombre y la divinidad.

Fijemos empero la atención sobre los dioses redentores del Oriente Asiático y del Egipto.

Digamos ante todo que la idea de un salvador y de la encarnación de la divinidad, era general en el mundo antiguo y común a todos los pueblos; pero era una idea corrompida y que nada tiene de común con la encarnación de Dios para la redención del hombre de la condena del pecado.

* * *

Los egipcios — se nos dice — tenían a su Dios salvador en *Horo* que se trocó después en *Hosirapis* o simplemente *Serapis* (Mil. p. 137 y sigs.); nacía de una virgen en el solsticio de invierno y moría en el equinoccio de primavera, para resucitar como el Cristo. El Dios Horo, continúase, tuvo también su huída llevado por la virgen Isis sobre un asno.

Abrase cualquier tratado de mitología y se hallará al contrario que Horo es hijo de *Osiris* uno de los dioses, rey de Egipto, y de su hermana y MUJER *Isis,* nótese bien *mujer,* correspondiente en la mitología greco-romana a Juno y creída virgen como ésta. Tifón *hermano de Osiris,* lo mata para quitarle el reino: pero Horo, hijo suyo y de Isis le venga, mata a Tifón y se sienta sobre el trono de Egipto. Pero a su vez es muerto por los Titanes. Isis le resucita, confiérele la inmortalidad, enséñale medicina y adivinación: de manera que beneficia grandemente a los hombres. Es adorado con todos los otros dioses, y se distingue de *Harpócrates,* hermano suyo (Dios del Silencio) hijo de Isis, con el nombre de *Horo el joven,* llamándose Harpócrates *Horo el anciano.*

Este héroe divinizado es considerado también como el sol en el fulgor del signo del León en el solsticio de verano; y es identificado con *Serapis.*

Serapis a su vez es identificado con el sol, y sin contar que la mitología greco-romana vió en él una sola cosa con Júpiter — en el *Jove Sol Serapis* — los Egipcios lo consideran como la persona misma de uno de los más antiguos reyes de Egipto, *Apis,* y lo confundieron también con *Osiris* padre de Horo. Serapis, que era como Horo uno de los dioses de la salud, presidía a los reinos de la muerte y era su árbitro.

Diga ahora la buena fe y el buen sentido de cada uno si es posible hallar una por lo menos lejanísima semejanza, aun cuando fuese de contenido teológico y religioso, entre el Cristo de los Evangelios y de la Historia con este Dios a quien se le quiere llamar *redentor* (justamente para sentar que también de la mitología egipcia el Cristo ha tomado elementos de vida), con este Dios redentor que está constituído por Horo, hijo de Osiris y de Serapis el cual último a su vez se halla identificado en Osiris, padre de Horo: en fin en un Dios que es padre e hijo al mismo tiempo de sí mismo, padre e hijo que son uno el último y el otro el penúltimo dios-rey de Egipto y que también son la misma cosa que *Serapis,* antes *Apis,* el cual al contrario no es el último o el penúltimo *sino uno de los más antiguos* de los reyes de Egipto.

* * *

Y pasemos al Asia, que ha proporcionado al crítico para demolir al Cristo (e identificarle con los mitos heliosísticos o solares y con los sabaicos, del fuego) *Mitra y Agni;* al Asia que ha proporcionado especialmente *Christna,* para establecer que muchos siglos antes del cristianismo, Jesu-Cristo había tenido su nacimiento y su ministerio redentorístico en formas y circunstancias casi idénticas.

"*Christna* (afirmase para el lector sencillo y honrado, carente, empero, de posibilidad para contralorear la exactitud y la verdad de lo expuesto) nace de una virgen. *Vishnú* el grande Dios védico aparece a Lakmy y le anuncia que de ella ha de nacer *Devanaguy, la madre del Redentor,* ordenándole de conservarla virgen pues que en Ella debían cumplirse los designios de Dios".

"Al nacer la niña recibe el nombre prefijado de Davanaguy. Mas el *rajá* de Madura, habiendo sido informado que de ella debía nacer un hijo que le arrojaría del trono, la hace encerrar en un castillo tapiado. Una noche *Vishnú* le aparece en todo el resplandor de la divina majestad, la cubrió y ella concibió. La noche del parto un viento furioso abrió un boquete en el medio de la prisión y la virgen con el hijo fueron llevados por un mensajero de *Vishnú* a un establo perteneciente a Nanda". (Mil., págs. 130 y sigs.).

Otros autores, empero, que no tienen interés en presentar una *navidad* intencionada para recordar la de Jesús, refieren sobre la base de los libros védicos, que Christna, o por mejor decir, Quiscena, era la octava encarnación de *Vishnú* héchose sobrino de Kansa, rajá de Madura, quien había desposeído a su propio padre Ugrasena. Avisado por una voz del cielo de que un sobrino suyo llamado Christna habría vengado la usurpación, Kansa hizo perecer a *todos los hijos* de su hermana Devaky o Devanaguy, *mujer* de Vasuveda, y por eso *no ya virgen sino madre* varias veces de otros.

Vishnú, en el momento en que Devanaguy encerrada en cinta en la fortaleza tapiada estaba por dar a luz, para salvar al hijo, es decir a sí propio, antes de que naciese, ordenó a la diosa Maya (la gran Maya de todas las mitologías) de nacer hija de Assuadé mujer del pastor Nanda.

No bien hubo nacido, Vishnú sugirió al momento a su madre que le hiciese llevar a lo de Nanda y de hacerse entregar en cambio a su hijita.

Donduri, el único guardia presente, y devoto a Vishnú, obedeció y al llegar a la casa de Nanda, halló que la mujer Assuadé no había aun vuelto en sí después del parto y realizó el cambio. Kansa al saber el parto de Devanaguy, corrió enfurecido y echó manos de la niñita que había substraído a Vishnú, para golpearla contra la pared; pero la niña con un golpe de pie el estómago lo arrojó al suelo y luego transformada en Diosa con ocho brazos le reveló que el sobrino suyo era el mismo Vishnú *encarnado para castigarle* su delito.

Otros pretenden que Vishnú antes de que el niño en que se había encarnado naciese, le arrebató del seno materno y lo hizo realmente nacer del seno de Assuadé, mujer de Nanda, quitando así por completo de en medio a la virgen.

Christna, o por mejor decir *Quiscena,* milagrosamente salvado de la matanza de todos los niños, ordenada por el tío, renovó los prodigios de Hércules. Mató al tío Kansa y devolvió el reino a Ugrasena. Llevó a cabo guerras victoriosas, fundó ciudades, tomó por mujer a la hermosísima hija del Rey Bicknuca, triunfando de otros rivales. Tuvo después otras siete mujeres y mil seiscientas concubinas.

Toda la historia de las empresas del gobierno y de los milagros de *Christna* (entre otros el de haber levantado una montaña sobre la punta del meñique, a la edad de siete años) no es más que una serie de alegorías, de las que algunas sirven para demostrar la superioridad de un nuevo culto sobre el de las antiguas divinidades védicas, y otras para revelar doctrinas que llevan el sello del más profundo misticismo.

Llegado al fin de la tercera edad, que le había sido asignada por la mala suerte como última de su vida, Christna, o por mejor decir, *Quiscena,* se *hizo dar muerte* sobre las orillas del Ganges por un cazador. El Rey amigo suyo y por él beneficiado, Daimaragia, le preparó la hoguera; pero la mar, obedeciendo una orden recibida del mismo Quiscena levantó sus aguas y se lo llevó.

El crítico de que nos ocupamos dice, al contrario; que al difundirse la noticia de la muerte del *Redentor,* él lo llama intencionadamente siempre así, acudieron sus partidarios para llevar sus despojos; pero estos habían desaparecido, ¡porqué había resucitado!

Empero los libros védicos dicen con más precisión que

Pariscien, sobrino de Daimagia, vió en sueño a Vishnú que le dijo que fuera a la orilla del mar, que ahí tomara el cuerpo de Quiscena, lo encerrara en un templo por seis meses y luego lo mostrara. Pero después de tres meses, ese cuerpo, *que no había desaparecido*, que había sido, en seguida después de muerto tomado para los honores de la hoguera, después trasladado desde el mar y luego restituído a la playa *y nunca subido al cielo*; ese cuerpo fué hallado *trocado en piedra* por Pariscien, que no pudiendo resistir a la curiosidad quiso descubrir la tumba antes del tiempo ordenado.

Nótese que Quiscena, es la novena encarnación de Vishnú, de Vishnú quien le preanunció no para redimir al género humano sino para castigar un delito y para volver al trono de Madura a un rey desposeído. Y esta encarnación no es la última del Dios y por lo tanto no es la revelación de la perfecta y completa religión de Vishnú, porque es éste quien, según los libros védicos, con anterioridad a Quiscena se había encarnado ya en un pez, luego en una tortuga y otra vez jabalí, y aun en medio hombre y medio león, debe por último encarnarse para los indios en caballo, mientras para los birmanes, japoneses y chinos se ha ya encarnado en *Buda*.

Al criterio y a la buena fe de cada cual queda librado el establecer si puede haber semejanza o contacto cualquiera, entre esta encarnación de Vishnú con el Jesu-Cristo de los Evangelios, única y perfectísima encarnación de Dios, no con fines humanos de justicia punitiva o de reparaciones políticas, sino con fines bien definidos y completamente explicados de redención espiritual, de expiación o pago del rescate que la criatura no podía pagar a su Creador.

Que cada cual juzgue la serenidad y la buena fe de quien exponiendo de intento en manera tan artificiosa un mito, añade además que habiéndose Quiscena o Christna mostrado en todo su resplandor divino a los discípulos que comenzaban a dudar de él, fué por éllos llamado *Jezeus* (es decir nacido de la pura esencia divina) para concluir después, que 3500 años antes de Cristo la India tuvo una encarnación divina en su Redentor *Jezeus Christna*.

Téngase en cuenta que la palabra *Jezeus* NO ES PALABRA INDIA y el lector puede cerciorarse de ello consultando uno cualquiera de los muchos diccionarios sánscritos en italiano o en

francés, desde Emilio Burnouf a Angel De Gubernatis; es una palabra que *nunca ha existido,* sino que ha sido forjada sobre el molde de todas las demás palabas pseudo-indias que, como lo hemos dicho ya, el preceptor indio del Señor Jacolliot hizo tragar a su ilustre discípulo.

En cuanto a la palabra *Christna* dígase que es un sobrenombre dado a Quiscena por el color moreno de su tez; es un adjetivo que significa *Negro* y por eso *Quiscena Christna* se traduce *Quiscena el Negro.*

Si después debiera bastar esta denominación atribuída a la encarnación de Vishnú para decir que *Christna* no es más que Cristo antes de Cristo, podríamos por nuestra cuenta añadir que antes de Cristo han habido por lo menos otros *cincuenta mil* Cristos; es a saber todos los que destruyó — al decir de los Vedas — el Dios Indra combatiendo a los *Krisnas* (es decir *negros*) hijos de Danu, llamado también Anindra, es decir la obscuridad, la noche (1).

Podríase ahora preguntar a Milesbo si es honrado hacer vivir el Cristo de la historia y de las Escrituras con forzada identidad de nombre y de adjetivo, en el presecular pastor y príncipe indio *Quiscena el Negro.* Pero también de esto como en otro lugar, se ha limitado a copiar *ad litteram* al susodicho Jacolliot a quien Max Müller ya en su tiempo enrostraba, como lo hemos visto, el "cerrar los ojos ante toda evidencia y el amontonar sin el menor escrúpulo, todo lo que le parece apto para sostener que el Cristianismo es una simple copia de la antigua religión de la India".

No está fuera de lugar — al cerrar este capítulo — el tocar a dos especiales doctrinas del paganismo indio para arrojar luz sobre la neta distinción entre el concepto redentorístico y mesiánico de la Biblia y el concepto fantástico y fabuloso de las encarnaciones tan diversas del Dios supremo indio en mónstruos o héroes, encarnaciones siempre por fines peculiares y con resultados transitorios, hasta el punto de que una no es suficiente; sino que necesitan y siguen varias y aun otras son esperadas.

Estas doctrinas son la de la *metempsícosis* para la purifica-

---

(1) Véase por estos mitos las citadas obras de MAX MÜLLER, la *Mitología* y la *Enciclopedía India*, la *Vida y Milagros de Indra*, de DE GUBERNATIS; y también el "*hábito antiguo y moderno de la Religión, Artes, Ciencias* etc., de JULIO FERRARIO".

ción del alma; y del *Nirvana*, la absorción del alma purificada en el alma misma de la divinidad.

La doctrina de la metempsícosis o transmigración de las almas, fué el producto esencial de la filosofía brahánica: es la vuelta del alma pecadora a la vida dentro del cuerpo de un sér inferior; vuelta que se repite descendiendo siempre en la escala de la vida zoológica, hasta que el alma no esté purificada. Esta creencia parece fijada ya en el pueblo indio hasta del sexto siglo antes de Cristo. El alma que se abstuvo del pecado, y he aquí la otra doctrina, la del Nirvana, tiene al contrario la suerte de ser reconstituída idéntica al *Atmân* supremo, es decir al alma de la divinidad, a la esencia de la vida. Se reconstituye entonces la reunión con la misma esencia divina, de la que el haberse segregado había originado la ignorancia, el error y la caída; efectúase ese estado que Buda definió cabalmente con palabra especial el *Nirvana*, es decir la absorción completa y definitiva del alma del hombre en la divinidad. Este perfecto aniquilamiento del alma es por último la más sublime recompensa de la meditación religiosa.

¿Quién podría demostrarnos con estos mitos y elementos teológico-paganos, que "el Cristianismo es tan sólo una copia de la antigua religión de la India?".

CAPÍTULO III

Cristo y los Mitos solares

Después del Christna, es decir *el Negro,* menester sería, en rigor de lógica, hablar de *Buda* encarnación a su vez de Vishnú. Empero como no es presentado en calidad de *redentor,* pues que no fué más que un filósofo deificado, un reformador religioso que no reveló en su persona este carácter redentorístico, sino que predicó y enseñó la expiación de la culpa mediante las obras, la virtud, la penitencia y la confesión, pasaremos en seguida a examinar la pretendida identidad de Jesu-Cristo con los *mitos solares.*

Los mitos *heliosísticos* son en orden de tiempo quizás los más antiguos porque la humanidad en la infancia debía necesariamente ver en el *sol* la razón de la vida y la vida misma.

Así es como hallamos en las mitologías de todos los países que la divinidad es una sola cosa con el sol, y los nombres mismos de las divinidades en sus diferentes formas y concepciones y sus mismos símbolos, no son sino nombres y fórmulas particulares del sol. La idea común en todos los sistemas de religión de la encarnación de la divinidad y de su bajada entre los hombres debía necesariamente relacionarse al concepto fundamental que *Dios es el sol.*

Así es como tenemos un primer *Dios redentor,* en el que se ha visto un tipo de comparación con el Cristo, en *Mitra* — el más importante después de Quiscena Christna, a saber *el negro* — entre los llamados dioses redentores. (Mil. parte III, Cap. III).

Mitra o *Mir,* nombre que significa *sol* y *amor* es el gran Dios heliosístico de los Persas: pedia entre *Ormuzd, Dios y Ahrimanes* (1), el Dominio, y es mediador entre Dios y los hombres.

"Nace dice nuestro crítico, en una *gruta*". Nótese que Zoroastro el gran reformador religioso de la antigua idolatría sabética persa, residía en grutas y que en *grutas* cumplíanse los

---

(1) Así reza el texto. N. del T

misterios mitríacos y que por eso el paralelismo que se pretende hallar entre la gruta de Mitra y el *pesebre* llamado erróneamente *gruta de Belén* no tiene ningún valor. "Mitra nace de una virgen, nace en el solsticio de invierno es decir el 25 de Diciembre y muere en el equinoccio de primavera. Nace de una virgen, punto de contacto con varias religiones, porque también — se dice — en la esfera de los magos y de los caldeos el signo zodiacal de la Virgen es representado por una virgen que tiene un niño (la misma virgen y niño del zodíaco egipcio en el que se ha querido ver a Isis y a Horo) y un *hombre que parece ser el padre putativo del niño*". PARECE SER (no *es,* pues, tanto más cuanto que de esta pretendida circunstancia de un padre putativo de Mitra el mazdeismo no habla) PARECE SER, para así decirnos: ¡también Mitra como Jesús tiene su buen padre putativo!

Acerca de la religión de *Mitra* en la que se ha querido hallar comparaciones particularmente graves con el Cristianismo hemos querido inquirir noticias exactas en *Franz Cumont* profesor de la Universidad de Gand (1) autor del trabajo más completo y más científico sobre el argumento.

Sobre el *mitrismo* en Roma, Estacio y Plutarco nos dan noticia a fines del siglo I. Pero sus orígenes obscuros, desconocidos, residen en el *mito,* no en un acontecimiento público. Mitra tiene los mismos rasgos característicos de Apolo, de Horo, es decir *mitológicos. Mitra* tenía un culto y una doctrina que tenía parecidos con la cristiana, parecidos que llamaron la atención en la misma antigüedad: principales entre ellos la creencia en la purificación de las almas, la esperanza en una feliz resurrección. Pero estos parecidos, se explican fácilmente cuando se tiene en cuenta las numerosas y muy largas relaciones habidas entre la Persia y el pueblo hebreo en época precedente al mito mitríaco, a las invasiones medo-persas en Palestina, a la cautividad del pueblo hebreo en la medo-persia; si se tiene en cuenta, en una palabra, la influencia que debía haberse ejercido por la pura religión monoteística, espiritual, judía, fundamento de la cristiana, sobre la grosera, idolátrica y solar persa, si se reflexiona, además, en la influencia de la *idea mesiánica* (común, por lo demás, a todos los pueblos asiáticos de esa Asia

(1) *Textes et monuments figurés relatifs aux monuments de Mitra.*

reconocida unánimemente como cuna de la humanidad) además de las ideas morales y religiosas de los judíos y de su creencia en una vida ultra-terrena.

Téngase presente que en el rito no hay propiamente semejanzas: pues que *el único* bautismo cristiano — simbólica representación de la muerte del hombre para el pecado, de su sepultamiento en el agua bautismal y de su nuevo nacimiento a la verdad y a las perfecciones del Cristo al salir del agua — no admite comparación con el llamado *bautismo mitríaco* consistente en las *abluciones múltiples* que, en conformidad con los más antiguos ritos iránicos, eran prescriptas a los neófitos para que fuesen lavadas sus fealdades morales. Del mismo modo podría verse el bautismo cristiano en las rituales abluciones que los fieles brahmanes practican en el sagrado Ganges.

La *confirmación,* que *Cristo y los Evangelistas no han instituido* sino que lo fué por la Iglesia en la E. M., no es *impartida con el aceite* sino con una marca *de hierro candente sobre la frente.*

La *comunión* (ya que se ha querido así llamarla por el consabido programa de hacer derivar al Cristo y el cristianismo de los mitos precedentes a su venida a este mundo) no consistía ya en la participación de los fieles al pan y al vino, símbolos del cuerpo y de la sangre del Cristo entregados para la redención de la Humanidad; sino en la consumación por parte del Sacerdote mitríaco, que sacrificaba a su ídolo, de pan y de agua mezclada al jugo de Haoma (planta desconocida en occidente) que él antes consagraba. En el occidente a falta de Haoma se substituyó el vino y de estas comidas, a las que se podía participar tan sólo después de un largo noviciado, esperábanse, especialmente por el Haoma y por el vino, efectos sobrenaturales; el vigor del cuerpo, la sabiduría del espíritu, la fuerza para combatir los espíritus malignos y por fin la atribución de una inmortalidad gloriosa.

Nótese, empero, que esta mal entendida *comunión* tiene también parecidos en otras religiones y en la misma religión judáica. ¿No existía, acaso, en el Templo de Jerusalén la tabla de los *panes de la presentación,* panes consagrados de los que tan sólo los sacerdotes podían comer? ¿No existían también, quizás, en determinadas circunstancias del culto judáico las ofertas, las oblaciones de vino?

¿Cómo puede verse, pues, una identidad de símbolos entre el Cristianismo y el Mazdeizmo?

Lo que, empero, contribuye mejor para caracterizar el contenido de este último en comparación al Cristianismo, dice M. Cumont, es su fuerza de adaptación al paganismo romano al que trató de ganar con una serie de adaptaciones y compromisos, tratando de refundir el monoteismo persa y el politeismo romano; al paso que el Cristianismo ha sido en los primeros siglos el antagonista intransigente de toda idolatría.

La doctrina cristiana, contraria al culto de la naturaleza, quedó exenta de toda impura mescolanza revelando, así, su inmensa superioridad; su lucha contra los prejuicios seculares del paganismo, conquistóle las almas, especialmente por las esperanzas positivas que ella traía. Y mientras ella llevaba a cabo el prodigio de triunfar sobre el mundo antiguo a pesar de sus costumbres, las leyes y la policía imperial, los terribles y sangrientos misterios de Mitra fueron, al contrario, prontamente abolidos no bien cesó la protección del Estado; y mientras en el III siglo parecía que el mundo se haría totalmente mitriático, las primeras invasiones bárbaras barrieron para siempre este culto idolátrico y solar del occidente.

* * *

Y pasemos a *Agni*, el cual aun cuando no nos sea presentado como un *Dios redentor* al igual de Christna, Horo, Mitra, ofrece al adversario del cristianismo un motivo más para establecer que todo en el origen del cristianismo, origen y forma, es derivación de los mitos solares.

"Del *heliosismo*, culto del sol, deriva el del fuego, sabeismo, porque es tangible para el hombre al que representa los beneficios mismos del sol: protección, alimento, metales, utensilios, defensa", dice Milesbo. Todo eso es exacto, mientras es simplemente fantástico que de ahí *"derive la antiquísima veneración de los hombres por la cruz porque del frotamiento de dos maderos en cruz brota la chispa del fuego"*; porque de esta veneración no se hallan rastros más que después del Cristo por su muerte *en la cruz*, habiendo sido anteriormente la cruz el signo de la infamia y de la maldición, el *patíbulo*. Solamente en los monumentos egipcios se tiene a veces el signo de la cruz

unido a un anillo, pero es símbolo de la llave; antes bien es la llave misma que abre y cierra los secretos del alma y de los reinos de los dioses.

De la misma manera es inexacto y malicioso afirmar que, derivando de la idea primitiva del culto *sabaico* también el mito de Prometeo quien arrebata el fuego al cielo para salud de la humanidad, Prometeo haya sido por castigo condenado a *ser clavado en la cruz* sobre el Cáucaso. Prometeo, dice el mito, fué *encadenado*, no ya clavado en la cruz, encadenado al monte y expuesto sin defensa a los asaltos del buitre que le devoraba el corazón.

Pero volvamos a Agni. "Agni — dice nuestro crítico — es el fuego hijo encarnado de Savistri, el sol; ha sido concebido por la virgen *Maya* (la gran maya, no virgen, sino eternamente madre, nótese bien, de todas las mitologías orientales) y tiene por padre celestial a *Twasti* el carpintero, el que fabrica la *swástica* es a saber la cruz constituída por dos maderos que frotándose producen fuego".

Del nacimiento de Agni se nos describe una conmemoración que los sacerdotes védicos hacían el 25 de diciembre; pero más bien que entretenernos sobre ella preferimos ver lo que dice de *Agni* el ilustre indianista Angel de Gubernatis quien ha leído y traducido personalmente los libros védicos y toda la literatura sánscrita (1).

Agni es el Dios del fuego; se ha dicho que el fuego se originó por sí mismo (no hay virgen de por medio por esta vez) apodo y acéfalo, es decir, sin pies y sin cabeza. Los indios viendo como los herreros al golpear el hierro candente hacían saltar chispas de fuego, figuráronse que el cielo fuese una gran fragua donde *el divino herrero Twastar*, herrero y no carpintero (intencionada coincidencia con José el *carpintero* de Nazareth) enciende el fuego para proporcionar las armas a los Dioses en la lucha titánica contra los demonios Asuras.

Mas además de esta descendencia de Agni, el fuego, del divino herrero Twastar, se tiene otra versión en los libros védicos y que fué proporcionada por la observación del frotamiento de dos maderos que produce el fuego y que, a saber, Agni fué hijo de dos *Aranes* celestiales es decir *dii*, de *Dyaus*,

(1) *Mitología india; Pequeña Enciclopedia india.*

el luminoso, y de Prithiwi, la amplia bóveda celeste por él fecundada; y siendo así que la chispa incendia después y consume los dos maderos que la produjeron, así Agni, el sol, invadió con sus rayos todo el universo determinando la leyenda que se hubiese hecho parricida dando muerte al padre Dyaus y a la madre Prithiwi. Agni, el fuego destructor, habiendo después de esto aterrorizado a la humanidad, y habiéndose ésta levantado contra él, tuvo que ir a refugiarse en el cuerpo de un hombre que tuvo prenda de compensación en la vida futura.

Agni en el fuego de la hoguera lleva al fallecido, después de haberlo destruído, a la eternidad en los resplandores celestiales y por eso es llamado en los libros védicos el filo, el puente, el camino por el que se llega a los dioses.

Agni, añade Max Müller (1), tiene por función principal la de llevar las obligaciones a los Dioses y el conducir estos al sacrificio.

Agni es el mensajero y el protector de la casa y de la tribu; él destruye los espíritus malignos, es el amigo de los dioses, es el padre de sus adoradores, es el primer creador y, literalmente, el carpintero (twashtar) del mundo. Es especialmente el *mensajero* porque cuando el fuego quema las ofertas sobre el altar, el humo sube al cielo.

Twastar, después, como ya Vulcano en la mitología grecoromana, es el artífice de todas las cosas; es el herrero que ha fraguado el rayo, creado las formas de todos los seres vivientes, *padre de Agni* y luego identificado con el mismo Agni.

Juzgue ahora el lector si se puede hallar rastro de origen del cristianismo en este mito de Agni (el cual en otra parte es también llamado *hijo de las aguas* porque en las aguas se ocultó por temor de ser muerto como sus dos hermanos, y de las aguas salió *Sol esplendoroso*) en este mito de *Agni,* en cuyo nombre se llegó hasta la aberración de ver la misma derivación de uno de los atributos de *Jesu-Cristo*: *el cordero de Dios.*

Agni, se asevera, se transformó en *Agnus* (Agnus Dei); pasando a otra lengua el nombre cambió la significación al símbolo; así al fuego fué substituído el *cordero,* que ocupó en efecto siete siglos el lugar del Cristo sobre la Cruz.

La mistificación en que se intentaría hacer caer a los senci-

---

(1) *Nuevos estudios de Mitología.*

llos no puede ser más evidente: de *agni* no podía derivar el *agnus dei* latino, pues que el latín no fué más que una traducción del griego en que fué escrito el evangelio de San Juan donde la palabra cordero es *amnos,* así como en el idioma en que el Bautista hablaba, es decir el arameo, era *emara,* del mismo modo que en hebreo habría sido *se.*

Asimismo el *cordero* no substituyó como símbolo el *fuego,* sino que representó el símbolo efectivo del sacrificio llevado a cabo por el Cristo en la cruz, inmolado por el pecado de la humanidad justamente porque el *cordero* era inmolado en el sacrificio; otra cosa no podía significar ni representar para los Cristianos y necesariamente mucho más para los judíos convertidos al Cristianismo.

Y esto junto a lo demás valga a los ojos de cada uno para aquilatar la conciencia, la honestidad científica, la fidelidad histórica y lingüística con que se ha querido continuar la negación de la verdad histórica y personal del Cristo, buscando sus orígenes en mitos idolátricos, inciertos y confusos.

* * *

Del mismo modo y con la misma intención, hemos visto afirmarse para todos los *dioses redentores míticos,* que han nacido en el *solsticio de invierno,* es decir el 25 de diciembre y han muerto en el *equinoccio de primavera.* El Cristo no ha nacido el 25 de diciembre y el evangelio halló ocioso añadir este detalle de estado civil; porque el Cristo no podía nacer en 25 de diciembre en Belén, a 800 metros sobre el nivel del mar, en invierno y tener la inmediata adoración de los pastores los que en una noche invernal y sobre montañas habrian debido hallarse al sereno con sus rebaños quizás bajo la nieve.

Clemente de Alejandría en el siglo II, defensor de las verdades fundamentales del Cristianismo, investigador incansable de la verdad y del bien, lleno de sed de la verdad, que se decidió a visitar la Grecia, la Italia meridional, la Palestina, el Egipto y otras comarcas, refiere que algunos cristianos colocaban el nacimiento de Cristo el 25 del mes llamado Pachon por los Egipcios que correspondía a nuestro mayo, y otros el 24 o 25 del mes de Pharmuth que se refiere a nuestro abril.

Después de este doctor, en el III siglo de la Iglesia se co-

menzó a celebrar la conmemoración de la navidad del Señor bajo el nombre de Epifania el 6.° día del mes de enero junto con el recuerdo de la adoración de los reyes magos y con el bautismo de Jesu-Cristo y así hasta el IV siglo. Mas en el V siglo, dice el doctor Casiano, llamado de otro modo Juan el masiliense, en su obra *collationes Patrum*, la Iglesia de Occidente había comenzado a celebrar los dos misterios (así llamaron en contraposición a los misterios y fiestas paganas) separadamente el 25 de diciembre.

De modo que Cristo no nació el 25 de diciembre; como tampoco no murió en el *equinoccio de primavera*, que cae entre el 20 y 21 de marzo y abril (en 15 del mes de Nisan), es decir el 1.° de abril. Murió por la Pascua, porque entonces fué crucificado por la coincidencia de la presencia del procurador romano P. Pilatos en Jerusalén. Toda otra interpretación es puramente arbitraria exceptuada la que quiso justamente Jesús; a saber, haber con su muerte cesado la razón de vida de la antigua Pascua judáica, recuerdo del paso de la esclavitud de Egipto a la libertad de la república de Israel; y haber nacido con él la nueva Pascua, símbolo del paso de la servidumbre del pecado y de la maldición de la Ley a la economía de la libertad en Cristo y de la salvación.

Así se desmiente en modo solemne la afirmación de que la vida de Jesu-Cristo haya sido como la de los Dioses redentores de los mitos solares la descripción de la vida del Sol, que renace en el solsticio de invierno y muere al equinoccio de primavera.

De este modo podemos desmentir la correspondencia que se ha querido hallar entre los 12 Apóstoles y las 12 constelaciones, porque los 12 Apóstoles eran elegidos en representación de las 12 tribus de Israel y por eso no es *solar* tampoco esta circunstancia.

No es una figura *solar* Jesu-Cristo sólo porque se haya escrito de él que es la *luz del mundo*, expresión figurada espiritual e intelectual, no simbólica; así como no se trocaría en mito *sabaico* del fuego a Cicerón, si un crítico le llamare *un rayo* de elocuencia.

No es recuerdo del mito solar el nombre de *cordero* dado al Cristo, porque es tan sólo la figura de su sacrificio a semejanza del sacrificio ritual sacerdotal de los corderos; y porque ninguna relación existe entre símbolo y el *cordero* signo *zodiacal* en el

que entra el sol en el equinoccio de primavera (por la Pascua, dice con la acostumbrada ingenuidad y aplomo, nuestro crítico).

No es demostración de mito solar la forma de disco dada a la hostia, porque no fué dada por Cristo ni por la Iglesia de los primeros siglos que usó la doble especie del *pan* y del *vino* para todos los fieles.

No es demostración del origen solar del Cristianismo la semejanza del símbolo védico de la cuna con la paja, la vaca, el asno místico, el pequeño ventalle, con la representación que da la Iglesia de la natividad del Cristo, porque ni los Evangelios ni la primitiva Iglesia nunca nos han hablado de la presencia en el nacimiento de Jesús, de la vaca ni del asno ni de la existencia cerca del Mesías del pequeño ventalle.

Y no vale la razón de que Crisóstomo llame con lenguaje figurado, poético, altísimo e inspirado, a Jesús "sol de justicia".

No vale la razón de que Clemente de Alejandría afirme que el Verbo ha llegado a nuestro conocimiento tan sólo mediante el madero por que NO ES VERDAD que aquí "se indique EVIDENTEMENTE el fuego del madero" sino *el madero de la cruz.*

Es absolutamente imposible, es arbitrario en fin buscar los orígenes del Cristianismo y del Cristo en ese heliosismo contra el cual se levanta toda la Biblia, toda la historia milenaria del pueblo judío, toda la ley, de la que sale el *Cristo,* el Mesías; de la que salen los discípulos y los Apóstoles.

Y sin necesidad de acudir a la defensa ya hecha por Tertuliano contra esta acusación de heliosismo levantada por los heresiarcas, baste tener en cuenta que si hubiere sido digna de atención, habríase levantado fatal, vindicador todo el pueblo judío, la casta farisáica, los rabinos de todos los tiempos, antes y después de la dispersión, para reducir a la nada una religión puramente idolátrica y chocante para el pensamiento, sentimiento y culto del pueblo de Dios; en lugar de limitarse a proclamar que el Cristo no es el Mesías y que los Cristianos pretenden subvertir la Ley de Moisés.

Falsa por completo es, después, la confesión que Milesbo (pág. 165) pone en boca del cristiano Orígenes que "ES NECESARIO adorar los astros a causa de su luz espiritual y no luz sensible".

Orígenes, al contrario (1) dice que: "si bien se observa las

(1) *Contra Celsum*, V. 6 y sigs.

cosas de los Judíos y *Cristianos debe convencerse que ellos no adoran* nada que no sea Dios, criador del cielo y de todas las cosas, y porque siguen los mandamientos contenidos en Ex. XX, 3, 4, 5, *"no adoran el sol; la luna y las estrellas, ornamentos del mundo"*, (y cita aquí Deut. IV, 19).

Añade después: "Y SI TAMBIEN FUESE NCESARIO adorar esas (sol, luna, estrellas), de seguro no *sería por esa su luz sensible* (que es objeto de adoraciones para muchos); sino más bien por la espiritual (inteligible), *por si tal vez los astros del cielo sean animales, dotados de razón y virtud* y hayan sido ilustrados por aquella sabiduría que es el resplandor de la luz eterna y de la luz del conocimiento. Porque esa su luz sensible es obra de aquel que creó todas las cosas, *mientras la espiritual que tal vez podrían poseer* (condicional dubitativo) *procedería de su libre voluntad"*.

Este raciocinio lo usa Orígenes contestando ampliamente a Celso por su asombro de que "los Judíos aunque veneran el Cielo y los ángeles que en él están, sin embargo opinan que no se deban de ningún modo venerar ni el sol, ni la luna, ni las estrellas ya errantes ya fijas, que sin embargo son partes muy augustas y potentes del cielo etc".....

Orígenes concluye:

"Quiero admitir que, — según lo afirma Celso — *las lluvias, las nubes, los truenos, sean preanunciados por el sol, la luna y las estrellas;* pero ¿no es *quizás mejor adorar y venerar al Dios,* por cuya orden se cumple la predicción, más bien que a los mismos que vaticinan?"

* * *

Dando término a este capítulo y a esta nuestra refutación de la pretendida identidad del Cristo histórico con los mitos orientales, es útil observar la naturaleza y el alcance del mito.

El mito se pierde en la noche de los tiempos; se arraiga en la credulidad de los pueblos primitivos como también en su menos lejano recuerdo — porque más cercano a sus orígenes — del hecho que determinó la ruptura entre el Creador y la criatura y de la promesa de la futura intervención del Creador mismo, en la obra de la redención.

Esto nos evidencia la casi semejante figura en todas las religiones asiáticas de la tradición del Edén.

Pero mientras los titulados redentores tienen vida solamente en el mito, que no es posible asir y que tampoco tiene sostén en tradiciones o en leyendas, el solo Redentor, en vez, el Cristo, tiene vida en la historia, en los documentos, en los libros y en las tradiciones, en sus triunfos y en el cumplimiento de todas las profecías que a él se refieren.

PARTE CUARTA

DESARROLLO Y TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

CAPÍTULO I

La moral Cristiana y el paganismo

Demostrando, como se ha visto en la III parte de este volumen, que Jesu-Cristo no es *un mito,* ni judío o bíblico, ni solar, ni copiado de la India, sino un personaje histórico y real, quédanos por ver si el cristianismo es de formación impersonal, es decir no de Cristo, y cuál ha sido la razón de su triunfo.

Mas, siguiendo el orden mismo de la obra de Milesbo, nos es menester examinar antes la afirmación de que "si queda al cristianismo un punto de apoyo, este es *la errónea creencia en la originalidad y en la perfección de la moral atribuída al Cristo*" (Mil. pág. 179).

La moral cristiana es llamada ahí la *mistificación cristiana* porque:

1.° Confucio 500 a. de C. y Mencio (otro filósofo chino) 300, repetían el precepto de Jesús de no hacer a los demás lo que no se quiere para sí propios; y asimismo Zoroastro y otros;

2.° Porque ya Buda (acaso unos 900 años a. de C.) predica la caridad universal, que comprende al hombre y toda la naturaleza y no rebasa los confines de la secta ni de la comarca y porque admite la libre investigación de la verdad; mientras el Evangelio nó.

3.° Porque en Egipto muchos siglos antes del cristianismo se predicaba la caridad y la justicia.

4.° Porque Pitágoras (a quien se juzga como perteneciente a la civilización oriental, 500 a. de C.) había enseñado ya el perdón de los enemigos y a volverlos amigos.

Obsérvese por último que el Nuevo Testamento nada pudo agregar a las doctrinas morales del oriente y se *limitó al contrario* (y el crítico lo deplora) a copiar tan sólo la moral del *Viejo Testamento,* y no solamente la buena (pág. 185).

Superfluo sería detenernos sobre la arbitraria afirmación de que el Evangelio no admite la libre investigación de la verdad porque San Pablo ha contestado ya con pocas palabras: "Probadlo todo y retened lo bueno" (I Tesal. V. 21); y por eso pasamos en seguida a otros puntos.

Podríamos, mientras tanto, preguntar cuál sería la parte moral buena del A. T. no transfundida en la nueva, a menos que sea la antigua y luego abandonada en la práctica por los mismos judíos, *ley del talión*: mas nos limitamos a observar: que la Biblia (texto de Esdras) precede a Mencio, filósofo chino, en 2 siglos; es contemporánea de *Confucio* y de *Pitágoras;* que los libros de los *Proverbios,* los *Salmos,* el *Eclesiastes, Job* que encierran todo lo esencial de la *ética* judía, remontan por lo menos a 100 años antes que Buda o a lo menos le son contemporáneos; que por último, *la ley,* el pentateuco de Moisés, es contemporáneo del más luminoso desarrollo de la civilización egipcia, en la que se inspiró como en fuente de experiencias políticas, civiles y sociales; pero frente a la moral *egipcia,* aun cuando esta hubiese maravillosamente progresado, levantó la gloria del *Decálogo* cuya suprema, incomparable perfección con respecto de la moral individual como de la social, se halla fijada en las palabras: "Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otros dioses delante de mí. No hagas escultura ni imagen alguna... no adores esas cosas. Honra a tu padre y a tu madre, no digas falso testimonio, no *codicies* (no solamente no tomes sino no *codicies*) lo que pertenece a los demás".

El A. T., en una palabra, si nada tenía para prestar — y absolutamente tenía que tomar de las demás religiones, de las morales asiáticas, para la enseñanza de la caridad, de la misericordia, del perdón; antes bien, en comparación con ellas ofrece toda la práctica necesaria de la moral y de la virtud en un código frente al cual el más completo de los moralistas y filósofos queda deslumbrado como frente a un mar cuyas orillas no pueden ser abarcadas.

* * *

Por otra parte es puramente superficial la objeción que el Evangelio, después de todo, no hace más que repetir las enseñanzas del A. T. — No era en efecto concebible que la moral

bíblica — (la cual era preparatoria de la doctrina de la revelación de la salvación en Cristo, y la sola *perfecta* entre las otras precedentes o contemporáneas por las mismas razones de las promesas de las que eran hechos depositarios el pueblo y la civilización judaica) — debiera ser abandonada por la *moral cristiana.* Pero si la primera responde principalmente a necesidades sociales e individuales de conveniencia terrenal y humana, la segunda responde a fines más elevados de vida espiritual, de preparación y de escuela en Cristo, que es el ejemplo absoluto de aquella perfección espiritual que debe ser alcanzada por el creyente para que quede demostrada la sinceridad de su fe, no muerta sino viva y operosa. Y al paso que la moral judáica más especialmente dicta las leyes de la ética perfecta de Dios, que se va desarrollando con el desarrollo civil, político, histórico del pueblo por su preparación a recibir al Cristo; el Cristo, luego, viene, confirma esa moral, la completa, mas sobre todo se cuida de cumplir su ministerio mesiánico, revelando la redención de la humanidad. Y he dicho, cumple, confirma la ley y la moral y la completa, imprimiéndole el sello que sólo por él podía serle impreso cuando con él los tiempos de toda perfección habían llegado. Baste una sola palabra. La ley dice: no cometerás adulterio; y Cristo añade: quienquiera que *haya mirado* en su corazón a la mujer ajena *para apetecerla,* ha ya cometido adulterio en su corazón.

Sin embargo, el crítico insiste: Filón había ya hablado de la igualdad de todos los hombres, ya los Esenios habían practicado el desprecio de las riquezas antes de Cristo. Y nosotros contestamos: Filón y los Esemios tomaron sus conceptos de los libros de sus padres, especialmente de Salomón, que se levanta en un número infinito de pasajes contra el *orgullo* del mismo modo con que se pronuncia Filón; y es toda la economía judáica la que impone la igualdad: levanta al trono, primero, al guardador de vacas Saul y después a David el pastorcillo; a la dignidad profética llama a agricultores; tolera la esclavitud temporánea, pero obliga a libertar en el jubileo a los siervos ordenando empero que se les provea de lo suficiente para hacerlos ciudadanos libres y fuertes.

Salomón, después, y todos los proverbios se levantan contra la vanidad de las riquezas, contra su insuficiencia para proporcionar la felicidad.

Y vengamos a la civilización greco-romana, desde que se afirma que la aplicación del Cristianismo no podía dar, ni dió, más que la sanguinaria y tenebrosa Edad Media; y que no es para el crítico la Edad Media el fruto y las consecuencias de las invasiones de los bárbaros y de la confusión social y civil por ellos causada en una sociedad ya turbada y comprometida en la secular lucha entre los emperadores romanos y bizantinos.

Se asegura que la civilización greco-romana tuvo una moral ante la cual la cristiana desmerece; y se citan al respecto pasajes de Homero, de Hiparco hijo de Pisistratos, máximas enseñadas por el Teatro griego; otras enseñadas por Sócrates de que se habla solamente por contestar a Rousseau quien considera la muerte de Cristo, en comparación con la de Sócrates, como la de un Dios, aun cuando Sócrates ni lloró ni tembló delante de la muerte. Pero no se reflexionó que fué el orgullo el que sostuvo a Sócrates frente a la muerte mientras, al contrario, los dolores de la muerte dieron al Cristo la medida exacta, completa, dolorosa de la condición del *hombre* frente a la muerte misma; y sin embargo, le dejaron conciencia como para gritar, muriendo, al Padre: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". ¿Qué hombre, qué pensador supo jamás pronunciar tan sublimes palabras de compasión y de verdad?

Y aun se cita a Jenofonte, a Sócrates, Platón, Aristóteles; Zenón y a los estoicos, al griego Gelón, Horacio, Cicerón, Séneca, y así descendiendo, hasta Marco Aurelio.

Pues bien, Salomón, para no hablar de los otros escritores sagrados, Salomón quien en el libro de los Proverbios y del Eclesiastes codifica bajo la forma de preceptos morales todo el patrimonio de ideas, de principios, de conocimientos, de experiencias sociales y morales que su pueblo había ido madurando y desarrollando como gloriosa ramificación y fructificación de las raíces divinas del Decálogo y del tronco inconmovible de toda la Ley, Salomón y su ética, que no tiene comparaciones con las orientales contemporáneas, precede en un siglo a Homero, en cuatro siglos a Hicarpo, en más que seis a Sócrates en casi cinco a Aristóteles y Gelón, en cuatro y más siglos a Platón, en tres y medio siglos a Zenón y por último a Horacio y Cicerón en cerca de mil años.

Y prescindiendo de que sería un nuevo trabajo de Hércules, pretender hallar una perfección menor en la ética salomónica en

comparación con la de los filósofos paganos posteriores, tenemos razones para creer que la primera pudo ejercer más bien un influjo sobre la segunda, ayudando a los filósofos a desembarazarse de las rémoras fatales de su religión, teorías y misterios.

Las escrituras nos hablan de relaciones comerciales entabladas por Salomón con Fenicios y Sidonios, y la navegación larguísima y muy lejana entre el puerto judío de Jafa y el elamítico (o persa) de Hecion Gaba; la visita de la reina de Saba nos enseña que la sabiduría de Salomón era conocida hasta en la Etiopía; Joel, el más antiguo de los profetas que vivió en tiempos del rey Joas, IX siglos antes de J. C. reprocha a los *fenicios* el haber vendido los hijos de Jerusalén a los hijos de los griegos. La historia, después, nos enseña — baste pensar en el esclavo Esopo — que los Griegos eran exigentes sobre las cualidades especialmente intelectuales de los esclavos, a quienes no tenían (como los romanos) dedicados exclusivamente a los servicios degradantes; así se nos explica la necesidad de los fenicios de llevarse como esclavos lo mejor que alcanzaban del pueblo judío, quienes podían, como ya lo había hecho Esopo, ejercer ciertamente una influencia moral e intelectual sobre sus amos.

Estas relaciones eran, pues, contínuas y vivas entre la Palestina y la Grecia aun antes que Alejandro, discípulo de Aristóteles, en su viaje de conquistas asiáticas se detuviese a admirar las decantadas maravillas del Templo de Jerusalén.

Pero bajando más en los tiempos, a los citados filósofos y poetas romanos, Séneca, Cicerón, Horacio, bueno es recordar que doscientos años antes que ellos los judío-alejandrinos habían diseminado por el mundo romano la traducción de todos los libros del Antiguo Testamento, y con ella todos los tesoros de la sabiduría y de la moral bíblicas; que a esta podían seguramente acudir los filósofos como a puras fuentes de verdad y de luz; mientras la moral, la ética judáica se detiene en Salomón y no la hace desviar una sola línea el influjo de las teorías filosóficas griegas y romanas.

¿Cómo justificar, pues, la audacia de afirmar que la moral cristiana haya necesitado poner sus raíces en el corazón de la filosofía pagana, sin el fatal y obcecante apriorismo que supone preexistiendo la moral pagana a la moral de la Biblia y del Cristo que por eso mismo debe ser considerado como nunca existido?

¿Cómo es posible cerrar obstinadamente los ojos al carácter

fundamental de toda la civilización y moral judáicas, que es la de un pueblo aislado, llamado a desarrollar sus sentimientos y sus fuerzas morales, en armonía con la expectación del Cristo, con carácter, en consecuencia, de perfección casi absoluta sino que llega a ser absoluta en el Cristo como para rebajar todas las teorías, todas las filosofías de los paganos que no pueden resistirla?

¿Cómo achacar al cristianismo una supuesta inferioridad frente a la soberbia y orgullosa filosofía pagana, en el nombre de la más evolucionada civilización greco-romana, a causa de la ley del talión (a la que se ignora haber sido abolida desde siglos atrás); y luego cuando se demuestra que el principio de la misericordia, de la resignación, del perdón enseñado por el Cristo, se tuerce la acusación y se declara en razón de estos mismos principios y enseñanzas siempre inferior y fatal el cristianismo?

¿Cómo es posible no darse cuenta de que mientras el sistema religioso y moral del Judaismo es siempre único en las líneas y en el fin y el cristianismo a su vez se manifiesta homogéneo, compacto en la doctrina, al contrario la ética y la filosofía paganas se presentan múltiples e inseguras en los elementos que los constituyen?

Los escritos del A. T. giran todos alrededor del mismo perno, la Ley de Moisés; y para todos uno sólo es el fin: el Mesías; alcanzando este fin, el cristianismo injertándose sobre el tronco judáico presenta elementos de moral simples, perfectos, absolutos, que se corresponden maravillosamente, completándolos, con los del Antiguo Testamento y que hablan al corazón de las muchedumbres. La filosofía y ética paganas, al contrario, están constituídas de elementos complejos y desparejos, de diversas concepciones abstractas de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno: de juicios diferentes sobre las necesidades psíquicas, morales e intelectuales; de constantes contradicciones entre la teoría y la práctica en el orden ya individual ya político y colectivo, en medio de una sociedad en la que los filósofos parecen dispersarse sin dejar rastros decisivos y profundos si no doctrinarios entre pocos especuladores secuaces o de controversia infructuosa con otros filósofos adversarios.

* * *

La moral del Cristo ¿no es original? Esto puede creer y afirmar tan sólo quien jamás ha leído el Evangelio; quien no lo ha leído honestamente y sin prevenciones. El Evangelio puede considerarse como una *anunciación moral,* dice Harnack (1) del que nos place reproducir aquí el juicio sobre la cuestión.

"*En primer lugar* — dice Harnack — Jesús tronchó con un corte neto toda ligadura de la moral con el culto externo, con la liturgia y con las prácticas religiosas, repudiando sin remisión el tendencioso y egoístico ejercicio de "buenas obras" que era casi una sola cosa con el culto externo.

"*En segundo lugar,* en las cuestiones morales él busca siempre la raíz, es decir, la intención para juzgar las obras.

"*En tercer lugar* Jesús lleva a un motivo — el amor — todo lo que apartó de la intriga egoística y ritual y ha evidenciado como elemento moral.

"*En cuarto lugar* Jesús libró el elemento moral de todos los elementos extraños que se le habían coaligado, hasta de toda relación con la religión pública. Relacionó entre ellas la religión íntima y espiritual del hombre con la moral; en manera que la religión es el alma de la moral y la moral es el cuerpo de la religión. De aquí se comprende como Jesús pudiese acercar el amor de Dios y el amor del prójimo hasta hacer de ellos una sola y misma cosa; el amor del prójimo en la tierra es la única manifestación del amor de Dios, manifestación que vive en la *humildad,* estado del alma que implora de Dios gracia y perdón y está abierta para recibir sus beneficios.

"Jesús comprendiendo en estas cuatro ideas principales su predicación de la mejor justicia y de la ley del amor, ha limitado el dominio del elemento moral como ningún otro antes de él había hecho.

"En el pensamiento de Jesús la misericordia lo es todo, y la intención con la que es ejercida garantiza también la verdadera religiosidad".

Harnack releva después que "no hay otro ejemplo — excluyendo aun el Budismo — de una religión que se haya levantado con un verbo social tan poderoso y se haya de tal manera identificado con él como la religión del Evangelio. Y eso porque las palabras "ama a tu prójimo como a tí mismo" son tomadas

(1) *Esencia del Cristianismo.*

aquí verdaderamente en serio; porque Jesús con estas palabras iluminó toda la realidad de la vida, todo el mundo del hambre y de la pobreza y de la miseria, y porque enunció esta máxima religiosa por excelencia".

Jesús siente la necesidad material de los pobres; predica la solidaridad humana; la ayuda fraternal; y en esta predicación estriba la ciencia del Evangelio. En este sentido el Evangelio es profundamente socialista como, por otra parte, es profundamente individualista cuando afirma el precio infinito o íntimo de toda y cada una de las almas humanas. El Evangelio tiende a constituir entre los hombres una comunidad comprensiva como la vida misma y tan profunda como la humana necesidad.

También Jesús tuvo un criterio de las necesidades humanas: bastante pan cotidiano y suficiente limpieza de la persona, y la satisfacción de esta necesidad es condición necesaria de la vida terrenal. Si uno no puede bastarse por sí solo para estas exigencias de la vida, es deber de los demás ayudarle.

En una palabra, el Evangelio es una solemne anunciación social que sacude fuertemente las almas; es la anunciación de la solidaridad y de la hermandad en beneficio de los pobres; pero ella no puede separarse de la afirmación del precio infinito del alma y de la predicación del Reino de Dios; antes bien, es el contenido esencial de esta predicación.

Considerando el Evangelio frente al derecho humano se echa de ver que el precepto evangélico requiere del creyente el estar en condición de poder abdicar, en cualquier momento, al propio derecho, y debe esforzarse, por su parte; a que la humanidad llegue a ser un pueblo de hermanos, en el que el derecho no se afirme ya con la fuerza, sino mediante la libre obediencia de los hombres al bien; una sociedad no ya unida por instituciones jurídicas; sino por la reciprocidad del amor y del bien.

CAPÍTULO II

¡Doctrina Cristiana sin el Cristo!

Milesbo osa demostrar que "tampoco es original la doctrina cristiana y que se ha formado antes, fuera y sin el pretendido Cristo". (pág. 199 y sigs.).

Tres cosas principales pone de relieve para demostrar esta afirmación: la doctrina de la inmortalidad del alma, de la resurrección de los muertos y el dogma del Verbo. Las dos primeras, dice, no tienen originalidad porque eran patrimonio de Zoroastro, y afecta no darse cuenta que también la Biblia *de los judíos,* de un pueblo que tuvo la misma cuna que todos los que tuvieron vida aquende y allende el Eufrates, también el Antiguo Testamento, conoció estas doctrinas que el Cristo no ha introducido, sino que esclareció y desarrolló.

No es necesario, para eso, detenernos sobre estos dos puntos y nos entretendremos más bien sobre el Dogma del Verbo.

Pero queremos poner antes de relieve otra más de las tantas sentencias que florecen en la publicación de Milesbo:

"Se ha pretendido que el Cristianismo, *apoyado en el judaísmo,* ha introducido como primero y solo, la unidad de Dios. *¡Nada más gratuito!* El judaísmo conoció *a su vez otros dioses*" (pág. 202).

¡Esto es realmente estupendo! El Judaísmo, es la única religión *monoteista* por excelencia, *exclusivamente* monoteista, ¡y conoce otros dioses! ¿Acaso los dioses paganos Moloch, Baal, el Becerro de Oro, recuerdo del Apis egipcio, y otros que los Judíos adoraron en los días de la corrupción o de la anarquía política religiosa, tienen algo común con el sumo, único, celosísimo Jehová de todos los libros del A. T., servido por el sacerdocio judáico, defendido por los Príncipes no degenerados, reivindicado siempre para la gloria y la exclusiva adoración del Pueblo de Israel y de Judá, por los Profetas?

¡El Cristianismo que introduce *primero* la unidad de Dios! He ahí otro descubrimiento de Milesbo, quien evidentemente *no ha leído nunca* o por lo menos *no ha comprendido jamás* (lo que

es aun peor para quien toma desplantes de cristólogo) no ha comprendido jamás las palabras del Cristo, el cual de Dios no ha revelado nunca la *unidad,* porque no había necesidad de ello, sino que ha revelado su carácter *de Padre* y la esencia exclusivamente *espiritual* de su culto.

Hemos visto si se puede admitir que el Cristianismo ha podido estar en germen en el helenismo y, en general, en las filosofías paganas; veamos brevemente ahora si el llamado neoplatonismo y especialmente Filón han podido prestar nada al Cristo y al Cristianismo y si el dogma del Verbo pertenece a Filón, como se afirma.

Es en el no-platonismo — o por hablar con más precisión en la filosofía *judeo-alejandrina,* que floreció a principios del primer siglo y que precedió, por lo tanto, en tres siglos el verdadero neo-platonismo y a éste preparó amplios elementos — que el crítico pretende buscar los verdaderos artífices del Cristianismo, basándose sobe la concordancia de Juan, en su Evangelio, con la exposición del Logos de los judío-helenos.

De esta filosofía, la cual compendia especialmente en el pensamiento y en la obra de Filón, se refiere la doctrina del Verbo que se dice "creada justamente por los Judíos alejandrinos refundiendo el oriente, el espiritualismo helénico y el judaismo. De ese modo esos Judíos alejandrinos habrían creado no solamente la doctrina cristiana, sino el mismo Cristo, cuyo nombre no es aún otro que el de *Verbo.* "*Verbo,* es decir—dice el autor crítico—aquel famoso punto de intersección ideológica del que nació la no menos famosa doctrina del *Verbo* que se hizo carne, antes que existiera el nombre de Cristo".

"Y bien — continúa — este Filón que debe ser llamado sin más el verdadero fundador del Cristianismo, antes bien el creador del Verbo, el creador del Cristo, *no obstante no haber él hablado nunca del Cristo,* y justamente por esto mismo.... (notadlo bien, es creador, justamente PORQUE NO HA HABLADO DE ÉL NUNCA), Filón — seguimos la exposición de esta doctrina pasando por encima de la maravillosa lógica del crítico—no habló ya del *Logos,* de la *palabra,* a la manera de Heráclito, de Zenón, de Platón. No habló ya de él en el sentido de Salomón, quien había ya hecho distinción entre la Sabiduría divina y Dios mismo, haciendo de ella su instrumento de creación; ni habló mejor que el libro de la *Sabiduría* que transforma el lenguaje vago de *Salomón*

en la doctrina del *Verbo;* tampoco mejor que Jesús de Sirach quien declara "ser el Verbo de Dios en lo más alto de los cielos, la fuente de la sabiduría". Y si aquí nos acercamos al lenguaje de San Juan, "Filón, se afirma, nos dá ya al *Verbo hecho hombre* porque Dios no muestra a los hombres su figura invisible sino su imagen, *el Verbo,* verbo que cesa de ser entidad abstracta, para convertirse en principio de vida a fin de encarnarse, se repite, para ser el segundo Adán". Y se añade que Filón llega a darnos hasta la eucaristía, porque aplica al Verbo a menudo los nombres de *pan* de la vida y por excelencia del que es indispensable alimentarse. Esta empero es una de las acostumbradas objeciones intencionadas y tontas, y no merece que se le preste atención.

No se puede negar que el lenguaje de *Filón,* tan parecido al de San Juan (en el principio era la Palabra, y la Palabra era cerca de Dios y la Palabra era de Dios — y toda cosa ha sido hecha por ella y sin ella ninguna cosa ha sido hecha; en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres) sea impresionante para quien no conoce el valor, la significación y la explicación del por qué Filón pudiese emplear semejante lenguaje.

¿Es, ante todo, original esta manera de expresarse de Filón? Nó: en efecto el mismo crítico trae a colación a Jesús hijo de Sirach, autor del Eclesiástico y del libro de la Sabiduría, en el que la teoría del *Logos* ya se vislumbra. Y de ellos, a la verdad, Filón pudo sacar el motivo de su más evolucionada y completa doctrina.

Mas en fuente mucho más amplia bebió Filón, es decir en los escritos del A. T. y en las paráfrasis de éstos, llamadas *Targums;* en las sentencias del *Talmud,* codificadas por la escuela de los Rabinos después de Esdras, o más bien un siglo a. de C., en los escritos de los Rabinos sus predecesores y especialmente en el ilustre *Onkelos,* que le precedió en un siglo; todos estos doctores cuando traducen o interpretan pasajes referentes a Dios mismo, pero especialmente al Mesías o que son tenidos por *mesiánicos,* acostumbran para determinar, fijar el concepto de *Mesías* la expresión *Memra Dalaah,* es a saber *la palabra de Dios, la palabra,* que los griegos traducen *logos* y los latinos *verbo.*

En las *paráfrasis caldeas,* Targums, que son propiamente traducciones aramáicas (es decir en la lengua hablada en Palestina en el siglo de Cristo o en el precedente), en los Targums,

que son explicaciones del texto hebráico el cual a consecuencia de la cautividad de Babilonia no era ya común entre el pueblo, en los Targums posteriores a los de *Onkelos,* es muy frecuente la expresión *Palabra del Señor,* para significar *la persona de Dios, la obra de Dios.*

Así se explica como Filón, *fariseo,* perteneciente a la casta sacerdotal, y estando también él, como todo su pueblo, a la espera del *Mesías* — aunque embebido en el pensamiento filosófico pagano y platónico de los Griegos que les rodeaban y que usaban el *Logos,* la palabra, en la significación literal, o también en la de RAZÓN y de *pensamiento*—desarrollara, por su parte, el alcance de esta expresión *totalmente mesiánica,* tan común ya a sus predecesores y a su pueblo, y aun cuando no fuere fácil comprender si *su logos sería persona o idea,* le diera, sin embargo, la *significación* de palabra, imagen, hijo de Dios, arcángel, segunda divinidad, hijo primogénito.

Esto nos explica también como Juan, interesado en escribir su evangelio para edificación y confirmación de los Cristianos del mundo pagano, Juan que conocía las doctrinas judeo-alejandrinas, y que había sido educado según las Escrituras, sintiese la oportunidad de poner antes de su evangelio una explicación del *logos,* mas no ya la de Filón, principio, vida, luz, plenitud, etc., que para todos los Judíos representaba la idea *mesiánica, idea y palabra abstracta;* sino del *logos vida, vida vivida,* personalidad, hombre — en un palabra.

"Hubo un hombre—escribe el cuarto Evangelista (Juan I, 6, 14, 28, 29) — un hombre cuyo nombre era Juan, enviado por Dios para testimonio, a fin de testimoniar la luz, para que todos creyesen en él, Aquél que es la luz verdadera, estaba en el mundo, pero el mundo no lo ha reconocido! *El* (no ya *el logos,* sino la persona, el sujeto que vive y obra) *él* ha venido a los suyos y los suyos no le han recibido. Y la *palabra* (aquí vuelve *el logos*) *la palabra ha sido hecha carne* y ha *habitado entre nosotros,* y nosotros hemos contemplado su gloria; Juan dió testimonio de él....." Y luego continúa el capítulo: "Estas cosas acontecieron más alla del Jordán, en Betábara, donde Juan bautizaba. Y Juan *vió a Jesús* el cual VENIA A EL y dijo: He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Este es lenguaje de Juan que atestigua en favor de la palabra *viva,* humanizada, encarnada, histórica; en compensación con

el lenguaje metafísico de Filón, quien repite fórmulas de lenguaje, *expresiones mesiánicas*, no suyas, no originales, no nuevas, que habian dejado, por lo mismo, de ser impresionantes, sino abiertas, naturales, necesarias en él, fariseo, doctor perteneciente a la casta sacerdotal, ya usadas por los doctores que la precedieron y comunes a toda la escuela rabínica, a todos los Judíos creyentes y cultos.

¿Con qué conciencia, pues, se osa formular esta sentencia: que Filón haya sido el inventor del cristianismo?

CAPITULO III

Preparación histórica y triunfo del Cristianismo

Milesbo nos pide la razón de porqué los diversos elementos filosóficos y religiosos preexistentes al Cristianismo "llegaron después a refundirse en un nuevo cuerpo de doctrinas y creencias dando origen a una nueva religión", y la razón de ello, "debe ser buscada fuera de los materiales que forman la parte objetiva del Cristianismo; no puede ser sino el estado subjetivo de los ánimos en los tiempos y en los lugares en los que el Critianismo ha ido formándose" (página 223). "A riesgo de ser lapidado — continúa Milesbo — decimos que la causa psicológica del advenimiento del Cristianismo fué un principio de decadencia y no de progreso. El Cristianismo vino cuando Judíos, Griegos y Romanos hubieron perdido la libertad y la felicidad, y la esperanza de recuperarlas en el mundo presente" (pág. 225).

Es absolutamente falsa, contestamos con Harnack, la afirmación y la tesis que el Cristianismo no puede ser comprendido más que como la religión de un pueblo reducido a la desesperación, como el último esfuerzo de una edad de decadencia, la cual obligada a renunciar a todos los bienes de este mundo, dirige sus deseos al Cielo y ahí busca su patria.

La afirmación, continúa Harnack, que Jesús haya deseado un empobrecimiento universal, para hacer de esta miseria el fundamento sobre el cual levantaría su reino de los cielos — afirmación repetida de mil maneras — es falsa.

La necesidad para él es necesidad, y el mal es mal.

El no impuso a sus Apóstoles que fuesen a mendigar, sino quería más bien que tuviesen la seguridad de hallar doquiera su sustento, y no poseyendo nada pudiesen dedicarse por completo a su misión.

Mas para los Apóstoles, discípulos y creyentes, la cosa esencial es la salvación del *alma*, la *vida del Espíritu*, el *Reino*; salvación, vida, reino que de ningún modo dan por entendido la precedente pérdida de la libertad y de la felicidad en el mundo presente. El Evangelio, en efecto, no se dirige exclusivamente a

los pobres, a los esclavos, a los infelices: el Evangelio presenta y ofrece a todos sus tesoros.

Los oprimidos, los miserables, los que se hallan privados de libertad, hallan en él seguramente una fuente, la única fuente de confortación y de descanso; mas también los demás hallan ahí la verdadera vida, esa vida que no se halla circunscripta a las satisfacciones de las necesidades e idealidad carnales y transitorias. Y si así no fuese, ¿qué valor, qué sentido tendrían las exhortaciones de los predicadores del Evangelio, a los ricos, a los poderosos, a los dichosos, quienes han aceptado el Evangelio, para que se entreguen a la benevolencia, a la misericordia, a la caridad fraternal?

* * *

Milesbo afirma que una de las razones del triunfo del Cristianismo consiste en la necesidad sentida por el mundo pagano de que *el antimoralismo* de aquellos tiempos dejase lugar al *ultra-moralismo* oriental (pág. 228).

Reconoce que al paso que la moral decaía, hacíase de moda la incredulidad en el politeismo; mas sin embargo, "el espíritu agitado buscaba un punto, una piedra sobre que descansar" (pág. 229—230). Este descanso el mundo pagano lo halló en el Cristo de las Escrituras, en ese Cristo a quien Milesbo, en contra de todas las evidencias internas y externas, obstínase en definir el "Verbo de Filón, un Dios redentor hecho hombre, pero con los mismos atributos de Mitra, de Horo, de Apolo, etc".

El paganismo halló en Cristo la revelación de la vida y de la verdad moral que deseaba ardientemente, y por eso el Cristianismo triunfó.

No hay en eso coartación de la historia, no hay negación del valor documental de las Escrituras, no hay fantástica rebusca de mitos fabulosos, ni menos la pretendida doctrina Judeo-alejandrina del Logos, que puedan desmentir la existencia personal del Cristo durante el reinado de Tiberio y el gobierno de Poncio Pilatos; que puedan desnaturalizar los orígenes y las doctrinas del Cristianismo. Esto lo dice a nuestra conciencia no solamente el exclusivo lenguaje de la fe, sino el examen riguroso de hechos, de documentos.

Admitir al Cristo como hombre, dice nuestro crítico, es admitir que el cristianismo deriva necesariamente de él. Mas el mismo escéptico pregunta: si el cristianismo no proviene de la filosofía griega, ni de los fabulosos e idolátricos mitos asiáticos, ni del neo-helenismo judáico, sino que tiene vida tan sólo en la existencia, en la obra, en el ministerio mesiánico, en la predicación del Cristo, ¿quién ha inventado *el Cristianismo y al Cristo?*

"¿Existió antes el clero, la casta sacerdotal, o existió antes el Cristianismo?" se pregunta Milesbo (página 240). Y se contesta él mismo: "Lo que es cierto e indiscutible es que la Iglesia cristiana preexistía a la redacción de los Evangelios y por eso es lícito inducir que la casta Sacerdotal haya presidido desde un principio la formación y difusión de la nueva religión".

Luego, pues, el Cristianismo no sería una *religión revelada* por un *personaje que haya vivido y viva,* sino un simple fraude histórico de la casta de la que el *Cristo* es tan sólo un convencionalismo girante sobre la idea mesiánica, ¡un convencionalismo que ha podido dar vida a una nueva religión que de él ha tomado nombre!

¿Cuál *casta?* ¿La hebráica sacerdotal? Crucificó al Cristo, *persiguió ferozmente a los discípulos, a los Cristianos,* tanto en los confines nacionales como en el mismo mundo pagano.

¿La casta de sus discípulos, digámoslo sin más, de sus *pretendidos* discípulos? Una casta se cimenta sobre tradiciones, sobre intereses organizados y pública y universalmente reconocidos. ¿Puédese decir otro tanto de los Evangelistas y de los Apóstoles y de los Cristianos de los primeros siglos?

¿Qué intereses? *¿Sacerdotales?* Nó, porque en el Cristo ellos declaran estar reconcentrado el sacerdocio, abolido en toda otra persona. En pro de los intereses de esa misma casta, luchó después en favor del sacerdocio exclusivo y único del Cristo.

¿Intereses materiales? Nó, porque para abolir los privilegios de riqueza, desigualdades sociales, *los ricos* hicieron en favor de los pobres una primer tentativa de colectivismo y comunismo cristiano, que fracasó muy pronto porque no responde a la naturaleza, al corazón humano; razón por la cual, justamente, no había sido establecido por el Cristo.

¿Otros intereses *materiales* aún? Nó, porque a Simón el Mago que pide adquirir por dinero el dón de la imposición de las manos para conferir el Espíritu Santo, Pedro responde:

"Vaya tu dinero contigo en perdición porque has creído que el dón de Dios se adquiere".

¿Intereses sociales? Nó, porque la predicación, la propaganda iba dirigida al individuo, hablaba a su conciencia, a su alma. La Iglesia no es un cuerpo político, social, en que deben desarrollar su actividad los creyentes; sino simplemente la congregación de todos ellos para la *comunión, la unión espiritual.*

¿Intereses políticos? Nó, porque no es de *derechos civiles* y *políticos* que se ocupan los primeros cristianos, sino puramente *de deberes;* de los deberes de los ciudadanos cristianos para el buen testimonio de obediencia a las leyes y autoridades constituídas; ellos se ocupan de los fines y de los destinos más nobles e inmortales a que son llamados los creyentes.

¿Intereses de tradición? Nó, porque con ellos comienza la Iglesia, por ellos es quebrantada la tradición del sacerdocio judío y abolida la tradición; es también abolido el templo, destruída la forma, la forma que era el símbolo del sacerdocio del Cristo, y establece el *culto espiritual* que consiste en adoración, en testimonio, en predicación, en plegaria, en himno *donde quiera, como quiera,* en viaje con Felipe y con el Eunuco de Candaces, sobre las orillas del río con Pablo y Lidia y los demás en Listra, en la cárcel con Pablo y Sila, en la buhardilla, en las casas particulares de Aquila, de Cayo, de Simón el peletero.

¿Que interés, pues? ¿Qué ventaja, qué esperanza por venir sino en la *vida eterna,* qué probabilidad en la vida terrenal sinó la persecución, el martirio, la muerte?

Y si no ha sido una *casta* la que pudo imaginar el dar vida a un Cristo, a un Mesías convencional, si una *casta* en el sentido del Cristianismo aparece varios siglos después de sus orígenes, ¿de quién podía haberse originado el Cristianismo sino del *Cristo,* del Cristo persona, del Cristo histórico, que ha vivido y vive?

Y si él no fué *real* sino *convencional,* doctrinario, ¿por qué la filosofía, la ciencia greco-romana, el platonismo judeo-alejandrino antes, y luego las herejías contemporáneas y sucesivas a los Evangelistas, a los Apóstoles, a los primeros creyentes, no lo *desenmascararon,* no opusieron un dique eficaz a su doctrina que llevó a la ruina como riada impetuosa y desbordada, toda religión pagana, una sociedad, costumbres, conceptos, idealidades, intereses arraigados desde siglos y conjuntamente todos los sistemas de las filosofías paganas?

¿Por qué al contrario, el triunfo? ¿por qué regeneración de la humanidad mediante idealidades, costumbres, conceptos nuevos de la vida?

¿Habría podido todo eso un Cristo convencional, un Cristo falso, un Cristianismo basado en las fuentes impuras de la mentira, del engaño?

"¿Coséchase uva de las espinas e higos de las zarzas?" pregunta Jesús, y las experiencias del cristianismo le contestan.

El examen que hemos efectuado de los documentos históricos, el examen de las pruebas internas y externas de las Escrituras, han demostrado en manera completa y solemne que el Cristianismo no es un *fraude histórico,* no es un *fraude de casta.*

Su triunfo se basa en la esencia misma de la nueva religión que se oponía al paganismo, y ha sido facilitado por el espíritu de obediencia, de sacrificio, de amor, de los discípulos y de los apóstoles, quienes habían recibido el mandato: "Id y predicad a todo el mundo".

El *universalismo* de la religión cristiana; he ahí el verdadero secreto de su triunfo; la *igualdad* revelada de todos los hombres de todo país, de toda condición social, de todo tiempo, frente a Dios; la accesibilidad de Dios para todos indistintamente, de Dios *padre* de sus criaturas. Por esos sus carácteres escenciales vemos que a pesar de todas las herejías, a pesar de todas las ferocidades de las persecuciones privadas y oficiales, el Cristo triunfa; triunfa en el martirio de los creyentes, triunfa en la constitución de la Iglesia en todo ámbito de la tierra, triunfa en la irreparable ruina traída a la religión y a la civilización pagana, por su predicación, triunfa sobre los supremos esfuerzos de desquite del ya vencido paganismo con Juliano, triunfa siempre en todos los siglos, triunfa en todos los lugares, compenetra de sí mismo la humanidad y la historia.

CAPÍTULO IV

Conclusión

Epilogando todo lo que hemos expuesto en las cuatro partes de nuestro volumen, esperamos con toda conciencia haber desmentido todas las afirmaciones del adversario. Ha sido con hechos y documentos, que hemos confutado las acusaciones contra la autenticidad y autoridad de la Biblia, las pretendidas identidades mitológicas con el Cristo de las Escrituras, las capciosas pruebas de la historia contra la existencia personal del Cristo, las pueriles requisitorias y el reproche de plagio contra la moral y la doctrina del Cristo.

No hemos descartado una sola de las objeciones y dificultades presentadas por Milesbo, para poder tener el derecho de afirmar solemnemente y en nombre de la verdad y de la historia, que el Cristo relegado por Milesbo y por sus autores entre las fábulas, *es una personalidad que ha existido* en el tiempo y en las circunstancias que nos transmitieron sus autorizados *testigos personales.*

Nuestro examen crítico, severo e imparcial, nos dá también el derecho de preguntar — si se pretende que el Cristianismo no ha tenido origen y vida en el Cristo — quién puede haber sido su fundador, y la razón de su aparición tan sólo después que la Historia y la humanidad han registrado el más espantoso proceso y el más feroz delito: el asesinato del inocente, del justo, de aquel que se llamó Jesús y fué el Cristo.

Milesbo no responde a esta capital cuestión y "deja que otros más robustos de ingenio y más favorecidos por las circunstancias de ambiente y de tiempo lleven el edificio hasta la perfección, en la seguridad — ¡qué gran cosa es la modestia! — de haber contribuído a imprimir, con sus escasas fuerzas, a la crítica, esa nueva dirección que debe habilitarla para resolver debidamente el problema de los orígnes del Cristianismo" (pág. 259) ¡problema que confiesa implícitamente no haber resuelto!

En la previsión, después, de una severa crítica a sus audaces

afirmaciones, escúdase tras este dilema: "O Cristo ha existido y entonces era Dios; o no era Dios y entonces no ha existido". (Milesbo. pág. 77).

Para nosotros era suficiente, lo repetimos, proporcionar la prueba histórica de que el Cristo ha existido; la conciencia de cada cual, después, decida aceptar o rechazar la consecuencia misma indicada por Milesbo de que *por eso mismo él es Dios.*

Nuestro adversario ha querido, al contrario, intentar la prueba del otro cuerno del silogismo, a saber *que Cristo no ha existido y que por lo tanto no es Dios, ni tiene razón de substituir la religión del Cristo*", "en cuya conservación se hallan interesadas millones de personas que viven de esta creencia, como la araña está interesada en la conservación de la telaraña" (pág. 259).

Empero para salir bien en su tentativa, el flamante cristólogo tuvo — como lo hemos comprobado sobradas veces — que recurrir a verdaderas y propias interpolaciones de autores religiosos y profanos; a la falsificación más audaz y a la desnaturalización de sus juicios; hasta a la invención de libros y a apreciaciones fantásticas; sin tener en cuenta su silencio despreciativo sobre hechos, hombres y documentos que no convenían a su tesis.

"El hombre prevenido es indigno de escribir la Historia; él no será más que un falsario", escribía en su *Jésus Christ,* el padre Didon.

Es una dura verdad que nos repugna aplicar a Milesbo, a quien preferimos juzgar como credulón impulsivo que deslumbrado por las aparentes evidencias de apresuradas lecturas racionalistas, ha creído seriamente rendir un señalado servicio a la propaganda racionalista entre nuestro pueblo sirviéndole su ensayo crítico-histórico-mitológico.

Empero, aún dejando de lado la personal buena fé de Milesbo, queda siempre fuera de duda su prevención contra la existencia *posible y creíble del Cristo,* prevención que revela desde sus primeras páginas.

Acaso será valedera y natural, para él, una tradición centenaria para testimoniar los más difíciles y complicados acontecimientos políticos y sociales; mas no tendrá derechos una tradición testimonial que tiene una antigüedad de sólo unos treinta años, es decir desde que el Cristo murió hasta que fueron escri-

tas las primeras epístolas paulinas; podrá también no tener valor el testimonio escrito de Clemente en el siglo I, solamente 70 años después de la muerte del Cristo; no tener autoridad los Evangelios predicados sin interrupción en seguida después del fallecimiento del Cristo y luego escritos antes que hubiese fenecido el siglo que había sido testigo del gran acontecimiento; no podrá, por último, imponerse el hecho sorprendente de la rápida y amplia aceptación de la doctrina y nombre del Cristo, por parte de Judíos y Gentiles, por parte de un proselitismo que ha sido consagrado en la sangre.

Sea empero, o no sea del agrado de quien escribe historia prevenido contra el Cristo, la historia registra con caracteres indelebles el hecho solemne. Domina incontrastado sobre la civilización desde veinte siglos aquel Cristo de la Crucifixión; nada pudo contrastarle la marcha gloriosa, ni los intereses y los temores del sacerdocio judáico, ni los esfuerzos supremos del paganismo poderoso, seductor, acariciador de toda humana pasión, de toda humana lujuria, ni la corrupción de la Iglesia, ni las negaciones y los sofismas de la incredulidad. ¡Nada, nada, nada!

No logrará, por tanto, tampoco esta vez borrar tan vivo y poderoso testimonio de la historia, la suprema tentativa sectaria de quien se hace la ilusión de demoler la personalidad del Cristo para negar la razón del Cristianismo a la vida moral y a la vida social, que toda se quisiera comprimir en el marco de un sistema político-económico-socialista y de una ética puramente racionalista.

Confesamos, al concluir esta nuestra trabajosa polémica, que no es de la palabra de los hombres, y menos de nuestra modesta defensa, ni de la de cualquier otro creyente, que el Cristo saca y ofrece pruebas de sí propio, de su Verdad, de su Evangelio. Esta prueba el creyente — dice San Pablo — la busca y la encuentra en el Espíritu de Dios que a nuestro espíritu da testimonio; mas a sus detractores de todo tiempo, a la ciencia, a la historia, el Cristo ofrece el testimonio solemne, infalible, secular, de su triunfo sobre los hombres, sobre imperios, sobre civilizaciones diversas. Este testimonio lo confirman las legiones no terminadas e interminables de los creyentes, de los mártires, el mismo persistente, ansioso, descompuesto, loco esfuerzo de los enemigos del Cristo y de su verdad; de su verdad hacia la cual

la humanidad marcha y marchará en los siglos como hacia la luz, hacia la vida, hacia la gloria.

Y ahora después de esta nuestra cariñosa, completa investigación de las razones confirmativas de la historia, de la ciencia y de la crítica, aquel Cristo que ya no puede llorar sobre los modernos enemigos que piensan prepararle un nuevo Calvario, dirige una vez más a sus discípulos la pregunta solemne: *"¿Y vosotros quién decís que yo soy?"* Y nosotros contestamos con el Apóstol Pedro: (1) *"Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo"*.

(1) MAT. XVI, 16.

FIN. DANIEL CARRO